

FACAI
NOVELS

เริ่มต้นใหม่

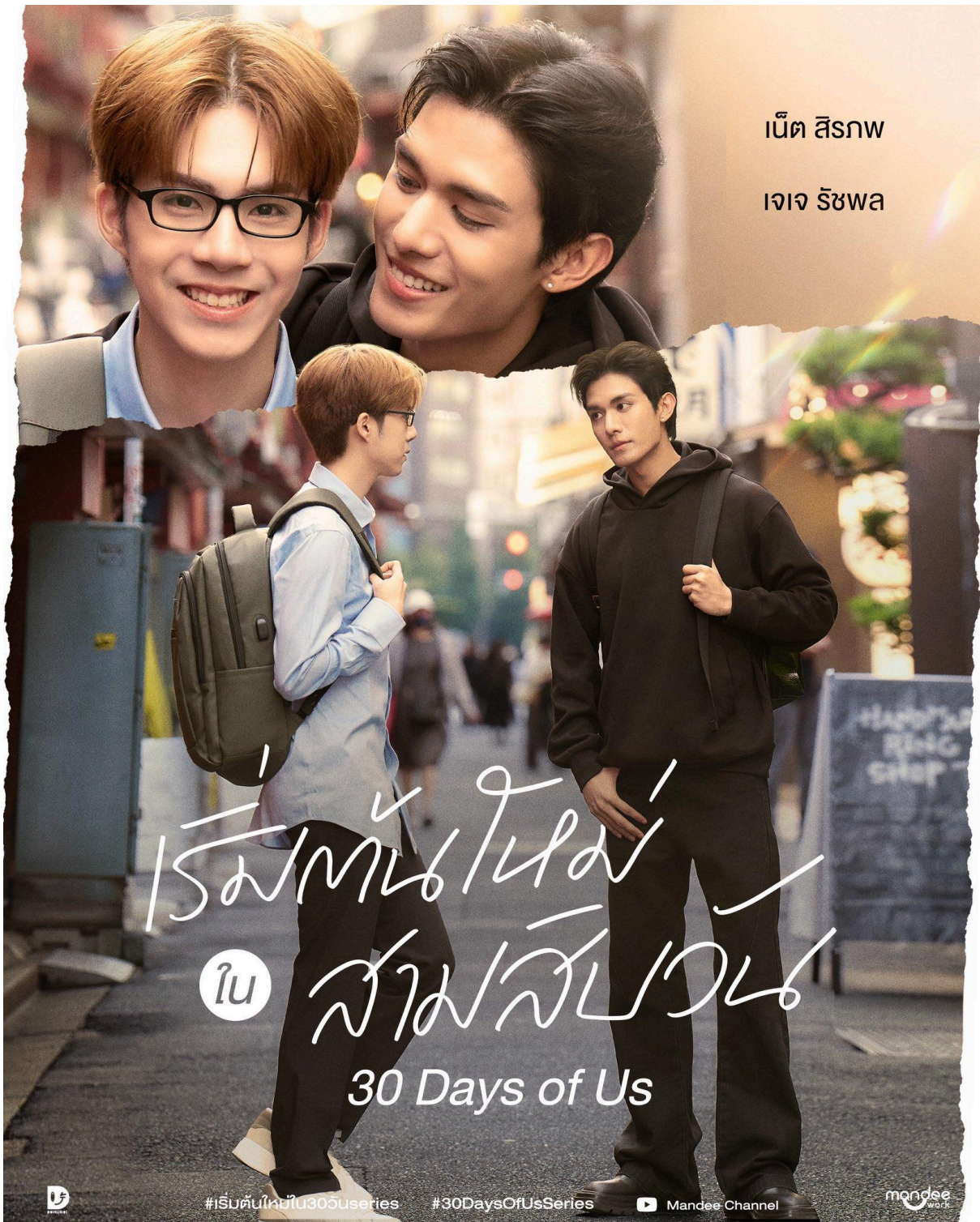
30 days
of us

ใน 30 วัน



Story by zearet17

Illustrations by Kanapy



เน็ต สิริภพ

เจจ รัชพล

เรามาใหม่ใน
ใน สามสิบวัน
30 Days of Us



#เรามาใหม่ใน30วันseries

#30DaysOfUsSeries

Mandee Channel



Si este archivo llegó a tí, estamos seguras que es porque tienes muy buenos contactos, buenos amigos, sabes leer las letras pequeñas o el barrio del BL te respalda. Hacemos énfasis en que nada es con fines de lucro. ¡Gracias Totales y nos vemos en la próxima lectura!



เริ่มต้นใหม่ ในสามสิบวัน

30 Days of Us

Illustration : Pakkiew Davie story : ZCAROT17

30日誌

Desde el corazón de la escritora

¡Hola! Soy zearet17.

«30 Days of Us | 30 # Un nuevo comienzo en treinta días» es la historia de una pareja que ha estado junta durante mucho tiempo. El amor y la relación que alguna vez fueron tan fuertes se han vuelto fríos y distantes. Una de las partes descuida la relación, y la otra decide marcharse. Esos treinta días en Japón se convierten en el punto de inflexión que permite a los personajes aprender de lo que antes ignoraban, crecer a partir de sus heridas y volver a mirar el calor que han compartido durante los últimos diez años.

¿Cómo terminarán estos treinta días? Los invito a leerlo juntos.

En realidad, esta novela ya tiene seis años. Phi Bear y Nong Cho han pasado por muchos momentos junto con los lectores que los han acompañado. Gracias a la editorial Deep por volver a publicarla para que nuevos lectores puedan conocerla.

Por favor, cuiden mucho a Phi Bear y a Nong Cho, ¿de acuerdo? :)

zearet17

Nota de la Editorial

Esta novela utiliza lenguaje coloquial, slang y palabras groseras con el fin de lograr un mayor realismo acorde con la época en que se desarrolla la historia, reflejar fielmente la personalidad de los personajes y obtener el efecto literario deseado. La autora y la editorial no tienen ninguna intención negativa al respecto.

«Los libros y la lectura son la fuerza impulsora de la creatividad»

Intro

El pasado no es igual al presente

“Cho, lo único que quiero pedirte, además del amor, es que estemos juntos para siempre.”

Un hombre de piel morena, alto y corpulento, se arrodilló a la orilla del río Naka, en el centro de la ciudad de Hakata, Japón. Era primavera, a las seis de la tarde, cuando el cielo comenzaba a oscurecer. La temperatura de 19 grados se sintió más cálida de inmediato al ver que en sus grandes manos sostenía una cajita con un anillo.

“Phi Bear...” Cho se agachó y le tocó el hombro a su novio, queriendo que se levantara porque la gente los estaba mirando.

Era la primera vez que la pareja viajaba al extranjero juntos. Bear había ahorrado con la intención de llevar a su chico a Japón para pedirle matrimonio. Aunque en Tailandia, en el año 2019, aún no existía una ley que lo reconociera, las familias de ambos lo sabían y llevaban varios años de relación.

Se habían conocido cuando Cho estaba en primer año de universidad y Bear en cuarto. El mayor era bastante popular por su cara y su cuerpo de modelo. Bear era callado y serio, por lo que la gente no se atrevía a acercarse mucho, pero desde entonces había estado observando en secreto al chico de primer año: pequeño, con lentes y una sonrisa hermosa.

Bear no era muy hablador, así que empezó a conquistarlo con detalles, acercándose a través de los amigos de Cho, yendo a recogerlo y llevarlo con cara seria, invitándolo a comer, cuidándolo en todo. Hasta que finalmente empezaron a salir. Cuando Cho se graduó, Bear le dio un gran regalo: llevarlo de viaje y pedirle matrimonio frente a extranjeros que los miraban y se emocionaban con ellos.

Bear pensó que amaba a esta persona... y que quería estar con él para siempre.

“Cásate conmigo, por favor” dijo el hombre grande con una dulce sonrisa.

“Está bien” respondió el menor, asintiendo varias veces con lágrimas de felicidad. El ambiente a su alrededor se llenó de alegría. Bear le colocó el anillo lentamente, inclinó la cabeza para mirar las mejillas sonrojadas del chico y luego lo atrajo para besarlo entre aplausos de los adultos que paseaban por la orilla del río.

Fue algo sencillo... pero quedó grabado en cada átomo de su memoria.

Después de eso, la pareja caminó de la mano para cenar. Aunque no entendían nada de lo que decían los empleados japoneses y pidieron al azar, sintieron que todo estaba delicioso.

“Phi Bear, no me mires así” Cho esquivaba la mirada intensa que no dejaba de observarlo. Así era imposible comer.

“¿Por qué no?” el bromista ladeó la cabeza para mirarlo, le sirvió pollo frito del plato y lo observó masticar hasta que se le inflaron las mejillas. Mientras más lo miraba... más se sonrojaba el menor.

En el restaurante de buen ambiente, se sentaron en el mismo lado de la mesa, cada uno con una cerveza. La mano del mayor acariciaba suavemente los dedos del menor. Además de la propuesta de matrimonio... había otra cosa que quería pedir.

“¿Puedo dormir contigo esta noche?”

La persona que había reservado habitaciones separadas bajó la mirada. Aunque llevaban mucho tiempo juntos, nunca habían dormido juntos.

Era vergonzoso y emocionante al mismo tiempo. Siempre habían pasado el tiempo libre juntos, pero manteniendo cierta distancia.

“No voy a poder dormir” respondió el menor en voz baja, con la cabeza gacha. Solo de imaginar que Bear lo abrazaría...

Bear sonrió, le acarició la cabeza varias veces, se acercó más y susurró suavemente:

“¿Y quién te va a dejar dormir?”

“Phi Bear...”

“Por favor, Cho, duerme conmigo” la voz grave susurró junto a su oído.

El primer beso torpe comenzó esa noche en el hotel del centro de Hakata. El aire fresco no ayudaba en absoluto a bajar la temperatura de sus cuerpos ardientes.

Cho se aferró a la camisa del mayor. Como era más bajo, tuvo que ponerse de puntillas para besarlo. Su gesto fue tan adorable que Bear se inclinó varias veces para besarle las mejillas.

“Qué lindo eres” Bear le acarició el cabello corto. Al ver que el menor bajaba la cabeza y cerraba los ojos con fuerza, lo atrajo hacia sí en un abrazo. El suave olor a jabón después de la ducha lo hizo sentir relajado.

Estaba muy emocionado. Apoyó la cara en el pecho cálido, feliz de ser el novio de Bear. Sabía que mucha gente lo quería, pero al final él fue quien consiguió salir con él y casarse.

“¿Por qué te escondes?”

“Phi Bear...” el menor reunió valor, levantó los brazos y los colocó alrededor del cuello grueso.

“¿Tienes frío?” preguntó el que se mecía de un lado a otro y le ofrecía su mejilla al que estaba con la cabeza baja. Levantaron la vista y se miraron.

“Sólo yo quiero abrazarte. ¿Tú no quieres abrazarme a mí también?”

“Claro que sí...” respondió Cho en voz baja.

El segundo beso fue mucho más profundo. La lengua caliente entró en la boca del menor. De ser dulce y suave, flotando en el aire, pasó a ser urgente y apasionado según el deseo.

“Cho, ya no aguanto más” el cuerpo alto y grande presionó y empujó al otro hacia la cama. Sus manos recorrieron el pecho y bajaron hasta las piernas delgadas. Con el corazón latiendo fuerte, le quitó la ropa hasta dejarlo completamente desnudo.

“¿Tienes frío?” Bear se quitó la camisa, se inclinó y se colocó encima. Piel contra piel, frotándose. Las piernas delgadas se separaron cuando el mayor se colocó entre ellas. Se abrazaron fuerte en la cama estrecha.

Cho levantó los brazos y rodeó el cuello grueso, mirando a los ojos a su pareja. Esa mirada suplicante era dulce y estaba llena de deseo.

“Quiero que me abrases...”

Aunque se había preparado mental y físicamente, pedirlo tan directamente también le daba vergüenza.

“Está bien.”

Después de eso, solo pasó un poco más de un año. No se sabe por qué, pero el chico que antes se sonrojaba con solo un beso ahora se volvía muy exigente en la cama.

“Phi Bear, más fuerte, ah...” Cho mordía fuerte su labio inferior, enterraba la cara en la almohada y cerraba los ojos, absorbiendo la sensación de ser penetrado con fuerza. Era duro y largo, pero se sentía increíble.

“¿Así? ¿Quieres más?” el que lo sujetaba fuerte respiraba agitado, pero sus caderas seguían moviéndose.

“Ajá, Phi , más fuerte...”

“¡Maldita sea, se siente demasiado bien!”

Y cuando llegaron al décimo año, no se sabe por qué, pero su relación se había convertido en esto.

“Grrrr... kriii... fiuuu...”

Cho se daba vueltas en la cama porque había un sonido de silbato de tren junto a su oído y ¡no podía dormir!

“Grrrr...”

“¡Cómo roncas tanto!”

El menor se levantó, encendió la lámpara de la mesita de noche y giró al que roncaba para que durmiera de lado. Antes, la persona a su lado era Phi Bear, fuerte y en forma. Ahora solo quedaba un oso peludo con barba, durmiendo con la boca abierta y, lo peor, ¡babando!

“Ay, Phi ...”

“Grrrr... kriii...”

“¿En tu vida pasada naciste como silbato de tren o qué?” Cho se quejó. Aunque trabajaba desde casa y podía levantarse a la hora que quisiera, no quería dormir tan mal.

“Grrrr...”

“¡Todavía sigue!”

Después de los tres primeros años de matrimonio, el amor de la pareja era algo nuevo y emocionante, como arroz recién cocido. Pero al llegar al séptimo año (*sumando el tiempo de novios, ya eran diez años*), todo empezó a cambiar.

“Phi , creo que nosotros ya no vamos a durar” Cho se volvió hacia el hombre desaliñado que jugaba en su celular en la sala.

Era día de descanso. Bear llevaba una camiseta sin mangas vieja y boxers rotos, bebiendo agua sin haberse bañado, aunque ya era la una de la tarde y llevaba mucho rato despierto.

Bear levantó una ceja mirando a la persona que estaba sentada frente a la computadora no muy lejos.

“¿Por qué no vamos a durar? Ya vamos a cumplir diez años” dijo el mayor, hablando de todo el tiempo desde la universidad hasta el matrimonio.

Durar o no durar... la verdad es que ya llevaban mucho tiempo juntos.

“Creo que ya se nos acabó la pasión. Parece que Phi Bear ya no me presta atención y a mí tampoco me late el corazón” Cho habló de los últimos años. Mientras más tiempo pasaban juntos, más se volvían rutina. Si podían arreglarlo, quería intentarlo, pero si ya no se podía, prefería terminar sin odiarse.

“¿Y entonces qué hacemos? La casa está a nombre de los dos, el auto también, y está el gato” Bear frunció el ceño, pero su mirada seguía fija en la pantalla del celular.

El mayor se quejaba porque en la vida habían construido muchas cosas juntos. Tenían muchas responsabilidades y no entendía cómo alguien podía decir de repente que quería terminar solo porque se había acabado la pasión.

“Miau” el gato en cuestión caminaba alrededor de las piernas de su papá, frotando la cabeza, pidiendo una golosina.

“¿Ves? Si terminamos va a ser un desastre” Bear, que ya tenía casi 32 años, se volvió hacia el joven de 29. A esa edad sería difícil encontrar a alguien más.

“Pero Phi , piénsalo. Ya llevamos medio año sin hacer nada. Ni siquiera nos abrazamos” Cho habló de lo que había pasado. Esa emoción y dulzura de antes se había ido hacía mucho. Ahora ni siquiera dormían sin que uno pateara al otro y lo tirara de la cama.

“Tú tampoco me abrazas” el mayor sacudió la cabeza.

“¿Estás sucio y roncas! ¿Quién va a querer abrazarte?” Cho se enojó. Ese tipo roncaba como una máquina. Algunas noches se despertaba sobresaltado pensando que era un terremoto.

“Tú también eres igual. Te la pasas quejándote y regañando. ¿Quién va a querer abrazarte?” dijo Bear.

Si comparabas al lindo Cho de antes con el Cho quejumbroso de ahora, eran como el cielo y el infierno. Como un ángel y un demonio.

“Por eso estoy diciendo que probablemente no vamos a durar” el menor suspiró.

Era evidente que habían cambiado poco a poco, pero el cambio era enorme. Desde cosas simples como que antes lo llamaban *"Nong Cho"* y ahora se decían *"tú"* y *"yo"*, algo que nunca imaginaron.

"¿Y entonces qué hacemos?" Bear dejó el celular a un lado.

Habían discutido antes como cualquier pareja, pero nunca habían hablado de terminar de esta forma. Bear empezó a molestarse.

"Voy a ir de viaje. Cuando regrese hablamos" dijo Cho, y murmuró en voz baja: **"Ojalá consiga un novio nuevo en Japón."**

"¿Adónde?"

"A Japón."

"¿Cuántos días?"

"Treinta. Como trabajo desde casa, puedo ir" Bear suspiró profundamente.

"Tu puedes ir y yo ¿qué? Ya usé todos mis días de vacaciones, solo me queda el permiso por paternidad."

"¿Quién dijo que iba a ir contigo?" el menor se volvió y lo miró parpadeando.

"¿Qué quieres decir? ¿Vas a viajar solo, a tomar fotos solo, como si vivieras solo?" Bear no lo dijo en tono sarcástico, lo preguntó en serio.

"Pues sí. Es para despejar la mente. Tal vez regrese con un novio nuevo."

"Míralo cómo habla."

Bear miró al chico molesto. Antes Nong Cho era adorable en todo, pero ahora solo buscaba pleito, le gustaba ser sarcástico y fastidiar.

“Ve donde quieras” el mayor suspiró y volvió a su juego.

Entre el trabajo, los juegos y la esposa, Bear ponía a Nong Cho en el último lugar de sus prioridades ese día.

“Si consigo un esposo nuevo, Phi, prepárate para mudarte” dijo el que pedía la separación de forma tan casual. El otro se enojó más.

“¡Sí! Cuando regreses, si encuentro una esposa nueva, tú también te mudas.”

“Miau” el gato blanco frotó la cabeza contra la pierna de su papá otra vez, pidiendo la golosina.

La noche en que Cho iba a volar solo, sacó su maleta de la casa, tomó un taxi y no vio ni rastro del hombre ocupado con sus juegos. Cho tampoco esperaba nada, porque últimamente casi siempre estaba solo. Por eso no alcanzó a ver que alguien había metido su pasaporte en la mochila antes de irse a trabajar.

Hasta la medianoche, después de terminar el trabajo en la oficina, Bear, que había estado dudando hasta el último segundo, corrió con su mochila improvisada al aeropuerto. En la mochila solo llevaba dos mudas de ropa, dos calzoncillos y, lo más pesado, su laptop y trabajo. Su cabello estaba desastroso como el de un bandido porque no tuvo tiempo de afeitarse. Si no hubiera tenido boleto de avión y una carta de la empresa grande donde trabajaba, el oficial de inmigración probablemente no lo habría dejado pasar.

Bear se duchó rápidamente en la sala VIP y salió justo cuando llamaban para abordar. Miró discretamente al hombre pequeño con lentes que esperaba para subir al avión, luego caminó y se plantó frente a él.

“¿De verdad pensaste que ibas a ir solo?”

“¡Oyeee...! ¡Barbudo, cómo carajos apareciste aquí!”

Cho levantó la mano y le dio un golpe en el hombro al tipo que lo había asustado.

“Barba la de tu tía...”

“Phi, ¿qué demonios haces aquí?”

“No me llames Phi si vas a insultarme” Bear suspiró mirando a su chico.

“Hagamos un trato. Si en treinta días no funcionamos, regresamos, repartimos los bienes y nos separamos” Bear, cansado del chico complicado, levantó el dedo medio para sellar el trato.

El menor parpadeó. Normalmente los pactos se sellaban con el meñique, pero como el mayor levantó el dedo medio, él también levantó el suyo y los engancharon.

“Está bien, hagámoslo.”

“¡Hmm!” Se miraron a los ojos. A este punto, si no funcionaba, solo tendrían que partir al gato por la mitad.

¡Quién sabe! Si seguirían tomados de la mano o se separarían. En los próximos treinta días lo descubrirían.

Día 1

Quien diga que quiere terminar primero es un perro.

El vuelo con destino a Tokio, Japón, despegó a las 2:25 de la mañana. Cho miró por la ventanilla, sintiéndose muy emocionado porque hacía varios años que no viajaba al extranjero. En los últimos tiempos solo había esperado a Phi Bear, porque él estaba muy ocupado, tanto con el trabajo en la empresa como con los proyectos que hacía con sus amigos. Por eso nunca habían podido ir a ningún lado, y Cho ya ni sabía cuándo se había cansado de esperar.

Cho era fotógrafo profesional. Antes aceptaba todo tipo de trabajos, ya fueran bodas o ordenaciones. Gracias a que había trabajado con un gran estudio y tenía algo de reputación, nunca le faltaban encargos. Pero últimamente se había cansado de tanto correr, así que empezó a vender fotografías por internet. Usaba su casa como pequeño estudio y, cuando las ventas comenzaron a ir bien, amplió su clientela vendiendo también gráficos. Los dos primeros años fueron bastante intensos, pero después las imágenes que vendía aumentaron y el ingreso promedio mensual ya no era nada malo. Era como tener un ingreso pasivo todos los meses sin tener que esforzarse demasiado.

Pero cuando el trabajo se estabilizó, el amor que antes era intenso empezó a enfriarse. Cho estaba siempre en casa y sentía que había perdido la motivación por todo. En este viaje, además de pasear y tomar fotos, quería pensar mucho sobre su futuro. Soñaba con un viaje tranquilo, caminando por la ciudad y fotografiando todo... Sin embargo...

El tipo problemático lo había seguido, ¡y encima se había sentado a su lado!

“No pensaste que te seguiría, ¿verdad?” dijo el hombre alto, levantando una ceja.

Como era una aerolínea low-cost, Cho no había reservado asiento con anticipación. En el check-in, Phi Bear se las ingenió para registrarse con él y ahora estaba ahí, molestando a su lado.

“¿Cómo supiste en qué vuelo iba?” preguntó Cho, intentando mantener la calma y diciéndose a sí mismo que no se enfadara.

“Por el correo electrónico. Dejaste la sesión iniciada en mi computadora” respondió el otro riendo a carcajadas, y luego susurró: **“Aunque aunque no la hubieras dejado abierta, podría haberla hackeado porque Nong Cho puso como contraseña ‘1234’.”** El programador profesional se rió al ver la cara de fastidio de su pareja.

“¿Y tu trabajo?” preguntó Cho. Antes lo había invitado a Pattaya y Phi Bear no había ido. En otro viaje anterior también había ido solo. Por eso no entendía cómo ahora sí había podido venir a Japón.

“Me traje la laptop” respondió Bear simplemente, señalando la mochila que tenía a sus pies. Además de la laptop, también traía una tablet. Estaba completamente preparado para trabajar fuera de la oficina.

“¿Y por qué viniste a complicarte la vida?” se quejó el menor, girándose para mirar por la ventanilla oscura.

Ambos se quedaron en silencio cuando los pasajeros empezaron a dormirse. Bear había tenido un día muy pesado resolviendo trabajo y ya se le empezaban a cerrar los ojos.

“Phi Bear, si te duermes no ronques, ¿eh?” susurró Cho. Normalmente no se andaban con formalidades, pero al menos que respetara a los demás.

“Eh, ¿cómo voy a saber si ronco mientras duermo?” dijo Bear, moviéndose incómodo. El asiento era demasiado estrecho y sus piernas largas lo hacían aún más difícil.

“No sé. Si roncas, yo voy a...”

“¿Qué vas a hacer?” Bear entrecerró los ojos. El otro era tan pequeño que no podía hacer mucho, aparte de quejarse como siempre.

“Voy a taparte la nariz para que dejes de respirar.”

“Adelante, asesíname en el avión” dijo Bear, bostezando y cubriéndose bien con la manta para dormir.

Lo que no sabía era que la persona que iba a asesinar en masa a los pasajeros del avión en los próximos diez minutos sería él mismo...

“Grrrr... kriiid...”

“Maldita sea... ya lo sabía” la persona que estaba medio dormida se despertó sobresaltada. Rápidamente sacó los audífonos, se los puso y subió el volumen de la música. Luego juntó las manos en gesto de oración y murmuró: **“No lo conozco, no vine con él, de verdad no lo conozco.”**

El chico de lentes, con ojeras por no haber dormido, se quedó mirando al idiota que roncaba tan fuerte que hacía vibrar el avión. Cho durmió a ratos durante todo el vuelo. El sueño de un viaje de fotografía se desvaneció en cuanto bajaron del avión. Solo quería llegar al hotel y dormir un rato, porque en ese momento...

“¿Por qué pones esa cara?” preguntó Bear al chico que lo miraba mientras esperaban las maletas. Al principio Cho había deseado que lo detuvieran en inmigración, pero no pasó. En cambio, el tipo se había volteado hacia el oficial y había dicho...

“Yes, we come together, he is my boyfriend.” Cho quería correr a taparle la boca a ese hombre.

“¿Tan aburrido es venir conmigo?” Bear, vestido con jeans largos y una camiseta, estaba parado con los brazos cruzados, sintiendo muchísimo frío.

“Uff, qué frío. La última vez no hacía tanto frío.”

Cho permaneció callado, con dolor de cabeza por la inteligencia selectiva de su pareja. Era diciembre. La vez anterior que vinieron fue en abril. ¡Era lógico que hiciera frío!

“Maldita sea, sí que hace frío” el que era lento para sentir las cosas se acercó a pegarse al más pequeño.

“¿Trajiste abrigo extra, Cho?”

“No.”

“Nong Cho, Phi tiene frío.”

“Qué pena” la respuesta fue totalmente indiferente.

“Soy tu esposo, Nong Cho” el mayor lo miró con ojos redondos. Antes era lindo, pero ahora ya no tenía nada de lindo.

“Pronto vamos a terminar de todos modos.”

“Espera un momento.”

Cho se encogió de hombros. Vio su maleta en la banda transportadora y fue a recogerla. Al ver al oso grande parado con los brazos cruzados temblando, no pudo evitar abrir su maleta y darle otro abrigo. Aunque le quedaba apretado en los brazos y casi se rompía, mejor eso que nada.

Cho nunca había estado en Tokio antes, pero había estudiado y planeado muy bien el viaje. Ya tenía las tarjetas de tren preparadas. Esperaba que el viaje fuera tranquilo, pero como tenía a alguien pegado, tuvo que correr a comprar otro boleto de tren.

Después de resolver lo de los boletos, subieron al tren que iba del aeropuerto al centro. Cho estaba tan fastidiado que ni quería prestarle atención al de al lado, así que sacó su cámara para revisarla. Esta vez

había traído una *mirrorless* pequeña con dos lentes, porque no quería cargar con una *DSLR* grande.

En cuanto se escuchó el anuncio en japonés, el tren empezó a moverse. Al ver las vistas de la ciudad tan limpia y ordenada, el peso que había cargado durante todo el camino empezó a desaparecer.

Cho recordaba que la primera vez que vino con Phi Bear había sido increíble. El clima, la belleza del paisaje, la comodidad y, sobre todo, la mano que sostenía la suya estaba muy cálida.

Pensándolo bien... si no hubiera sido por Phi Bear en ese entonces, probablemente nunca habría tenido la oportunidad de venir.

De hecho, desde que se graduó, si no hubiera sido por Phi Bear ayudándolo con el trabajo, no habría llegado hasta donde estaba ahora. Si no lo hubiera cuidado, no sabría cómo estaría hoy. Por eso, si iban a terminar... Cho quería demostrarle que él también podía estar solo.

Bear miró al chico que solo miraba por la ventanilla del tren. En realidad no había querido venir porque tenía muchísimo trabajo, pero lo había seguido porque estaba preocupado. Conocía muy bien a Cho. El chico hablaba inglés más o menos y japonés nada. Su capacidad de sobrevivir era cero, pero aun así se había atrevido a venir solo.

“Ven, dame eso” el mayor le quitó la maleta que el menor tenía en las piernas y la puso en las suyas al ver que el otro no podía mover bien los brazos.

“No es necesario” Cho negó con la cabeza.

Se había preparado muy bien porque sabía que tendría que depender de sí mismo todo el mes. Había elegido una maleta de mano no muy grande, una mochila para documentos y cosas necesarias, una bolsa pequeña para la cámara y había practicado el idioma suficiente para comunicarse.

Cho sabía que Phi Bear pensaba que no se las podría arreglar solo, pero él creía que se había vuelto mucho más fuerte.

“Qué frío” el que llevaba el abrigo que no le quedaba bien se frotó las manos y luego, sin pensarlo, metió la mano dentro de la ropa del otro para sentir el calor de su piel.

“Oye...” Cho le agarró la mano grande con fuerza.

“Déjame calentarme un poco, tengo las manos heladas” dijo el hombre grande con una sonrisa traviesa.

“Es indecente, sácala” Cho le golpeó el brazo y sacó la mano fría de su abdomen. Luego se le ocurrió algo.

“¿Quieres que te sople?”

“Claro” el mayor se sorprendió bastante, porque llevaban varios meses sin tocarse así.

Cho sonrió, tomó la mano gruesa y la puso frente a la cara del mayor, soplando aire caliente.

“No te lavaste los dientes” el que inhaló profundamente hizo una cara de asco. El menor se rió aún más.

“¿Acaso tienes un perro muerto en la boca?” Bear apartó la mano del chico que estaba haciendo travesuras. Antes era lindo, limpio y fresco. Ahora era terco y fastidioso.

“¿Cuántos ves que tengo? Cuéntalos” el acusado de tener aliento de perro abrió la boca bien grande para enseñársela y recibió un empujón en la cara.

“Qué asco de verdad.”

Cho se rió con ganas. Antes de que pudiera seguir molestando, el mayor se movió incómodo.

“Sí, Phi Yu” Bear contestó el teléfono inmediatamente cuando vibró. Cho le golpeó la mano rápidamente.

“No hables por teléfono en el tren, es de mala educación.”

“¿Y qué quieres que haga?” el mayor frunció el rostro porque era una llamada de trabajo.

“Sal al pasillo y habla allá” Cho señaló el vagón siguiente que tenía el símbolo de teléfono y baño.

El hombre oso se levantó y caminó abriéndose paso entre la gente.

“Tenía tanto trabajo y vienes a complicarte” el menor negó con la cabeza y miró la espalda ancha que se alejaba.

Cho estaba seguro de que había hecho bien la tarea. Había elegido un hotel cerca de la estación. Solo tenía que bajar en la estación de Akihabara, salir por la salida 3 y ya estaba.

“Podemos ir a donde quieras, pero primero déjame comprar ropa rápido” Bear agarró el hombro del chico pequeño y señaló una tienda de ropa, porque tenía tanto frío que estaba temblando. Las dos mudas que trajo no aguantaban este clima.

Cho caminó detrás, riéndose por dentro al ver al oso barbudo grande corriendo a la tienda de ropa por el frío.

“Tengo los huevos congelados” se quejó Bear, mirando la pantalla de su teléfono que marcaba las diez de la mañana. Decía que estaba a 10 grados, con un poco de sol, pero mucho viento.

“¿Qué? ¿Por qué me miras con cara de asco?” preguntó Bear al ver que el otro lo miraba entrecerrando los ojos. Llevaban años durmiendo juntos y ahora lo miraba como si no lo conociera.

Bear agarró ropa al azar y la echó en la canasta.

“Ve a traerme calzoncillos” le dijo al menor mientras cargaba la pila de ropa para pagar. En realidad quería probarse la ropa, pero tenía miedo de que el travieso lo dejara solo.

“¿Qué talla?” preguntó Cho con cara seria.

El que ordenaba se acercó y le habló al oído:

“Ya sabes qué tan grande es.”

“No sé, hace mucho que no lo usas, tal vez se encogió” Cho lo miró de la barba hasta la entrepierna. Antes no era así.

“Niño pervertido.”

“Digo que estás más gordo. La cintura te ha engordado mucho” se quejó Cho, pero aun así fue a buscar lo que le pedía.

El plan de llegar al hotel a dormir una siesta se convirtió solo en un sueño.

El hotel permitía el check-in a las dos de la tarde. Cho, que creía haber hecho bien la tarea, dejó las maletas en el lobby con cara triste porque tenía mucho sueño. El otro se sentó en el sofá frente al mostrador a cargar la batería de la laptop y trabajar como si nada.

“Vuelve a trabajar. ¿Para qué viniste a complicar todo?” dijo el que planeaba seguir paseando.

“Ser tailandés significa ser libre libertad”, puedo estar donde quiera, respondió Bear, pero sus manos seguían trabajando.

“Como sea” el menor suspiró. **“Entonces me voy, ¿Ok?”** Cho pensó en comprar un café e ir según su plan.

Bear levantó la vista de la pantalla. Quería decirle que se fuera, como siempre, pero cerró la laptop, la guardó en la mochila y lo siguió.

“Voy contigo.”

“Si no terminas el trabajo, no me eches la culpa después” el menor decidió caminar delante, salió del hotel, revisó el teléfono para ver el siguiente destino y entró a la estación de tren.

Bear miró la espalda de la persona que veía todos los días. Caminó detrás del chico más pequeño, que iba concentrado mirando el mapa y los trenes que llegaban. Subió a un tren con algo de nervios, a veces volteaba a mirarlo como buscando ayuda, pero luego decidía seguir adelante sin mirar atrás.

El hombre grande suspiró. Era cierto que últimamente no pasaban mucho tiempo juntos. Hoy, al mirarlo fijamente, sentía que veía a Nong en una dimensión diferente. Aun así, le molestaba lo terco que se había puesto.

Cuando dijo que se iría de viaje solo, Bear pensó que solo estaba buscando atención como siempre. Pero al ver el boleto, se dio cuenta de que iba en serio. Y lo había seguido porque estaba preocupado; no sabía si se las podría arreglar solo.

“¿Qué te pasa por la cabeza para querer venir solo? ¿No podías esperar a que terminara mi trabajo?” Bear se sentó en el asiento de al lado.

Cho se volvió a mirar al hombre alto con el que antes se tomaban de la mano. Ahora solo les quedaban ganas de pellizcarse.

“Phi Bear, hablo en serio con lo de terminar.”

“¿Te acuerdas del trato?” Bear bajó la mirada hacia los ojos detrás de los lentes y le recordó el pacto que habían hecho...

“Quien diga que quiere terminar primero es un perro” Cho recordaba muy bien ese trato.

“Está bien, acepto ser perro. Es lindo.”

Bear levantó una ceja y añadió: **“Y el otro trato: quien termine primero quedará discapacitado.”**

“Acepto quedarme discapacitado” el menor levantó las cejas y luego le dijo al quejumbroso: **“Phi Bear, si quedas discapacitado, ten cuidado porque las chicas no te van a querer.”**

Cho hizo una mueca y luego volvió a decir: **“Entonces, antes de quedar discapacitados, este mes amémonos bien antes de terminar.”**

Bear suspiró, cansado de las demandas de atención que cada vez eran más fuertes. De solo hacer berrinche y escaparse solo, ahora quería terminar sin razón. Le molestaba, así que levantó el meñique.

“Está bien, treinta días, ¿no?”

“No” el más pequeño movió el dedo índice de un lado a otro.

“En quince días Phi ya tiene que regresar.”

Bear parpadeó confundido, todavía sin entender lo que el otro intentaba decirle. Solo sabía que Nong Cho había comprado el boleto a principios de mes y regresaría a finales.

“Phi Bear no tiene visa” Cho le clavó el dedo índice en el pecho ancho.

“Maldita sea...” Bear maldijo. Antes de que pudiera decir algo más, su teléfono volvió a sonar. Esta vez era un mensaje de una compañera de trabajo, así que lo abrió rápidamente.

Cho no tenía intención de leerlo, pero estaba justo en su campo de visión.

KKwan: ¿Ya llegaste? ¿Hace frío?

KKwan: No olvides traerme un recuerdo, ¿eh?

Bear: Claro que sí.

Cho apartó la mirada del chat en la mano de su pareja. No pudo evitar pensar que si él pedía un recuerdo, solo recibiría una respuesta seca. Ver lo rápido que contestó ese mensaje lo irritó aún más.

Cuando era él quien le escribía... nunca respondía tan rápido.

Cho miró la pantalla junto a la puerta que indicaba que la siguiente estación era Ueno. Al principio no pensaba bajar, pero cuando se abrieron las puertas, se levantó y salió corriendo.

Bear, que estaba concentrado en el chat, no alcanzó a seguirlo a tiempo. La puerta se cerró justo frente a su cara...

Cho se quedó mirando al hombre que estaba parado al otro lado de la puerta del tren. Solo los separaba la puerta, pero parecía estar a kilómetros de distancia mientras el tren comenzaba a alejarse del andén.

“¡Cho! ¡Oye, Cho! ¿Este tren adónde va?”

“Train to hell” respondió Nong Cho con una dulce sonrisa.

“Hijo de...”

Día 2

Frente al santuario de las galletas del Gran Buda

Ayer, el oso humano fue abandonado en el tren y terminó en quién sabe dónde durante la tarde helada. Por suerte, el pocket Wi-Fi que llevaba estaba conectado al teléfono de Cho. Gracias a que el celular aún tenía batería completa, pudo activar el roaming, comprar datos y llamar a la persona que se había atrevido a dejarlo tirado.

Pero eso fue todo... porque por más que llamó, nadie contestaba. Afortunadamente, las habilidades de supervivencia de Bear eran excelentes, así que bajó en la estación siguiente y tomó el tren de regreso.

Sin embargo, los trenes japoneses no son tan simples: no siempre puedes volver por la misma vía. El oso humano se perdió en el otro extremo de la ciudad porque el tren que tomó era un expreso que no paraba en todas las estaciones. Para cuando logró orientarse, ya había avanzado casi una hora.

Al final, decidió abrir el mapa en su teléfono y buscar una nueva ruta de tren para llegar a la estación. Los trenes japoneses, como era de esperarse, no decepcionan: hay subterráneos, elevados, trenes del gobierno y de empresas privadas. Aunque el destino tenía el mismo nombre, las estaciones y las salidas estaban a casi un kilómetro de distancia.

El mayor caminó hasta que le dolieron los pies y regresó al hotel. Marcó el número del sinvergüenza hasta que el teléfono casi se quema. Justo al completar la centésima llamada, la otra persona contestó.

“Eres un sinvergüenza... eres un grandísimo sinvergüenza” dijo Bear parado frente al mostrador del hotel, suponiendo que Cho ya había subido a la habitación.

[**¿Quién habla? No te conozco**] se escuchó una risa traviesa al otro lado de la línea.

“Baja a recibirme. Hace un frío de mi mierda y estoy agotado” Bear no tenía ánimo para pelear, realmente estaba muy cansado.

[**Debes ir a otro hotel, Nong reservó una habitación para dormir solo**] respondió el menor mientras rodaba por la cama.

“En el correo decía que era una habitación con cama individual que podía acomodar hasta dos personas” repitió Bear lo que había leído en el email. Desde el principio le había parecido extraño que Cho reservara una cama grande tan cara.

“¿O reservaste pensando en alguien más?” preguntó Bear con voz calmada. Eso solo hizo que el chico travieso se riera más.

[**Bueno, siempre hay que tener opciones, uno que está soltero y solo...**]

“Cho, estoy cansado” se rindió. Solo quería subir, ducharse con agua caliente y dormir.

Cho escuchó la voz al otro lado y soltó un largo suspiro. Se levantó, tomó la llave y bajó. Vio al oso humano parado afuera, tiritando tanto que hasta su bigote parecía congelado. Afuera ya estaba empezando a nevar.

“¿Dónde fuiste?” preguntó el menor fingiendo inocencia cuando entraron al ascensor. Disimuladamente tocó con el dedo la oreja enrojecida del mayor por el frío. Eso fue suficiente para que Bear lo cargara.

“¡Ey! ¡Oye!”

Bear lo cargó sobre su hombro y lo sacudió. No quería usar fuerza bruta, pero sí quería desquitarse un poco.

“¡Phi Bear!”

“¿Quieres probar de verdad, eh?!”

“¡No, no, no!” Cho gritaba. Tenía miedo de caerse, así que se aferró a los hombros del mayor.

“Estás haciendo mucho ruido, la gente va a quejarse” dijo Bear, molesto, y lo cargó hasta la habitación. Lo obligó a abrir la puerta y lo lanzó sobre la cama. Amortiguó un poco la fuerza porque no quería lastimarlo, pero el sinvergüenza solo se rió divertido.

“Qué violento. Me gusta” Cho se burló del oso con cara de enojo, pasó sus brazos delgados alrededor del cuello de su amor y lo abrazó fuerte. Recordó que si esto hubiera pasado antes, seguramente habrían terminado en la cama.

Pero ahora, al mirarse a los ojos... soltó los brazos del cuello grueso y empujó suavemente al grandote.

“¿Qué? ¿Pensaste que sí iba a pasar?” Bear sonrió burlón.

Cho lo miró con fastidio y se levantó, evitando la cara barbuda de su Phi.

“No quiero” dijo el más pequeño, cubriéndose la boca con la mano antes de darse la vuelta y empezar a guardar sus cosas en la maleta que estaba abierta junto a la cama.

“¿Qué haces?” preguntó Bear al verlo empacar.

“Phi, duerme aquí. Yo voy a buscar otra habitación.”

Bear frunció el ceño con fuerza, sin entender nada.

“¿Qué te pasa? ¿Por qué no podemos dormir juntos?” Bear pensó que Cho estaba empezando a ser cada vez más molesto.

Tanto huir, tanto hablar de romper... Bear había venido porque estaba preocupado y quería cuidar la relación. Sabía que últimamente no habían salido mucho juntos. Pero viendo todo lo que Cho hacía, nada parecía indicar que la situación estuviera mejorando.

“Estoy cansado, Phi. Tú roncas” dijo Cho con sinceridad.

“¿Acaso ronco a propósito?” hoy Bear estaba cansado y enojado, pero intentaba mantener la calma lo más posible.

Últimamente peleaban cada vez más, pero nunca hablaban en serio. Cho solía alejarse o manejar sus emociones solo porque no quería discutir (*le afectaba la salud mental*). Esta vez Cho solo suspiraba. Sabía que su Phi no lo hacía a propósito, pero simplemente no podía dormir.

“¿Y mañana a dónde vamos?” preguntó Bear mientras el otro arrastraba su maleta fuera de la habitación. Él también estaba demasiado cansado para seguir peleando.

“A Kamakura.”

“¿A qué hora?”

“A las seis.”

“Entendido” murmuró Bear, pero aun así configuró la alarma en su teléfono.

“Tú no tienes que ir, yo voy solo” dijo Cho. De todos modos, siempre había planeado ir solo.

“Ah...” respondió el mayor con desgano mientras Cho salía de la habitación.

Bear, exhausto, se dejó caer en la cama. No quería quejarse más, así que abrió su laptop y se puso a trabajar en lo que tenía pendiente.

La persona que había dicho que saldría a las seis de la mañana se demoró eternamente arreglándose. Para cuando revisó que todo estuviera en la maleta ya eran más de las seis y cuarto. Planeaba comprar algo de comer en la tienda de conveniencia y desayunar en el tren. El plan del día era caminar tranquilamente, disfrutar la ciudad, tomar fotos y parar en cafeterías hasta llegar al Gran Buda.

No había prisa.

“Ah...”

Cho bajó y se encontró con el oso humano ya sin bigote, sentado en el sofá frente al mostrador. Lo vio concentrado mirando su tablet. Al principio pensó en no llamarlo, pero si lo dejaba... se sentiría culpable como ayer.

“**Dijiste a las seis, ya son las seis y quince**” dijo Bear al verlo bajar. En realidad había pensado subir a buscarlo, pero no sabía en qué habitación estaba.

“**¿Phi, vas a ir también?**” Cho metió las manos en los bolsillos de su abrigo gris y miró el cielo despejado afuera antes de mirar al hombre que antes decía que viajar era perder tiempo de trabajo.

“**Vine hasta acá**” Bear se levantó y se estiró.

Anoche había dormido casi seis horas. Era un buen récord para los últimos seis meses, ya que normalmente dormía menos de cinco horas.

Cho lo miró de arriba abajo. Hoy se había afeitado y peinado. Se veía realmente guapo. Cho lo observó bien, recordando que antes le había pedido que se quitara el bigote.

“Te ves bien sin bigote. ¿Te dio vergüenza con las chicas japonesas?” bromeó Cho antes de salir.

El pronóstico del tiempo decía que habría sol y nada de nieve, así que estaba tranquilo.

“Sí, claro. Subí al tren y me miraron como si fuera un bicho raro” dijo Bear siguiéndolo y rascándose la cabeza avergonzado.

Al ver a la gente local tan bien arreglada, con el cabello ordenado y sin bigote, se sentía como un hombre de las cavernas.

“Cho también se ve muy bien vestido” comentó Bear mirando al que caminaba delante.

Hoy Cho llevaba un gorro de lana y un abrigo largo. Si no hablaba, parecía un local. Se veía lindo y armonioso.

“Es que soy lindo” Cho se dio la vuelta riendo.

“Lindo, mis narices.” Bear frunció el ceño, dispuesto a seguir bromeando, pero el chico pequeño se volvió hacia él con una mirada distinta a la de siempre.

“Para ti nunca he sido lindo.” Cho volvió la vista hacia adelante y, antes de que el otro pudiera decir algo, se desvió hacia la tienda de conveniencia.

“¿Y para ti? ¿Soy guapo?” Bear lo provocó, viendo que de repente estaba de mal humor.

Esta vez Cho se detuvo, lo miró fijo y luego sonrió.

“Con esa cara de oso salvaje, ¿cómo se te ocurre preguntar eso?”

Bear se encogió de hombros y miró la espalda delgada. Tenía una expresión de cansancio, pero tomó la canasta para ayudarlo. Al ver la mirada detrás de los lentes, recordó cómo era Cho antes. Aunque ahora... parecían dos personas que ya no eran tan cercanas como antes.

Cho dejó su mal humor atrás y se emocionó al ver comida desconocida en la tienda. Sus manos blancas metían todo a la canasta: pan, arroz, pollo frito, salchichas... todo.

“Phi, no puedo leer, pero se ve delicioso” dijo mientras miraba las comidas preparadas. No sabía qué eran, pero quería probarlas.

“Es mucho. ¿Te lo vas a comer todo?” preguntó Bear mirando la canasta llena. No sabía si era para comer o para enterrar.

“No sé, se ve rico” el menor seguía mirando los estantes.

Para Cho, ya que estaba en Japón, tenía que probarlo todo. Y lo que el chico pequeño encontraba rico era...

“Puaj, está salado” Cho escupió lo que había mordido en la misma bolsa de plástico que traía.

A las siete y media ya estaban sentados en el tren rumbo a Kamakura, ciudad patrimonio de la humanidad. Mientras más se alejaban de la ciudad, menos gente había. Cho aprovechó para sacar una salchicha en empaque pequeño y probarla.

En los trenes Shinkansen se puede comer comidas grandes, pero en los normales hay que respetar a los demás pasajeros. Sin embargo, si hay poca gente y solo comes pan, onigiri o café y no molestas con el olor, está bien.

“Sí, está muy salado” coincidió Bear. Mordió una salchicha y sintió que le llegaba hasta los riñones.

“¿Cuál será la tasa de enfermedad renal en este país?” el mayor tomó un gran sorbo de agua y le pasó uno de los dos onigiri que había comprado al que tenía cara de decepción.

“Toma este.”

“Gracias” Cho se despidió mentalmente de su sueño gastronómico, tomó el onigiri y se quejó mientras comía:

“¿Por qué en Tailandia sabe mucho mejor?”

“Hmm, es verdad.”

Hace diez años Bear recordaba que también habían dicho lo mismo. Era como un *déjà vu*, pero ya no se conocían como antes.

El menor comía su onigiri mientras miraba el paisaje. Era bueno haber salido temprano, antes de que hubiera mucha gente. Si hubieran salido más tarde en hora pico, habrían quedado aplastados como sardinas en lata.

“Phi, parecen niños de preescolar en excursión” Cho, emocionado, sacudió el brazo de su compañero cuando el tren se detuvo en una estación de las afueras y subieron muchos niños pequeños con lo que parecían sus maestras.

Bear iba a levantarse para cederle el asiento a un niño con gorro amarillo, pero Cho lo detuvo.

“Aquí los niños no se sientan, creo.”

“Ah... es cierto” el mayor recordó una experiencia anterior.

La vez pasada se habían levantado insistentemente para ceder asientos a niños y todos los miraron raro. Después se enteraron de que la cultura aquí es muy diferente a la de Tailandia.

“Si hay asiento, se sientan. Si no, se quedan parados” explicó Cho viendo a los niños sentados ordenadamente. Por suerte el vagón no estaba lleno. Los niños con mejillas redondas, uniformes azules y gorros amarillos se sentaron tranquilamente, sin subir los pies a los asientos ni empujarse.

“Este país es increíble de verdad” comentó el menor sonriendo.

“El jefe de mi Phi dijo una vez que en el mundo hay tres tipos de países: los desarrollados, los en vías de desarrollo y los subdesarrollados. Japón es Japón, no entra en ninguna categoría.”

El que escuchaba parecía no entender del todo, pero en realidad sí entendía, aunque no sabía por qué.

“みんな、準備いいですか。(¿Minna, junbi ii desu ka?/¿Todos listos?)” preguntó la maestra sosteniendo una bandera, con tanta atención que hasta los que miraban sonreían sin querer.

“Yeeeeii...”

No entendían ni una palabra, pero sonreían igual.

“はい (Hai/Sí)” dijo Cho imitando y asintiendo con fuerza como si entendiera. Luego empujó al de al lado.

“Phi, tú quieres tener hijos, ¿verdad?”

“Bueno... sí...” respondió Bear con honestidad. Cho ya lo sabía desde hacía mucho.

“Yo no puedo tenerlos. Entonces seré el tío que cuide a los hijos de Phi Bear” Cho se volteó y le sonrió ampliamente. Antes pensaba que no era bueno con los niños, pero conforme pasaba el tiempo se daba cuenta de que los niños eran lo que hacía más lindo al mundo.

“Cho...” lo llamó Bear, pero el menor ya no le prestaba atención.

“Phi, esto es Yokohama. Si sales caminando puedes ver el mar” dijo Cho emocionado cuando el tren pasó por una gran estación.

Bear miró y decidió no decir nada para no arruinar el ambiente.

“Controlan muy bien los tonos de la ciudad, y está limpio” Cho señalaba las casas que pasaban por la ventana.

“Cada ciudad tiene sus propias leyes de construcción, por eso no ves casas verdes o rosadas como en nuestro país.”

El que escuchaba se rió y le jaló la mano para mostrarle el gran puente que tenían enfrente. Se veía más emocionado que los niños de preescolar.

“¿Sabes Phi? Hace seis años ya pensaba que este país estaba muy avanzado” comentó Cho recordando el viaje anterior. Seis años habían pasado volando.

“Aún pueden avanzar más” dijo Bear mirando el paisaje.

“Qué bonito. Este tipo de país es el sueño de cualquiera, y los niños pueden vivirlo todos los días.”

“Claro...” Bear miró a los niños de preescolar.

“Pero también lo cambian por muchas cosas. Por ejemplo, los niños son presionados para asumir responsabilidades sociales, y las madres mismas cargan con la presión de la sociedad... una perfección de otro tipo.”

“Mm...” Cho se encontró con la mirada del otro. Después de comer bien, sentados hombro con hombro y con calorcito, mirando el paisaje, le dieron ganas de dormir.

“Puedes dormir veinte minutos. Cuando llegemos te despierto” dijo Bear dejando que el otro recostara la cabeza en su hombro. Miró la mejilla suave. Como hacía frío, el que tenía frío se acercó más.

“Cuando no estás portándote mal, eres lindo.”

Bear se recostó lentamente en el asiento, dejando que el tiempo pasara junto con el paisaje. Hacía cuánto no se sentía tan en paz...

En cuanto el tren anunció que habían llegado a destino, el que había dormido profundamente se despertó de golpe.

“¡Llegamos, llegamos!”

“Tranquilo, deja salir primero a los niños” dijo Bear, entre divertido y sujetando la mano del menor. Esperaron a que los niños bajaran y luego salieron tomados de la mano de la estación.

Aquí era muy diferente a las estaciones principales de la ciudad. La estación estaba decorada con madera, combinando con el entorno. Aunque era una ciudad antigua patrimonio de la humanidad, seguía teniendo todas las comodidades japonesas. El aire frío fuera del tren hizo que el que acababa de despertar se encogiera de hombros. Cho sonrió al tomar la mano de la persona a su lado.

“¿Podemos seguir tomados de la mano un rato más? Se siente calentito.”

Cho sabía que a Bear no le gustaba que la gente los viera, pero quería molestarlo un poco. Lo raro fue que esta vez la mano grande apretó la suya con fuerza y no la soltó como antes.

“Claro que sí” Bear metió la mano fría del menor dentro del bolsillo de su propio abrigo.

“¿Por qué hoy estás tan bueno, Phi?” preguntó el menor levantando la vista, sin entender. Sospechaba que Bear se había vuelto loco por el frío.

Bear también se sorprendió. *¿Por qué antes se había negado tanto a tomarse de la mano...?*

“¿No te va a regañar tu jefe por escaparte así del trabajo?” preguntó Cho.

Caminaban siguiendo los letreros hacia el Gran Buda, pasando por muchas casas y tiendas lindas, todavía tomados de la mano.

En realidad quería tomar fotos... pero quería más tomarse de la mano.

“Casi me corren” respondió el mayor con sinceridad.

Caminaban por el camino, admirando la arquitectura hermosa y extraña. Las casas eran pequeñas (*hasta los autos se veían pequeños*), cada una con árboles y jardines hermosos. Había restaurantes y cafeterías esparcidas por el camino.

“Es hermosísimo, parece de Studio Ghibli” dijo Cho mirando todo.

“¿Falta mucho?” preguntó el mayor jalándole la mano.

“Tres kilómetros. ¿Tomamos taxi? Te vas a cansar, y ya estás viejo.”

Bear frunció el ceño. La gente aquí caminaba mucho, pero si tomaban taxi tendrían que soltarse las manos.

“No. Vamos caminando. Así vemos quién es más fuerte.”

Para Bear, los treinta y tantos años... eran una tontería. Pero dejaría que Cho jugara un rato más.

“Claro, éste ‘Nong’ es más fuerte” Cho se rió tanto que cerró los ojos después de hacer el tonto chiste.

“¿Hablas de tí mismo?” el mayor apretó la mano mientras miraba al que sonreía con los ojos cerrados.

“Me refiero a mi pene.”

“Eres un degenerado” Bear suspiró, pero al final caminó riendo.

El Gran Buda que Cho quería ver estaba imponente en medio del templo. Se quedaron un poco lejos y rezaron pidiendo deseos.

“¿Qué pediste?” preguntó Bear al que aún seguía rezando. Había donado solo cinco yenes pero parecía estar pidiendo por más de un millón.

“No te digo. Si lo digo pierde poder.”

El mayor no insistió, sólo tomó el brazo del otro para dejar que más gente pudiera rezar.

“Antes aquí había un salón principal, pero hubo un tifón o algo así y solo quedó el Buda” explicó Cho.

Cho asintió porque ya había leído algo al respecto. Invitó a Bear a caminar alrededor del Buda y luego se sentaron a descansar un buen rato, viendo a estudiantes de secundaria dibujando. Después fueron a ver los souvenirs cerca de la salida.

“Tienes que comprar algo, Phi, porque te vas antes” dijo Cho sonriendo. Pero cuando vio que todo eran figuras del Buda...

“Eh...”

Bear se rió al ver al menor agachado tomando unos calcetines con la cara del Gran Buda.

“En Japón la mayoría de la gente no es religiosa. Y aunque lo sean, no son tan apegados a los objetos.”

“Esto ya es demasiado” dijo Cho riendo. Vio galletas con la cara del Gran Buda y quiso comprar para su mamá, pero temió que no las comiera pensando que estaba profanando.

“Compra para tus compañeros de trabajo. Esto solo se consigue aquí” Cho señaló a *Hello Kitty* disfrazada de Gran Buda y levantó las manos para rezar.

“Pido un deseo al Gran Buda Kitty.”

“Estás exagerando” dijo Bear mirando al chico y riendo.

“Entonces pidamos al Buda de las galletas. Hay una bandeja entera. Es como pedir doce veces de una sola vez.”

“Loco” el mayor sacudió la cabeza del chico mientras reía. No esperaba que realmente rezara tan en serio.

Su actitud seria al rezar se veía tan tonta y graciosa que hasta los estudiantes de secundaria cercanos se voltearon a reír. Cho se avergonzó, pero cuando miró a los ojos de su Phi, pidió en voz alta para que el otro también escuchara:

“Pido que terminemos bien, que Phi sea feliz en el futuro y que Nong también sea feliz y rico.”

Luego sacudió el brazo del mayor. **“Ahora tú, Phi.”**

Bear soltó un largo suspiro. Miró los ojos detrás de los lentes del otro y dijo:

“Si puedo pedir algo, pido que no terminemos.”

Día 3

Probando ser un salaryman japonés

Hoy Cho dijo que irían a ver la estatua del perro Hachiko en la estación de Shibuya. Luego cruzarían el famoso cruce lleno de gente, se tomarían un café en el Starbucks de la intersección, comerían sushi en una banda transportadora y después continuarían caminando hacia Harajuku.

Bear se despertó temprano y se encontró con que la persona que estaba esperando se levantó casi a las siete, aunque habían quedado a las seis de la mañana.

“Vienes cojeando, ¿eh?” dijo Bear saludando a la persona que caminaba con las piernas claramente cansadas, aunque con la cara fresca y alegre.

“Ayer revisé y caminamos veintinueve mil pasos”, presumió Cho mostrando el reloj que contaba los pasos del día anterior.

“Récord nuevo, eh”, respondió Bear levantándose y estirándose mientras observaba a la otra persona que se agachaba para masajearse las piernas y sonreía.

“Mis piernas ya ni parecen piernas.”

“¿Y aún quieres seguir?”

“Claro que sí, vinimos a pasear”, contestó el menor antes de empezar a caminar.

Bear solo pudo suspirar. Hoy le tocaba, como siempre, seguir caminando detrás. Recordaba que antes era él quien hacía los planes y llevaba al menor de paseo. Ahora estaba viendo a Cho en modo líder. En algunos momentos se detenía, confundido, revisando el celular y el mapa del tren.

“¿Quieres que te ayude?” preguntó Bear sacando el mapa de papel que había tomado del hotel. El sistema de trenes de Tokio era muy diferente al de Kyushu, donde habían estado antes. Las líneas se entrecruzaban como una telaraña y resultaba confuso.

Cho hizo una mueca. Fue entonces cuando se fijó en que las ojeras del mayor eran muy marcadas, como si no hubiera dormido.

“Tus ojos parecen de panda.”

Anoche Bear había trabajado hasta casi las dos de la mañana. Aunque estaba de vacaciones, algunos trabajos no podían esperar, así que tuvo que terminarlos para poder disfrutar del viaje sin complicaciones. Tampoco quería cargar la laptop a todos lados.

“Si quieres, iré solo desde aquí”, dijo Cho, porque el lugar no estaba lejos de Shibuya; solo tomaría unos cuarenta y cinco minutos en tren.

Había planeado caminar por la ciudad, tomar fotos, comer sushi en banda transportadora, sentarse tranquilamente en una cafetería y, cuando oscureciera, volver para editar fotos y subirlas a su stock. No tenía prisa y pensaba que no se perdería.

“Me preocupo”, respondió el mayor suspirando, porque sabía que si lo dejaba ir solo, probablemente no contestaría las llamadas y no le diría dónde estaba.

El menor hizo una cara extraña y negó con la cabeza, como si no lo creyera.

“¿Preocuparte por qué? Antes nunca te preocupabas.” La mano delgada tocó suavemente el pecho ancho del mayor.

“Además... ya tengo casi treinta años. Estoy bien.”

“Esto no es como en Tailandia.”

“Es mucho más seguro que en Tailandia.”

Cho hizo un puchero y la mano grande le apretó las mejillas con fastidio. Bear se molestaba aún más porque el otro presumía, a pesar de que en el pasado, cuando iba solo a centros comerciales, siempre terminaba llamando quejándose.

“¿No tienes miedo? Normalmente no vas a ningún lado si no voy contigo.”

“¡Qué pesado!” Cho negó con la cabeza. En los últimos seis meses había viajado solo muchas veces, así que no iba a quejarse ahora.

Bear suspiró profundamente ante la terquedad del menor. No le importaron las negativas ni los empujones; simplemente tomó del brazo al más pequeño y lo hizo caminar cuando vio un restaurante cerca de la estación. Esa mañana hacía mucho frío y Bear había bajado a esperarlo hacía rato, así que tenía mucha hambre.

“¿Comemos aquí? Desayuno.”

Cho, que estaba haciendo cara de disgusto mirando el menú de ramen y gyoza, tragó saliva.

“Con tal de que no esté muy salado”, dijo el menor y entró al pequeño local de ramen en un callejón. Por más que estuviera molesto con su Phi, el hambre siempre iba primero.

Pero el ramen que pidió al azar...

Cho entrecerró los ojos al dar un buen sorbo a la sopa, esforzándose por sonreír cuando el señor que la preparó lo miró con esperanza.

Bear soltó una carcajada; sabía que a su Nong le gustaba la comida suave o picante, pero no toleraba los sabores fuertes, como lo ácido o lo demasiado salado, así que le acercó el plato de verduras salteadas que había pedido.

"Toma, cambiemos. Esto no está salado."

"Qué raro que estés siendo tan amable", dijo Cho mirándolo con desconfianza, pero lo aceptó, lo probó y luego echó un poco de polvo de chile sobre el arroz. Miró alrededor y vio que a las ocho de la mañana ya empezaban a llegar empleados de la zona a desayunar.

"La gente aquí come bastante, ¿eh?" comentó Cho sobre el set de comida que pidió: un pequeño tazón de arroz, verduras salteadas, huevo cocido y varios acompañamientos. Era mucho más de lo que normalmente comía un tailandés, pero todos los que se levantaban terminaban sus platos.

"¿Quieres pollo frito también?" preguntó Bear al ver que el menor miraba el pollo frito de la mesa de al lado.

"No me lo voy a terminar."

"Si no te lo terminas, pásamelo."

"Se me olvidaba que tienes una máquina trituradora", dijo Cho asintiendo y pidió un plato pequeño de pollo frito adicional.

"Voy a engordar por esto mismo, comes un poquito de todo, y lo que sobra, ¿quién se lo come?"

Cho se rió del reproche y agitó la mano.

"No engordas... eres como un osito... a Cho le gusta."

“Ya no se me ven los músculos.” Bear lo miró fijo mientras masticaba.

“Bah, ya volverás a ponerte en forma. Igual ahora estás tan guapo que las chicas se derriten.”

“La gente aquí come mucho almidón.” Comentó Bear sobre el set de ramen de su Nong, que además traía arroz frito.

“Cierto, ¿dónde se ha visto ramen con arroz frito? ¡Puros carbohidratos!” Dijo el menor al ver que Bear lo había pedido sin pensarlo demasiado.

“Esto está rico”, dijo Cho y le dio un trozo de daikon encurtido para que probara.

Bear abrió la boca y recibió lo que le daba el menor. Se miraron un momento... y luego se quedaron en silencio, como si el ambiente de hace un rato no hubiera ocurrido.

Bear observó a la persona que ahora comía más que antes pero que no había engordado. Su figura seguía siendo como la de Cho a los diecinueve años, solo que ahora se quejaba tres veces más. Aquí se quejaba menos y, de hecho, hablaba mucho menos. A veces se quedaba callado y pensativo, como si tuviera muchas cosas en la cabeza.

Nunca había visto a Cho así.

Después del pesado desayuno, los dos salieron.

El día anterior habían llegado a Shibuya casi a las nueve. El tren de la línea verde claro que rodeaba la ciudad iba tan lleno como una lata de sardinas. Se sentía aplastado, pero también lo tomó como una buena experiencia.

“Tú trabajas desde casa, por eso subes al BTS en Tailandia. Es lo mismo.”

“No es lo mismo. Tú eres alto y puedes respirar aire puro, yo soy bajito”, dijo Cho caminando y quejándose, con la cara torcida, haciendo reír a la gente.

“Eres bajito”, respondió Bear burlón, lo que hizo que el otro inflara las mejillas.

“Sí, soy bajito, por eso solo huelo pies.”

Bear soltó una carcajada, le revolvió el cabello al menor y lo molestó:

“¿Tú también hueles a tortuga? ¿Te bañaste?”

A la persona que no le gustaba bañarse por la mañana se le arrugó la frente antes de responder:

“Aunque no me bañe, me echo perfume.”

Bear no supo si reír o seguir regañando, así que siguió caminando hacia la salida. El menor quería ver la estatua del famoso perro Hachiko, que esperaba a su dueño todos los días aunque este hubiera muerto.

“¿Este es Hachiko esperando a su dueño?” preguntó Cho parándose frente a la estatua del perro Akita cerca de la salida de la estación.

Por lo que se veía, había bancos y parecía ser un punto de encuentro popular.

El más pequeño levantó la cámara y tomó fotos desde varios ángulos antes de quedarse mirando en silencio.

Bear recordaba que habían visto juntos la película de Hachiko. En ese entonces Cho lloró a mares. Todavía era muy dulce y se acurrucaba para que lo consolaran. Ahora era al revés...

“No vayas a llorar, me daría vergüenza”, dijo Bear a la persona que metía las manos en los bolsillos de la chaqueta por el frío y que luego se volvió con los ojos enrojecidos.

“¡Huuu, Phi Bear!”

“¿Qué?” Bear sabía que estaba fingiendo, así que se rió, pero le permitió acurrucarse. Cuando se aburrió, el menor se apartó por su cuenta.

“Phi Bear, ¿qué crees que pensaba Hachiko cuando venía a esperar a su dueño todos los días, aunque este nunca regresara?” preguntó Cho hace varios años a la persona que lo abrazaba por detrás.

Estaban en el sofá cama frente al televisor en la pequeña casa que acababan de comprar. Bear acariciaba el cabello de quien lloraba con los ojos rojos.

“Probablemente tenía esperanza de que algún día regresaría. Hoy pierde la esperanza, mañana la recupera.”

Cho se giró a mirar a la persona que le sonreía. Los brazos delgados rodearon el cuello del mayor.

“Phi Bear no me dejaría esperando así, ¿verdad?”

Bear se rió y respondió:

“¿Quién se atrevería? El perrito de la casa es demasiado lindo.”

“¡Soy una persona!” contestó el menor antes de enterrar la cara en el hombro del mayor.

Cho dio varias vueltas hasta conseguir asiento en el Starbucks de la intersección de Shibuya, en el piso superior del edificio. Quería el mejor ángulo para tomar fotos. Finalmente consiguió un asiento en medio, con vista panorámica al cruce a través del vidrio. Preparó la cámara, pero había muchas nubes, así que quería más luz natural.

“Quédate reservando el lugar. Voy a comprar café.”

“¿Sabes pedir?” preguntó Bear, sabiendo que el menor a veces ni siquiera hablaba bien el tailandés.

“Ya verás”, dijo el que llevaba lentes sonriendo ampliamente y se fue. Al final consiguió dos bebidas calientes pulsando botones. No sabía si coincidían exactamente con el menú, pero estaban calientitas.

Cho se sentó a mirar el flujo constante de gente mientras sorbía su café y tomaba fotos sin parar. Bear, por su parte, bajaba la cabeza trabajando en su tablet. Escuchaba el sonido suave del obturador del menor. Poco después se detuvo.

“¿Ya tomaste muchas fotos?” preguntó Bear levantando la vista y acercándose a ver las fotos que el menor estaba seleccionando.

Si comparaba a Cho cuando recién empezaba a usar la cámara con el Cho de ahora, era como comparar un niño de preescolar con un profesional. Cuando le enseñó los básicos, Cho ni siquiera entendía el concepto de apertura del diafragma.

“Ya casi cien.”

“Has mejorado muchísimo”, dijo Bear refiriéndose al stock de fotos del menor. Había revisado el más reciente hace unos meses y escuchó que ganaba casi tres mil dólares al mes.

Cho negó con la cabeza. Se sentó, tomó un sorbo de café y miró de reojo la pantalla del mayor. Era un proyecto que no entendía.

“¿Estás trabajando?”

“Hmm, respondiendo correos.”

Bear trabajaba como *Head Developer y System Analyst* en una empresa de software. Su labor era gestionar las tecnologías que usarían los programadores, supervisar los proyectos y revisar los resultados generales. El año pasado solo era jefe de programadores. Este año, al sumar el nuevo cargo, el trabajo se había duplicado. Aunque ya no escribía código, si el menor no podía resolver algo, él mismo tenía que hacerlo.

“Teléfono”, avisó Cho a quien solo miraba la tablet.

El celular del mayor, que tenía el sonido apagado, estaba recibiendo una llamada de *“Khwan”* otra vez.

“Sí, Khwan”, contestó Bear con la mano que no usaba para escribir, mientras seguía revisando el correo con la otra.

Cho sintió lástima por la vista que tenía enfrente, pero se levantó inmediatamente de la silla de madera de la cafetería. Ajustó su mochila pequeña. Apenas iba a moverse cuando lo agarraron del brazo.

“¿A dónde vas?” preguntó Bear levantando la vista, todavía molesto por el trabajo y la llamada de Tailandia, y más irritado por la actitud del otro.

“A ver la tienda de Tsutaya en el piso de abajo”, respondió el menor sonriendo y se fue con el vaso de café en la mano, sin prestar atención al enfado del mayor.

Dejó que el otro terminara rápido la llamada y guardara sus cosas.

“¡Cho, espérame...!” Bear apretó los dientes, conteniendo la rabia, fastidio y molestia por la terquedad y capricho del menor.

La tienda Tsutaya estaba justo bajando por la escalera eléctrica desde la cafetería. La persona enojada vio al otro mirando auriculares de una marca cara. Del enojo que tenía, respiró profundo y se acercó.

“¿Qué haces?” preguntó el mayor con voz firme.

Cho miró a quien había llegado más rápido de lo esperado, luego volvió a mirar los auriculares caros y respondió:

“Tú quédate trabajando. Yo solo bajé a mirar.”

“No hagas eso otra vez”, advirtió Bear a quien todavía parecía no entender qué había hecho mal.

“¿Por qué en Tailandia Tsutaya no funcionó? Me acuerdo cuando era niño e iba a rentar videos con mi papá”, preguntó Cho antes de caminar hacia la sección de manga, sin importarle la expresión del otro.

Bear observó cómo el menor miraba todo en la tienda con mucho interés. No entendía su comportamiento... pero tampoco quería enojarse tanto como para pelear, como había pasado varias veces antes.

“Es un cambio de estrategia de negocio. Tsutaya en Japón sobrevivió porque adaptaron su plan de marketing. Antes tenían muchas sucursales pequeñas, las redujeron a sucursales grandes. De rentar videos pasaron a librerías, renta y venta de *gadgets*, como ves aquí.”

Cho asintió, murmurando que viajar con Bear era como viajar con una computadora portátil. Después siguió mirando cosas como si nada hubiera pasado diez minutos antes.

Aunque por dentro todavía hervía de molestia.

Cho siguió tomando fotos mientras caminaban hacia Harajuku. Bear caminaba detrás en silencio. Finalmente llegaron al lugar que el menor quería por la tarde: un famoso restaurante de sushi en banda transportadora que aún no existía en Tailandia.

“¡Brillan mucho!” dijo Bear al ver al menor pegado al vidrio mirando el sushi que pasaba.

“Es increíble, Phi. Seleccionas el menú y la banda te lo trae directamente”, explicó Cho lo que había visto en YouTube. Hoy por fin lo vería en persona.

Al sentarse dentro del restaurante se emocionó aún más. Le gustó que hubiera té gratis para prepararlo uno mismo y un dispensador de agua en la mesa. Si querías refresco, solo pedías.

“¿Qué hago? Quiero comer todo.”

“Un poco de cada cosa y lo que sobre me lo das a mí.”

“Sí”, rió el menor, sabiendo que el otro lo conocía bien.

“Tráelo, come tú mismo.”

Cho ladeó la cabeza mirando a quien hoy no se quejaba de nada. Normalmente, si Cho se ponía terco, lo regañaban o se enojaban. Como hoy que se había ido solo, pensó que pelearían, pero no... Bear no lo regañó como antes.

“¿Quién eres tú? ¿Sacaste al verdadero Bear?” preguntó Cho ladeando la cabeza y tocándole la mano con los palillos.

“Vinimos a viajar”, respondió Bear encogiéndose de hombros. No le gustaba nada que afectara su paz mental.

'Total, solo quedan veintiocho días', pensó Cho y asintió. No valía la pena pelear por tan poco tiempo.

Bear levantó una ceja, luego tocó la mano del que estaba mirando el plato de pescado crudo en la tablet del restaurante.

"No pidas cosas crudas", advirtió Bear. Aunque podía ayudarlo a comerlas, no era muy fan de los crudos.

"Entonces empezamos con atún sashimi", dijo Cho sonriendo feliz.

"Ahí va..." Bear negó con la cabeza. Todo lo que le decía que no hiciera, el otro quería hacerlo.

Después de caminar y tomar fotos todo el día, por la tarde, antes de volver, al líder del viaje se le ocurrió algo y dijo que quería probar ser un *salaryman* japonés. Así que buscaron un bar de after-work para empleados de oficina y simular la situación.

"¡Let's go! Estación Akabane", dijo y jaló el brazo de quien se abrazaba a sí mismo por el frío.

La estación no estaba lejos del hotel. Bear vio que solo tomaba diez minutos en tren, así que no se opuso. Aunque se hubiera opuesto, Cho igual no habría hecho caso y probablemente habría ido solo.

Después de todo el cansancio del día, sentarse en el bar y tomar cada uno una jarra grande de cerveza hizo que se les quitara el cansancio por completo.

"La mejor medicina para el dolor de piernas", dijo Cho sonriendo, antes de recibir una regañada.

"Ebrio de mierda. En Tailandia tomas, aquí también tomas", dijo Bear. No era que bebiera seguido, pero cada vez que tenía tiempo libre, Cho tomaba.

Cho incluso compraba latas de cerveza para tener en la habitación, diciendo que le ayudaba a pensar mejor y a dormir. No se emborrachaba gravemente, pero a veces Bear notaba que hablaba incoherencias, algo que antes no pasaba. Solo en los últimos años había empezado.

“Un artista necesita energizantes”, dijo el bebedor metiéndose pollo a la parrilla en la boca.

La zona estaba un poco alejada del centro, era residencial y tenía muchos bares locales pequeños, pero no eran muy amigables con extranjeros porque los menús no tenían inglés.

Cho usó su método habitual de señalar al azar y mostrar fotos. No se sabía cómo, pero después de muchos “はい (Hai/Sí)” con el personal, la mesa se llenó de comida, aunque comieran solo un poco de cada cosa.

“¿Esto lo regalaron, Phi?” preguntó el menor mirando el tomate fresco cortado.

“Lo pediste tú. Yo escuché.”

“¿En serio...?” La persona que no recordaba se rió y se quejó diciendo que cómo iba a comer eso.

“Cómetelo como acompañamiento de la cerveza”, dijo Bear antes de meterse un trozo en la boca. A quien no le gustaban los tomates se le puso cara de horror.

“¿Cómo se supone que combine?”

“Si lo juzgamos con lengua tailandesa, probablemente no combine”, respondió Bear mirando la comida en la mesa.

Los acompañamientos aquí eran muy diferentes a los de Tailandia, pero por la cultura, el clima y muchas otras cosas, combinaban perfectamente con su cerveza.

“En la ciudad hace frío, necesitan energía, por eso comen mucho frito y carbohidratos”, señaló el mayor los alimentos fritos.

“Entendido”, respondió Cho.

Llevaban solo tres días y ya había perdido tres kilos por caminar. Si comiera como en Tailandia, no aguantaría, le faltaría energía.

Los dos se quedaron bebiendo y platicando de todo: comida, hasta que alguien enviaría gente a la luna otra vez. Cho dijo que habían hablado más aquí que en los dos años anteriores juntos.

“¿Ya estás borracho?” preguntó Bear al menor cuando vio que la comida había bajado bastante. Ya casi era medianoche.

“Nooo”, dijo Cho sacudiendo la cabeza, pero tenía los ojos vidriosos como si se fuera a dormir.

“Yo no te cargaré”, advirtió rápidamente el mayor.

Pero dicen que... lo que más odias es lo que más te toca.

“Puedo caminar solo”, dijo Cho a quien le agarraba el brazo con fuerza.

“¿Caminar solo? Si casi te caes a las vías al subir al tren”, respondió el mayor suspirando ante quien decía que no estaba borracho. Pero nadie que no estuviera borracho caminaría tan tambaleante.

Bear vio que en el último tren había muchos borrachos, compañeros de sufrimiento. Todos los empleados de oficina estaban con la cabeza caída. Realmente era un país de beber después del trabajo.

“Vamos, sube”, dijo Bear mirando a la última persona, que se sentó en el piso del andén ancho. Ni siquiera había dado tres pasos fuera de la estación.

“¿Sabes, Phi? Un señor del barrio decía que las calles de Tailandia son las mejores. Seguro nunca ha venido a Japón”, dijo Cho sentado en el piso abrazándose las piernas. Estaba borracho pero aún intentaba levantar la cabeza para hablar.

El que escuchaba se sintió agotado y se rascó la cabeza. Era alguien que pasaba por ahí.

“Las calles aquí, aunque te tires al suelo, no se pega ni una mota de polvo”, dijo el menor empujando sus lentes porque no veía bien. Sus ojos grandes ahora estaban casi cerrados.

“Levántate, vamos”, dijo Bear jalándole el brazo, pero el otro se resistía.

“Si no me crees, mira, ¡me tiro y te muestro! ¡No se pega ni una mota!”

Bear estaba entre divertido y molesto. Cuando ya no aguantó, se agachó, lo levantó y lo cargó en la espalda. El personal de la estación que miraba parecía que iba a acercarse a preguntar si necesitaba ayuda. Cuando Bear levantó la mano, entendieron.

Al final, el que decía que no estaba borracho terminó encima de la espalda del mayor...

“¿Ya lograste tu cometido? ¿Querías montarte en mi espalda?” preguntó Bear a quien lo abrazaba fuerte del cuello por miedo a caerse.

Cho se rió y apoyó la mejilla en la amplia espalda que estaba fría por los casi cinco grados, pero se sentía cálido por dentro.

“Hmm... mi plan real es desnudarte, Phi Bear...”

“¿Y luego?”

“¿Y luego qué hago?” rió el borracho con risitas.

“Con ese tamaño, ¿qué podrías hacer?” Bear apretó más el brazo por miedo a que se cayera.

La gente que pasaba los miraba: dos hombres, uno cargando al otro en la espalda en medio del frío intenso. Normalmente Bear no haría esto, pero... aquí nadie los conocía.

Cho olió la colonia familiar. Tal vez por estar borracho se atrevió a preguntar algo que había tenido en mente durante meses.

“Que entre tú y yo no haya nada...” preguntó conteniendo la respiración sobre algo que había pasado los últimos meses.

Ni siquiera se abrazaban o se tocaban así.

“¿Es porque Phi Bear ya se aburrió de mí?”

De repente, mientras caminaban, Bear se detuvo. Faltaban pocos pasos para llegar al hotel. Como no respondía... llegó una pregunta más directa:

“¿O es porque Bear ya tiene a alguien más?”

Día 4

El restaurante de carne a la parrilla con cerveza gratis

“¿Phi Bear, hay alguien más, verdad?”

Bear se quedó parado, inmóvil. No respondió a esa pregunta por varias razones, y una de ellas era...

“Estás borracho, Cho.”

“No estoy borracho” dijo el más joven, apoyando la barbilla en el hombro ancho del otro. Sus brazos rodeaban con fuerza el cuello de su hyung porque temía que Bear se molestara y lo tirara al suelo. Otra parte de él se quedó callado... por miedo a la respuesta.

“¿Cuál es tu habitación?” preguntó Bear al entrar al hotel. Ajustó al chico que llevaba cargado en la espalda para que se sentara mejor y presionó el botón del ascensor, pero el que estaba en su espalda no dijo ni una palabra.

“Si no me dices, te tiraré al piso.”

“No te digo.”

“Te quedas así entonces...”

“...”

“Entonces duerme en el ascensor” dijo Bear, haciendo como que realmente lo iba a soltar. El más joven se apresuró a responder:

“¡912!”

Bear frunció el ceño.

“Esa es mi habitación.”

“Esa era la habitación de Nong, pero Phi se la apropió.”

“Es verdad” admitió el más grande, y cargó al borracho hasta el noveno piso sin problemas. No sabía si realmente estaba borracho o sólo fingía.

Bear abrió la puerta con dificultad, la empujó con el pie y colocó al molesto chico sobre la cama. Luego dio la vuelta, insertó la tarjeta para encender las luces y el aire acondicionado, ajustándolo a una temperatura agradable. No olvidó traer una botella de agua para el borrachín.

“¿Quieres agua?” preguntó, presionando la botella fría contra la mejilla pálida del chico. Le quitó los lentes por si acaso, para que no se rompieran si se dormía encima de ellos, y se agachó para quitarle los zapatos.

“¿Quieres bañarte?”

“No, tengo frío” Cho se acurrucó contra la cobija, inhalando el olor de Bear mezclado con el aire fresco. Se sentía tan cómodo que casi se quedaba dormido.

“Entonces duérmete. Yo dormiré en el piso” dijo Bear, cansado. Quería tomar una ducha de agua caliente para aliviar el dolor muscular.

“¿A dónde vas?” preguntó el borracho, levantando la cabeza al ver que Bear se alejaba.

“A bañarme.”

“No. No te bañes” dijo, y se levantó, gateó hasta el borde de la cama y abrazó con fuerza al que estaba de pie. Empezó a olfatearlo por todas partes hasta que Bear levantó el brazo, oliéndose a sí mismo para ver si olía mal.

“¿Qué haces?”

“Comprobando el olor” Cho siguió metiendo la cara y oliendo por todos lados: brazos, pecho... hasta abrió la camisa para oler. Su comportamiento era tan gracioso que Bear se rió.

“¿Eres un perro o qué?”

“Hueles igual que siempre” Cho asintió varias veces, como hablando consigo mismo, sin esperar respuesta.

En la cama, Bear pensó que el chico se rendiría, pero en cambio lo jaló hacia abajo.

“¿Eh...?” Bear se dejó caer fácilmente y se giró para mirar al chico que lo observaba con ojos brillantes.

Cho se quitó el abrigo y se subió encima de Bear. Este último lo dejó hacer lo que quisiera, murmurando que se hacía el experto a pesar de que antes nunca había tomado la iniciativa.

“Qué hábil” lo elogió Bear cuando el chico se sentó a horcajadas sobre él y se quitó la camisa, quedando con el torso desnudo desafiando el frío.

Al ver que era divertido, Bear lo dejó continuar.

“¿De dónde sacaste tanto valor?”

Cho ignoró la pregunta. Metió las manos bajo la camisa de Bear e intentó bajar hasta el pantalón.

“Ugh...” Bear apretó los dientes cuando el chico empezó a tocarlo sin orden.

“No se pone duro” dijo el más joven haciendo puchero, mirándolo como si tuviera una pregunta.

“Es que hace frío” Bear le apartó la mano.

Cuando se emborrachaba se volvía atrevido. Normalmente era tan tímido que no quería ni mirar, y siempre era Bear quien tenía que iniciar todo porque Cho se ponía rojo de vergüenza.

“Seguro que ya se te bajó” dedujo Cho entrecerrando los ojos.

Bear suspiró. Separó las piernas para que el otro pudiera acomodarse mejor, bajó el cierre del pantalón y hasta le bajó los bóxers.

“Anda, hazlo.”

Cho lo miró de reojo. En diez años nunca se había atrevido a despertarlo mientras dormía, pero hoy por fin iba a ver.

“¡Lo haré!” declaró el más joven con determinación.

Se dice que la borrachera viene acompañada de valentía, y Cho iba a usar esa valentía para despertar a su *“pequeño oso”*.

“Está bien, inténtalo a ver si se despierta” dijo Bear, casi a punto de metérselo en la boca él mismo.

La torpeza del más joven casi hizo que Bear se riera a carcajadas.

Casi un año después de su ascenso y de recibir un nuevo proyecto, Bear solo trabajaba. Entraba a las nueve de la mañana y salía a las siete de la noche, luego seguía trabajando en casa hasta las dos de la mañana. Dormía apenas unas pocas horas. Al principio su “osito” se levantaba normalmente, pero después empezó a desaparecer. Bear ya no lo consideraba algo importante en su vida porque tenía cosas más prioritarias. Cho, por su parte, dormía con tapones en los oídos y dándole la espalda porque Bear roncaba; algunos días no lo soportaba y dormían en habitaciones separadas.

Olvido e indiferencia... probablemente eran las mejores palabras para describirlos.

La persona que miraba borrosamente lo que tenía enfrente apenas estaba tocando por primera vez algo que normalmente estaba dormido. Solía verlo despierto, no flácido y suave como ahora.

“No te duermas con la boca ahí, ¿eh?” le advirtió Bear al chico que ya parecía cabecear.

“Mmm...” Cho cerró los ojos, intentando mantenerse consciente, pero en pocos segundos perdió el conocimiento y se durmió con la cara pegada a la entrepierna de Bear.

“¡Esto es el colmo!” Bear apartó la cara del otro. Aunque quería enojarse, no podía. Estaba molesto pero también se reía.

Al final tuvo que levantarse, ponerle la camisa al chico para que no se resfriara, acomodarlo bien en la cama, darle una nalgada por dejarlo con ganas y taparlo con la cobija, todo con resignación.

“Phi Bear... tengo mucho frío.”

Bear, que estaba por ir a bañarse, miró al chico que hablaba dormido. Cho hizo un puchero y se giró hacia el otro lado, dejando solo silencio en la pequeña habitación.

“Mmm...” Cho despertó por la luz que se colaba entre las cortinas mal cerradas. Se acurrucó más en la cobija porque sentía un frío anormal. Al abrazarse el pecho se dio cuenta de que estaba sin camisa arriba, aunque afortunadamente sus piernas estaban cubiertas. Frotó los pies entre sí por el frío y maldijo mentalmente a Bear por siempre poner el aire acondicionado como si fuera el Polo Norte.

Ahora que lo pensaba... él y Bear ya llevaban tiempo durmiendo en habitaciones separadas.

“¿Eh...?” El recién despertado se sentó, se frotó los ojos y bostezó. Su mano recorrió la cama. Al mirar alrededor vio que Bear también estaba sin camisa, durmiendo pegado a él. Entonces recordó dónde estaba.

“No me digas que...” Cho abrió mucho los ojos. Intentó recordar lo de anoche, pero no le venía nada a la mente.

El más joven miró de nuevo al que dormía profundamente. Esa mañana Bear no estaba roncando como siempre. Empezó a recordar fragmentos, pero aún no estaba seguro. La última imagen en su cabeza era él bajándole los pantalones a Bear y metiéndoselo en la boca.

Hizo una cara rara. En el mejor de los casos, quizás había estado tan borracho que alucinó. Y Bear probablemente durmió sin camisa como siempre. Pasó las manos por su propio cuerpo y se tranquilizó al ver que aún tenía algo de ropa, aunque no toda.

Todavía desconfiado, Cho contó hasta tres en su mente y abrió la cobija de golpe. ¡Y ahí estaba el osito Bear, durmiendo plácidamente! Eso significaba que Bear estaba completamente desnudo... *¿Qué diablos había hecho anoche?*

“¡Ah!” El borracho de anoche gritó, se golpeó la cabeza un par de veces y decidió que lo mejor era huir.

Bear, que llevaba despierto un rato, miró cómo el chico recogía su ropa apresuradamente, se vestía y salía corriendo de la habitación con el pelo hecho un desastre.

El que se despertó en pánico regresó a su propia habitación, se bañó, se cambió y trató de mantenerse ocupado trabajando. Se sentó a editar y subir fotos a su stock en la mesa que daba a la ventana, mirando la vista de Tokio.

Apenas era el día cuatro, pero Cho sentía como si llevara mucho más tiempo. *Todo se había salido completamente del plan, y todo por culpa de Bear.*

Cho abrió su cuaderno de planes. En realidad había planeado ir a varios lugares ese día, pero terminó reduciéndolo a caminar por el parque

Ueno y el mercado Ameyoko que estaba cerca. Por la tarde volverían al hotel a descansar para poder ir al Fuji al día siguiente temprano. Al principio pensó que un mes entero de viaje sería aburrido, pero ahora parecía que ni siquiera alcanzaría a visitar todo.

Después de trabajar hasta casi el mediodía, Cho bajó al lobby con su mochila pequeña. Se preguntó si debía llamar a la habitación 912.

“Todo es culpa de ese Phi Bear...” murmuró el más joven, mordiéndose el labio mientras marcaba, con las mejillas completamente rojas de vergüenza.

“¿Culpa de quién?” Bear apareció por detrás, le agarró el hombro y acercó la cara.

“¡Oye!”

Bear miró al chico que murmuraba y sonrió con picardía al recordar cómo había huido esa mañana.

“¿Qué pasa?” preguntó Cho, mirando a todos lados nervioso.

“¿Qué pasa?” Bear levantó una ceja y se rio.

“¡¿Qué cosa?!” El tímido desvió la mirada, incómodo.

Al ver esa actitud de *“vaca asustada”*, Bear se acercó más y le susurró al oído:

“Cho... te dormiste con mi junior en tu boca.”

“¡Oye, cállate!”

“Jajaja.”

Bear se rió hasta que se le cerraron los ojos. No podía evitar burlarse. Cuando estaba sobrio Cho se moría de vergüenza, pero cuando se emborrachaba actuaba sin pensar.

“¿Qué? No me acuerdo de nada” dijo Cho tapándose los oídos y saliendo rápidamente del hotel, dejando a Bear riéndose atrás.

“¿De qué te ríes?” preguntó Cho al chico que lo seguía todavía riendo.

“Me río de...” Bear miró a su dongsaeng y silbó. **“¿De qué será?”**

“Phi Bear, basta” cuando no podía ganar la discusión, Cho hizo cara de enojo y siguió caminando sin querer hablar con el que le gustaba molestar.

“Qué vergüenza, ¿eh? Cuando yo te la chupo nunca te da vergüenza” dijo Bear con honestidad, pero el otro no le contestó. Siguió tapándose las orejas rojas y entró corriendo a una tienda de conveniencia.

Bear lo siguió, tomó una canasta y se la dio amablemente.

“Compramos para comer en el parque” sugirió el más joven. Tenía en la mano tres onigiris de diferentes sabores. No preguntes cuáles, porque Cho comía cualquier cosa.

“¿Se puede tomar cerveza en el parque?” preguntó el más joven, todavía con ganas de la cerveza de anoche, pero Bear negó con la cabeza.

“Come primero, no vayas a dañar el estómago. Tomamos en la noche.”

Cho asintió. Después de comprar, tomaron el tren.

“El parque Ueno fue registrado como el primer parque público de Japón.”

“Qué culto” comentó Bear al chico que leía información en internet frente al parque.

Escucharon que dentro había un museo de historia natural y ciencia, y también un Zoológico, pero ellos solo querían caminar y comer algo por la tarde.

“Otra vez niños, Phi Bear” dijo Cho señalando a un grupo de niños de preescolar que caminaban de la mano en fila, con gorritos amarillos, mejillas redondas y rojas por el frío. Se veían muy ordenados y adorables. Cho sonreía mirándolos.

“No mires tanto, que la maestra va a llamar a la policía” Bear jaló la mano del más joven hacia el otro lado, temiendo que sacara la cámara, ya que fotografiar niños así estaba prohibido en ese país.

Al final se sentaron en medio del parque en invierno a comer lo que compraron en la tienda. No sabían si era buena o mala idea, pero afortunadamente trajeron termos con agua caliente del hotel; de lo contrario se habrían congelado.

“No hay gente haciendo picnic como en las fotos de internet, Phi Bear.”

“Seguro vienen en la temporada de los cerezos” Bear comía rápido, tenía tanto frío que le temblaban las manos y le castañeteaban los dientes.

“Ya vámonos” Bear se levantó y le extendió la mano al que todavía estaba guardando las cosas en la mochila.

Cho miró la mano que antes solía tomar con frecuencia. Sonrió para sí mismo y la tomó. Bear metió la mano de su Nong dentro de su grueso abrigo para que se calentara rápido.

Caminaron sin rumbo por el amplio parque, disfrutando el ambiente tranquilo. Había varios santuarios desconocidos, estatuas y cosas interesantes. Cuando empezaron a cansarse, salieron hacia el mercado por la tarde.

El mercado era un callejón largo que conectaba con otra estación. Vendían de todo: zapatos, bolsos, máquinas de peluches, pachinko y mucha comida. Como era invierno, antes de las seis ya estaba oscuro. Cho parecía más interesado en los puestos de carne a la parrilla en los callejones traseros que en el ambiente general del mercado.

El chico pequeño caminó de un lado a otro hasta detenerse frente a un restaurante de carne a la parrilla que tenía un letrero en inglés:

****FREE beer promotion for couple from 17:00 to 21:00 pm****

Después de leerlo bien, se giró y le dijo a Bear:

“Este restaurante.”

“Espera...” Aunque Bear protestó, al final terminaron sentándose dentro.

Cho eligió el buffet para dos adultos. La mesera, una chica linda, les entregó una tablet y les dijo que podían elegir los menús directamente. Pero parecía que los clientes no estaban del todo satisfechos con el servicio, así que levantó la mano con otra pregunta.

“Ehh... ¿la cerveza gratis es para parejas?” Cho se señaló a sí mismo y al chico sentado frente a él.

Los dos jóvenes guapos miraron a la mesera con esperanza. Ella se quedó confundida, sin saber si no entendía el inglés o si no entendía lo que los clientes querían.

"Emmm" Cho señaló el folleto de la promoción y miró a la mesera de reojo. Quería decirle que había pasado por tres restaurantes y eligió este solo por la cerveza gratis.

"Ah, This promotion just for couple." (*Ésta promoción es solo para parejas.*) respondió ella en un inglés con buen acento, con cara de lástima.

"¡Sí! ¡Somos pareja!" dijo el cliente de ojos grandes con seriedad.

"Umm..."

"Somos una pareja de verdad. Phi Bear, acerca la cara" al final de la frase, Cho jaló el cuello de la camisa de Bear para acercarlo y...

Lo besó.

"¿Eh...?" Bear se tocó la mejilla. Vio que la mesera se sonrojó y se rascó la cara, roja hasta las orejas.

"¿Otro?" Cho levantó el dedo como para repetir, esta vez señalando su propia boca para indicar que podía besar en los labios. La chica movió las manos diciendo que ya estaba bien.

"Yep, Beer for two." (*Sí, cerveza para dos.*) Dicho eso, entró a la parte de atrás del restaurante, dejando a los dos chicos felices.

"¡Yey, cerveza gratis!"

Bear se sentó riéndose como un loco. Con lo de anoche fingía no saber nada, pero ahora estaba tomándoselo en serio.

"Para algunas cosas te da vergüenza por tonterías, pero para cosas así sí eres bueno."

“Hablamos de bebida gratis”, dijo Cho con una expresión completamente seria.

“Lo mío también ‘se bebe’ gratis.”

“Qué asco”, Cho sacó la lengua e hizo una clara expresión de disgusto.

“Es la verdad.”

Cho agitó la mano y se quejó: **“No voy a hablar de cosas obscenas en la mesa”,** antes de agachar la cabeza y concentrarse en elegir el menú en la tablet. Bear miró a la persona que estaba tan concentrada en la cena.

Antes recordaba que todos los miércoles y domingos ellos salían a comer juntos fuera de casa, pero... ¿cuánto tiempo había pasado desde la última vez que se sentaron a comer juntos así?

Después de casarse, Cho y Bear habían prometido que, pasara lo que pasara, comerían juntos todas las noches de miércoles y domingo.

“Yo pelaré los camarones para ti.”

Cho dijo eso durante una cena. Al final terminó con un camarón al que le faltaban tres pedazos porque no sabía pelarlos bien, y además tenía las manos completamente sucias.

“Ya está salado, Phi Bear, ya no hace falta que lo pruebes.”

Bear se sentó riéndose al ver a la persona que había dejado todo el camarón pegado en la palma de la mano. Pero, valorando su esfuerzo, lo llevó a la boca y masticó con una expresión de que estaba delicioso.

“Mm, está justo en su punto de sal.”

Cho se rió, pero cuando iba a empezar a pelar otro, el mayor le dijo que parara.

“Mejor deja que yo lo pele.”

“Quiero hacer algo por Phi Bear”, dijo el menor haciendo un puchero, porque hasta ahora Phi Bear hacía todo; era él quien siempre tenía que seguirlo.

“Con que te sientes a comer con Phi todos los días es suficiente.”

“Claro. Entonces me sentaré a comer con Phi todas las tardes.”

Esa fue una promesa que no pudieron cumplir.

“Se come poniendo la carne con verduras así, le agregas la salsa y luego lo envuelves todo y te lo metes en la boca”, explicó Bear.

La persona que primero metía la carne en la boca y después se comía las verduras detrás parecía no estar disfrutándolo mucho, así que le enseñó la forma correcta de comerlo.

“¿Quieres que yo lo cocine a la parrilla?”, ofreció el menor.

“¿Quemado o no quemado?”

“Que no esté muy quemado.”

“Va a estar muy quemado.”

“No mucho, créeme”, Cho soltó una risita. Sabía que era una broma extremadamente tonta, pero aun así se rio.

“Te has vuelto mucho más molesto”, dijo Bear mientras colocaba un trozo de carne en el plato de la otra persona y miraba esos ojos detrás del marco de las gafas.

“Phi también, ¿sabes? Antes eras bastante genial, todo un caballero.”

“¿Y ahora?”

“Solo un hombre cualquiera.”

Bear puso los ojos en blanco y miró al chico con el que había estado tanto tiempo. Vio que Cho se reía, luego levantó la cámara para ajustar la luz. Pensó que iba a fotografiar la comida, pero terminó fotografiándolo a él.

“Sonríe un poco.”

“¿Eh?” Bear levantó una ceja y fue fotografiado varias veces.

“Guardaré estas fotos como recuerdos. Las llamaré ‘Oso barbudo en el día cuatro’” Cho contaba con los dedos mientras les ponía nombres a las fotos.

“Las voy a vender en mi stock con el título ‘This bear has a broken heart.’”

Bear solo suspiró. No decía nada, pero escuchaba todo lo que su Nong decía.

“Solo quedan veintiséis días. ¿Hay algo que aún no hayamos hecho?”

Esta vez el que escuchaba tenía una expresión más seria.

“¿Por qué piensas que las personas pueden separarse tan fácilmente?”

Bear lo miró a los ojos. Se preguntaba si lo de separarse era solo sarcasmo o si realmente lo pensaba en serio.

“Al principio yo también pensaba que sería difícil” Cho movió la cabeza, recordando el momento en que decidió que tenían que terminar.

“Pero ahora creo que no es tan difícil.”

Tomaron grandes sorbos de cerveza, comportándose con naturalidad como si hablaran de algo cotidiano en el frío. Luego Cho añadió:

“Al gato lo dejaré en casa de mi madre como siempre. Puedes pasar por allí cuando quieras. Yo voy a trabajar desde la casa de mi madre con el gato. Quizá también vaya a escalar un poco para encontrar gente y hacer amigos, y probablemente viaje más, tome más fotos. Tengo el sueño de ir a fotografiar la Vía Láctea y ver claramente las auroras boreales.”

Bear escuchaba los sueños de la otra persona, unos sueños en los que él no estaba incluido. Aunque sabía que quizá el menor solo estaba divagando, ya no podía quedarse indiferente como antes.

“¿Y yo qué?”

Se quedaron mirándose en silencio antes de que Bear preguntara en voz baja:

“Entonces... ¿cómo voy a vivir yo?”

“Ya lo pensé”, dijo la persona borracha, que era cargada en la espalda por segunda noche consecutiva, con voz arrastrada.

Por supuesto, la culpa era de la cerveza gratis.

“¿Qué pensaste?”, preguntó el menos borracho mientras ajustaba los brazos para que el menor no se cayera.

“Voy a intentar tomar la iniciativa con Phi por primera vez en diez años, para hacer algo diferente antes de separarnos.”

Bear se quedó quieto frente al hotel, igual que la noche anterior. La palabra *“tomar la iniciativa”* podía tener muchos significados...

“¿Tomar la iniciativa cómo?”

El borracho se rio fuerte. El que antes era tímido ahora estaba de nuevo atrevido.

“Quiero saber si ‘Bear Junior’ realmente ya no funciona” el dueño del osito puso los ojos en blanco otra vez.

“Esta vez el que se duerma primero es el perro.”

“¡Está bien! ¡No voy a perder!”

Bear entró al hotel y asintió al personal para que le abriera el ascensor, igual que la noche anterior. *Esta vez por fin iba a saber quién era el perro.*

Día 5

Excepciones

Cho se sentía un poco menos borracho que ayer. Miró de reojo el número de la habitación 912 con una confusión que ni él mismo entendía. ¿Qué estaba intentando hacer exactamente? Apenas cruzaron la puerta, el borracho fue acostado en la cama como de costumbre. Bear se levantó para insertar la tarjeta de acceso, encender las luces y poner el aire acondicionado para que la habitación se calentara.

“Ve a bañarte” dijo Bear, sentándose en el escritorio junto a la cama.

Abrió su laptop pensando en revisar un poco de trabajo y, al mismo tiempo, se giró hacia la persona que todavía estaba quieta en la cama. Tenía miedo de que pasara como la noche anterior, cuando terminó quedándose dormido sin bañarse.

“¿Vas a dormir, Nong?”

Y justo cuando lo dijo...

“¿No dijiste que ibas a tomar la iniciativa con Phi? Idiota” reclamó Bear al borracho que solo hablaba pero no actuaba.

“¡No me digas idiota!” respondió Cho, y se levantó de inmediato, se quitó el abrigo y fingió que realmente iba a bañarse.

“Entonces ve a bañarte. Apesta a cerveza.”

“¡Voy a bañarme!”

“O si te gusta más intenso, entonces no te bañes”, dijo Bear, como si estuviera tratando de convencer a un niño para que se meta a bañar, aunque resultaba divertido.

“¡Phi es un perverso!”

“¿Qué? Si ni siquiera he dicho nada” Bear se rió del chico que tenía cara de enojo total. La verdad era que no había visto mucho a Cho en este modo.

Si fuera antes, abrazarse habría empezado con un buen ambiente, o al menos sentados juntos viendo una película.

Los primeros tres años de su relación los pasaron respetándose mutuamente. Después de casarse, se convirtieron en una pareja que intentaba adaptarse el uno al otro, trabajando juntos para construir su vida. Hasta que en algún momento la dulzura se volvió insípida. Volver a casa todos los días se convirtió en una obligación sin esa preocupación cariñosa de los primeros tiempos.

Antes, Cho esperaba en casa, llamaba para preguntar cómo estaba Phi, y Bear se apresuraba a volver para cenar juntos, aunque fuera solo un ratito. Ahora casi ni se prestaban atención. Cada quien trabajaba, comía a diferentes horas. Parecían vivir bajo el mismo techo solo por el estatus que tenían.

Habían pasado muchos meses desde que se habían distanciado. No solo no se tocaban ni tenían relaciones, ni siquiera hablaban mucho. El último día que Cho decidió venir de viaje, todavía no habían tenido una buena conversación.

Bear revisó sus correos solo un rato porque ese día no había mucho que hacer. Pensó que la empresa se vendría abajo sin él, pero resultó que todo seguía funcionando bien, aunque tuviera que estar disponible en todo momento.

Cuando se despejó la mente... se le ocurrió algo.

“¡Ey! ¡No invadas!” Cho, que estaba bañándose con agua tibia y espuma de jabón, se giró y vio a Bear entrando con cara despreocupada.

“Actúas como si nunca me hubieras visto” dijo Bear al chico que tenía la costumbre de no cerrar la puerta con llave. En casa, antes de dormir, siempre era Bear quien revisaba que puertas y ventanas estuvieran cerradas, porque el pequeño Cho era muy olvidadizo.

El menor se movió para alejarse, levantando las manos para cubrir varias partes de su cuerpo con torpeza. Hacía mucho que no se bañaban juntos, por eso se puso tan rojo que hasta las orejas le ardían.

La persona que no había visto a Bear desnudo de esa forma en mucho tiempo cerró los ojos con fuerza, hasta que Bear se rió.

“¿Phi siempre ha sido así?” preguntó Cho al hombre que se bañaba con total naturalidad, sin ninguna vergüenza.

“La verdad es que sí soy así.”

“Phi nunca fue así” dijo Cho, refiriéndose a esa actitud tan abierta.

Antes, por más que se quisieran, siempre mantenían cierta distancia para sentirse cómodos. Pero en lugar de que esa distancia los mantuviera unidos, se fueron alejando cada vez más.

“Tú también has cambiado en muchas cosas” dijo Bear.

“Tienes las orejas y el cuello rojos. ¿Estás tan borracho?” bromeó Phi, molestando al chico que agachaba la cabeza mientras se enjabonaba.

“Borracho de color, borracho de ver gente desnuda” Cho rápidamente jaló la ducha hacia sí para enjuagarse y salir, pero Bear empezó a untarle espuma en el cuello y el pecho sin parar.

“No me toques. ¿Cuándo va a estar limpio esto?”

Bear sonrió al ver que cuanto más lo tocaba, más rojo se ponía el otro.

“¿Quién dijo que iba a hacer algo por Phi?” Bear jaló el hombro del menor para que se girara hacia él.

Cho tragó saliva mientras miraba los músculos firmes del pecho de Phi. Aunque Bear había descuidado el ejercicio varios meses y había engordado un poco por comer tarde, seguía siendo el mismo Bear de siempre.

“¿Puedo besarte?” preguntó Cho. Quería intentarlo de nuevo, porque ya no recordaba qué tan dulce eran sus besos.

Se miraron a los ojos. En menos de un segundo, se acercaron.

“No necesitas pedir permiso.”

Al final empezaron a besarse mientras estaban empapados. Bear puso una mano en la nuca del menor, inclinó la cabeza y lo recibió. Sabía que el otro no había mejorado mucho desde antes, pero al menos ahora tenía más iniciativa. Le recordó los primeros años, cuando el pequeño Cho era muy cariñoso y mimoso.

“Ven aquí.”

Bear jaló al otro más cerca porque el beso torpe no estaba saliendo como quería. Esta vez metió la lengua y tomó el control.

“Mmm” Cho levantó las manos y rodeó el cuello del mayor, atrayéndolo.

El olor y sabor a menta de la pasta dental se sentía extraño. El hombre más grande mordió suavemente el labio inferior del menor, lo chupó con fuerza y luego volvió a introducir la lengua.

“Ahh... Phi Bear...”

Bear sonrió y murmuró que cuando lo llamaba así sonaba muy dulce. Luego bajó a la curva del cuello blanco. Cho encogió el cuello cuando lo mordió suavemente, mientras las manos de Bear masajearan la espalda suave y firme.

“Basta” el menor empujó el pecho de Bear y bajó la cabeza. Apretó los puños con determinación.

“Quiero hacerlo yo.”

Bear sonrió y bajó un poco la cabeza al ver que el otro intentaba ponerse de puntillas para besarlo. Aunque dijo que lo haría él, seguía cerrando los ojos con fuerza. Bear inclinó la cabeza para facilitarle el ángulo y dobló un poco las rodillas para que el menor pudiera hacerlo a su gusto. Cuando por fin besó a satisfacción, el pequeño bajó hacia el ancho pecho.

“Chupa más fuerte” dijo Bear al chico que lo besaba suavemente. Se sentía más como un gato lamiendo que algo excitante.

“Mmm...” Bear presionó la cabeza del otro cuando Cho abrió la boca y cubrió el pezón.

“Sss... no muerdas, carajo” Bear apretó los dientes y hundió la cara en el cabello mojado del menor.

El travieso sonrió al levantar la vista y ver la cara roja del mayor, algo raro porque Bear casi nunca se avergonzaba.

“Siéntate” Bear acarició el cabello del travieso.

Se paró frente a la cara familiar. Sus músculos se tensaron cuando sintió el aliento caliente del otro en su entrepierna. Bear sonrió y tocó la barbilla para que levantara un poco la cara. Su excitación estaba muy alta, pero su cuerpo no cooperaba del todo.

“Abre la boca.”

Cho levantó la mirada hacia Bear. La luz del baño estaba brillante, el vapor del agua caliente hacía que sus cuerpos se calentaran más. Su propio miembro se puso erecto solo de mirar lo que tenía semierecto frente a él.

“Uhh... no me atrevo” el borracho de ojos rojos levantó la cara con una mueca. Bear suspiró decepcionado.

Bear no dijo nada. Jaló al chico empapado para que se levantara del piso del baño, lo llevó a la cama, lo sentó y lo empujó para que se acostara. Como estaba mojado, la sábana blanca se empapó en un gran círculo.

“Phi Bear...” el borracho agarró los hombros del hombre que tenía una expresión seria.

“Silencio. Te voy a mostrar cómo se hace” dijo Bear al chico que parecía encantado con los besos, pero que se ponía así cada vez que llegaba el momento serio.

“Ah... Phi...”

Los dedos de los pies se tensaron cuando sintió el calor de la boca cubriendo la punta. La mano lo tocaba y masajeara los testículos suaves. Apenas con una succión suave, las piernas delgadas y largas temblaron.

“Ahh... Phi Bear, Phi Bear” Cho abrió las piernas y agarró con fuerza el cabello espeso mientras Bear chupaba con deleite. Succionó cuando el placer le nubló la mente.

Cho levantó las piernas y las puso sobre los hombros anchos, cruzándolas detrás del cuello grueso. Empujó las caderas más profundo cuando llegó al clímax.

“Ahhh...”

Lo dejó correrse completamente dentro de la boca que lo envolvía hasta la base. Los ojos que antes estaban grandes ahora estaban entrecerrados. Parecía que se dormiría en cualquier momento.

“Phi Bear” Cho miró al hombre que acababa de incorporarse y extendió los brazos para abrazarlo.

“Duérmete, ven” Bear jaló al pequeño para abrazarlo, acariciándole la espalda para que durmiera cómodo y le dio un suave beso en la mejilla.

Esa noche Bear durmió muy bien. Tenía una almohada para abrazar, aunque esa almohada inquieta no estaba muy cómoda.

En la mañana, la mano recorría todo su pecho.

“Esa mano anda por todos lados” Bear atrapó la mano que lo acariciaba y la bajó lentamente hacia su entrepierna.

“¿Esto ya está despierto? Mmm...” preguntó el mayor al chico que acariciaba su cuerpo desnudo mientras estaban abrazados, y luego bajó más la mano hacia lo que aún estaba dormido.

“Ey, no aprietes, carajo” le dijo al chico que todavía parecía estar medio dormido.

“Maldita sea...” el más grande apretó los dientes cuando esa mano empezó a masturbarlo con dedicación, subiendo y bajando, masajeando

hasta que se despertó completamente a las seis de la mañana, cuando todavía estaba oscuro.

“No finjas que estás dormido” Bear quitó la cobija, pasó una pierna por encima del pecho blanco y suave del chico que tenía los ojos entrecerrados pero las manos todavía activas.

“¿Eh...? ¿Qué pasa, Phi?” el medio dormido abrió los ojos, sintiendo frío por la cobija quitada.

Al despertar del todo se confundió más: **“¿Qué está pasando?”**

“Kaiju se despertó” dijo Bear mirando al travieso.

“¿Dónde? ¿Dónde está el Kaiju?!” Cho, que aún no estaba completamente despierto, pensó que el Kaiju estaba afuera de la ventana.

“¿Por qué te da vergüenza?” preguntó Bear al chico que desde que despertó hasta ahora apenas podía sostenerle la mirada unos segundos antes de apartarla, y que se ponía rojo de inmediato al mirarse.

“¿Qué soñaste que estás agarrando a Junior?”

“No preguntes, no preguntes” Cho se tapó los oídos, sin querer enterarse de nada.

Ese día se despertaron casi al mediodía porque por la mañana Cho tuvo que encargarse de **“Bear junior”** con la mano y la boca durante casi una hora. Los que habían hecho cosas perversas desde temprano se quedaron sin energía y holgazaneando. Acordaron comer cerca de la estación antes de salir a caminar, y terminaron decidiendo ir al restaurante de arroz con carne que pasaban todos los días.

El pequeño Cho, que tenía mucha hambre, pidió un tamaño XL sin imaginar que el plato sería tan enorme, así que terminó molestando a Phi Bear para que le ayudara a terminarlo.

“El especial de aquí no es como en Tailandia, pero ayúdame a comer. Con este tamaño me voy a llenar demasiado” se quejó Bear.

“Mmm...” fue la única respuesta porque estaba avergonzado. Las imágenes de esa mañana seguían en su cabeza, especialmente cuando lo tuvo completamente en la boca...

“Uhh... Phi...”

“¿Todavía no dejas de avergonzarte?” Bear suspiró.

Cho estaba avergonzado porque esa mañana se habían abrazado muy apretados. No podía creer que se hubiera distraído tanto con el hombre que había dejado pasar el plan de ir al Monte Fuji por haberse despertado tarde. El plan de ir al Fuji se pospuso para mañana, y era culpa suya por ser tan fácil de convencer.

Al principio pensó que no le haría caso a Phi Bear, pero por otro lado todavía quería aprovechar esta oportunidad para estar juntos por última vez.

“Phi, ¿a qué hora te dormiste anoche?” preguntó el que se había dormido primero, carraspeando para disimular la vergüenza.

“Te dormiste y yo también me dormí.”

“Bear Junior todavía no está muerto” dijo Cho tapándose las orejas rojas. Esa mañana en realidad quería comprobarlo bien.

“Te preocupas mucho por él. Todavía no está muerto.”

Mientras metía arroz con carne en la boca, Bear le dijo al chico que parecía más preocupado por *Bear Junior* que por él mismo. Movi6 la cabeza y a11adi6:

“Últimamente he trabajado mucho, duermo poco y no he hecho ejercicio. Por eso *Bear Junior* est11 en hibernaci6n” dijo Bear mientras seguía comiendo.

No tenía tiempo de dormir, así que despertarlo iba a ser difícil.

“¿En serio?” Cho abri6 la boca sorprendido.

“SÍ, est11 cansado. ¿Qué quieres que haga?”

La pareja hablaba en voz baja de temas debajo del ombligo en el restaurante como si hablaran del clima.

En realidad, Bear había ido al m6dico hacía un tiempo y el doctor le dijo que hiciera ejercicio, durmiera lo suficiente y comiera bien, y mejoraría. Pero Bear estaba realmente muy ocupado, así que dej6 que se “durmiera” y no le cont6 nada de esto a Cho.

Se dice que adem11s del amor, el dinero y el sexo son factores importantes en una pareja. En su d6cimo a11o, Bear ya no pensaba que fuera tan importante como antes. Le sorprendía un poco que Cho estuviera tan preocupado por eso.

Cho apret6 los labios y puso cara de querer reírse de la expresi6n de Phi.

“No te lo dije porque ibas a burlarte” Bear levant6 la mano como si fuera a pellizcar al menor, que pensaba demasiado y se ri6 mientras le daba palmadas en la espalda.

“Qué bueno, qué bueno.”

“¿Qué?” Bear levant6 la vista, todavía sin entender.

“Pensé que Phi estaba compensando en otro lado” Cho levantó la mano otra vez haciendo el gesto de *“lo siento”* y se rió porque había pensado demasiado.

“¿Compensar qué cosa? ¿En qué estás pensando?” el más grande negó con la cabeza.

“Es que quién sabe. He estado en casa desde que me gradué, ya han pasado varios años” Cho poco a poco expresó su preocupación.

“No sabía si en la sociedad afuera la gente realmente va a lugares de masajes con final feliz o no” dijo y se rio hasta que los ojos se le convirtieron en líneas.

“Los demás no sé, pero en mi trabajo solo estoy pegado a la computadora” respondió Bear al chico que divagaba.

“Quién sabe” el menor hizo un puchero.

“¿Y todavía quieres que nos separemos?” preguntó Bear con seriedad. Apenas se enteró de que se había aburrido y quería terminar, pero antes de que pudiera decir algo más, le preguntaron otra cosa: **“¿O es por el trabajo que Phi ahora ronca?”** Cho preguntó sobre los bienes ronquidos que habían empezado en los últimos seis meses.

“Probablemente. Mi cuerpo no está balanceado.”

“Entonces trabaja un poco menos. No quiero que Phi se enferme. De verdad te lo digo con buena intención.”

“¿Qué quieres comer?” Bear negó con la cabeza y metió más carne en la boca.

“Entonces Phi tiene que descansar mucho.”

“Ya he dormido mucho estos días” dijo Bear, porque en este viaje ya llevaba casi una semana durmiendo mucho. Normalmente no dormía más de cuatro horas al día, pero ahora dormía entre seis y ocho horas mínimo. Incluso en el tren para ir de paseo se dormía.

“Y haz ejercicio.”

“Todos los días. Estos días camino más de diez mil pasos” desde que llegaron de viaje, Bear superaba la meta.

“Come comida saludable.”

“Además del arroz con carne que está tan salado que me va a fallar el riñón, estoy comiendo super saludable.”

Cho se rió y siguió recomendando:

“Reduce el alcohol y la cerveza.”

“Eso guárdatelo para decírtelo a ti mismo.”

El menor se rio hasta que Phi no pudo evitar decirlo cuando terminaron de comer:

“Vamos a pasear. Olvidemos los problemas de los demás por un rato.”

“Qué Kaiju tan loco.” Cho se rió. Vio que Bear ya se estaba yendo y se puso rojo de vergüenza.

Miró la espalda ancha. En los diez años que habían pasado, nunca había dejado de querer al hombre que caminaba delante de él. Pero cuando él preguntó si todavía quería separarse, Cho admitió que eso lo había descolocado... aunque ya había tomado su decisión.

Cho dijo que hoy quería caminar por Shinjuku para hacer compras y conocer la ciudad. Como Shinjuku es una estación terminal de muchas líneas de tren, la estación es enorme. Terminaron perdidos dentro de la estación casi veinte minutos. Cuando salieron, se encontraron con una multitud enorme.

“¿Dónde estamos?” Bear miró alrededor. Había edificios altísimos. Le habían dicho que esta zona era un centro de oficinas, por eso había tanta gente. Alrededor de la estación había muchos restaurantes y grandes centros comerciales. Era un gran centro de negocios.

Se sintió cansado, estiró la espalda y miró al chico que revisaba el mapa en su teléfono.

“Me mareo con las líneas de tren” Cho parpadeó rápidamente, mirando a izquierda y derecha como alguien perdido. Luego ajustó su mochila y se giró con confianza:

“Ahora Nong te va a guiar. No tengas miedo.”

“No hace falta” dijo Bear con cara de molestia. Antes, cuando se perdieron dentro de la estación, también dijo que el menor los sacaría, y terminaron dando vueltas.

“Ya no te voy a creer nunca más” el gran oso, que había estado de buen humor esa mañana, empezó a irritarse.

“Ay, la gente se equivoca a veces” dijo Cho mientras seguía al hombre grande.

Caminaron por la calle. Tal vez porque Bear era grande y alto, seguirlo le daba tranquilidad de que no se perdería ni lo chocarían.

“Phi, camina más despacio” dijo Cho, cuyos pies habían estado hinchados dos días, al hombre que iba delante. Al principio pensó que mejoraría, pero mientras más caminaba, más le dolía.

“¿Eh?”

“Nong no puede seguirte el paso” dijo el menor sonriendo, pero había tanta gente que al detenerse lo empujaban fácilmente.

“Salgamos primero de este gentío y luego vemos” Bear se giró y tomó la mano del chico que hoy estaba mucho más lento.

Cho, cuya mano fue tomada, poco a poco la sacó de la de Phi. Prefería caminar más despacio porque realmente le dolían mucho las plantas y los tobillos.

“¿Qué berrinche es este? Si caminas lento te van a chocar otra vez” el irritado se giró y volvió a tomar la mano del menor.

“Un momento, por favor” Cho levantó la mano para pedirle que dejara de jalar.

Cuando por fin salieron de la multitud, se pararon en un pequeño rincón para descansar. El teléfono en el bolsillo de la chaqueta de Bear había estado vibrando un buen rato, así que era buen momento para contestar.

“Sí, KhongKwan.”

Apenas Bear contestó, la persona que estaba a su lado giró la cara. Cho se alejó un poco más, pero el callejón era estrecho, así que escuchó todo claramente.

“Gracias. Ayer revisé el correo que enviaste y no te contesté. Me dormí casi a medianoche y me desperté tarde. Perdón por no haberlo revisado.”

Cho sabía que era un problema de trabajo, algo que escuchaba frecuentemente.

“Puedes enviarle el regalo directamente al cliente. Y no olvides pedirle la firma de aprobación.”

Cho sabía que el tono que usaba su Phi cuando hablaba con la persona llamada KhongKwan siempre era así: educado, cariñoso, y con esa sonrisa...

“Muy bien hecho. Cuando vuelva te invito para agradecerte.”

Cho sonrió con amargura al escuchar *“muy bien hecho”*. A veces se sentía como un niño celoso, pero ya tenía treinta años, así que probablemente ya no era tan lindo.

“¿Quieres algo? Hoy Phi salió a comprar.”

La persona que ya no aguantaba escuchar suspiró profundamente. Cho decidió salir de ahí. Aunque sentía que sus pies se hinchaban y dolían cada vez más, no quería parecer patético. Señaló una farmacia y le dijo al que estaba hablando de negocios que lo esperaría ahí.

La persona que escapaba de la realidad se sentó en cuclillas un buen rato eligiendo vendas para los pies en la tienda de cosméticos y medicamentos. Bear entró después. El que hace un rato estaba enojado con Cho ahora tenía mejor humor. Se notaba por su sonrisa, completamente diferente a la de hacía diez minutos.

“¿Te duele la pierna?” preguntó Bear al chico que se había sentado a elegir vendas y parches para el dolor.

Cho asintió ligeramente sin decir nada. Su mirada recorría los precios de las vendas.

“Hmm, es posible que Phi tenga que volver pasado mañana. Hay un trabajo urgente.”

Cho miró de reojo la pierna del hombre que le era tan familiar. Asintió de nuevo. Su mirada volvió a los productos en los estantes, pero esta vez su rostro tenía una ligera sonrisa.

Día 6

Película japonesa

La mañana del día seis era el día en que Cho pensaba ir a ver el Monte Fuji cubierto de nieve en la cima, después de varios días de que sus planes se hubieran arruinado. Pero al final terminó de pie en la habitación de Phi Bear en lugar de eso.

“¿No dijiste que te quedarías treinta días?” preguntó Cho a la persona que acababa de terminar una reunión en línea. Ayer había dicho que estaba a punto de volver, pero Cho aún no había lavado la ropa y solo hasta hoy le preguntó.

El primer día que llegó, Phi Bear todavía decía que lo acompañaría hasta el último día. Cho pensó que probablemente regresaría cuando se le acabara la visa de quince días. No imaginó que sería tan pronto.

“¿Cómo voy a tener tantos días libres?” dijo Bear mientras se levantaba y se estiraba. El clima frío lo hacía sentir perezoso al doble.

Se había despertado a las ocho y tuvo que abrir la laptop inmediatamente para una reunión remota. Por suerte, en la videollamada nadie vio su cabello como nido de pájaros ni supieron que ni siquiera se había lavado los dientes.

“Aunque tenga muchos días de vacaciones, no puedo tomar más de cuatro días seguidos. Así es la oficina” explicó Bear mientras miraba la cara confundida del otro.

“Cómo lo sabría, nunca he trabajado en una oficina” rió Cho al ver la expresión del otro, que parecía no entender por qué no lo sabía.

Bear suspiró profundamente, tomó una toalla y se volvió hacia él:

“¿Vas a ir a Fuji o no? Espera a que me duche un momento.”

“Iba a decirte que no puedo, me duelen los pies” respondió Cho con honestidad. Al principio había llamado, pero como Bear no contestó, bajó personalmente a decírselo.

“¿Y hoy qué vas a hacer?”

“Comer algo por aquí y por la tarde salir a caminar” dijo Cho y empezó a caminar cojeando hacia la puerta, pero Bear lo detuvo agarrándolo del brazo.

“A ver, déjame ver tu pie.”

“No es nada, luego subo a ponerme pomada.”

“¿Tienes pomada?” preguntó Bear, porque ayer vio que no había comprado nada más que parches para el dolor y una venda para el tobillo.

Cho negó con la cabeza. Bear lo jaló del brazo, lo sentó en la cama, le subió la pierna del pantalón y le quitó el calcetín. Al ver el pie y el tobillo muy hinchados, levantó la mirada con el ceño fruncido.

“¿Tan hinchado y no me dijiste nada?”

No tenía idea de que estuviera así.

“Me duele” Cho hizo una mueca cuando Bear presionó la planta del pie.

“Eres un caso, no te cuidas nada. Ya estoy ocupado, no causes más problemas” suspiró Bear de nuevo, sintiéndose cansado y fastidiado con la persona frente a él, pero en realidad era porque le preocupaba... por eso no dejaba de regañarlo.

“Entonces ¿por qué viniste a verme?” Cho retiró el pie.

Pensó que con descansar un día mejoraría. No sabía que era por los zapatos que no le daban buen soporte. Al caminar tanto, terminó así. En cuanto se recuperara, compraría otros.

“¿Qué quieres comer? Voy a comprarte algo y también te traigo medicina” preguntó Bear. De haber planeado ducharse y vestirse, ahora pensó que solo bastaba con lavarse la cara y los dientes para quedarse en la habitación.

“Helado” respondió Cho con lo que quería comer. Bear levantó la voz al instante.

“No me molestes. Hace tanto frío y si yo no estoy, ¿qué vas a hacer si te enfermas? ¿Cómo vas a cuidarte solo?”

Cho sabía que este era el oso gruñón de Bear. Podía decir que ya estaba acostumbrado, pero igual no pudo evitar sentirse cansado y respondió en voz baja:

“Como sea, yo espero aquí.”

“Bien.”

Cho sólo tuvo un momento de tranquilidad. En cuanto Bear bajó, empezó a mirar toda la habitación donde dormía el otro.

“Escritorio portátil” comentó Cho al ver el escritorio de trabajo de Bear.

Aunque estaba en el extranjero, seguía completamente preparado para trabajar. Un amigo de Cho le había dicho una vez que si Bear amaba tanto su trabajo, mejor que se casara con él. Antes Cho se reía, pero ahora ya no le causaba gracia.

Al final, la razón principal por la que quería terminar era precisamente el trabajo.

En la pantalla de la laptop abierta había un programa de chat con muchos mensajes de varias personas. Cho se quedó mirando con interés porque él nunca había tenido que responder tantos chats ni hablar con tanta gente. Había varios grupos y muchas personas escribiéndole. Sonrió al ver que una de ellas era Khwan, la junior que trabajaba con Bear desde hacía tiempo.

Cho sabía que la vida de Bear era bastante caótica. Apenas tenía tiempo libre en el día, siempre pensando en el trabajo. A diferencia de él, que trabajaba desde casa todos los días y se sentía bastante solo, mientras Bear tenía vida social fuera.

Cho sabía que había empezado a cambiar cuando miraba el reloj a las siete de la noche, sentado esperando a que el otro regresara del trabajo. Bear salía a las seis de la tarde. Los primeros años solía llegar a casa alrededor de las siete. Después empezó a llegar más tarde, pero Cho igual lo esperaba.

Si alguien le preguntara qué hora odiaba más... probablemente serían las siete de la noche, sentado solo en la casa.

Por eso, la persona que antes tenía mucho miedo de salir solo empezó a ponerse caprichoso y exigente, pidiendo ir a todos lados con Bear. Pero cuando no funcionaba, lo regañaban por no madurar, aunque muchas cosas las quería hacer precisamente con Bear.

Quería que estuvieran juntos... quería pasar tiempo juntos.

Después de eso, Cho decidió ir solo a centros comerciales, comer y hacer cosas por su cuenta. Además, a su edad, sus amigos ya se habían dispersado para vivir sus vidas, así que tuvo que acostumbrarse a hacer todo solo.

Aun así, Bear no creía que pudiera arreglárselas solo. Quizás porque siempre había dependido de él.

“Qué bueno que no fuiste a ningún lado. Afuera está nevando fuerte” dijo Bear al regresar en menos de media hora, porque la tienda de conveniencia y la farmacia estaban justo frente al hotel.

Cho se levantó lentamente, abrió la cortina y vio que era verdad.

“Ven a comer para que te tomes la medicina y te pongas la pomada” dijo Bear colocando la caja de comida.

Cho sonrió, abrió la caja que contenía arroz blanco, huevo dulce y cerdo frito que le gustaba. Precisamente por eso... nunca había dejado de amarlo.

Cho comió en silencio. Vio que Bear comía mientras trabajaba. *Sabía que las relaciones de pareja son complicadas y tienen muchos puntos que hay que resolver con el tiempo, pero él solo era una persona celosa que no podía cambiarse a sí mismo.*

Para Cho... solo quería ser el número uno para Bear para siempre. Mientras comía, miraba a Bear comer y trabajar al mismo tiempo. Se sintió incómodo, así que terminó rápido, dio las gracias por la comida y la medicina que tenía en la mano.

“No te voy a molestar más. Me llevo la medicina a mi habitación para tomarla y ponerme la pomada” dijo Cho tocando ligeramente a la persona que estaba concentrada en la pantalla de la laptop.

“Ajá” respondió Bear, pero su mirada seguía fija en lo mismo.

Esa tarde Cho salió a una cafetería cerca del hospedaje con una mochila pequeña. Se sentó a beber café mirando a la gente pasar. Para él, aunque no había ido a los puntos turísticos, Japón era fascinante en cada metro cuadrado.

El hecho de haber escapado a propósito para viajar era solo porque quería vencerse a sí mismo, quería probar que podía estar solo. Ni siquiera pensó que Bear lo seguiría. Pero cuando realmente lo hizo, los sentimientos que parecían agua calmada se agitaron de nuevo.

Amor, apego y dolor, todo giraba en un agua que nunca estaba en calma.

Aunque por dentro se sentía turbio, las voces animadas de los empleados y clientes hablando en un idioma que no entendía, curiosamente lo calmaban. Y la opresión que sentía cuando estaba con Bear desapareció y pudo respirar mejor.

Después pensó en comer algo e ir a ver una película al cine que estaba un poco más lejos. Esta película se había estrenado en Tailandia hacía dos semanas. Cho quería verla mucho, pero aún no había podido porque por más que invitaba a Bear, él nunca quería ir, argumentando que las películas románticas no tenían sentido.

Y justo cuando estaba pensando en eso, el “*oso barbudo*” llamó...

[¿Dónde estás? Tengo hambre.]

“En una cafetería” respondió Cho mientras se estiraba.

[Mándame la ubicación, voy para allá.]

“Ok” respondió Cho sin poder negarse. Buscó una imagen de delfín en Google y le envió dos: un delfín y una ballena beluga. Muy lindos.

[¡Cho, pequeño!]

Poco después recibió otra llamada donde le reclamaba como de costumbre.

Cho se rió. Al final le envió la ubicación. Menos de media hora después llegó la persona que se quejaba de hambre.

“Saliste y ni me avisaste.”

“Pensé que estabas ocupado” dijo el menor antes de levantarse.

“¿Qué quieres comer? Es el último día, invito yo” se ofreció Cho.

“Quiero lo más caro.”

El de los lentes grandes se rió, pero aceptó gustoso.

“Está bien” dijo antes de entrar a una cadena de pollo frito que tenía cientos de sucursales en Tailandia.

“¿KFC?” Bear hizo una cara de incredulidad, pero como tenía hambre, aceptó fácilmente.

“No... no es igual que en casa, Phi” dijo Cho, que extrañaba la comida tailandesa y pensaba que el pollo frito de esta cadena sería igual en todo el mundo. Su cara de sorpresa hizo reír a Bear.

“Cada país es diferente, creí que ya lo sabías” dijo Bear comiendo papas fritas y riendo.

“La hamburguesa también está rica. Esto está bueno” Bear le pasó un nugget al menor.

Comieron y charlaron de todo un poco, intentando que todo pareciera normal como siempre, aunque ambos sabían que ya nada era igual.

“¿Y después qué? Yo invito” preguntó Bear a la persona que ayer dijo que saldría a caminar, pero no sabía adónde.

“Vamos al cine, está a poca distancia caminando.”

“¿Estás loco?” Bear se llevó la mano a la cabeza. Cho sólo tenía un inglés básico, pero el japonés ni hablar.

“Está en japonés con subtítulos en inglés. ¿Cómo vas a entender? Mejor vela en Tailandia” dijo Bear con sinceridad.

“No importa, quiero verla. Si no entiendo, la veré de nuevo cuando vuelva.”

Bear sabía que el menor llevaba mucho tiempo queriendo verla, pero no entendía esa terquedad.

“Para cuando volvamos ya habrá salido de cartelera” dijo Cho sonriéndole.

“Yo no voy.”

El más pequeño negó con la cabeza varias veces, tomó un sorbo de refresco, lo puso sobre la mesa, tamborileó los dedos y finalmente decidió hablar:

“Es que tú ya la viste.”

Cho miró fijamente a su pareja, recordando el día que lo hizo decidir terminar.

Esta película Cho la había estado pidiendo ver desde que supo que se estaba filmando, porque estaba basada en un libro que le gustaba. Pero Bear siempre lo

rechazaba. El día del estreno, Cho decidió ir solo. Planeaba disfrutar la película y luego llamar a Bear para cenar juntos en el centro comercial. Pero cuando estaba a punto de entrar a la sala 5, vio a Bear caminando con alguien frente a él y entrando a la misma sala.

La película que Cho había intentado convencer a Bear de ver juntos, al final Bear la vio con otra persona.

En ese momento Cho se sonrió a sí mismo. Todo lo que había intentado consolarse y justificarlo durante tanto tiempo (*que Bear estaba muy cansado por el trabajo*) se derrumbó. No le importó quién era la persona con la que estaba ni cuántos eran. Simplemente se dio cuenta de que su importancia había terminado.

No ser lo más importante para la persona que amas... duele más que cualquier cosa.

“Cho...” lo llamó Bear, con los ojos oscuros llenos de pánico y el ceño fruncido.

“Si no querías ir conmigo, podías habérmelo dicho directamente. No tenías que decir que no tenías tiempo para ir con otra persona” dijo Cho, hablando de algo que había guardado todo este tiempo.

Tal vez para Bear no era gran cosa, pero fue la gota que derramó el vaso. Cho había planeado no decir nada y dejar que se desvaneciera con el tiempo. Quería que terminaran bien, pero tenía que culpar a Bear por seguirlo hasta Japón, y al final se culpaba a sí mismo por ser tan caprichoso que no aguantó más.

“¿Qué pasa, Cho?” preguntó Bear con voz más seria y firme.

“No es nada” rió Cho tratando de disimular.

“Cho” la voz de regaño del mayor se volvió más dura.

“Vete ya, Phi . Yo voy a ver la película” ya no miró a su pareja.

Los pronombres también sonaron cortantes. Cho se levantó, solo quería irse de ahí, pero Bear se levantó y le bloqueó el paso.

El más joven suspiró profundamente porque la gente empezaba a mirar. Al final caminó cojeando hasta un parque infantil cercano que estaba vacío. Como mañana se separarían y pasado mañana planeaba continuar el viaje a Sendai, quería terminar con esto de una vez.

Cho respiró profundamente el aire helado. La opresión en el pecho que había sentido durante muchos meses lo apretaba. Sentía que a las cuatro de la tarde, cuando el cielo de invierno empezaba a oscurecer, era cruel.

Aunque había dicho que terminaban cien veces, ninguna dolió tanto como esta.

“Phi Bear, terminemos, ¿sí?” dijo Cho sonriendo como siempre.

La persona que escuchó, que nunca había tomado en serio las amenazas de ruptura para llamar la atención, giró la cara y apretó la mandíbula para contener muchas emociones.

Después de un largo silencio, Bear miró a los ojos a la persona con quien había estado casi diez años.

“¿Sabes? En todo este tiempo yo nunca dije ni una vez que quería terminar. Solo tú lo dices.”

Desde hace dos semanas Cho no dejaba de decir que viajaría y luego terminarían. A veces lo decía riendo, a veces sin mirarlo a los ojos, hasta el punto de que era molesto. Bear pensaba que era solo sarcasmo porque él no tenía tiempo, como siempre.

Antes de eso, durante un año entero, Cho había estado saliendo solo, diciendo que podía vivir sin él, aunque Bear ya le había dicho que quería descansar en sus días libres porque estaba muy cansado del trabajo.

Para él eran solo pequeñas molestias. Nunca pensó que el otro lo convertiría en algo tan grande.

“Tú no lo dices, pero lo haces” sonrió Cho débilmente y bajó la mirada.

“Dime, ¿qué es lo que hice?”

Cho apretó los labios con fuerza. Sus ojos oscuros se bajaron mientras sus hombros empezaban a temblar, y finalmente rompió a llorar.

“¿Por qué lloras? ¡Dímelo para que sepa!” Bear se desesperó, odiando la terquedad y falta de razón del otro.

“Si solo es por lo de la película y lo estás haciendo un drama, adelante, Cho” levantó la vista hacia el cielo oscuro. El frío intenso también era molesto.

“Ese día fui a ver la película con los juniors del trabajo. Fuimos varias personas. Ni siquiera sabía qué película iban a ver.”

Bear dijo la verdad, fastidiado de tener que justificarse por algo de lo que no era culpable. *Ese día la empresa recibió más de cien boletos de un socio comercial. Su equipo decidió ir juntos y él solo los acompañó.*

A Cho ya no le importaba. Ya no importaba si Bear decía la verdad o mentía.

“Yo soy egoísta. Sólo quería que me vieras un poco” dijo la persona que hablaba apretando sus propias manos con fuerza, con la voz temblorosa.

“Estamos juntos todos los días, Cho. ¿Cómo no te voy a ver?”

“Lo sé. Solo no quiero ser alguien a quien pasas por alto en importancia.”

El menor intentó secarse las lágrimas. Todas esas cosas se habían acumulado poco a poco. Algunas eran detalles muy pequeños, pero la persona que sufría las recordaba todas.

“¿Y todo lo que pasó antes? ¿Todo lo que hice por ti ya no importa o qué?” la voz de Bear no era alta, pero sonaba más grave que nunca. *Claro que estaba enojado porque el otro actuaba como si todo el tiempo que habían pasado juntos no valiera nada.*

“Te dije que soy egoísta” sonrió Cho entre lágrimas.

“Eres demasiado egoísta, Cho. ¿Crees que hago todo esto porque no quiero que estés bien? Todo el dinero, la casa que aún debemos... ¿para qué crees que trabajo tan duro?” Bear lo tomó de los hombros y preguntó.

No estaba gritando, no estaba furioso, pero su voz sonaba baja y ronca.

“¿Y los diez años que hemos pasado juntos qué son, Cho?”

El más pequeño se limpió las lágrimas rápidamente y negó con la cabeza. *Toda la deuda y las responsabilidades él las seguiría asumiendo en la misma proporción. Solo que ahora la relación de pareja había terminado.*

“Además... no quiero que terminemos y terminemos odiándonos. Yo me haré cargo de todo.”

“¿Y crees que vine hasta aquí porque quiero terminar?”

“...” Cho levantó la vista hacia la persona que de repente lo había seguido.

“He hecho todo esto, Cho” Bear había dejado un trabajo muy importante porque estaba preocupado por el menor. Pero si tenía que terminar así, ¿qué más podía hacer?

El mayor apretó la mandíbula con fuerza, soltó los hombros del otro y dijo por última vez antes de marcharse:

“Recuérdalo bien: las personas que realmente se aman, no se separan.”

Cho entendía perfectamente lo que Bear decía. Lo entendía todo. Entendía incluso las ventajas y desventajas de las personas que son diferentes. Antes podía aceptarlo todo, pero ahora era distinto.

Las cualidades del hombre grande eran que se preocupaba mucho, a veces tenía mala lengua pero era muy bueno. Bear le había enseñado todo a Cho, incluso el trabajo que hacía ahora: Bear había sido quien le encendió la chispa y lo ayudó hasta llegar al punto en que podía vivir cómodamente. Sus defectos tal vez eran que no hablaba mucho, trabajaba demasiado y ponía cara de oso gruñón.

Cho sabía que mientras más tiempo pasaran juntos, más tendrían que adaptarse cada día. Pero quizás porque él era débil, últimamente solo se enfocaba en las cosas que le hacían sentir mal. Por eso todo terminó así. Sabía que él también tenía muchos defectos que Bear no podía soportar. Probablemente era tan molesto que Bear ya estaba cansado.

La persona que dijo que iría a ver la película, al final se quedó sentado dejando que la película lo viera llorar. El más pequeño sorbió por la nariz con fuerza. Por suerte no había mucha gente, así que no se avergonzó. Se prometió a sí mismo que cuando se fortaleciera, volvería a ver esta película otra vez.

Cho no dejaba de pensar en lo que Bear dijo: *las personas que realmente se aman, no se separan...*

Cho no estaba muy de acuerdo. *Precisamente porque se ama es que a veces hay que separarse.* Quería recordar a Bear solo en sus mejores momentos. De la misma forma, quería que Bear no tuviera que preocuparse más por alguien que era una carga como él.

Cho todavía recordaba muy bien lo que pidió en el Gran Buda de Kamakura... de cualquier manera, quería que Bear fuera feliz con todo.

Día 7

Parece irreal.

Aunque se había preparado mentalmente durante mucho tiempo para que esto sucediera, cuando finalmente ocurrió, Cho no paraba de preguntarse una y otra vez qué habían sido esos diez años. Habían terminado, ¿verdad que sí? En su cabeza solo había una pregunta: "*¿Por qué?*". Aun así, cargó con todo sobre sus hombros y continuó su camino.

Diez años de amor... tal vez le tomaría toda la vida olvidarlos.

En realidad, Cho ni siquiera quería olvidarlos. Para él, Phi Bear era su primer amor y probablemente el único de su vida. Durante todo ese tiempo habían sido pareja, amigos, familia y la persona más cercana el uno al otro. Habían pasado juntos un tercio de sus vidas, así que cortar de golpe no era algo que pudiera hacer en ese momento.

Cho estaba sentado esperando el tren Shinkansen para ir a Sendai y Aomori, según el plan original. Los últimos seis días habían arruinado completamente su itinerario, pero al menos habían sido buenos. Por lo menos había podido decir lo que quería decir.

El clima de diciembre era muy frío. Mientras esperaba el tren, Cho entró a la sala de espera con calefacción. Dejó su teléfono cargando en el cargador gratuito para el público, pero cuando vio que lo llamaban, dejó la maleta adentro y salió de la cabina de vidrio para contestar.

[¿Cómo estás?] preguntó la voz al otro lado de la línea con preocupación.

Cho sonrió. El viento afuera estaba helado. Antes de poder decir algo, ya le empezó a moquear la nariz y le ardían los ojos. Las malditas lágrimas caían con facilidad.

“Air... terminamos” dijo Cho con la voz temblorosa.

Bajó la cabeza hacia su pecho, intentando no sollozar para no preocupar a su única amiga cercana en este momento. Pero terminar con alguien que había sido parte de su vida... no era algo pequeño.

[¿Quieres que vaya?] ofreció.

“No, ¿qué va a hacer el pequeño Em?” respondió Cho a su amiga, que era mamá de un bebé de tres meses muy lindo.

“Compraré un juguete para llevárselo a Em...”

La persona en Tailandia suspiró largamente. Sabía que Cho se había preparado durante mucho tiempo, pero igual estaba muy preocupada.

[¿Ya le dijiste a tu mamá?]

“Todavía no. Se lo diré cuando regrese.”

[Cho... ¿de verdad estás bien?] preguntó Air, que conocía bien su costumbre de fingir que todo estaba bien.

Eran amigos desde la universidad. En ese entonces no eran tan cercanos, pero al crecer empezaron a hablar más. Ambos trabajaban desde casa, así que se entendían fácilmente. Aunque eran muy cercanos, ninguno podía descuidar a su familia por el otro.

“No estoy bien. Voy a necesitar tiempo.”

[Cuídate a ti mismo, no cometas locuras, ¿ok?] le recordó Air algo que habían hablado muchas veces.

“No voy a hacer ninguna locura, lo tengo claro.”

[¿Phi Bear ya regresó a Tailandia?]

“Sí, ya nos separamos.”

[En los días que estés ahí, no te emborraches ¿eh?]

“Está bien” dijo la persona que estaba llorando mientras se limpiaba las lágrimas de las mejillas.

[Cuando regreses iré a recogerte. Mándame fotos todos los días, ¿sí?]

“Ajá.”

[Llámame y contestaré.]

“Está bien” Cho sonrió. Al menos tenía a una persona que lo escuchaba y se preocupaba por él. Con eso era suficiente.

“Hoy voy a Sendai. El tren ya está por llegar.”

[Bien. Viaja con cuidado. Si lloras, mantén la cordura y no te subas al tren equivocado.]

Lo que dijo Air sonaba gracioso, pero en esa situación Cho se lo grabó en la mente. Se repitió las advertencias de Air hasta llegar sano y salvo a su destino. Se sintió patético limpiándose las lágrimas mientras arrastraba su maleta.

Pero mientras sus pies siguieran avanzando... el día en que dejara de llorar no debía estar tan lejos.

“Nieve...” murmuró Cho mirando fuera de la estación de Sendai.

Esta región estaba en el noreste de Tokio. Se tardaba dos horas en tren bala en llegar. El paisaje afuera no era muy diferente de la gran ciudad como Tokio; lo distinto era la nieve blanca que lo cubría todo.

A Cho le gustaba mucho este país porque el desarrollo llegaba hasta el último rincón. Aunque estuvieras lejos de la capital, la calidad de vida y el acceso a la infraestructura eran similares. Por eso la gente no tenía que concentrarse solo en la gran ciudad. Además de la infraestructura, también conservaban y adaptaban su cultura y arte al mismo tiempo.

Cho se sonó la nariz y levantó la cámara para tomar fotos del ambiente fuera de la estación. Normalmente se concentraba mucho cada vez que miraba por el visor, pero hoy solo podía pensar en alguien.

‘A estas horas... ¿Phi Bear ya habrá llegado a Tailandia?’

Para Bear, terminar con alguien con quien había estado diez años le parecía egoísta y absurdo. Ni siquiera creía que las lágrimas de la otra persona al decirle que terminaban significaran que era definitivo. En el fondo, estaba convencido de que en treinta días Cho volvería a casa.

“¿No dijiste que te ibas un mes entero?” preguntó Ball, un senior del trabajo de Bear, al verlo aparecer en la oficina a la mañana siguiente.

“Si pudiera tomar vacaciones tan largas, Phi Ek ya me habría corrido” dijo Bear refiriéndose a su jefe, con quien tenía buena relación.

“Phi Ek no se atrevería. Eres el legendario rey de las vacaciones. Una vez te fuiste dos meses seguidos a Chiang Mai a rogarle a tu novio” contó Ball recordando viejas historias.

“Estás loco, Phi” rió Bear.

“No estoy loco. Ve a revisar el registro de huellas de hace cinco años.”

Bear negó con la cabeza. Estaban charlando relajadamente en la sala de reuniones mientras esperaban a que llegara todo el equipo a las diez de la mañana.

“Si yo fuera un ejecutivo como Phi Ek, también tomaría vacaciones. Me iría a dormir a la casa” dijo Bear estirándose perezosamente antes de abrir su laptop al ver que la gente empezaba a llegar.

Hoy tenían una reunión para resumir los últimos seis meses de trabajo. El gran proyecto que habían construido juntos estaba por terminar con éxito, tal como merecía todo el esfuerzo que habían puesto.

“Con que te tomes una semana ya eres demasiado” dijo Ball negando con la cabeza. Antes pensaba que Yuri, el jefe anterior, era demasiado trabajador, pero ahora tenía que lidiar con Bear, que trabajaba como si nunca fuera a volver a hacerlo.

“Admiro a Nong Cho. Trabajar con él es como estar con una mujer en el trabajo” comentó alguien que había visto a Cho un par de veces.

Normalmente Bear se habría reído, pero esta vez se quedó callado.

“Phi, ya ven que solo trabajo.”

“Sí, yo lo veo. Pero tu esposa no” dijo uno de los miembros del proyecto, que conocía a Bear desde la universidad. No eran muy cercanos en esa época porque Bear solo estaba en proyectos temporales, pero se habían acercado más en el último año.

Ball tenía familia, así que a veces no podía evitar comparar.

La razón era que Bear solía trabajar más de lo que le correspondía. Como compañero de trabajo pensaba que era bueno tener a alguien tan dedicado, pero como ser humano, ver a alguien que no regresaba a casa le parecía problemático.

“Entiendo que te entregues tanto al trabajo porque quieres ascender, pero no olvides que hay alguien esperándote en casa” le advirtió Ball con buena intención, porque él mismo había trabajado demasiado y casi se divorcia.

Después de esa gran pelea entendió que la familia era igual de importante, y que el tiempo... no se puede recuperar.

“Hablas demasiado, Phi. ¿Quieres café? Voy a pedir al de abajo.”

Ball suspiró pero dejó de regañarlo.

“Un latte con poco azúcar.”

“Qué frío...” dijo Cho saliendo de la estación de Sendai después de haber estado casi una hora caminando y tomando fotos.

Los dientes le castañeaban, las manos se le estaban congelando. La nieve empezaba a caer suavemente sobre él. Cho sonrió sin querer al pensar en Phi. Habían hablado de querer ir juntos a un lugar con nieve suave, así que quería que lo viera, pero probablemente ya no sería posible.

Quería tener a Phi Bear en todos sus momentos, pero si la otra persona no quería acompañarlo, su buena intención solo se convertiría en algo molesto.

El amor del principio... no es tan difícil de mantener en el tiempo.

Cho arrastró su gran maleta y la dejó frente a la estación. Según el mapa, solo tenía que caminar ochocientos metros más para llegar al hotel que había reservado. Decidió pasar primero por un restaurante. Entró a un lugar de hamburguesas que decían que estaba delicioso y pidió una hamburguesa de camarón y una cola. Estaba realmente rica, tal como decían, y no tan salada como esperaba. Pensó que a Phi Bear le habría gustado y probablemente se habría reído de él por pedir una hamburguesa gigante que no podía terminar.

“¿Qué se supone que debes hacer cuando te rompen el corazón?” se preguntó Cho a sí mismo mientras pensaba solo en la persona que ya se había ido. Cuando se llenó el estómago empezó a divagar.

Sacó su teléfono y buscó *“¿Qué hacer cuando te rompen el corazón?”* y luego se rió de sí mismo.

Estas cosas eran absurdas, pero era cierto que había gente así. Gente como él, que no sabía qué hacer a continuación.

“Emborracharse está bien. Emborracharse en la habitación” se dijo Cho. Moviò la cabeza al recordar que Air acababa de advertirle sobre eso.

Se arrepintió de no haberle tomado foto a la hamburguesa y se aburríó de sus propios pensamientos dispersos. En su cabeza parecía que no podía organizar nada.

Era la primera vez que le rompían el corazón en su vida... así se sentía.

El alojamiento de esa noche que había reservado Cho era una habitación japonesa pequeña con futón individual, onsen compartido y desayuno típico local. La dueña, una señora muy amable, cuando vio que Cho no sabía ponerse la yukata le enseñó con paciencia, todo en japonés. La persona con el corazón roto se olvidó por un buen rato de que estaba triste, e incluso lo invitaron a bajar al onsen con los señores japoneses.

Cho tenía planeado quedarse en Sendai solo dos noches: hoy visitaría la ciudad y los templos, mañana iría al pueblo de los Chorros de cola esponjosa, y al día siguiente continuaría a Aomori antes de ir a Hokkaido el día 9.

Pero hoy nevaba muy fuerte, así que sus planes de salir se arruinaron. Cho terminó sus fotos, se acostó y la cerveza que había comprado para tomar en la noche empezó a beberla desde las tres de la tarde. Se puso a revisar las redes sociales, que normalmente usaba solo para subir fotos pero con poca interacción. Vio a muchos amigos de viaje con su familia o cenando con gente, mientras que en su propio feed solo aparecía Phi Bear.

“Cuando terminas ¿tienes que borrar todo?” se preguntó Cho. La respuesta fue que todavía quería ver, pero su mano bloqueó a Phi Bear para que no viera sus publicaciones. Pensó que si iba a borrar, quería que Phi lo borrara primero para poder atreverse él también.

La persona que llevaba la yukata del hotel tomó fotos con su teléfono y vio que tenía mala cara: ojos hinchados y pelo desarreglado. Se sentó en posición de loto y tomó dos fotos. Decidió contarles a sus papás y amigos lo que vendría.

Ese día contó que había tomado el Shinkansen a Sendai, que había estado caminando tomando fotos hasta que la gente lo confundió con un reportero, y que había nevado tanto que llegó al hotel con la cabeza blanca de nieve.

“Dicen que la gente que usa mucho las redes sociales suele sentirse sola” fue el primer comentario de Air. Cho leyó y se rió porque era verdad.

Se sentía solo de una forma difícil de explicar...

Después de un día agitado, Bear regresó a casa casi a las nueve de la noche, y planeaba salir a beber con sus compañeros de trabajo a las once. Podía darse el lujo de emborracharse porque mañana tenía cita con un cliente por la tarde; pensaba reunirse con él primero y, ya entrada la noche, pasar por la oficina para cerrar pendientes.

Entró a la cocina con hambre. Normalmente, aunque llegara tarde, siempre había comida caliente esperándolo, pero hoy al abrir el refrigerador solo encontró comida de hace varias semanas. Pensó en pedir algo para comer antes de salir a beber, porque si iba con el estómago vacío no era bueno. Entonces recordó algo, abrió el chat y vio que el último mensaje de Cho era el de la ubicación que le había enviado ayer.

Solo había pasado un día... pero parecía que había pasado muchísimo tiempo desde que no veía su cara.

Bear entró a sus redes sociales, que no había actualizado en varios meses, y miró las actividades de la persona que estaba en Japón. La última foto era de una caja de comida que él había comprado para llevarle.

“Se acuerda incluso de que me gusta el cerdo frito”, era lo que estaba escrito debajo de aquella foto.

“Phi se acuerda de todo”, Bear suspiró largo. No entendía por qué una simple caja de comida tenía que acabar en redes sociales, ni tampoco comprendía su propio fastidio.

Pidió comida al azar, porque el hambre era mucha. Luego recordó que mañana debía llevar el coche a revisión, así que entró en el dormitorio a buscar los documentos. Si volvía borracho, no tendría fuerzas para encontrarlos, y al despertar seguramente se le olvidaría otra vez, como siempre.

“¿Dónde está?” Bear se agachó buscando en los cajones del escritorio. Como no encontró nada en el dormitorio (*que estaba hecho un desastre porque llevaba meses durmiendo solo*), entró al estudio que últimamente Cho usaba como habitación.

Bear casi no entraba a esa habitación. Era blanca, con muchas cosas pero muy ordenada. En la cama de tres cuartos, la almohada y la cobija estaban dobladas perfectamente, como lo haría una persona ordenada.

Llevaban varios meses durmiendo separados porque Bear llegaba muy tarde, y cada vez que dormían juntos terminaban peleando por sus ronquidos.

Bear miró el peluche de foca en la cama que la otra persona no se había llevado. Era algo que él le había comprado cuando se graduó y Cho le había dicho que le encantaba.

Bear recorrió la habitación con la mirada y vio una caja de plástico transparente grande donde guardaban cosas organizadas. Encontró los documentos rápidamente, luego se sentó en la cama de Cho y tomó el peluche blanco que ya estaba amarillento. Estaba tan aplastado que apenas se reconocía que antes era una foca, pero aún olía a suavizante.

El hombre grande suspiró de nuevo. *Lo de terminar... diez años no era algo pequeño.*

Bear se levantó cuando su teléfono vibró en el bolsillo del pantalón. Probablemente era la comida que había pedido y ya estaba por llegar.

Según el plan, hoy Cho debía estar en Sendai. Bear volvió a revisar las redes a las once de la noche y no vio ninguna actividad.

“**Bear, tranquilo**” le dijo Phi Ball al ver que se estaba tomando las cervezas como si hubiera estado sediento mucho tiempo.

“Se las está tomando como agua” comentó un junior del equipo y chocó su vaso.

“Hace mucho que no lo veía emborracharse así” dijo Khwan, que notó que Phi Bear llevaba mucho tiempo sin beber hasta emborracharse.

Ella trabajaba en Business Analytics (**BA**), coordinando entre el equipo y los clientes, manejando plazos y documentos. A veces también ayudaba en el equipo cuando había presión, todo para que el cliente quedara satisfecho.

“Normalmente Khwan no le deja emborracharse”, dijo Phi Ball.

“Si se embriaga, el trabajo no avanza, ¿verdad?”

“Es que sabe manejar bien las cosas”, comentó Bear riendo. Pero en realidad era gracias a Khwan, que había logrado resolver contratos complicados y las interminables exigencias de los clientes. Solo por eso pudieron cerrar el proyecto a tiempo.

En el agradable restaurante, unas diez personas charlaban de trabajo mientras bebían. Bear casi no tocó la comida porque ya había comido en casa, pero sí se le notaba que estaba muy pendiente del teléfono.

“¿Tu esposa te está siguiendo, Phi?” bromeó una junior al verlo mirando la pantalla.

“Terminamos” dijo Bear levantando una ceja.

Al decirlo, se preguntó a sí mismo si realmente era verdad o solo estaba borracho.

Los juniors probablemente pensaron que bromeaba, porque siguieron molestándolo.

“Si fuera yo también terminaría. Phi no hace más que trabajar.”

Bear se encogió de hombros. El quinto trago ya lo tenía mareado y no tenía muchas ganas de explicar.

Después de beber hasta emborracharse, Bear llegó a casa casi a las dos de la mañana. Se tiró en la cama sin bañarse. Si Cho estuviera ahí le habría reclamado, pero ahora la casa estaba oscura y en completo silencio. Por el rabillo del ojo vio al gato blanco que se acercaba.

Antes Bear lo había dejado en casa de la mamá de Cho. Cuando regresó, avisó que pasaría a recogerlo por la tarde, pero la mamá se lo llevó de vuelta alrededor de las diez de la noche porque pasaba por la zona. En realidad, la casa de la mamá de Cho no estaba tan lejos.

“¿Ya comiste?”

“Miau.”

“Ah, ya comiste” sonrió Bear cuando el gato saltó y se acostó sobre su pecho.

Siempre quería discutir cuando la gente decía que los gatos no recuerdan a las personas. En su casa, el gato claramente sabía que debía consentir a su mamá y no a él.

“Mamá se fue de viaje, todavía no regresa” dijo Bear acariciando el suave pelaje y rascándole la barbilla.

“Luego le diré que te traiga golosinas” le dijo al gato, pero en el fondo empezó a pensar si Cho realmente regresaría a esa casa.

La persona que estaba tan borracha que apenas podía mantener los ojos abiertos revisó las redes otra vez a las dos y media de la mañana y no vio ninguna actividad desde Japón.

“Bear, ¿por qué terminaste con Nong Cho?” le preguntó Phi Ball cuando salieron a fumar.

Como llevaban mucho tiempo juntos, sabía que lo que había dicho en la mesa no era broma.

Bear miró a los ojos a su mayor al que respetaba y respondió:

“No es por nada en particular, Phi. Fue Cho quien quiso terminar.”

¿Por qué Cho quiso terminar? Hasta ahora, Bear todavía no lo entendía en absoluto.

Día 8

Cosas importantes que no tienen sentido

Esta mañana en Sendai hacía tanto frío que Cho no quería hacer nada más que dormir para olvidar las cosas del pasado y acurrucarse bajo la manta tibia. Pero como los zorros rojos del pueblo de conservación de zorros lo esperaban, y él había preparado bien su tarea, tomó la decisión de levantarse del futón calentito.

Al menos hoy sería el primer día en que por fin podría viajar según su plan.

Aunque dijo que se había preparado bien, se equivocó de línea de tren una vez antes de reponerse y tomar la línea correcta hacia Kitsune Mura o el pueblo de los zorros, casi a las siete de la mañana. Después de eso, solo unos veinte minutos más y llegó a la estación donde tenía que tomar el autobús.

Cho no esperó mucho el autobús de la mañana y subió. Se mareó con cada curva; la cabeza le daba vueltas tanto que por un momento olvidó

que tenía el corazón roto. Por suerte, justo antes de vomitar, llegó al destino.

Frente al pueblo de los zorros había un gran King Kong como símbolo. Cho levantó su teléfono móvil y tomó una foto antes de caminar a comprar el boleto.

Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta para agarrar las bolsas de calor y miró a su alrededor.

El paisaje a su alrededor era completamente blanco. El panorama, tan diferente de Tailandia, lo hizo sonreír.

Hoy Cho iba a tomar fotos para subirlas a un sitio web y venderlas. Por eso se paró a medir la luz y preparó los lentes desde el frente. De todas las fotos, las de paisajes son las que menos se venden. Las que realmente se venden bien son las que se pueden usar para crear contenido, como las de zorros de hoy. Cho las tomaría lo más nítidas posible, luego las recortaría como zorros en diferentes poses y acciones antes de venderlas.

La persona que le enseñó todo esto fue el hermano Bear.

“¿Qué haría un oso si se encuentra con un perro?” dijo Cho, refiriéndose a alguien que no era amigo de ningún animal. Incluso el gato de la casa tardó meses en acercarse; antes de que se quisieran, se habían arañado varias veces.

Cho sabía que estaba muy triste por lo que había pasado, pero ya no había nada que pudiera hacer. Lo único que podía hacer ahora era ajustar su mochila y seguir caminando por su propio camino.

Al comprar el boleto para entrar al pueblo de los zorros, la señora que vendía le recomendó las normas de comportamiento dentro. Cho entendió parte, parte no, pero intentó comprender. Luego caminó hacia el primer punto, donde había algunos zorros en jaulas. Según los letreros, la mayoría de los zorros ahí estaban enfermos o heridos, por eso

los separaban, o eran cachorros que necesitaban cuidados. Vio a los zorros pequeños amontonados unos sobre otros, tan lindos que se quedó mirándolos un buen rato sin darse cuenta.

Poco después pasó a un área abierta donde podía caminar y observar a los zorritos al mismo tiempo. Aquí había zorros rojos japoneses. La mayoría tenían pelaje rojizo, pero algunos eran negros o plateados, lo que se veía muy peculiar y bonito. Cho los miró con fascinación porque en esta temporada nevaba, así que tenían el pelaje muy esponjoso y dormían profundamente sobre troncos o sobre la nieve. Se veían muy tiernos, pero como eran animales salvajes, aquí estaba prohibido tocarlos.

Cho caminaba y se detenía a tomar fotos de vez en cuando. Para fotografiar animales hay que apagar el flash, así que en un día nublado como este tenía que buscar ángulos donde la luz entrara y saliera bien. Pensó que tomaría fotos de zorros en muchas poses diferentes, pero terminó con muchas fotos de zorros durmiendo. Después de caminar un rato, encontró un zorro blanco sentado que lo miraba y ladeaba la cabeza como si tuviera curiosidad.

“¡Oye, pequeño! Mira a la cámara un segundo”, dijo Cho emocionado, y se agachó lentamente para tomar la foto.

“¡Pequeñito!” Al llamarlo, el zorro emitió un sonido agudo y extraño, luego se levantó y se fue caminando como si nada.

El que fue ignorado por el zorro se rió de sí mismo y, por casualidad, se giró y vio a otra turista que le sonreía. Cho sonrió avergonzado porque no se atrevía a saludar, temiendo que le hablara rápido en japonés, pero al final resultó que era tailandés.

“¿Eres tailandés?”

“¿Ah?” Cho abrió mucho los ojos. Pensó que la otra persona era japonesa.

“¿Viniste solo?”

“Sí.”

“No cuelgues cosas que llamen la atención de los pequeños, ¿eh?” le dijo ella porque vio que en la bolsa de la cámara del chico que había estado llamando graciosamente a los zorros colgaba un llavero. Podrían morderlo y quitárselo.

“Gracias.” Cho se dio vuelta, guardó el llavero en la bolsa y miró a la chica bajita que cargaba una cámara más grande que la suya. Antes ya la había visto tomando fotos un rato.

“Qué cámara tan bonita.”

“Ah... es que uso las fotos para libros y sitios web de turismo, por eso la cámara es un poco más grande que la de la gente común”, dijo ella riendo.

“Yo también tomo fotos para vender, pero me da flojera cargar mucho, así que traje una *mirrorless* en su lugar.”

“¿Vender?”

“Significa vender fotos en stock”, respondió Cho con una media sonrisa y caminó hacia los zorros que estaban amontonados sobre la nieve.

“Ah, yo lo hice una vez. En dos meses solo gané una moneda y lo dejé”, dijo ella y se rió.

Los dos tailandeses que habían venido por separado parecían haber encontrado un nuevo amigo.

No se sabe cómo, pero Cho y su nueva amiga terminaron pasando el día juntos: tomaron el tren de regreso a la ciudad y pasearon. Cho tenía planeado visitar varios santuarios y **Mew** también quería tomar fotos, así que caminaron juntos desde la mañana hasta el atardecer.

“¿En dónde te estás quedando, Mew?”

“Por la estación de Sendai.”

“¡Igual que yo!” Cho sonrió ampliamente.

Se quedaron parados mirando la nieve que caía suavemente. Casi a las seis de la tarde el cielo ya estaba completamente oscuro; era el ambiente perfecto para dormir.

“¿Quieres que vayamos a comer algo juntos y luego cada quien se va por su lado?” invitó Cho, que ya empezaba a tener hambre.

“¡Claro!”

“¿Me recomiendas algún lugar?”

“Yo como en cualquier parte, pero me gustan los restaurantes locales, se siente más auténtico”, respondió la chica bajita.

“Quiero probar, pero cuando entro no entiendo nada de lo que dicen”, dijo Cho sonriendo.

“Entonces te llevo. ¿Quieres probar lengua de res a la parrilla? Está deliciosa.”

“¡Vamos!” La persona que normalmente no comía carne asintió fácilmente. Ya que estaba ahí, quería probar cosas nuevas.

“いらっしやいませ (Irasshaimase~/¡Bienvenidos!)”

Cho había oído esa frase en restaurantes japoneses en Tailandia. Hizo una reverencia al señor mayor que salió a abrirles la puerta. El ambiente era el de un restaurante dentro de una casa, con mesas japonesas bajas donde se metían las piernas. Había un calentador en el centro. Al mirar alrededor solo había japonés; exactamente el ambiente que Mew había descrito.

Mew habló japonés con fluidez con el dueño del restaurante y luego se volvió hacia el otro chico.

“Cho, ¿quieres cerveza también?”

“Ah, sí”, respondió Cho con una sonrisa, pensando que comería todo lo que pidieran en ese momento.

Antes de mirar de un lado a otro, levantó su cámara y tomó fotos después de que Mew le dijera que estaba permitido.

“Mew es muy buena”, elogió Cho a su nueva amiga después de que ordenaran la comida.

Él no era muy bueno para los idiomas. Cuando veía a alguien hablar bien otro idioma, no podía evitar admirarlo.

“No soy tan buena”, dijo Mew sonriendo con timidez.

“Es que estudié aquí, me gradué y conseguí trabajo aquí. El gobierno hace sitios web para promover el turismo y querían contenido en japonés y tailandés, así que conseguí el empleo.”

“¿Vives aquí sola?”

“Sí.”

“Eres increíble”, dijo Cho aplaudiendo.

Para Cho, las personas que vivían una vida independiente eran las más capaces.

“¿Quieres que te tome una foto?” Mew levantó su teléfono móvil y preguntó, por si Cho quería una foto suya en el restaurante.

“¿La tomamos juntos?” preguntó él de vuelta. Estaba muy emocionado de tener un nuevo amigo después de tantos años.

Porque siempre se quedaba en casa. Cuando salía, prefería ir con Phi Bear o solo. La experiencia de socializar o simplemente hablar con desconocidos le parecía algo muy emocionante.

“¡Claro, sí!” Mew aceptó.

En Japón, la foto en redes sociales del día ocho de Cho tuvo el pie de foto: *“Primer amigo.”*

“¿Phi Bear? ¿Ya regresaste?” preguntó KhongKwan, llamando a su mayor que estaba sentado resolviendo trabajo casi a las diez de la noche.

“Ya es tarde”, respondió alguien girándose. Parecía que se le estaban cerrando los ojos, aunque normalmente tenía una mirada intensa.

“Ya casi son las diez”, dijo KhongKwan y se sentó en la silla junto a la persona que era como su jefe en otro nivel.

“Sólo son las diez. Normalmente a las tres todavía no regresas”, dijo Bear, levantando los brazos y estirándose porque estaba cansado.

“Hoy ya no puedo más. Tengo los ojos muy secos.”

Bear miró los ojos de su junior. Algunos días KhongKwan usaba lentes, otros lentes de contacto.

“¿Quieres lágrimas artificiales? Te compro.”

KhongKwan agitó las manos porque ya había molestado mucho a Bear.

“A veces pienso que me voy a morir antes de poder usar el dinero que gano.”

Bear se rió. Aun así, acercó la computadora hacia ella.

“Ayúdame a revisar el caso de Khun Mo primero y luego te dejo ir.”

KhongKwan suspiró, pero accedió.

“Aquí hay que enviar el caso al equipo de soporte primero. Yo redacto el correo y mañana tú lo envías, Phi Bear.”

“Ok”, respondió Bear y se recostó en el respaldo de la silla.

Miró a la mujer que era casi diez años menor que él. KhongKwan se había graduado hacía poco, pero trabajaba muy bien. Manejaba a los programadores y a los clientes con facilidad, era inteligente y ayudaba mucho a resolver problemas del equipo. Lo más importante era que, al trabajar juntos, sabía lo pesada que estaba la carga de trabajo de cada uno en este periodo.

“KhongKwan.”

“¿Sí?”

“¿Sientes que nuestro trabajo es muy pesado?” preguntó Bear directamente.

“Sí es pesado, pero como me gusta, siento que es divertido.”

Bear sonrió porque él también se sentía así. Por eso le gustaba trabajar.

“¿En tu casa lo entienden?” preguntó Bear sin razón aparente.

Ella rió. **“Al principio mi mamá se quejaba, pero cuando vio el dinero ya no dijo nada.”**

“Qué bueno que alguien en casa lo entienda”, dijo Bear, expresando que le gustaría que las personas a su alrededor también lo comprendieran.

KhongKwan escuchó pero no se atrevió a opinar. Le devolvió la computadora a Bear cuando terminó.

“Listo.”

“Qué rápido. ¿Hay algún error?”

“No hay errores”, dijo la chica talentosa sonriendo ampliamente.

“¿Phi Bear, ya te vas? Voy a apagar las luces”, preguntó otra junior que acababa de salir del fondo.

Normalmente en esta oficina había mucha gente trabajando hasta tarde porque podían entrar a cualquier hora, pero hoy todos se fueron más temprano.

“Ya nos vamos. Yo las llevo”, dijo Bear a KhongKwan y a la otra chica.

Las acompañó a la estación de tren cercana porque había tráfico. Cuando regresó a casa ya eran casi las once de la noche.

Bear entró a la casa, se dejó caer en el sofá de cuero de la sala. Le picaba un poco la nariz por el polvo, pero estaba tan cansado que no quería hacer nada. Abrió su teléfono porque notó que estaba demasiado silencioso. Antes, todas las tardes Cho le enviaba mensajes preguntando a qué hora regresaría o diciéndole qué había para cenar.

Bear abrió el chat de ellos. El último mensaje era una ubicación que Cho había enviado desde Japón. Al revisar los días anteriores, vio que alrededor de las seis de la tarde siempre había mensajes preguntando a qué hora volvería, y él casi nunca respondía.

Cambió a las redes sociales con la esperanza de ver que el otro había subido fotos como los primeros días, pero no encontró nada. Ya habían pasado casi dos días desde que desapareció, y por eso decidió llamarlo.

Después de una cena deliciosa, Cho siguió bebiendo con Mew en un lugar que a los japoneses les gustaba ir después del trabajo: carne a la parrilla y sopa caliente para acompañar la cerveza. Cho miró su teléfono que estaba a un lado. Vio la llamada entrante sin entender y pidió permiso para salir a contestar frente al baño del restaurante.

Cho respiró profundo, se dijo a sí mismo que mantuviera la calma y contestó.

“Sí.” Al final su voz salió bajita y débil.

[Cho...]

“¿Qué pasa, Phi Bear?” Cho sonrió a la persona al otro lado de la línea, intentando actuar lo más normal posible. Pensó que Bear lo llamaba porque tenía algún asunto.

[...] Bear se quedó en silencio un rato, tanto que el otro no pudo evitar preguntar.

“Phom (*)...” Cho habló y luego cambió el pronombre. “... No escuchó bien. ¿Dijiste algo, Phi Bear?”

() En el fragmento, Cho cambia a **ໝ** (phom) para sonar más distante/formal con Bear, como si estuviera marcando una separación emocional. Antes usaba una forma más cercana (**ໝັງ** / nong).*

[¿Por qué tienes que cambiar la forma de llamarte?] Bear no es que no le gustara la palabra “*phom*”, porque normalmente usaban pronombres según el estado de ánimo. Pero esta vez estaba intentando mantener distancia de una manera demasiado evidente, algo que resultaba molesto.

“No es así. ¿Qué pasa, Phi Bear?” Cho cortó rápido porque sabía que a Bear probablemente no le gustaría. Últimamente, cuando trabajaba mucho, se irritaba más fácilmente. Cho sabía que probablemente era por él, porque siempre era torpe y hacía cosas que no le gustaban.

[¿Dónde estás?]

“En Japón, ¿dónde más?” respondió el menor y rió secamente.

[No bromees].

“No estoy bromeando”, dijo Cho con voz débil. Realmente estaba en Japón...

[¿Por qué no me dijiste que ibas a salir?]

La persona que escuchaba se quedó en silencio mucho tiempo. En realidad era porque ya habían terminado... así que no sabía qué más tenía que decir.

“¿Phi Bear, necesitas algo?”

Bear se quedó callado al recordar que Cho había terminado con él días atrás. Aunque todavía no lo creía del todo, la actitud de Cho ya no era la misma, y eso lo irritaba aún más.

No importaba cuándo, siempre era Cho quien nunca hacía nada que le gustara...

[Llamaba para preguntar por el seguro del auto] Bear preguntó por algo que había encontrado desde el día anterior. Su mano grande se apretó sin darse cuenta.

“Oh...” Cho sabía que Bear lo llamaba por algo necesario. Pensó un momento y respondió.

“Está en mi habitación. Es una caja transparente para documentos. Hay dos cajas, tendrás que buscar.”

[Gracias].

“¿Cómo está el gato?”

[Está bien. Mamá me lo devolvió].

La persona pequeña sonrió a la línea. Aunque decía que Bear era cruel, lo extrañaba... solo con oír su voz ya lo extrañaba. Cho se quedó en silencio. Sus ojos empezaron a enrojecerse y la nariz se le tapó. Sabiendo que iba a llorar, se despidió rápido.

“Entonces eso es todo.”

Poco después de colgar, la persona que intentaba contener sus sentimientos de tristeza dejó que las lágrimas cayeran. Aunque se decía a sí mismo que tenía que seguir adelante, en ese momento se sentía muy mal. Extrañaba, sentía celos, quería hablar, quería abrazar. Pero ya había terminado. Terminó, y además por culpa suya.

“¡Cho!” Mew salió a buscar a su nuevo amigo. Había desaparecido un rato y estaba preocupada.

“¿Qué pasa?” Ella se asustó bastante al ver que su amigo se había sentado y bajado la cabeza. Temía que le doliera el estómago o algo.

“Estoy bien, no es nada”, respondió Cho levantando la cabeza, intentando secarse las lágrimas, pero no servía de mucho.

Mew frunció el ceño. Se sentó y le acarició la espalda para consolar al que lloraba con todo el cuerpo.

“Si hay algo, me lo puedes decir.”

Cuando Cho recién se graduó y estaba buscándose a sí mismo, Phi Bear le recomendó que tomara fotos porque vio que le gustaba. Lo llevó a comprar una cámara profesional y le enseñó a usarla. Cuando empezó a vender fotos, también le enseñó a usar programas de edición.

“Phi Bear, ¿esto está bien?” Cho, que estaba subiendo fotos a un sitio web por primera vez, se giró hacia la persona que trabajaba no muy lejos.

“¿Qué es esto?” Bear deslizó su silla y se sentó a su lado. Entonces vio que había algunos puntos que estaban mal.

“Tengo que enseñarte todo paso a paso, Cho. Primero tienes que subir la imagen para que ellos la revisen. Las etiquetas también tienes que ponerlas correctamente.”

“¿Cómo se ponen correctamente?” La persona que no era buena con el inglés sonrió incómoda, porque no entendía nada de lo que aparecía en la pantalla. Tampoco estaba seguro de qué parte estaba haciendo bien o mal.

“Qué ternura...” Bear preguntó: **“¿Quieres que lo haga yo?”** Mientras decía eso, levantó la mano y le apretó la mejilla al otro con cariño.

Bear era de pensamiento rápido: pensaba algo y lo hacía. O buscaba información y lo intentaba. Cho era todo lo contrario.

“Enséñame un poco”, dijo la persona pequeña acercándose y recostando la cabeza en el hombro de su mayor.

“Te voy a mandar un tutorial. Hazlo tú mismo”, dijo Bear despeinándolo. No quería hacerlo porque después no lo recordaría.

“Inglés otra vez”, dijo Cho haciendo pucheros, pero no se atrevía a quejarse porque temía que Bear lo regañara y quería hacer las cosas por sí mismo.

Así que lo intentó solo. Al final, esa noche a la una de la mañana todavía no dormía...

“¿Dónde te atoraste?” Bear, que había dormido un rato, se levantó y fue con la persona que seguía luchando frente a la computadora.

“Ugh, estoy perdido”, dijo el que no sabía y se recostó en el pecho del mayor.

Bear sonrió, se inclinó y le besó la mejilla antes de decir:

“Ve a dormir. Mañana te ayudo.”

En ese momento, al menos Bear vio que Cho se estaba esforzando mucho.

“Te quiero mucho”, dijo el menor sonriendo ampliamente y se levantó para abrazar fuerte al más grande.

“¿Cómo voy a vivir sin ti?” Bear abrazó al menor y lo meció.

“No vamos a terminar. Yo no quiero”, dijo Cho levantando la cabeza.

Él quería mucho a Bear... por eso no iba a terminar nunca.

Bear miró la foto que había subido a la tienda y que fue la primera venta del menor.

La habían ampliado, enmarcado y colgado en la pared de la habitación. En ese entonces Cho estaba tan feliz que lo invitó a comer como pago por la enseñanza.

Bear sonrió a esa foto antes de volver en sí cuando el gato se acercó a frotarse. Lo levantó y le acarició la cabeza. Se irritó porque Cho preguntó cómo estaba el gato pero no preguntó ni una sola vez cómo estaba él.

“Tu mamá tiene muy mal carácter.” Aunque lo dijo así... en su corazón sintió un estremecimiento.

Su teléfono vibró de nuevo en la noche. Bear lo tomó para ver la notificación y vio que mañana era el séptimo aniversario de boda.

“Qué absurdo.” Aunque lo dijo así... su corazón se apretó con fuerza.

Día 9

The broken man

Después de visitar el pueblo de los Zorros, según el plan, en la mañana del día nueve, Cho tenía que continuar hacia Aomori, pero como la noche anterior había estado hablando mucho con Mew, sin saber exactamente cómo terminaron decidiendo ir a la estación de esquí y planeando subir al teleférico alrededor de las tres de la tarde. Mew quería un modelo para tomar fotos esquiando. Cho, que nunca había esquiado en su vida, se sentía muy emocionado. Los dos nuevos amigos acordaron esto.

“A la una de la tarde te llevaré en auto a la estación. Llegaremos a las dos, tomamos un café y a las tres subimos al teleférico justo a tiempo.”

“Perfecto” dijo Cho sonriendo, mientras cargaba su maleta en el auto de Mew.

“¿Y por qué ayer tomaste el tren?” preguntó Cho.

“Ayer tenía que hacer un reportaje sobre dónde suben y bajan los autos, cuántos viajes hay, etc. Hoy para la estación de esquí es mejor ir en auto. Quienes no tienen auto tienen que tomar taxi.”

Cho asintió. Miró a la chica menuda y ágil.

“Oye, Mew, ¿cuántos años tienes?”

“Veintitrés. Acabo de graduarme el año pasado.”

Con eso, Cho soltó una carcajada. Él era un **“tío”** de treinta años que la noche anterior había llorado y recibido consuelo de esta chica, además de emborracharse y delirar, y ahora ella lo estaba llevando de paseo.

La chica menuda se quedó confundida con su reacción, pero también se rió.

“¿Q-qué pasa?”

“Soy tu Phi... ya tengo treinta.”

“¿Eh?!” Mew abrió los ojos como platos y se quedó boquiabierta, porque pensaba que Cho era de su misma edad.

Al final, los dos se quedaron parados riéndose juntos.

“Phi Cho, ¡tienes una cara súper joven!” Mew todavía no lo superaba.

“Mi cerebro tampoco ha crecido mucho” respondió quien era mayor que Mew, porque realmente lo pensaba.

Cho se subió al pequeño auto japonés a las siete de la mañana. Ayudó a la chica a ver el camino y el mapa hacia el resort de esquí, mientras escuchaban música japonesa relajadamente. La gente suele asociar los lugares con lo que está pasando en ese momento. Ahora, mirando por la ventana, sabía que si volvía a Sendai en el futuro, recordaría este momento de desamor.

El paisaje frente a él era hermoso... pero también doloroso. Y la canción que estaba escuchando en ese momento, si la volvía a oír en cualquier lugar, le haría recordar este instante: *sonriendo por fuera, pero con el corazón vacío por dentro.*

“¿Cómo te sientes después de anoche?” preguntó Mew al hombre que iba tamborileando los dedos en su pierna al ritmo de la música. El paisaje urbano fue cambiando a bosque, pero por la nieve acumulada manejaban despacio.

Cho miró a la chica y se sintió terriblemente adulto y patético. Tal vez porque siempre había sido el menor con Phi Bear. Pero la realidad era que el mundo es muy grande y solo los fuertes sobreviven.

“Estoy bien” dijo Cho sonriéndole a Mew, y también a sí mismo.

“¿Desamor?”

“Hmm” rió por la franqueza de la chica.

“Ah...” Mew se avergonzó de su boca rápida.

“Normalmente la gente de aquí no suele preguntar sobre cosas personales o tan directamente, pero me descuidé porque pensé que eras un amigo, o tal vez porque somos tailandeses y se me escapó.”

“Perdón” Mew se disculpó rápido, porque no a todo el mundo le gusta revelar asuntos personales.

Cho le dijo que no pasaba nada. Él mismo había llorado casi toda la noche y ella lo consoló. No decir nada habría sido raro, y se sentía cómodo contándole.

“Acabo de terminar con mi pareja después de diez años juntos.”

“Vaya...” Esta vez Mew volteó a mirarlo con cara de verdadero shock.

“Mew, mira el camino, no me mires a mí” dijo Cho rápidamente. Solo se reía.

“¿Puedo ayudar en algo?” Mew apretó el volante. “Ya no sé qué decir.”

“¿Tienes novio, Mew?” preguntó Cho a su vez. Se sentía un poco raro porque no solía hablar de estos temas con nadie.

“Ahora estoy sola. Terminé hace unos meses.”

“¿Y estás bien?”

“Sí, solo salimos menos de un año. El tipo era bastante indiferente, así que lo dejé.”

Mew contaba haciendo muecas. Ahora estaba bien, pero en su momento también le dolió.

“Pero sí me dio pena, porque era muy guapo.”

Cho sonrió y se quedó escuchando las historias de la chica.

“No tengo mucha suerte en el amor. Ya planeé jubilarme sola y todo.”

Él siempre buscaba a Bear para todo. Ver esto le hizo querer pararse por sí mismo y mirar hacia el futuro. Cho pensó que Mew veía mucho más lejos que él.

“Yo también tengo que empezar a hacerlo. Planear jubilarme solo” dijo Cho con determinación. Sentía que era más cercano de lo que imaginaba.

“¿Puedo preguntar por qué terminaron?”

Quizá porque era una amiga nueva y desconocida, sin puntos en común reales en la vida, por eso podía contar lo que guardaba en el corazón con tanta facilidad.

“Por muchas cosas” Cho miró hacia la carretera.

“Él tenía mucho trabajo y responsabilidad. Últimamente parecía que nos descuidábamos mutuamente. En una pareja, solo el amor no es suficiente.”

Mew lo miró de reojo. Al ver que se le llenaban los ojos de lágrimas, quiso cambiar el ambiente.

“Busca a alguien nuevo, Phi Cho. Que sea guapo.”

Se quedaron en silencio cuando Cho se sorprendió.

“¿Guapo?”

“¿O guapa?!” Mew abrió los ojos como platos y quiso taparse la boca mil veces por hablar sin pensar.

Cuando Cho soltó una carcajada, la chica empezó a ponerse nerviosa. ¡Si no estuviera manejando, habría corrido al bosque nevado!

“Jajaja, guapo está bien” Cho se rió tanto de la chica que se le salieron lágrimas. No se tomaba estas cosas en serio, solo se reía de lo asustada que estaba ella.

“Perdón” dijo la que ya se había disculpado por segunda vez en el día, con voz débil. Solo Cho seguía riendo sin parar.

“Oye, Mew, yo no sé esquiar. Búscame un instructor guapo y me dejaré caer a propósito” dijo Cho, riéndose de sí mismo.

“¡Hecho!”

La gran planificadora asintió rápidamente. Este viaje parecía tener una montaña pesada sobre sus hombros, pero en esa montaña había un pequeño arbusto de flores que empezaba a florecer.

Eso pensó él...

La primera vez que Cho esquió en su vida no tuvo que fingir caerse como le dijo a Mew, porque realmente no sabía y se cayó de verdad, y le dolió de verdad. Pero fue muy divertido. El instructor también era realmente guapo. Aceptó posar como modelo para las fotos de Mew, y no olvidó pedirle que le tomara fotos a él también, por si podía venderlas.

Pero apenas llevaba menos de dos horas. El principiante impaciente quiso bajar solo. Normalmente la gente se cae de forma graciosa, pero esta vez rodó dando vueltas y su pierna golpeó la tabla de otro turista. Por suerte el otro no se cayó, pero Cho quedó tirado hecho un ovillo en la nieve.

Se quedó allí maldiciéndose... pero le dolía muchísimo.

“¡Phi Cho! ¡Ayy!” Mew dejó la cámara y corrió hacia él, temerosa de que se hubiera roto algo o estuviera muy herido.

El instructor también se deslizó rápido a ver, armando un gran alboroto.

“No pasa nada” Cho les hizo señas con la mano a todos, pero cuando intentó levantarse, no pudo.

En ese momento empezó a sentir dolor intenso en el tobillo y se puso pálido.

El instructor habló rápidamente en japonés mientras Mew traducía, preocupada. En medio del caos, Cho se sentó, se subió el pantalón y señaló su tobillo izquierdo. En realidad, su tobillo ya no estaba en muy buen estado de antes.

Solo con eso, a Mew se le llenaron los ojos de lágrimas como si fuera a llorar.

“No es nada, solo es un esguince. No está roto, no se preocupen” les dijo Cho a los que parecían alarmados.

Aunque dijo que no era nada, Cho se llevó otro recuerdo de Japón: subir a lo que el instructor de esquí llamó “きゅうきゅう (*kyukyu-cha/ambulancia*)”. Suena lindo, pero era una ambulancia...

Esa tarde fue un caos. Entre la lesión, el reclamo del seguro... Cho solo se sentó a escuchar sin entender nada. El médico lo miró con mala cara y lo regañó, pero él no entendió ni una palabra. Cuando se dio cuenta, ya estaba otra vez en el auto de Mew, con un tobillo inmovilizado con una férula blanda y la maleta llena en el asiento de atrás.

La conclusión fue que se había torcido el tobillo de forma brusca y fuerte. Necesitaba la férula para estabilizarlo.

“¿Y los planes del viaje?” Mew estaba muy preocupada porque afectaría todo: tiempo, dinero y muchas cosas más que no sabía. Si no lo hubiera invitado a esquiar... habría sido mejor.

“Puedo cancelar el hotel. Me quedaré descansando en Sendai un par de días más y luego sigo” Cho le sonrió a la chica.

Ahora se sentía como una carga para todo el mundo.

“No pienses demasiado. Vine solo, viajo solo, todo se puede arreglar” le insistió a Mew. Todo se podía posponer, cancelar el hotel, y el pase de tren que compró por adelantado no usarlo no era grave, solo un poco de pena.

“Entonces pido el día libre primero.”

“No es necesario, Mew, puedes volver” dijo Cho, porque sabía que ella tenía que regresar a Tokio por trabajo.

“No puedo, no puedo” Mew marcó a la empresa, habló un rato y luego le sonrió. **“Ya pedí el día libre.”**

“Mew...” Cho la llamó con resignación.

“Puedo trabajar desde aquí. Al menos quiero quedarme cuidándote hasta que puedas caminar” Mew pensó que al menos podría dejarle comida en el hotel. Su trabajo lo podía hacer online. Siempre hay solución para todo.

“Gracias.”

“No es nada, porque yo te llevé” Mew hizo un puchero.

“Oye, no es nada” el torpe principiante que no tenía vergüenza rechazó rápidamente. **“Los accidentes no los quiere nadie.”**

Ya no había vuelta atrás. *Pensando en positivo, al menos ahora tenía una amiga para beber varios días más.*

[¡Cho!]

“Solo fue un pequeño golpe, mamá” dijo Cho cuando su mamá vio las fotos en redes y llamó preocupada. *Solo era una férula blanda, no era para tanto.*

[¿Y qué dijo el doctor?]

“Esguince fuerte de ligamentos y músculos. En una semana me la quito. No hay nada roto y fue bueno que compré el seguro médico” se apresuró a decir para que su mamá no se preocupara. Estaba orgulloso de su precaución.

[¿Pudiste comunicarte bien? Te dije que sí Bear no iba, no quería que fueras solo.]

“Mew habla japonés, mamá. Todo está bien.”

Su mamá probablemente ya había visto las publicaciones de Cho sobre su nueva amiga desde el día anterior, así que no insistió.

[¿Te duele mucho, hijo?]

“Está hinchado pero no duele. Si no camino, no duele” dijo Cho con sinceridad.

[Entonces no camines.]

La persona a la que le prohibieron caminar hizo un gesto de decepción porque había venido a viajar.

[¿Y Bear ya sabe?]

Cho miró por la ventana del hotel por la noche. Ese día eligió quedarse en un hotel grande cerca de la estación principal después de cancelar el de los próximos tres días.

“Mamá...” Cho llamó a su mamá. *Al principio pensaba decírselo cuando regresara, pero ya no quería ocultarlo.*

Y una madre, solo con que su hijo la llamara así, percibió que algo no estaba bien.

[¿Qué pasa?]

“Cho terminó con Phi Bear, mamá.”

[...] La mamá se quedó callada un buen rato, porque no había habido ninguna señal.

[Por eso te fuiste solo, ¿verdad?]

“Hmm.”

[¿Quieres que vaya a verte, hijo?]

La persona que había estado sonriendo todo el día cerró los ojos. Al final se le escaparon las lágrimas, pero todavía se hacía el fuerte.

“No es necesario. Estoy bien.”

[Una mamá es una mamá, Cho] su mamá suspiró profundamente.

“Lo sé, mamá. Sé que es malo, pero quiero usar este tiempo para estar conmigo mismo.”

[Estoy preocupada.]

“Me quiero a mí mismo, mamá. Y te quiero mucho a ti también. Solo quiero viajar solo y luego volveré a abrazarte como siempre” le dijo a su mamá antes de colgar porque tenía sueño por la medicina.

Ese día entendió por primera vez lo que significaba *“dormirse llorando”*...

“Este año es pastel de hebras de oro”, dijo Cho a la persona que estaba sentada viendo una película en el sofá. Tenía el pastel en las manos y encendió las velas.

Bear miró a su chico, luego al calendario y se dio cuenta.

“Ah... ¿es hoy?”

“Phi, se te olvidó...” el menor entrecerró los ojos. Bear fue a buscar el regalo que había comprado desde principios de mes.

“No se me olvidó, ¿quién se va a olvidar?” Bear solo se había confundido de fecha.

Cho sonrió ampliamente, puso el pastel frente a él y dijo: **“Nong come la parte de arriba con hebras de oro, Phi come la base.”**

“Qué gracioso” Bear jaló al otro para abrazarlo. No olvidó hacerle una llave en el cuello y sujetarlo con las piernas hasta que Cho gritó y lo soltó.

“Ya es el octavo año. No puedo creer que todavía me sigas molestando” dijo el que fue pellizcado en la mejilla, haciendo un puchero.

“Así es” Bear rió. Para él, quería seguir así con su chico, molestándolo siempre.

“¿Y el año que viene estarás con Cho?”

“Qué pregunta tan rara” se inclinó para hundir la cara en la cabeza del otro, lo besó y luego se quejó de que olía a sudor pero no lo soltaba.

“Entonces, ¿qué pastel quieres el año que viene?”

“Quiero uno que hagas tú.”

“¿Sobreviviré?” Cho se subió al regazo de su pareja y lo abrazó. Le encantaban estos momentos. Aunque ya eran grandes y no tenían tanto tiempo juntos, al menos todavía podían abrazarse.

“El año que viene serán nueve años, y luego diez” murmuró Bear.

“Te llevaré de viaje al extranjero. ¿Dónde quieres ir?”

La persona que no había viajado al extranjero desde que se casaron abrió los ojos como platos. Se levantó del abrazo y levantó las manos como un niño.

“¡Phi, eres el mejor! ¡Yeey!”

Bear se quedó sentado riendo, mirando a la persona con la que quería estar por mucho tiempo más.

“Pero el año que viene tendré más trabajo porque voy a tomar un proyecto grande.”

Cho se lanzó hacia su pareja y empezó a quejarse.

“¿Aún más que ahora?” dijo, y luego mordió el hombro de su pareja con ganas.

Porque ya era mucho, regresaba tarde casi todos los días. No podía imaginar cómo sería más.

A las nueve de la noche del día nueve del viaje de Cho, Bear estaba en casa con el gato que solo dormía. Estaba tan silencioso que se ponía a pensar demasiado. Lo más importante era que las redes de su chico seguían en silencio. La última publicación había sido hacía tres días. Le parecía extraño.

Tanto que decidió entrar con otra cuenta suya que usaba para recargar juegos. Recordó que años atrás había agregado a Cho como amigo, y era el único amigo que tenía allí.

'The broken man'

Era el *caption* de una foto de un hombre de piel clara con lentes, sentado sonriendo con tristeza en una silla. Al fondo se veía un ambiente como de hospital.

Bear miró la foto fijamente. Sus manos se enfriaron, empezó a temblar. No sabía si era por la férula blanda en la pierna de su chico, por la sonrisa dolorosa detrás de los lentes, o por el estatus que lo había bloqueado para que no lo viera.

Día 10

El día que se arruinó

La mañana del décimo día, Cho se despertó por el sonido de alguien tocando la puerta cerca de las nueve. Abrió los ojos, se incorporó y miró por la ventana del hotel con sueño. No podía creer que ya estuviera en Japón en el décimo día. La sensación era tan larga que parecía que llevaba un año allí.

“Phi Cho.”

Por el llamado desde la puerta, el corazón roto no tuvo tiempo de revolverse en su tristeza. Cho se levantó lentamente, usando las muletas para caminar y abrir la puerta. Pensó que seguramente sería la pequeña Mew, pero al abrir se encontró con un hombre alto que no conocía.

“Ah... hola...”

“こんにちは。オタです。 (Konnichiwa. Ota desu. /Hola. Soy Ota)”

Cho hizo una reverencia confundido hacia la persona frente a él, y luego miró hacia atrás. Vio a Mew de pie, sonriendo.

“Es mi amigo, trabaja conmigo. Pasó por aquí justo a tiempo. Se llama Ota y habla tailandés.”

El confundido sonrió y saludó también al amigo de la pequeña Mew.

“Bajemos a comer. El hotel va a quitar el desayuno” dijo Mew, refiriéndose al desayuno que estaba incluido en el precio de la habitación. Era un buffet de comida japonesa que no quería que el Phi Cho se perdiera.

“Todavía no me he lavado los dientes” dijo la persona que se apoyaba en las muletas.

“Te espero.”

“Entonces entra, pasa a esperar.”

Cho sonrió a los dos más jóvenes. Había imaginado que este viaje sería deprimente, pero en realidad estaba resultando más caótico de lo que pensaba. Aunque, de esta forma también estaba bien...

La persona con la pierna lastimada bajó en el ascensor para desayunar con bastante dificultad, ya que era principiante en el uso de muletas y de la férula blanda en el pie. Por suerte, Mew y su amigo mantuvieron la puerta del ascensor abierta y lo ayudaron a sostenerse, por lo que no le costó tanto.

“Anoche tomé la medicina y me noqueé. Puse la alarma a las ocho, pero no me desperté” le contó Cho cuando la más joven le trajo comida. Notó que solo había cosas saludables.

“Pero tienes que comer y tomar la medicina a la hora, ¿no?” dijo Mew, explicando por qué había ido a despertarlo.

“¿Ya te duele menos la pierna Phi?” Ayer ella había visto que estaba muy hinchada, pero hoy notó que había mejorado un poco.

“Ah, la medicina es buena, pero todavía no puedo apoyar mucho el pie. No estoy acostumbrado a la férula.”

“¿Fe-ru-ra? ¿Qué es eso?” preguntó el joven japonés con acento.

Mew le explicó a su amigo antes de corregirlo.

“Férula. Se dice férula.”

El japonés que hablaba tailandés se rió con ganas. Mew aprovechó para presentarlos formalmente antes de empezar a desayunar juntos.

“Ota Minami trabaja conmigo. Habla tailandés porque antes trabajó en turismo japonés en Tailandia” ella presentó a su amigo a Phi Cho antes de presentar al joven con la pierna lesionada.

“Este es Phi Cho, la persona a la que pedí que fuera modelo de esquí... y que ahora tiene la pierna herida, por mi culpa.”

Cho agitó la mano para aclarar que no era por Mew; en realidad, todo había sido por su propia imprudencia.

“Ah... qué mal, ¿no?” Ota ya lo había escuchado desde ayer, la razón por la que Mew había pedido licencia.

Como Ota justo estaba por esa zona, pasó a visitarla. Si no, probablemente se habrían cruzado sin verse.

“Qué bueno que tengo seguro” dijo Cho sonriendo.

“En realidad, Ota y yo íbamos a viajar en direcciones opuestas y nos encontraríamos en Tokio a fin de mes. Pero como yo pedí permiso y él justo estaba por aquí, vino para hablar de trabajo” explicó Meow por qué de repente su compañero de trabajo había aparecido.

“¿Después van a ir a trabajar?” preguntó Cho a los más jóvenes.

“Sí. ¿Phi Cho quiere venir?”

“¿Se puede?” preguntó la persona que había cancelado todos sus planes de viaje, con los ojos muy abiertos.

“Sí. Hay un restaurante tranquilo cerca de la cascada de Akiu. Pensamos ir a tomar fotos.”

“Pero la pierna...” sonrió con timidez la persona enferma.

“Ota te cargará.”

La persona mencionada puso cara de sorpresa, pero asintió rápidamente.

“Mew va a manejar. Es muy cómodo. Solo no te vayas rodando hasta la cascada, Phi Cho.”

“¡Vamos!” Cho asintió de inmediato. *Pensó que era mucho mejor que quedarse en la habitación.*

Después de la ruptura, Cho tenía la tarea de enviar fotos todas las mañanas a su mamá y a Air para que no se preocuparan. Hoy fue una foto del desayuno para cerrar, con un mensaje diciendo que iría a la cascada. Solo eso y ya lo regañaron largo rato por no tener cuidado.

Abrió las redes sociales y revisó los mensajes. Ayer Cho había publicado un artículo contando desde el momento en que conoció a la pequeña Mew hasta cuando rodó por la pista de esquí, e incluso cuando fue al médico con el seguro médico. No podía creer que se hubiera compartido tanto. Muchas personas decían que contaba las historias de forma muy divertida y que debería escribir artículos.

Cho pensaba que cuando las personas sienten dolor y no pueden hacer nada, suelen usar el humor para disimularlo. Era la misma lógica que cuando Bangkok se inundó: aunque culparan al diseño urbano y a la administración, al saber que el gobierno no iba a hacer nada, terminaban dibujando aliens en las fotos de la inundación.

En este momento, él también estaba dibujando arcoíris sobre la imagen de sus lágrimas.

Después del desayuno, que lo dejó con la barriga llena, Cho subió a la habitación para cambiarse de ropa.

“Qué bueno soy” se felicitó mientras se vestía. Miró sus lentes que estaban un poco rotos.

Cuando detuvo todos sus pensamientos, se dio cuenta de que extrañaba a alguien. Quería consentirse por tener la pierna lastimada, quería abrazar y llorar, pero al pensar que probablemente lo regañarían y le dirían que era ridículo, mejor se puso a organizar la maleta.

Cho pensó que cuando las personas están sufriendo y no pueden hacer nada, muchas veces usan el humor para ocultarlo. Era la misma lógica que cuando Bangkok se inundó: aunque la gente culpaba al urbanismo y a la administración, cuando se dieron cuenta de que el gobierno no podía hacer nada, terminaron dibujando extraterrestres sobre las imágenes de las inundaciones en lugar de solo quejarse.

Y él, en ese momento, probablemente estaba dibujando arcoíris sobre la imagen de sus lágrimas de la misma manera.

Cuando dijo que quería que Phi fuera feliz con el camino que había elegido, Cho nunca lo dijo con sarcasmo. No quería que Phi se preocupara pensando que había alguien más parado detrás de él mirando. Muchas situaciones le habían hecho darse cuenta de que su importancia era menor, y sabía que quizá Cho ya no podía ser la felicidad de Phi.

Un amor que no está equilibrado... duele bastante.

“Ven, te ayudo” dijo Ota, sosteniendo a la persona que iba a sentarse en el auto porque no podía doblar la pierna.

“Con cuidado. Gracias” Cho hizo una reverencia agradeciendo a la persona que levantó con cuidado su pierna lastimada.

“Phi Cho es pequeño. Ota puede cargarlo sin problema” dijo Mew con naturalidad, guiñándole un ojo al herido.

Al principio no entendió, pero después de un rato Cho sonrió. *La pequeña Mew era bastante traviesa...*

“Aunque parezca así, tengo barriga. No creo que puedas cargarme” dijo Cho. Era cierto que era pequeño, pero no era liviano.

“Aunque parezca así, Ota tiene six-pack, Phi Cho” dijo Mew volteando hacia la persona en el asiento trasero, vendiendo a su amigo descaradamente.

La persona mencionada se puso rojo de la cara y las orejas, y movió las manos negando.

“No, no. Para.”

La pequeña Mew se rió con picardía antes de pedirles a los chicos que se abrocharan el cinturón porque iban a salir.

Cho sonrió mirando por la ventana. Hoy el cielo estaba despejado, pero hacía mucho frío. A los lados del camino, saliendo de la ciudad, había nieve esparcida. Se sentó escuchando a Mew y Ota hablar de trabajo principalmente en japonés, con algo de tailandés mezclado. Le impresionaba la gente que podía hablar varios idiomas. Pensó en qué estaría haciendo si no se hubiera casado en ese entonces. Tal vez habría seguido estudiando o sería vendedor de té de burbujas, o tal vez estaría viajando lejos.

Sin embargo, al final... El camino sin Phi Bear era algo que recién había empezado a imaginar no hace mucho.

Salieron de la ciudad y viajaron por casi una hora. Subieron un poco la montaña y llegaron a la cascada mencionada. La persona con la pierna lastimada, con la ayuda de Mew y Ota, ya se había acostumbrado al ritmo de su caminar y dejó que los más jóvenes trabajaran. Por suerte, desde el estacionamiento solo había que caminar unos cientos de metros. Pasaron por un templo y un santuario cercano y llegaron a la alta cascada. El agua que salpicaba estaba helada. Cho sólo pudo tomar unas pocas fotos por el frío y pronto salió a esperar a los más jóvenes en un restaurante cercano.

Regresaron al hotel por la tarde. Ese día Cho no había tocado su teléfono en absoluto. Vio llamadas perdidas: una de su mamá y otra que pensó

que era de Air, pero al contestar resultó ser del Phi Bear. Cho iba a ignorarla, pero no había pasado ni cinco minutos sentado en la cama cuando Bear volvió a llamar.

Miró la foto del hombre de rostro serio que tenía como fondo de pantalla de llamada y suspiró. Al final contestó y puso el altavoz porque no quería escuchar claramente la voz que extrañaba.

Hubo un momento de silencio antes de que la persona al otro lado hablara.

[¿Dónde estás?]

Cho sonrió para sí mismo, mirando la vista por la ventana, y se dijo a sí mismo que se calmara.

“En el hotel. ¿Qué pasa, Phi Bear?”

[¿Te lastimaste la pierna?]

“**Hmm**” respondió Cho con sencillez. Quería preguntar cómo lo sabía, pero no se atrevió.

[¿Por qué me bloqueaste?]

“ ... ”

Sobre este tema, no sabía cómo responder.

[¿Si te pasa algo, por qué no me dices!]

Cho se sentó sonriendo, como si se estuviera hipnotizando a sí mismo, sabiendo que este tema iba a salir de nuevo.

[¿Qué te pasa? ¡Siempre haces que los demás se preocupen!]

Cho suspiró. Cada vez que pasaba algo así, quería que le preguntara si le dolía, pero no podía obligar a nadie.

“Si te digo, ¿vas a seguir enojado?” preguntó Cho entre risas, fingiendo que era gracioso. Pero en realidad las lágrimas ya empezaban a caer.

[Cho...] La voz del otro lado bajó de tono.

“Haga lo que haga, nunca estás satisfecho, Phi Bear” dijo la persona pequeña, limpiándose las lágrimas de la mejilla. Con la voz tan entrecortada, la otra persona seguramente ya se había dado cuenta de que estaba siendo ridículo.

“Terminamos. Por eso pensé que si no lo veías, no importaría.”

[Cho...] Bear intentó hablar, pero su voz seguía siendo muy suave.

[Solo porque digas *“terminamos”*, no significa que todo sea tan fácil.]

“Lo sé...” Cho sonrió de nuevo, dándose ánimo a sí mismo de forma absurda.

“Pero si no empezamos, no termina. Mejor dejamos cualquier cosa pendiente para aclarar cuando vuelva a Tailandia.”

Y así... la llamada terminó.

“Phi Bear, terminamos.”

Lo que Cho dijo ese día, Bear pensó que solo era una forma de llamar su atención.

El hombre que empezó a recordar las cosas del pasado poco a poco se recostó en el respaldo del sofá. En su cabeza solo pensaba en lo que

había pasado en Japón ese último día, sin parar. Cuando recuperó la cordura y llamó de nuevo, descubrió que ya no podía contactarlo.

“¿Se acabó de verdad?” El hombre grande sonrió con ironía. Abrió las redes sociales del más joven y vio que lo que antes podía ver ya no estaba disponible.

“¡¿Qué te pasa?!”

De estar solamente molesto, empezó a enfadarse de verdad.

Bear no pensaba que dos personas que habían sido parte de la vida del otro durante tanto tiempo pudieran terminar así de fácil.

Quizás por la mezcla de emociones y las dos latas de cerveza que tenía delante, la persona que normalmente era tranquila empezó a inquietarse. Bear presionó para llamar a la madre de Nong, la persona a quien respetaba y quería como si fuera su propia madre.

El hombre de mal genio bajó la voz cuando la otra persona contestó la llamada.

“Mamá, no puedo contactar con él...”

La otra parte se quedó en silencio... como si ya supiera todo.

[Mamá acaba de hablar con él. Dijo que tomó la medicina y tiene sueño. Deja que descanse primero, ¿sí?]

“Mamá...”

[Bear, cálmate primero, hijo.] Aunque a la mamá le costara mucho, su hijo seguía siendo alguien importante a quien proteger.

[Está muy mal. Al pequeño le duele mucho el tobillo. Deja que regrese primero y luego hablan.]

Bear apretó con fuerza el teléfono cuando la otra parte pidió colgar.

“Entendido, Bear entiende,” maldijo el mayor.

Bear ni siquiera tenía un poco de cordura para saber exactamente por qué estaba enojado. Abrió la tercera lata de cerveza, fue a encender la computadora porque recordaba todas las contraseñas del correo del más joven. Pensó que sería fácil hackearlo para ver.

Y sí... no pasaron ni diez minutos y ya había entrado.

Ese día Cho había ido a la cascada. Había una foto de un hombre haciendo la señal de la victoria con dos dedos y parado en una sola pierna con las muletas. Debajo de los lentes rotos había una mirada que lo observaba directamente. Esa amplia sonrisa estaba oculta para que él no la viera. Había mensajes de muchas personas que Bear conocía bien, porque conocía a todo el círculo de Cho. Cho no tenía mucha vida social fuera de eso. No había nada sospechoso.

“¿Esto es lo que quieres...?” sonrió, mientras sus dedos tecleaban.

Hasta que despertó al día once y entendió que enojarse es ser tonto y enfurecerse es estar loco. Y Bear ya había cometido un error...

‘Air: Este es el único lugar donde Cho se desahoga y se comunica con mamá y conmigo para decirnos que está bien.’

‘Air: Lo que hiciste es invadir su privacidad.’

‘Air: Y ya nunca sabrás dónde está Cho ahora.’

Bear miró los mensajes de Air, la amiga del más joven, y apretó la mandíbula con fuerza. *El único lugar donde podía vigilarlo había desaparecido...*

Día 11

En el mundo grande

Después de que el proyecto a cargo de Bear se hubiera extendido por más de un año, con varios ajustes y discusiones con el cliente, por fin habían logrado cerrarlo temporalmente. Sin embargo, el proyecto terminaría de verdad cuando el cliente firmara el pago. Todo el esfuerzo parecía desaparecer de golpe. Esa tarde, Bear junto con los directivos de la empresa se reunieron para ajustar el organigrama anual.

Por supuesto, Bear (*o el señor Boriphath Thaninphat*) fue ascendido a *Project Manager*, tal como muchos esperaban. El cambio entraría en vigor el próximo mes. De ahora en adelante, Bear se encargaría de supervisar los proyectos sin tener que involucrarse directamente en el trabajo de campo como antes. Además... su sueldo mejoraría y tendría más tiempo libre, por lo que podría aceptar trabajos externos.

Entre felicitaciones, cuando regresó a casa, Bear solo se encontró con un silencio que no le resultaba familiar.

“¡Cho, a comer!” el dueño de la casa llamó al gato que salió corriendo al escuchar que era la hora de la cena.

En realidad, hoy había una fiesta, pero antes se dio cuenta de que se había olvidado de darle comida al gato.

Por eso pidió volver a casa antes, así que la celebración tuvo que posponerse otra vez.

“Miau.”

“Otra vez me llenaste los pantalones de pelos” se quejó del gato que se acercaba a frotarse contra él.

El gatito solo miraba la comida húmeda que tenía en la mano; no le prestaba ninguna atención a su humano, que lo estaba mirando.

“Se llama Bear” Cho había dicho eso desde que adoptó al gato tailandés de color blanco.

Llamaba al gato Bear y le apretaba las mejillas como si estuviera vengándose indirectamente del Bear real.

“¿Acaso Phi es un gato, Nong?”

El más joven se sentó riendo y extendió la mano para que el gato la frotara cariñosamente.

“Es que eres tan lindo como un gato” Cho se defendió con una excusa poco convincente y amenazó con que si no aceptaba el nombre, el gato le arañaría la cara.

“Mejor llámalo Cho. Tiene cara de tonto igual.”

“Oye” la persona indirectamente insultada levantó la mano para agarrar la del mayor, pero no alcanzó porque lo levantaron y lo abrazaron fuerte.

Y así, el gatito de ojos grandes terminó llamándose simplemente “gato” desde ese momento.

Bear suspiró profundamente al recordar el pasado. Se sentó en el mismo sofá de la sala, abrió las redes sociales y miró su propia estupidez. Anoche se había emborrachado y pensó que quería darle una lección a la persona que se había atrevido a bloquearlo, para que supiera que no podía esconderle nada.

Comprar o hackear la cuenta de alguien solo requería el correo electrónico y cambiar la contraseña en secreto. Eso significaba que el dueño ya no podría usar la contraseña anterior.

La forma de solucionarlo no era difícil: solo había que verificar el correo y cambiar la contraseña de nuevo. Pero Cho se quedó en silencio y desapareció. Ni siquiera se molestó en recuperar su cuenta.

Bear volvió a leer los mensajes que Air le había enviado, los cerró y subió para leer los anteriores. Era tal como pensaba: Air sabía que Cho iba a terminar con él antes de que él mismo lo supiera. Entre tantos mensajes de preocupación, se detuvo en uno de hacía dos meses.

“Air, creo que voy a terminar con el Phi Bear.”

“¿Por qué?”

“Creo que él no es feliz estando conmigo.”

Después de eso, los mensajes se convirtieron en llamadas de Air, lo que confirmaba que la decisión de Cho de terminar había sido bien pensada.

Bear no alcanzó a buscar más razones en esos mensajes. Cerró la conversación y bajó a ver publicaciones antiguas. Eran fotos y posts donde Cho solía etiquetarlo, ya fuera cuando salían a comer o de paseo. Antes, Bear no era de los que se interesaban en este tipo de cosas. A veces ni siquiera entraba a las redes sociales.

Antes de apagar la pantalla, entre cientos de fotos, la imagen de una persona sonriendo con la pierna lastimada seguía perturbándolo.

Bear se detuvo cuando vio una llamada entrante de la mamá de Cho.

“Hola, mamá.”

[Bear, mamá te molesta un momento.]

“Dime mamá.” Bear estaba bastante seguro de que la mamá del más joven ya sabía todo.

[Es que mamá necesita unos documentos para reclamar el seguro de Cho. Él dijo que tiene una copia de su identificación. ¿Puedo pasar mañana por la mañana a recogerlos antes de que te vayas al trabajo?]

“Está bien.”

[Gracias, hijo.] La mamá de Cho usó un tono normal, como siempre hablaba con él. Parecía que iba a colgar si él no la detenía.

“Mamá...”

[...] La otra línea esperó a la persona que se había quedado callada mucho rato.

“¿Cómo está la pierna de Cho?”

La persona que escuchaba pareció sorprendida de que él no supiera nada, pero respondió de buena gana.

[Tiene inflamación de tendones y desgarre muscular. Todavía necesita muletas, pero dice que en una semana más o menos debería mejorar. No sé si me está mintiendo.] La mamá habló con tono cansado.

“¿Con quién está Cho ahora?”

Después de eso, la línea se quedó en silencio, pero la mamá de Cho siempre había sido buena con él... incluso ahora.

[Está con unos amigos. Pero mañana sus amigos se van. Mamá también está preocupada, pero él dice que no me preocupe.]

La persona que escuchaba se quedó callada un momento y luego agradeció.

“Gracias, mamá. Mañana los espero.”

Después de colgar, Bear entró al dormitorio y buscó los documentos importantes en el cajón del escritorio de la persona que estaba en Japón. Allí había pólizas de seguro de vida, escrituras de la casa, registro de la propiedad, y también fotos de ellos. Todos los regalos que le había dado años atrás estaban guardados con cuidado.

El regalo del aniversario del año pasado... era una funda de teléfono tonta que, aunque ya se estaba descarapelando, Cho todavía la guardaba cuidadosamente en ese cajón.

“Qué locos, ja ja” Cho estaba sentado tocando un tamborín al ritmo, riéndose junto con los japoneses y tailandeses que llevaban mucho tiempo en Japón.

En un lugar del centro comercial, Mew y Ota lo habían invitado a karaoke esa tarde. La canción que cantaba el más joven era completamente incomprendible para Cho, pero estaba seguro de que nadie cantaba en el tono correcto.

“¿Por qué te ríes Khun?” preguntó Ota al micrófono al ver al Phi Cho doblado de la risa.

“Sigue, sigue” Mew animaba y ponía otra canción que, sin importar cómo la cantaran, era graciosa.

Cho no había ido a un lugar así desde la secundaria, así que se sentía liberado con el ambiente. Aunque en algunos momentos se ponía melancólico al extrañar a alguien, la voz desafinada de Mew captaba mejor su atención.

Hoy, la persona con la pierna lastimada y los que se habían escapado del trabajo no sabían qué hacer, así que decidieron dejar el hotel anterior, alquilar una casa particular y salir juntos al centro comercial. Por la tarde

harían una barbacoa para celebrar el reencuentro. La razón no parecía suficiente para una fiesta, pero los hacía sonreír.

Además de Air... este grupo se había convertido en los nuevos amigos de Cho en muchos años.

Después de una hora de karaoke, subieron en el ascensor al supermercado.

“Siéntate a esperar aquí, Phi” le dijo Mew a la persona con la pierna lastimada para que esperara en la cafetería. Le prometió que le traería cosas deliciosas.

“Usa mi tarjeta” Cho extendió su tarjeta de débito recargada, pero Mew no la aceptó.

“No, no. Ota es rico.”

“Sí, sí. Muy rico” dijo el rico inflando el pecho. Cho se apresuró a decir:

“Si no la aceptan, yo no como.”

“Trae tres mil yenes. Con tres mil por persona alcanza” dijo la persona que organizaba la comida de hoy.

Cho sacó dinero y se lo dio a la más joven. Luego caminó con las muletas hasta la cafetería. La gente lo miró un poco, pero él no se inmutó. Una empleada se acercó corriendo para darle asiento y le indicó que podía ordenar desde la mesa. La persona bien atendida sonrió con timidez porque no entendía ni una palabra.

Al final ordenó señalando las imágenes y recibió su café caliente y los postres que quería.

“Muy bien, Cho” la persona que pensó que no podría comunicarse saboreó el tiramisú, felicitándose mientras miraba alrededor y comentaba: **“No quiero regresar a Tailandia.”**

En este momento se sentía como alguien que estaba huyendo de la realidad. Desde que se lastimó la pierna había dejado de preocuparse por el trabajo por un tiempo, pero al pensar que al regresar tendría que lidiar con muchos asuntos, revisó el saldo de su cuenta. Los ingresos no eran algo de qué preocuparse desde hacía años. Solo quedaban los sedimentos de sentimientos que todavía daban vueltas. Esa casa, el gato y muchos recuerdos. Aun así, era bueno que sus papás estuvieran siempre a su lado.

Hasta hoy todavía lo extrañaba... pero mañana seguiría intentando.

Como no podía entrar a la cuenta anterior, creó una nueva porque Air dijo que quería leer las historias que compartía. Eran divertidas y graciosas. Ahora la cuenta nueva tenía a sus papás, a Air, a Ota, a la pequeña Mew y a casi diez amigos más que habían venido a conversar mientras compartía sus historias en redes.

Sí, aprovechó el tiempo de espera para publicar algo nuevo sobre el karaoke en Japón y, de esta forma, comenzar seriamente nuevos recuerdos sin esa otra persona.

Mientras Cho pensaba que perderse, equivocarse y tomarse de la mano para probar cosas nuevas juntos era divertido, para Bear todo eso podía llamarse falta de planificación y descuido.

“Phi Cho, ¿qué te pasa?” Mew volteó la carne riéndose de la persona que estaba distraída.

La carne de res que la persona con la pierna lastimada ayudaba a cortar de trozos grandes se hacía cada vez más delgada. Al ponerla en la parrilla de carbón con rejilla poco densa, se caía toda.

“Perdón, perdón. Estoy acostumbrado a la parrilla de cerdo estilo thai.”

“Todo se está cayendo” Ota se rió, pero siguió asando con atención.

“Está bien, así se cocina más rápido” la persona culpable sonrió avergonzada y aceptó el vaso de jugo de fruta que le pasó la más joven.

Hoy habían alquilado una casita pequeña con dos habitaciones y tres futones. En el centro de la casa había una mesa con calefacción abajo, donde podían hacer barbacoa adentro. Afuera hacía mucho frío, así que la comida caliente y la cerveza ayudaban a relajar el cuerpo.

“Phi Cho también vende fotos en stock” dijo Mew levantando la lata de cerveza para beber, y miró al mayor.

“Eh...” Ota puso cara de sorpresa y se señaló a sí mismo.

“Ota también vende.”

“¿Hace cuánto?” preguntó Cho, contento de encontrar a alguien que hacía lo mismo.

“Tres meses. Gano alrededor de cien dólares al mes.”

“Qué bueno” Cho levantó el pulgar.

En sus primeros tres meses apenas ganaba menos de diez dólares. Le tomó casi un año encontrar el camino correcto. Qué bueno que en ese entonces tenía al Phi Bear apoyándolo en todo.

Al recordar el pasado, no era extraño que Bear lo viera como alguien que no lograba nada, porque siempre había dependido de su pareja y nunca había logrado que Bear confiara en él o le consultara nada.

“¿Y tú, Khun Cho?” preguntó Ota.

“Llevo como seis años.”

“¿Ganas mucho...?” preguntó el más joven con voz baja, porque no estaba seguro de si el mayor quería revelar sus ingresos.

“Depende del mes. Las fotos son más difíciles de vender que los vectores.”

“Sí, yo también acabo de empezar con vectores.”

“Captura las tendencias de las festividades correctamente y venderás muy bien” recomendó Cho al más joven.

Al principio no se atrevía a dar detalles de su trabajo, pero parecía que Ota estaba realmente interesado y comprometido. Como no veía ningún problema, abrió su perfil para que lo viera. La pequeña Mew también se acercó a mirar. Al ver que Cho tenía casi cincuenta mil imágenes entre fotos y gráficos en stock, soltó un sonido de sorpresa.

“Este sí es rico. Tal vez tenga que declararlo al fisco.”

“Oye, yo pago impuestos normalmente” Cho sonrió a la persona con los ojos muy abiertos.

“Si lo sabía, mejor usábamos la tarjeta del Phi Cho, Ota” dijo Mew fingiendo cara triste.

“Eh, sí” la persona que había dicho que era rica por la tarde puso cara de decepción.

Se rieron juntos y luego hablaron de las dificultades de ser freelancer, que requiere mucha fuerza mental cada mes. Los japoneses tienen muchos beneficios del Estado, por lo que no se preocupan tanto como los tailandeses, que tienen que empezar a planear su jubilación desde que comienzan a trabajar.

La conversación, el intercambio y escuchar las perspectivas de otros hizo que Cho empezara a entender por qué Phi Bear prefería estar con sus amigos en lugar de con él. Era tan divertido que casi olvidaba todo el estrés. *Así... probablemente era mejor estar con amigos que regresar a casa y encontrarse con alguien ridículo como él.*

En solo unos días, Cho en el mundo grande sentía que veía todo con mayor amplitud y que se había vuelto mucho más adulto. Un adulto que miraba hacia adelante en lugar de hundirse en un amor que ya había terminado.

Tenía que agradecerle a Mew y a Ota por aparecer en este momento.

“¿Cómo va la pierna de Khun?”

“Ya no duele. Puedo moverla” Cho movió el tobillo. Había mejorado mucho, aunque todavía le dolía un poco al caminar normalmente.

“Esta medicina es buena. Vale la pena el seguro.”

“Si pagara de mi bolsillo, me costaría todo un mes de sueldo” dijo Cho tocándose el pecho. Se había asustado al ver la factura del tratamiento.

“Pensé que hoy la pierna de KhunCho estaría hinchada, pero no lo está” comentó Ota. Al ver que Cho había podido ir al karaoke y al centro comercial, ya no había nada de qué preocuparse.

“Qué alivio. Tenía miedo de que al regresar Phi Cho todavía no estuviera bien. Me habría preocupado mucho.”

“Oye, estoy muy bien” Cho movió las manos para que la pequeña Mew se tranquilizara.

Aunque apenas se conocían, Cho podía sentir la preocupación de los dos, que incluso le parecía excesiva.

“¿Y después de esto, a dónde va a ir Phi Cho?”

“Hmm... ¿qué haré?” Cho se quedó pensando. Probablemente ya no le daría tiempo de ir al norte.

“Creo que subiré a Aomori y luego bajaré directo a Osaka. Sapporo probablemente no llegue.”

“Sapporo está muy frío” dijo Ota refiriéndose a la ciudad más al norte de la isla. Ni siquiera con el tobillo lastimado; solo caminar normalmente ya era difícil con el frío.

“Ah, es cierto. Si voy y me resbalo en la nieve, se acabó” Cho se rió de sí mismo. Sabía que seguramente volvería a meter la pata y lastimarse.

“Ven otra vez la próxima, Phi Cho. Mew te llevará a muchos lugares más.”

“No lo descarto” Cho levantó su vaso de licor con jugo de fruta para brindar con los más jóvenes.

“Hoy es reunión de corazones rotos, ¿eh?” dijo Mew de repente.

Ota miró a uno y a otro, como queriendo más detalles.

“Ota también acaba de ser dejado por una chica tailandesa” Mew los delató directamente. El joven japonés se cubrió la cara con las manos y luego levantó el vaso para brindar.

“Vamos, brindemos.”

Cho se rió de los más jóvenes y luego se puso triste al recordar que mañana por la tarde los dos tendrían que ir a Tokio.

“Mañana voy a estar solo.”

Había pensado que Sendai se convertiría en un recuerdo de lágrimas para él, pero en realidad este lugar estaba lleno de buenos y divertidos recuerdos.

“¿Nos vemos antes de que regreses? ¿Desde dónde regresará Phi Cho?” propuso Mew.

Ella continuaría trabajando en otra ciudad y luego regresaría a Tokio para ir a la oficina.

“Regreso a Tailandia desde Kyushu.”

Mew abrió mucho los ojos, miró a Cho y a Ota, y aplaudió contenta.

“También voy a ir a Kyushu. Te llevaré a comer yatai, es comida callejera.”

“Nos vemos ahí entonces” dijo Ota con naturalidad.

“¿No van a trabajar?” preguntó Cho a las personas que habían aceptado tan fácilmente.

“Nuestro trabajo se puede hacer en cualquier lugar, ¿verdad?” Mew miró a su amigo.

“Verdad.”

Cho sonrió de nuevo. Pidió a todos que miraran a la cámara y tomó varias fotos. Esa noche, antes de dormir, les contaría esta historia a su mamá y a Air.

A la mañana siguiente, la mamá de Cho pasó a recoger los documentos junto con el papá, temprano, por miedo a que Bear se fuera a trabajar. Pero después de recibir los documentos, la mamá no parecía tener intención de irse.

“¿Sí?” Bear se extrañó y se preguntó si había olvidado sacar algo más, por eso seguían parados en la reja de la casa.

“Cho le pidió a mamá que recogiera sus cosas de la habitación, hijo.”

“¿Qué cosas?” preguntó el dueño de la casa.

“Cosas de uso personal. Mamá también...” la mamá miró al papá. Ella tampoco se atrevía...

La persona directa fue el papá.

“Su ropa y cosas personales. El pequeño dijo que ya las guardó en cajas. No vamos a tocar las cosas de Bear, hijo” explicó directamente el papá de Cho.

Ellos también se habían enterado de esto hacía pocos días. Sabían que una relación de pareja tiene muchos factores, pero como padres, su hijo siempre sería lo primero.

“También el gato, hijo. Tenemos miedo de que moleste a Bear porque regresas tarde” agregó la mamá rápidamente.

El dueño de la casa miró a todos sin entender, pero se apartó de la puerta como si les diera permiso.

“¿Por qué tienen que llevarse todo?” preguntó Bear frunciendo el ceño.

El hombre alto que se preparaba para ir a trabajar miró las cajas transparentes que había visto antes, donde Cho había guardado muchas cosas, pero nunca les había prestado atención.

El papá suspiró profundamente y miró a los ojos a la persona que alguna vez prometió cuidar a su hijo lo mejor posible.

“Pues... para que cuando Cho regrese pueda venirse a vivir con nosotros directamente. Probablemente no quiera molestarte.”

El hombre grande relajó el ceño, pero... en su corazón no aceptaba nada de esto.

Día 12

Un futuro feliz

La vida de Cho en su duodécimo día en Japón comenzó después de que Mew y Ota regresaran a Tokio al mediodía. Originalmente, Cho tenía una maleta grande. Mew vio que probablemente le costaría arrastrarla con las muletas, así que Cho le pidió el favor de dejarla en la cajuela del auto de Mew. Era porque se encontrarían de nuevo en Kyushu. Ahora, Cho solo tenía una mochila.

Esa misma tarde, Cho se dirigía a Aomori, una ciudad famosa por sus excelentes onsen, el monte Iwaki cubierto de nieve y las manzanas más deliciosas de Japón, aunque no era la temporada.

“Qué frío”, pensó Cho abrazándose mientras esperaba el shinkansen de la 1:54 p.m. para ir al extremo norte de la isla de Honshu. Era una lástima no llegar hasta Sapporo, pero estaba bien... la próxima vez tendría otra excusa para volver.

Cho intentaba mantener el equilibrio entre su pierna izquierda, el peso de la mochila y su forma de caminar. Avanzaba despacio mientras observaba a las parejas jóvenes que caminaban de la mano. El día anterior, Mew y Ota le contaron que los japoneses ahora se mostraban más abiertos con el afecto en público. No lo entendía del todo porque no estaba acostumbrado, pero le gustaba escucharlos.

La escena frente a él le hizo extrañar a la persona que tomaba su mano y la metía dentro de su propio abrigo. No podía creer que Bear tuviera ese lado tierno. Aunque llevaban mucho tiempo juntos, nunca se había atrevido a mostrar afecto en público. Hace diez años, ser gay no era algo que se pudiera anunciar con tranquilidad. Aun así, esa persona se atrevió a organizar una boda íntima solo con amigos cercanos para que Cho se sintiera seguro.

Hoy en día, Tailandia se ha vuelto más abierta poco a poco. Pueden solicitar una hipoteca juntos, vivir juntos sin que nadie los señale como raros. Pero como la ley aún no los reconoce plenamente como pareja, Bear sigue mirando hacia el futuro, queriendo estabilidad para poder cuidar de sí mismo y de Cho.

Sin embargo, el tiempo cambia... y las personas también. Cho entendía todo sobre el futuro de Bear, pero en el presente, no era feliz con eso.

La persona que caminaba despacio llegó a la estación de tren y miró el reloj en el andén. Solo faltaban tres minutos para la salida. El largo tren bala, que parecía un cohete, se detuvo en la plataforma. Cho sabía que los trenes japoneses eran extremadamente precisos, así que revisó de nuevo el número del vagón y la hora antes de subir.

Ota le había contado que incluso siendo japonés, cuando viaja a otras prefecturas a veces se equivoca de vagón o no estudia bien la ruta y termina en medio del trayecto. Por eso, como alguien con poco dominio del idioma, Cho se repetía a sí mismo que debía mantenerse alerta y no distraerse.

Tuvo suerte de conseguir asiento junto a la ventana aunque no lo había reservado. Miró el paisaje afuera y se sonrió a sí mismo. Antes había cancelado todas las reservaciones de hotel de esa semana por el dolor en la pierna, pero al final volvió a reservar dos noches en Aomori. Quería ir porque había visto reseñas de un ryokan excelente con arroz y sake gratis, y un onsen al aire libre privado junto a la habitación. Como era la primera vez que quería dormir y relajarse en un baño termal al aire libre, decidió reservar este ryokan en el norte en lugar de bajar al sur.

Planeaba quedarse cerca del ryokan ese día porque no podía caminar mucho. Al día siguiente llamaría un taxi para recorrer los alrededores. Con el estado actual de su pierna, era imposible visitar todos los lugares que quería.

La fiesta de carne a la parrilla con Mew y Ota fue muy divertida. Como no había dormido suficiente la noche anterior, se quedó dormido un rato después de mirar el paisaje por casi media hora. Cuando despertó, vio un paisaje extraño: nieve blanca rodeando las vías del tren, junto con pueblos que pasaban. Cho levantó la cámara y tomó fotos. Vio a unos niños que pasaban y saludaban al tren con la mano. Era algo pequeño pero muy tierno.

Eso le hizo pensar en Mew y Ota, que siempre le contaban muchas cosas. Además de hablar de las ventajas y desventajas de vivir en Japón, también se ofrecieron a buscarle una pareja japonesa. Se rieron juntos de que no tenían suerte en el amor.

Como muchos dicen, todo tiene su momento. Si no se hubiera lastimado la pierna, probablemente no habría conocido a estos nuevos amigos. Y esa forma suya de ver el mundo demasiado positivo... era algo que Bear siempre le advertía.

Cho sabía bien que era lento, consentido, quejumbroso, caprichoso y que pensaba poco las cosas. Parecía alguien que no maduraba y que no tenía los pies en la tierra. Mientras que él podía dormirse fácilmente incluso si

las cosas no salían como esperaba, pensando que mañana habría otro día.

Bear, en cambio, siempre era serio y se esforzaba por hacer todo bien antes de cerrar los ojos.

Sí, no era alguien talentoso que pudiera consolar a Bear cuando estaba cansado. Al contrario, ni siquiera sabía cómo actuar cuando Bear tenía problemas. Solo podía sonreír como tonto. Se consideraba un novio que ni siquiera podía aliviar sus sentimientos.

Al reflexionar, se dio cuenta de que en verdad eran muy diferentes en muchas cosas.

El viaje duró exactamente 169 minutos, tal como indicaba el celular. El tren bala llegó a la estación Shin-Aomori. Mew le había dicho que “*Shin*” significa nuevo, es decir, que era una estación nueva construida para el shinkansen. En todos los años que llevaba, Cho nunca había conocido a gente nueva. Por eso, lo que Ota y Mew le contaban era como un mundo nuevo para él.

El anuncio advirtió no olvidar las pertenencias. Como solo tenía una mochila, no se preocupó mucho. Salió de la estación por la tarde, y en invierno, cerca de las 5 p.m., ya estaba más oscuro de lo que esperaba.

Cho tomó un taxi frente a la estación y le mostró el mapa diciendo que quería ir al ryokan que había reservado. El taxista, un señor mayor, sonrió amablemente e intentó conversar todo el camino, pero no entendieron ni una palabra. Cho pensó que era frustrante. Desde que llegó, decidió que al volver intentaría aprender el idioma y ser mejor que Bear.

La vida de Bear desde que trabajaba en Abctech solía comenzar tarde y terminar de noche. Su puesto le permitía llegar a cualquier hora, pero a

cambio tenía que supervisar al equipo constantemente. Por eso prefería llegar temprano a la oficina.

Sin embargo, ese día se levantó tarde y no tenía ganas de ir a la oficina porque sabía que no había trabajo urgente. Después de revisar el monitor y ayudar a los juniors que lo necesitaban desde la mañana hasta el mediodía, decidió ducharse y salir de casa a las 3 p.m. Planeaba pasar un rato por la oficina. Mientras buscaba al gato, recordó que ya no estaba: la mamá de Cho se lo había llevado. Mejor, así no tenía que preocuparse por darle de comer a la una de la mañana.

Bear tomó las llaves del auto y miró la casa silenciosa. Desde la sala se podía ver el comedor y la cocina a través del vidrio. Normalmente Cho estaría sentado ahí comiendo. Bear parpadeó varias veces al recordar a la persona que siempre se quejaba de que él no comía en casa.

[Bear, más tarde, como a las una, voy a pasar a recoger las cosas de mi hijo, ¿sí?]

Eso fue lo que la mamá de Cho le dijo por teléfono después de llevarse al gato. El día anterior Bear no había permitido que los papás de Cho entraran a recoger cosas. Dijo que tenía prisa y solo dejó que se llevaran al gato. Y había decidido que a la una de la mañana no estaría en casa... y nadie podría llevarse nada de adentro.

“Bear volvió a la jungla, eh.”

“¿Qué les pasa? Hablan como si fuera un elefante salvaje.”

Bear levantó la mano para saludar a los juniors que lo recibieron con entusiasmo. El que acababa de llegar colocó dos docenas de donas en la mesa de ping-pong del centro. Eso significaba que las 24 donas eran de uso común, quien quisiera podía tomar.

La mayoría de los juniors eran recién egresados llenos de energía. Conversó con varios antes de ir a la esquina de la habitación, donde

estaba el escritorio del *Project Manager*, el puesto que Bear había deseado durante muchos años.

Bear revisó sus correos esperando la hora de salida. A la una en punto se levantó para invitar a los juniors a tomar algo.

“¿Quieres un regalo de despedida?” le preguntó Bear a su asistente.

La chica negó con la cabeza. **“No, gracias. Quiero irme a dormir. Mañana tengo que estar guapa para reunirme con un cliente.”**

Suspiró. **“¿Phi Bear se queda hasta tarde en la oficina?”**, dijo otro junior.

“Phi Bear se queda hasta tarde todos los días”, respondió otro.

Los del equipo estuvieron de acuerdo. Al final solo quedaron Bear y dos juniors nuevos que vivían cerca. Decidieron bajar al restaurante japonés que estaba debajo del edificio, sin ir lejos.

“¿Por qué hoy quedamos tan pocos?” preguntó Pich, uno de los nuevos, mientras seguía a su jefe al salir del ascensor.

“Los demás tienen responsabilidades. Nosotros vivimos en residencias, si volvemos solo nos aburrirnos”, dijo el otro. Luego le dijo a Bear: **“Entonces vayamos a un lugar mejor, Phi.”**

“¿Mejor cómo?”

“Al lugar al que van los solteros, ese club del otro lado.”

Bear se rió de los chicos que querían probar cosas nuevas. Seguramente ya se habían aburrido del restaurante de abajo.

“Disculpa, Phi. ¿Bear es soltero?” preguntó Pich, porque había oído que Bear estaba casado.

“¿Por qué?” Bear entró al restaurante y no pudo evitar voltear a preguntar.

“No es que quiera meterme en tus asuntos, pero Phi Bear no se parece a Phi Ball y los demás. Esos dos siempre tienen que volver rápido porque tienen familia.” El junior se sentó en una mesa al frente del restaurante, un área abierta con muchos árboles grandes que hacía que el aire se sintiera fresco.

“¿Parezco soltero?” preguntó Bear.

Los dos se miraron y asintieron.

“No estoy soltero”, dijo Bear antes de tomar el menú, dejando que los juniors se quedaran con la duda.

“La pareja de Bear debe ser increíble. Si fuera mi ex, la seguiría molestando.”

Bear levantó una ceja y miró alrededor del restaurante pasadas las 7 p.m. Se preguntó qué estaría haciendo Cho a las 3 a.m. allá.

“Está en Japón”, respondió Bear.

“¿De vacaciones?”

“Es una mezcla de vacaciones y trabajo.”

“¿Trabajo?”

“Es fotógrafo.”

Bear pensó en la persona que siempre insistía en que lo llevara de viaje. Cho llevaba la cámara casi a todos lados. Le pedía que sostuviera la luz

o que se quedara como fondo. Aunque decía que no sabía hacer muchas cosas, cuando Cho se concentraba de verdad, era muy adorable.

“A fin de mes vuelve a casa.”

Bear miró hacia el vacío al decir eso. Luego cerró la pantalla del celular al ver una llamada de la mamá de Cho.

Cho llegó al ryokan pasadas las 4 p.m., cuando ya estaba oscureciendo. La señora dueña salió a recibirlo con amabilidad. Al ver que cojeaba, llamó rápidamente a su hija para que le ayudara con la mochila. Cho sonrió y dijo que no era necesario, pero parecía que nadie le hizo caso.

“¿ご飯 (Gohan / Comida?) ¿「飯を食う」(Meshi? / Comida)” El turista tailandés solo captó eso, pero cuando vio a la señora haciendo el gesto de comer, entendió.

() En japonés, “Meshi” (飯, めし) significa arroz cocido y, por extensión, comida en general, pero se usa en un registro más coloquial e informal que “Gohan” (ご飯). Es común en conversaciones cotidianas, ambientes masculinos o familiares, y en expresiones populares.*

“Gratis”, dijo la señora levantando el pulgar. Vho asintió.

“¿「もう足は痛くないですか？」(Mō ashi wa itakunai desu ka? / ¿Ya no le duele la pierna?)”

Cho se quedó con cara de no entender. Quería hablar mucho, pero no entendía nada.

La hija de la dueña salió y dijo que la habitación estaba lista y que servirían la cena a la una de la mañana, en un inglés fácil de entender. Al ver que su mamá y el joven tailandés con lentes no se entendían, preguntó en inglés sencillo si le dolía la pierna.

Cho asintió y dijo: “**Snow ski.**”

“¡Aaaah!” La señora se sorprendió y rápidamente fue a buscar una venda para la pierna. Luego habló largo rato. Cho supuso que era preocupación de madre.

Cho hizo una reverencia para agradecer y caminó despacio hacia la habitación. Verla le hizo extrañar a su propia mamá. Aunque su mamá decía que lo de él y Bear era asunto de ellos dos, por detrás escuchó que su papá decía que la mamá estaba muy triste. Quería recoger todas sus cosas de esa casa para que no se quedara en ningún otro lado. Ella lo cuidaría.

El amor de sus padres era lo más grande que tenía.

Cho creció muy consentido por su papá y mamá, a diferencia de Bear, que creció en una casa donde tuvo que luchar por todo. Por eso sus personalidades eran tan diferentes.

Cho sacudió la cabeza para alejar los pensamientos. Caminó hacia la puerta corrediza de madera. Pensó que después de guardar sus cosas saldría a caminar un rato, pero ya no podía. Estaba empezando a nevar. Además, estaba muy emocionado por el onsen privado.

Cho respiró el aire frío y miró hacia la base de la montaña y el onsen frente a él. Sacó su celular pensando en escribir algo mientras esperaba la cena de la señora.

“**Aomori, primer día.**” Cho empezó el título del día. No podía creer que el blog que recién había creado llamado “*Corazón roto en Japón*” ya se había compartido miles de veces. Ver que tenía muchos lectores le daba motivación para escribir.

Air le había sugerido que hiciera clips de viajes con presupuesto bajo. Esa noche buscaría el material y editaría algo sencillo. Ahora entendía

por qué a Bear le gustaba tanto trabajar: hacía que el cuerpo se sintiera lleno de energía.

Después de la cena, que la señora del ryokan le sirvió hasta el tope — *sopa de algas, pescado a la parrilla, pollo a la parrilla, huevo dulce, raíz de loto salteada, ensalada, fruta y otro postre* —, como no pudo terminar todo, la señora puso cara de tristeza. Cho sabía que era de mala educación, pero realmente no podía comer tanto como los japoneses. Al final tuvo que pedir disculpas varias veces. La hija tuvo que consolar a ambos. Fue muy gracioso... pero también muy cálido para el corazón.

Cho fue a cambiarse para bañarse e ir al onsen. Para él, lo mejor del baño privado era no tener que mostrar su "*pequeño Cho*" a los demás. Pensó que escribiría sobre eso en el blog también.

Antes de hacer nada, el celular vibró. Vio un número de Tailandia. Originalmente Cho no tenía ningún pendiente, así que pensó que era de la aseguradora o de la compañía telefónica por el roaming.

"**¿Hola?**" El dueño de los ojos grandes y redondos debajo de los lentes sacó el celular para verificar el número cuando la otra línea se quedó en silencio. "**¿Me escuchas?**"

[Cho]

"..." Cho se quedó callado al darse cuenta de que no era la compañía telefónica como pensaba.

[**¿Dónde estás?**]

Cho no sabía qué responder. ¿Tenía que forzar una sonrisa otra vez? ¿Qué tenía que hacer para que no lo regañaran? Había pensado que cortar todo le haría sentir mejor, pero seguía siendo el mismo cobarde de siempre. Intentó mantener la calma, aunque le costaba mucho.

"**¿Qué pasa, Phi Bear?**" pensó que quizás Bear tenía algún asunto.

[¡Te pregunté dónde estás!] La voz seguía siendo tan dura como siempre.

“...” No respondió y eligió quedarse en silencio, porque parecía que la pregunta no buscaba realmente una respuesta.

Tal vez la otra persona solo estaba molesta con él por varias razones.

[La... la pierna, ¿cómo está?] La voz se suavizó.

“Ya está mejor”, respondió Cho en voz baja. Al quedarse en silencio pudo notar que la persona al otro lado parecía estar un poco borracha.

[Tu mamá se llevó al gato.]

“**Hmm.**” Contestó Cho. Le había dicho a su mamá sobre el gato porque no quería que Bear tuviera que volver a darle de comer por la noche. Temía que fuera una molestia.

[Tu mamá va a recoger tus cosas.]

“...” Sobre las cosas, sí le había dicho que recogiera algunas, pero no esperaba que su mamá se encargara tan pronto. Por eso entendió por qué Bear estaba molesto.

[Esta también es tu casa. ¿Por qué te las llevas?]

Cho se quedó callado de nuevo. No era que no entendiera a Bear. Después de tantos años juntos, tenían muchos recuerdos compartidos.

“**Phi Bear me ha cuidado todo este tiempo. La casa debería ser tuya**”, dijo Cho con sinceridad.

[¿Qué quieres decir...?]

[¿No vas a volver a vivir aquí?] Bear repitió lo que la mamá de Cho le había dicho, pero quería escucharlo de su propia boca.

Volver a arreglar las cosas. Cho sabía que cuando Bear decía “*volver*” no se refería solo a eso.

[Te estoy preguntando...] La voz bajó de tono, claramente molesta.

[¿Te estoy preguntando si no vas a volver a vivir aquí!]

Cho negó suavemente con la cabeza para sí mismo y respondió con voz temblorosa:

“No. Ya no voy a volver.”

Nunca había sabido manejar a Bear cuando se enojaba, por eso ya no quería volver.

Después de eso... el nuevo número que Bear había comprado fue bloqueado por la persona que estaba en Japón.

Bear bebió poco y regresó a casa más temprano de lo esperado. Entró a la habitación que Cho usaba para dormir a las 3 a.m. exactas. Había muchas cajas. Recién notó que además de estar organizadas por categorías, estaban preparadas para ser fáciles de transportar.

La razón por la que llamó impulsivamente fue porque se enojó al ver que la otra persona tomaba todas las decisiones sin consultarle. Para él, la forma en que Cho era le resultaba molesta. Donde fuera, lo irritaba. Cho no era muy obediente, era terco, caprichoso, no sabía adaptarse, y nunca había podido ser un buen consejero.

Pero aunque fuera así, Bear todavía quería verlo hasta el punto de irritarse.

“Que seas feliz.”

Lo que el chico le dijo con una sonrisa forzada era algo que aún le daba vueltas en la cabeza. A Cho le gustaba sonreír como tonto cuando él hablaba, le gustaba hacerse el tonto hasta lastimarse la pierna, y hacía cosas sin pensar.

“Estar conmigo probablemente no te hace feliz.” Y lo que Cho le había dicho a Air hizo que Bear se diera cuenta de que el chico lo sabía muy bien.

Trrrrrrr~

[¿Bear, cómo estás, hijo?]

“Bien, mamá.”

Bear, que estaba irritado, contestó la llamada de su mamá. Supuso que ella ya sabía todo por la mamá de Cho.

Se estaba convirtiendo en un problema grande. Siempre había dicho que romper no era tan fácil como parecía.

“¿Qué pasa, mamá?”

[Es sobre Nong Cho...]

“Hmm.” El hombre grande se sentó en la cama individual y media de Cho. Su voz sonaba como si no le importara, pero le dolía la cabeza como si fuera a explotar.

[¿Pelearon?]

En realidad no habían tenido una pelea seria. Solo habían tenido pequeños berrinches molestos. Bear los consideraba cosas menores, pero la otra persona los guardaba y los convertía en algo grande.

“No peleamos”, dijo Bear frotándose la cabeza suavemente. Supuso que había bebido demasiado.

[Entonces ¿por qué, hijo?] La mamá preguntó con voz preocupada.

Ella sabía que su hijo tenía un carácter muy fuerte. Se alegró mucho cuando vio que Bear solo cedía ante Cho. Nunca imaginó que llegarían a una ruptura.

[Cuando Nong vuelva, Mamá quiere que hablen bien, ¿sí?] dijo la mamá pensando con el corazón.

La persona que escuchaba pensó que no sería tan fácil.

[¿Ya no se quieren? ¿Por qué no intentan adaptarse un poco más?] Como madre que había observado durante mucho tiempo, le dolía y se entristecía. Y como alguien con experiencia en el matrimonio, sabía que todo tiene solución si se toman de la mano con fuerza.

“Probablemente sí. Parece que ya no me quiere.”

La mamá suspiró profundamente porque lo que había escuchado de la otra parte era completamente diferente.

[Tal vez tú piensas que el amor debe ser compatible, y Nong Cho tal vez piensa que el amor debe ser cariñoso...]

“Ya le cedí mucho, mamá.” La persona que creía haber dado todo, haber cedido todo, habló con frustración.

La línea se quedó en silencio largo rato. Comparada con la mamá de Cho, su propia mamá era más directa.

[Si crees que ya terminó, deja que la mamá de Cho venga a recoger las cosas. Ya son grandes, no huyas más de esta forma.]

Bear no estaba huyendo, sólo estaba molesto porque Cho hacía todo sin consultarle. Estaba tan enojado que quería gritar y sacudirlo para preguntarle qué derecho tenía de abandonarlo.

Se recostó en la cama de la habitación de Cho, tanto borracho como con dolor de cabeza, frunciendo el ceño con fuerza. Lo que tenía en la cabeza seguía siendo la misma imagen de los últimos días.

“Que terminemos bien. Que seas feliz en el futuro.”

Cho era complicado, tonto, molesto... pero un futuro sin Cho no era algo con lo que él hubiera soñado jamás.

“No. Ya no voy a volver.”

Y una casa sin Cho probablemente tampoco sería una casa a la que quisiera regresar.

Día 13

Nuestra casa

Bear se repetía a sí mismo que todo lo que Cho hacía, sin importar qué, era irritante.

Cho nunca obedecía, era terco, egoísta, no maduraba, no se adaptaba y nunca podía ser un consejero de nada. Por eso, tal vez ya era hora de terminar de

verdad. Pero aunque daba vueltas y vueltas a esa idea, no lograba controlarla, hasta que terminó marcando el número de alguien.

Air había quedado con el hombre alto en un centro comercial cerca de su casa. Hacía mucho que no veía a Bear, pero aún recordaba bien su rostro atractivo y su altura imponente. Antes, cada vez que se encontraban, él siempre le sonreía. Hoy, en cambio, tenía una expresión seria y tensa.

El Bear que ella conocía era un hombre amable y maduro. No se habían visto en varios años, y estaba segura de que si Cho se enteraba de este encuentro, no le gustaría nada.

Air levantó la mano para saludar, se sentó en el sofá de la famosa cafetería y fue directo al grano.

“¿Qué pasa, Bear?” preguntó. Quería terminar rápido porque tenía a su bebé de tres meses que cuidar.

Al principio, Air había rechazado la invitación de reunirse con el novio de su amigo, pero el tono de voz perdido de Bear la hizo decidirse a salir. Otro motivo era que había visto a esta pareja desde el principio. Aunque los observaba desde lejos, se había alegrado mucho por su amor puro. Ahora que parecía terminar, le dolía el corazón y no quería que acabara así.

En ese entonces, Bear y el pequeño Cho... eran una pareja adorable. Y en su opinión, incluso ahora, no parecía que se quisieran menos.

“Tengo algo que hablar contigo.”

“¿Es sobre Cho?”

“Ah, sí” Bear no sabía por dónde empezar.

En el trabajo era una persona astuta e inteligente, pero cuando se trataba de sus propios asuntos, no tenía idea de qué quería realmente.

Air no dijo nada. Había venido a escuchar primero.

“¿Hablas con Cho todo el tiempo, verdad?” preguntó Bear, visiblemente incómodo.

“Sí.”

“¿Qué te cuenta?”

“¿Sobre qué?”

Mentir diciendo que no le contaba nada sería falso, pero habían hablado de tantas cosas en los últimos meses...

“Principalmente sobre mi bebé y...”

“¿Sobre mí?” el hombre alto soltó la pregunta.

Air miró al hombre que parecía perdido. *La actitud de Bear contrastaba con muchas de las cosas que Cho le había contado.*

En realidad, Cho le contaba a menudo sobre su vida, pero nunca le pedía su opinión. Nunca decía que alguien tuviera la culpa. Solo mencionaba que tal vez ya era hora. Cho le dijo a su amiga que Bear probablemente no era feliz viviendo con él. Al principio, Air le creyó a su amigo, pero al ver al hombre frente a ella... sintió que algo no encajaba.

Si no era feliz viviendo con Cho, ¿por qué después de la ruptura parecía más perdido que nunca? Había intentado llamar, hackear las redes sociales de Cho y ahora venía a buscarla a ella. Era como un último esfuerzo desesperado. Tal vez simplemente no podía aceptarlo... o tal vez...

“No es exactamente así” Air no sabía cómo explicarlo. Respiró hondo antes de hablar.

“Es más bien un asunto de Cho. Él solo habla de sus cosas.”

La persona que escuchaba no entendía, así que se quedó callado.

“Supongo que Bear ya vio los chats” dijo Air para introducir el tema.

Pensaba eso porque Bear había contactado a la persona correcta y hasta la había llamado desde ese mismo programa de chat.

“Cho nunca ha hablado mal de ti. Solo quiere que seas feliz.”

La palabra *“feliz”* apareció de nuevo. Bear miró a los ojos de la persona que sabía de la ruptura antes que él.

“¿Qué le hace pensar lo contrario?”

Air sintió como si la estuvieran culpando por no haber detenido a su amigo, pero...

“No conozco los detalles profundos, pero últimamente Cho no era feliz. Creo que tú también lo notaste.”

Bear no respondió. Se quedó en silencio porque nunca lo había visto. Solo pensaba que todo era normal. Las discusiones y peleas de las parejas le parecían algo común.

“Solo soy alguien que le da ánimo a Cho. No quiero que siga llorando.”

Bear frunció el ceño inmediatamente, porque nunca había sabido eso.

“¿Llorando por qué?”

Air también frunció el ceño. Se repetía que solo era amiga de Cho y que no tenía derecho a juzgar a nadie, pero quería decir la verdad.

“Las personas quieren ser importantes para su pareja” incluso Bear, que fue dejado, sentía que había perdido importancia. *(Esa última parte no se atrevió a decirla, así que la reemplazó con algo de su propia experiencia).*

“Tengo esposo e hijo. Los amo a ambos y les doy importancia a los dos. Cuando llegó el bebé, el tiempo con mi esposo disminuyó, pero sigo esforzándome por cuidarlo porque tengo miedo de que se sienta menospreciado.”

Bear miró a la mujer pequeña. Quería decir muchas cosas, pero no lograba procesar la información en su cabeza.

“Cho sabe que probablemente estás concentrado en el trabajo, pero él también quiere ser importante para ti.”

“...” Bear se quedó callado cuando la amiga de su novio le dijo que había descuidado la importancia de su pareja.

“Cho solo dice que no puede seguirte el ritmo o que es muy tonto” Air empezó a poner emoción en su voz. *Sabía que debía parar, pero estaba muy angustiada.*

“Cho dice que es una carga para ti, por eso cree que sería mejor terminar.”

Air respiró profundamente.

Admitía que lo que iba a decir a continuación incluía su propia opinión.

“Si para ti estar con Cho significa tener que perder tu tiempo importante para hablar y cuidarlo, entonces...” Air apretó las manos con fuerza. *Sabía que se estaba entrometiendo, pero ya no quería seguir escuchando a Cho llorar.*

“Terminar probablemente sea la mejor opción. Seguir juntos solo les dañaría la salud mental a ambos.”

Bear creía que en un país donde el bienestar social no era bueno y el matrimonio entre personas del mismo sexo aún no estaba reconocido por la ley, muchas cosas no facilitaban que las parejas del mismo sexo tomaran decisiones por el otro, como temas de bienes o atención médica. Por eso quería hacer todo lo posible para que su futuro fuera estable.

Desde que se conocieron, Bear vio que el pequeño Cho siempre miraba el mundo con optimismo. Era como una energía positiva que lo motivaba a esforzarse. Quería cuidarlo y tener estabilidad económica y laboral para que pudieran vivir cómodos en el futuro. Mientras él veía las cosas a largo plazo, la persona que se quedaba en casa veía todo desde otro ángulo. Últimamente Bear corría hacia la meta, haciendo todo por el dinero y un trabajo estable.

Pensaba que Cho lo entendería... pero no fue así.

Después de hablar con Air, Bear regresó a casa por la tarde. Sus ojos miraron una vez más hacia la habitación de Cho. Anoche había dormido ahí y le dolía la espalda por el colchón, pero nunca había escuchado a Cho quejarse de eso ni una sola vez.

Su mamá lo había llamado desde la mañana porque no contestaba las llamadas de nadie, y también porque si no dejaba entrar a la mamá de Cho a la casa, al menos sacara las cosas de su hijo y las dejara afuera.

Lo que había visto en los chats de Air y Cho era solo la superficie. Cuando se quejaba o regañaba, solo lo hacía porque quería que Cho mejorara. Nunca pensó que estaba dejando a su novio atrás. Y cuando tenía mucho trabajo, prefería relajarse con sus compañeros hablando de trabajo la mayor parte del tiempo. Aun así, seguía confiando en que habría alguien sonriendo esperándolo en casa, como siempre.

Air le contó que le había preguntado a Cho por qué tenía que terminar con alguien con quien había estado diez años. Air insistió en que Cho debía pensarlo bien, que no podía dejarse llevar por un arrebatado de tristeza. Porque al crecer, solo el amor no es suficiente. Air dijo que Cho le dio casi diez razones, y en ninguna culpaba a la otra persona.

Cho se culpaba a sí mismo. Y todas esas razones eran exactamente las mismas que Bear pensaba.

“Todo lo que Cho es, sin importar qué, es irritante. Cho nunca obedece, es terco, egoísta, no madura, no se adapta y nunca puede ser un consejero de nada.”

Cho lo sabía muy bien. Por eso, la mejor solución para todo era terminar.

Bear escuchó, entendió, pero no podía aceptarlo.

“Nong preparó arroz frito para ti” dijo una noche la persona que había estado en casa todo el día.

Cho vio a Bear entrar con cara de molestia y asintió.

“Se ve delicioso.”

“Aún no has comido” Cho hizo un puchero y se rió.

“Pero ya comí.”

“Ah... ya me parecía.”

“Ponlo en un recipiente. Me lo llevaré mañana al trabajo.”

“Claro” la persona que esperaba para comer asintió. Aunque le daba un poco de pena, entendía que ya era muy tarde.

“La casa se termina de pagar en tres años” dijo Bear al ver el recibo del banco.

Él había comprado esta casa, pero la estaban pagando a medias con Cho. Sin embargo, Cho no sabía que Bear había estado haciendo pagos extras a escondidas. Cuando terminara de pagarse, se la daría a Cho para que pudiera abrir su propia empresa de creadores de contenido en el futuro.

Bear tenía todo planeado para el futuro. Una vez que terminaran de pagar la casa, podría llevar a ese travieso a viajar mucho.

“¿Eh? ¿Por qué?” Cho se sorprendió porque recordaba que habían pedido un préstamo a treinta años y apenas llevaban seis.

“Hice pagos extras para que los intereses no sean tan altos.”

“¿Eh...?” el más joven se acercó de puntillas para mirar los números del recibo.

“¿Soy bueno o no?” preguntó Bear. Cho sonrió ampliamente.

“Eres jodidamente bueno, Phi.”

“Los intereses son del 2.5%. Si no pago rápido, temo que en la próxima refinanciación no consigamos una tasa tan buena.”

Bear empujó suavemente la espalda del otro para que entrara a la casa.

“¿Qué es refinanciación?”

“Te lo he explicado como diez veces y nunca lo recuerdas” Bear frunció el ceño.

“Es que no lo sé.”

“Si no lo sabes, deberías aprender. Busca en internet.”

“Jeje.”

“No me vengas con ‘jeje’” Bear, molesto, le apretó fuerte las mejillas.

Cho sabía que cuando Bear empezaba a irritarse era mejor abrazarlo, porque era el mejor en consentirlo.

“Hueles a sudor en la cabeza” dijo Bear antes de inclinarse y besar su cabello con fuerza. Al hacer eso, Cho lo miró a los ojos.

“¿Qué...?”

Bear sabía que a Cho le gustaba besar, pero no se atrevía a pedirlo. Así que se inclinó y le dio un beso en los labios.

“Otro...” Cho suplicó sonriendo ampliamente.

“Siempre es así” aunque Bear se quejaba, al final terminó abrazándolo de nuevo.

Los recuerdos de su relación en la cabeza de Bear siempre habían sido sencillos, y esperaba que siguieran así para siempre. Sabía que vivir juntos todos los días no siempre era fácil. En el pasado no le gustaban muchas cosas que Cho hacía, y pensaba que a Cho tampoco le gustaba él en muchos aspectos.

Pero lo único que sabía era que todavía lo amaba... y nunca había pensado en soltarlo.

Trrr~

La mamá de Cho volvió a llamar por la tarde. Bear no quería contestar al principio. Era increíble que apenas ayer todavía pensaba que el otro regresaría, hasta que habló con Air y supo que Cho había preparado todas esas cosas para irse. Al estar frente a la caja blanca pensando en

tener que sacarla de esta casa, el dolor lo inundó y las pequeñas lágrimas rodaron por su rostro.

Él también estaba sufriendo mucho.

“Sí, mamá. No estoy en casa. Hablemos después.”

El hombre de treinta y pocos años mintió descaradamente porque no quería hablar ni ver a nadie en ese momento.

Bear se recostó en el colchón de la otra persona. Todavía olía al suavizante que Cho le gustaba. El mismo olor que tenía su ropa.

Se quedó sentado en silencio... durante mucho rato.

Bear empezó a preguntarse cómo Cho podía quedarse tanto tiempo en una casa tan silenciosa. Se levantó y revisó las cosas de la habitación una por una. Vio que en la caja blanca de Cho no había documentos suyos, porque los documentos importantes estaban guardados en otro lugar.

El seguro de vida de Bear, donde Cho era el beneficiario. Los documentos de los dos autos, todo lo que Bear quería dejarle a Cho. Pero parecía que el dueño no lo quería, así que lo guardó en el cajón con llave. Dentro había un anillo de matrimonio, pólizas... con una nota que decía: *“Cosas de Bear”*.

Cho actuaba como si todo lo que Bear había hecho fuera inútil.

“¿Por qué cambiaste de habitación?” recordó que le había preguntado una noche cuando llegó tarde.

El hombre pequeño, con pijama holgado, le sonrió como siempre y respondió:

“Phi, tú roncas y yo no puedo dormir.”

Solo recordaba eso... y en ese momento ni siquiera lo vio como un problema.

Bear sabía que las personas tienen virtudes y defectos. Ambos se conocían muy bien después de tanto tiempo juntos. Se habían adaptado mucho al principio. No sabía en qué momento Bear empezó a llamar a eso “*ceder*”. Se quedó pensando en silencio cuando su mamá le dijo: **“Si ya no quieres ceder, solo deja ir al chico. No tienes que aguantar, no tienes que obligarte a hacer lo que no quieres.”**

Bear odiaba que mucha gente a su alrededor hablara de la ruptura como algo tan fácil.

El hombre grande revisó las pertenencias de la persona que había dicho que no volvería. Solo pensar en tener que sacarlas de esta casa le causaba un dolor indescriptible.

Le dolía que dijera que quería terminar. Le dolía que dijera que no lo amaba. Le dolía que Cho dijera que él sería feliz si terminaban... ¿Por qué ahora se sentía tan miserable?

Cho se consideraba el mayor perdedor del año. Hoy había planeado ir a un restaurante de shabu-shabu con patas de cangrejo grandes, pero nevó muchísimo. Al final terminó quedándose en casa viendo películas y pidiendo comida dos veces más. Menos mal que había comprado snacks y bebidas, así que estaba cómodo y sin preocupaciones.

En realidad mentía al decir que estaba cómodo... Seguía pensando en alguien todo el tiempo. Seguía doliéndole cada día que habían llegado hasta aquí. Pero si algo viejo y roto ya no se podía arreglar, probablemente había que dejarlo ir.

Cho contestó la llamada de Air, quien normalmente solo le escribía mensajes. Pensó que esta vez debía ser algo urgente.

[¿Dónde estás, Cho?]

“En Aomori.”

[¿Y mañana?]

Aunque no entendía por qué Air preguntaba, respondió con la verdad:

“En Kansai.”

[¿En qué hotel te quedas?]

“Air, estás rara” dijo Cho frunciendo el ceño.

[No, no. Es que voy a comprar algo en internet y quiero que lo recojas en el hotel. ¿Te molesto mucho?]

“Yo puedo comprártelo” dijo mientras se acurrucaba bajo la manta suave y cálida.

[Es una oferta solo online. Ya lo pedí y solo quiero que lo lledes de regreso.]

Como entendía bien las compras online, aceptó fácilmente.

“¿Algo más?”

“Sí, sí. Me quedo tres noches en Osaka. Te mando la dirección. ¿Quieres que te traiga algo, Air?”

[No, gracias.]

Cho sonrió aunque no pudiera ver a la otra persona. De todos modos, todavía no podía dejar de pensar en el encargo.

Bear miró el mensaje de Air a medianoche, luego miró alrededor de la pequeña casa. Para él, sin importar cuándo, este seguía siendo el hogar de Cho.

“Gracias, Air.”

Día 14

Huida

A la mañana del día catorce, Cho salió de Aomori en el primer Shinkansen de la mañana. El tobillo ya no le dolía, pero aún llevaba la férula suave para apoyarlo y evitar correr o hacer movimientos bruscos. Lo más importante era que esa mañana ya no necesitaba las muletas.

A eso de las seis de la mañana, cuando el cielo todavía estaba oscuro y nevaba suavemente, Cho subió al Shinkansen verde azulado llamado Hayabusa. Decía que su frente era larga como la de un pez, se veía gracioso pero también cool. Al encontrar algo interesante desde temprano, tomó muchas fotos. Pensó que esa noche tendría buenas historias que contar.

Como se había despertado muy temprano y había poca gente, el ambiente era silencioso y solitario, así que se quedó dormido. Despertó casi a las ocho. Cuando el cielo se aclaró, se dedicó a mirar el paisaje a través de la ventana del tren de alta velocidad. Admiraba en secreto las carreteras, las casas, los árboles y la gente que pasaba frente a sus ojos.

Si le preguntaban por qué le gustaba viajar a Japón, además de que fue su primer viaje con Bear, para alguien que leía manga japonés, este lugar representaba un sueño hecho realidad.

Casi a las nueve y media, el *“pez Hayabusa”* (como lo había apodado) llegó a la estación principal de Tokio. Setecientos kilómetros recorridos a una velocidad impresionante. Al bajar, al principio quiso comer algo en la estación, pero como el tren que iba a Osaka llegaría en media hora, Cho caminó buscando cajas de arroz y snacks que quería probar, olvidando que también los vendían dentro del tren. Luego llamó a su mamá, como hacía todas las mañanas.

A las diez subió al Shinkansen llamado Inazuma, de frente blanco. Había investigado que había versiones con nariz puntiaguda y otras más redondeadas según el modelo. Cho pensaba que este se veía mucho más lindo que el Hayabusa. Tomó fotos como siempre antes de subir al vagón que había reservado.

No había pasado ni media hora cuando, apenas abrió la tablet para trabajar, ya estaban llegando a la estación Shin-Osaka. Ese día Cho había viajado alrededor de mil doscientos kilómetros, pero antes de la una y media del mediodía ya estaba en Osaka. El paisaje blanco de nieve al llegar parecía un sueño. Ahora solo había gente a su alrededor. El clima aquí era mucho más cálido que en el norte.

Cho ajustó su mochila y empezó a caminar despacio, definiéndose a sí mismo como *“el humano con férula en Osaka”*. Su amigo le había contado que la gente de Osaka tenía su propio acento y vivía de manera diferente a la de Tokio.

“Kanto se para del lado izquierdo, Kansai del lado derecho” Cho intentaba recordarlo correctamente.

“¿Y Kansai del Oeste dónde se para...?”

El chico sin sentido común se rio solo antes de sacar su teléfono para revisar el mapa otra vez. Vio que tenía que tomar un tren local hacia el barrio de Namba.

“**Qué bueno soy**” se felicitó Cho cuando logró llegar correctamente al andén del tren correcto. En Tailandia, solo ir al centro comercial ya se quejaba, pero ahora había viajado solo desde Aomori. La confianza que nunca había tenido antes, ahora lo llenaba por completo, aunque todavía se preguntaba si había subido al tren correcto.

Al final, logró llegar a uno de los lugares emblemáticos.

Se había convertido en alguien que hablaba solo. “**El famoso letrero de Glico**” pensó.

Mientras estaba sentado medio dormitando, se le ocurrió una idea. Quería poner la cámara para grabar a la gente pasando y usarlo en sus videos. Sería un poco complicado encontrar el mejor ángulo para que salieran menos caras y luego tendría que difuminarlas por temas de privacidad. Según los reportes de ventas de los últimos meses, los videos se vendían mejor que las fotos, y la mayoría se usaban en ediciones.

Como estaba en Japón y era un hombre de piel clara con lentes, confiaba en que su cámara no se robaría. La colocó en una esquina del puente donde la gente subía, así capturaría solo las espaldas y una vista amplia del puente, el río y el bullicioso barrio de Namba.

Se quedó mirando la cámara y el río, sorprendido de que ya no se sintiera mal por el paso del tiempo. Antes, a las cinco de la tarde ya empezaba a ponerse ansioso porque sabía que Bear estaba por salir del trabajo. Solo se quedaba sentado esperando sin sentido, sin entender por qué no se levantaba a hacer otra cosa.

Al mirar hacia atrás, se daba cuenta de lo tortuoso que era esperar.

El día que se fue, lloró como si se le fuera a romper el corazón. Hoy se sentía tan tranquilo que quería agradecerse a sí mismo otra vez. Aunque anoche había llorado un poco, era un pequeño paso, pero lo había dado.

Cho bostezó. Se dio cuenta de que aún no había tomado café. Como quería dejar la cámara grabando una hora, miró alrededor y vio una cafetería cercana. Se alejó de la cámara y entró. Desde la parte delantera de la tienda aún podía ver su pequeña cámara.

Cho pensó que el café aquí era muy suave. Al ponerle leche sabía aún peor, pero el aroma... solo con olerlo ya se sentía renovado. El aire frío y el café caliente eran un verdadero lujo.

Miraba a la gente pasar. Pronto terminaría el año y recordó que quería empezar a dibujar pequeños iconos para vender en línea. El año pasado dibujó 108 pequeños emojis de Santa y los vendió en paquetes de dos dólares. No podía creer lo bien que se vendieron. Durante las festividades aumentaban aún más. Esta vez quería probar con temática de Año Nuevo Chino y Halloween.

Pensó que la temática de Halloween sería más fácil: calabazas, fantasmas y dulces. Empezó a dibujar en su querida tablet. Este tipo de trabajo se repetía mucho en internet, así que tenía que crear su propio estilo de líneas y evitar copiar a otros. Cuanto más bonito y único, mejor.

No sabía cuánto tiempo había pasado inmerso en el trabajo. Tenía una concentración que no había tenido en mucho tiempo. Cuando levantó la vista, vio a unos niños de preescolar parados frente a su cámara, confundidos.

“Ay, ay” Cho hizo ruido al ver que los niños miraban la cámara pero no la tocaban.

Supuso que en ese momento la cara de los niños debía estar llenando el encuadre, así que solo se rió. Los niños se señalaron entre ellos un rato y luego se fueron. El dueño de la cámara solo pudo sonreír. Verlos le dio ganas de volver a ser un niño que no tenía que pensar en nada serio.

“¿Quieres café?” preguntó Bear asomándose a la persona que aún estaba acurrucada bajo la manta en el sofá frente al televisor.

Cuando Bear entró, Cho se despertó sobresaltado. Cuando se levantó a las ocho, lo vio todo enrollado en el sofá.

“Sí, por favor” respondió el más joven mientras bostezaba.

“¿Con mucha leche?”

“Ajá, dos partes de leche” dijo Cho, estirándose perezosamente.

“Levántate ya” le dijo Bear al que seguía acostado. Hacía frío y era día de descanso.

“En un año solo tengo frío tres días, hay que aprovecharlo, Phi.”

Bear levantó una ceja y preguntó:

“¿Y cómo se aprovecha bien?” Eso bastó para recibir una mirada fulminante.

“Me refiero a dormir y disfrutar del frío.”

Frente al televisor, Bear se rio mientras ponía las dos tazas de café en la mesa redonda.

“Qué frío” se frotó las manos fingiendo tener frío y miró a la persona que lo observaba con los ojos entrecerrados. **“Mucho frío”** dijo, y se metió bajo la manta.

“No, ¡para!” Cho lo golpeaba y se reía al mismo tiempo mientras Bear levantaba la manta y se subía encima de él. El sofá era muy estrecho, ahora parecía que un oso lo estaba aplastando. Casi no podía respirar.

“Phi, está muy estrecho...”

“Es que tengo frío.”

“Estás pesado” se quejó Cho, odiando que además le frotara los pies fríos contra los suyos.

Bear hundió la cara en el cálido hueco de su cuello. Le gustaba esta familiaridad. Entonces recordó algo.

“Hasta en el coche nos hemos acostado encima, ¿y esto no lo aguantas?”

“¡Para ya!” Cho movió la cintura mientras el otro se reía a carcajadas. No podía discutir, porque era verdad.

En sus días locos de adolescencia... sí que habían pasado cosas.

“¿Ya no vas a tomar café?” levantó la mano y acarició el cabello grueso de Bear, tan cómodo que sonrió sin darse cuenta.

Aunque pesaba mucho, lo dejaba estar encima. Si le preguntaban qué era lo que más le gustaba de esta relación, probablemente diría que le encantaba cuando se abrazaban y hablaban.

“Aún está caliente, déjalo enfriar un poco.”

Bear sonrió al sentir las manos cálidas que le masajearan la nuca. Luego se dio la vuelta para quedar abajo y acomodó a Cho encima de él. Cho se rio cuando Bear dijo que su rodilla le había golpeado “al niño”. Una vez abrazados, le acariciaba la espalda.

“Gracias” dijo Cho de repente.

“¿Por qué?”

“Por todo” el más joven habló del trabajo de estos días, que había dado muy buenos ingresos. Antes, Bear lo había enviado a tomar cursos de programas para hacer logos e iconos, para que pudiera ampliar el mercado de sus fotografías. Y tal como Bear había dicho, funcionó.

“Si no es para ti, ¿para quién más?” lo abrazó fuerte.

“Para las chicas.”

“Las chicas ya es malo” Bear se rió. Había visto a muchos amigos con problemas por eso. Algunos usaban excusas como que la novia no les daba tiempo, que no se entendían, cien razones para justificar una infidelidad. Pero él nunca había considerado hacerlo.

“¿Quién sabe? Imagina que un día llegas con una chica y dices que está embarazada. ¿Qué hago?” solo de pensarlo, el que hablaba ya quería llorar. El que escuchaba solo se reía.

“Estás delirando” dijo Bear, y luego se puso travieso.

“¡No me pellizques el pezón!” Cho se sobresaltó, porque sabía que cuando Bear quería molestar, le gustaba morderlo o hacer eso.

Y de solo moverse, la mano ya se había metido bajo su camisa.

“Tengo hambre de ti” Bear lo miró a los ojos. *Con eso bastó para saber que ese sábado con café caliente no iba a suceder.*

Cho miró la misma taza de café que ya se estaba enfriando. Recordó algo de hace varios años, quizás cuando llevaban dos o tres años viviendo juntos. Todo parecía encajar perfectamente. Su mamá le decía que todas las cosas nacen, existen y mueren, dependiendo de cuánto duren en su existencia y qué suceda. La persona que escuchaba los sermones de su mamá todas las noches antes de dormir sintió una profunda resignación justo ahora.

El reloj indicaba que ya era hora, así que decidió levantarse de la mesa para guardar la cámara. El plan de hoy seguía los videos de **“come y camina”** por Namba: takoyaki, sushi de carne de Kobe, patas de cangrejo, té con leche... Todo eso le interesaba más que el pasado. Cho

pensó que después de comer hasta llenarse iría al Castillo de Osaka. Al principio quería caminar y tomar fotos porque estaba solo a cinco kilómetros y tenía todo el día libre, pero temía que su pierna no aguantara, así que decidió tomar el tren después de comer.

Cho entraba y salía de tiendas, disfrutando de comprar souvenirs para la casa. Calculó que tal vez tendría que cambiar el plan otra vez para pasar primero por el hotel, porque ya llevaba muchas bolsas.

En su mente, que antes siempre estaba llena de pensamientos sobre Bear, estos últimos días Cho intentaba planear qué quería hacer al día siguiente o qué debía hacer en su trabajo y en qué horarios. Eso le ayudaba a no obsesionarse tanto con el pasado. A veces se le escapaba algún pensamiento, pero estaba mejorando. Lo más difícil eran las noches, cuando intentaba dormir con tantas cosas en la cabeza.

Aunque su subconsciente aún sentía dolor, se decía a sí mismo que estaba bien. El tiempo avanzaba hacia adelante, y él también.

[Si vas solo para pelear, mejor no vayas, hijo.]

[Espera a que se calme y luego hablen bien. Mamá te ayudará a conversar.]

[Prométeme, Bear, que no vas a perder los estribos.]

Bear era una persona con mucha confianza en sí mismo. Había sido bueno desde pequeño y eso le había creado un ego alto sin darse cuenta. Veía todo desde su propia perspectiva. Había correcto e incorrecto, pero poco espacio para el compromiso. Antes, Bear recordaba ser más paciente. No sabía en qué momento se había convertido en alguien que prefería romperse antes que doblarse.

El puesto de *Project Manager* lo había conseguido por su carácter decidido. Esas cualidades funcionaban bien en el trabajo, pero en la vida de pareja... parecía que no servían.

Como no lograba aclarar sus ideas, Bear, que siempre se creía muy capaz, no entendía por qué estaba parado en el aeropuerto de Kansai a las tres de la tarde. Era la segunda vez en el mismo mes que pedía días libres. Como era diciembre, fin de año, y aún le quedaban más de diez días de vacaciones, nadie sospechó por qué alguien que nunca pedía días libres lo estaba haciendo tan seguido. Algunos bromeaban diciendo que había trabajado tanto todo el año para usar todos los días de vacaciones de golpe, aunque eso violara las reglas.

Bear pasó el escáner de huellas y respondió un par de preguntas al oficial de inmigración antes de que lo dejaran pasar rápidamente.

Aunque le quedaban muchos días de vacaciones, solo podía tomar tres días seguidos más el fin de semana, total cinco días. No sabía si ese tiempo sería suficiente para el resultado. Y si le preguntaban qué resultado esperaba, tampoco lo sabía.

Adivinar el futuro... no era nada fácil.

Bear iba sentado en el tren hacia la ciudad. Esta vez se había preparado bien: ropa adecuada, zapatos cómodos y una mochila para caminar todo el día. El tren tardaría casi cuarenta y cinco minutos en llegar al centro. Abrió el mensaje que Air le había enviado con algunas fotos. Anoche Cho había contado la historia de cómo se quemó con el agua del onsen y la amable señora de Aomori. En las cuatro fotos solo se veían el ryokan, la señora y la vista nevada. Tenía casi treinta comentarios, la mayoría de gente que Cho conocía y seguidores que lo leían porque era gracioso. La historia del humano con pierna lastimada quemado por agua caliente se contaba con un toque de dolor y humor. Si él hubiera estado ahí, seguramente habría regañado a Cho por no pensar antes de actuar. La señora mayor... y Cho probablemente se habría girado y le habría sonreído como siempre.

La sonrisa de Cho era algo que se había quedado grabado en el corazón de Bear. En los últimos días solo se preguntaba por qué Cho quería alejarse tanto, mientras Bear decía que había cedido ante él durante mucho tiempo. Al pensarlo de nuevo, tal vez esa sonrisa significaba que Cho también había cedido ante él durante mucho tiempo.

Bear, sólo se repetía que Cho era malo en esto o aquello, como autohipnotizándose, diciendo que esa era la razón para terminar. Pero cuando intentaba pensar en qué puntos él mismo no era bueno, su mente se quedaba en blanco...

Era como si no tuviera ninguna culpa, y eso resultaba muy extraño.

Bear dejó su mochila en el lobby del hotel. Había reservado la habitación desde Tailandia. Sabía por Air en qué habitación se estaba quedando Cho. Aunque ya podía hacer check-in, decidió esperar sentado ahí. Sacó su laptop pensando en trabajar mientras esperaba, pero en el momento en que vio su propio reflejo en la pantalla brillante del vidrio, se preguntó de qué iba a hablar con Cho.

Si hubiera venido solo para interrogarlo o pelear, probablemente no conseguiría nada.

Normalmente, cuando trabajaba, Bear tenía mucha concentración. Sin importar la presión o el estrés, podía enfocarse. Pero ese día solo miraba la puerta del hotel. Al final, a las seis de la tarde, guardó la laptop en la mochila y salió a caminar hacia una tienda de conveniencia, porque desde el mediodía no había comido nada y el estómago le ardía de hambre.

A las seis de la tarde en invierno el cielo ya estaba completamente oscuro. Bear eligió cosas al azar y las puso en la canasta. No tenía ánimo para prestarles mucha atención. Solo tenía mucha hambre. Mientras pensaba adónde iría Cho después y a qué hora haría check-in, vio a alguien pasar frente al vidrio de la tienda de conveniencia.

La persona que había esperado todo el día estaba pasando justo ahí.

Bear tomó rápidamente la bolsa con sus compras y el cambio que la empleada le entregó, y salió con pasos largos para alcanzarlo. Solo con ver esa espalda, la reconoció inmediatamente.

“¡Cho...!”

La persona llamada se quedó quieta y siguió caminando despacio por la férula. Bear se detuvo un segundo antes de llamarlo más fuerte.

“¡Cho! ¡Date la vuelta!”

La persona se detuvo en seco, sin esperar que alguien conocido estuviera ahí. Cho se giró con curiosidad al principio, pero abrió mucho los ojos al ver a la persona familiar frente a él. Bear, a quien no había visto en semanas, llevaba un abrigo grueso y un gorro negro de lana. Parecía que iba a acercarse.

Cho nunca imaginó que se encontrarían aquí. Ni siquiera entendía por qué estaba temblando y empezó a correr. Al escuchar la voz que lo llamaba y los pasos que corrían detrás, más quería huir. Pero la férula le estorbaba. No había corrido ni cinco metros cuando se cayó al suelo.

“Ay...” Cho se empujó lentamente para levantarse. Se sentía tan patético que quería llorar. Un hombre de treinta años corriendo y cayéndose no se veía nada bien.

Bear se quedó paralizado solo un segundo. En su cabeza todo era un caos como nunca antes. Sus largas piernas caminaron-corrían hacia la otra persona. Al ver que Cho intentaba levantarse del suelo, no entendía nada. Ni siquiera cuando miró los ojos rojos detrás de los lentes rotos de Cho lo entendió. Con dificultad, logró preguntar:

“¿Por qué huyes, Cho?” su voz sonó casi como un grito, pero se suavizó al ver el pánico y el miedo en la expresión de Cho.

“¿Por qué huyes de mí...?”

Cho no respondió, pero Bear vio en su mirada la pregunta clara: *“¿Qué haces aquí?”*

Día 15

La escena de anoche

La imagen de alguien que se dio la vuelta y corrió menos de cinco metros antes de caer justo frente a él hizo que todos los pensamientos de Bear se detuvieran en seco. Había pensado en mil formas de empezar la conversación, pero ahora solo tenía una pregunta en la cabeza:

“¿Por qué te alejas de mí?”

Bear no entendía en absoluto esa actitud.

La mirada temblorosa de Cho era como si los diez años que habían pasado juntos nunca hubieran existido. Realmente no era la mirada de alguien familiarizado con él, sino la de alguien que lo observaba como si no fueran cercanos y como si no se alegrara en absoluto de tenerlo enfrente.

“Está bien” dijo Cho, acomodándose las gafas torcidas antes de levantarse lentamente. Todavía sentía el cuerpo adormecido por el golpe. Sin darse cuenta, se había raspado una mejilla porque, para evitar caer sobre la cámara que llevaba colgada, usó ambas manos para sujetarla y cayó de lado.

Antes se preguntaba si el pavimento limpio y liso de este país dejaría polvo al rodar por él. Hoy lo probó sin querer. El resultado fue que el suelo estaba realmente limpio, sin una mota de polvo, pero ningún concreto del mundo deja de doler cuando te caes.

Le dolía... y le dolía mucho.

Cho tenía muchas preguntas en la cabeza sobre la persona que tenía enfrente, pero estaba cansado y no quería saber las respuestas, así que empezó a alejarse del lugar. El aire frío, la pierna que aún llevaba férula y que empezaba a dolerle otra vez, y las ganas de volver a la habitación para revisar que la cámara no se hubiera dañado, hicieron que en ese momento no quisiera prestarle atención a nada ni a nadie.

“Cho...” Bear agarró del brazo a la persona que parecía no importarle en absoluto su presencia.

Ése chico ya no era el Cho que él conocía. Al principio quería regañarlo por seguir lastimándose, pero ahora sus pensamientos se habían vuelto más lentos que su propio cuerpo. Su mano grande sujetaba el brazo del otro, pero no sabía qué decir.

Si lo regañaba o le gritaba... ¿qué pasaría después?

¿Cho le sonreiría como antes o se daría la vuelta y no volvería a mirarlo? No lo sabía.

“¿Te duele?”

Cho no respondió, solo siguió caminando hacia adelante como si nada.

“Tus gafas están torcidas.”

La persona que aún estaba aturdida y adolorida se tocó las gafas y asintió.

“Vamos a curarte esa herida” dijo Bear, refiriéndose al raspón en la mejilla y la punta de la nariz. Intentaba actuar como siempre, pero ya sabía que nada era igual. Ni él ni la persona a su lado.

Como no recibió respuesta, tomó la muñeca del otro y empezó a caminar.

“Subamos a curarte.”

Cho no se soltó. No quería discutir ni hablar. En ese momento solo se sentía extremadamente cansado.

El camino que Bear tomó los llevó al mismo hotel donde se hospedaba Cho. Cho frunció el ceño al mirar las manos entrelazadas. Al final entraron al hotel que había reservado. El ascensor subió a un piso que no era el suyo, y entonces entendió cómo lo había encontrado Bear. Se quedó quieto cuando el ascensor se abrió en el piso ocho.

“Iré al piso doce” dijo Cho, ajustándose la mochila. Su voz ya no tenía el tono terco de siempre, sino la voz de alguien muy cansado. Era baja y sin energía.

“Entonces subiré contigo” dijo Bear, dejando que las puertas se cerraran y presionando el botón del piso doce.

Bear siguió al chico que caminaba cojeando lentamente. La habitación de Cho era una habitación estándar con cama individual. El chico no lo echó, pero tampoco parecía prestarle atención. Estaba en completo silencio, algo que Bear nunca había visto.

Finalmente dijo: **“Espera, iré a comprar algo para curarte. No te vayas, ¿sí?”**

El otro no respondió. Bear sabía que si salía de esa habitación probablemente no podría volver a entrar, así que se quedó parado frente a la puerta. Mientras su mente estaba en blanco sin poder pensar en

nada, vio que el otro se quitaba lentamente el abrigo y la férula blanda del pie.

“No es necesario, estoy bien” dijo la persona que por fin había recuperado su voz al ver que Bear se acercaba como queriendo ayudar.

Cho quería tomar un baño y descansar por completo. Se había levantado muy temprano y había caminado todo el día. Aunque tenía hambre, ya no quería comer nada. Pensaba que cuando despertara iría a buscar algo afuera.

Bear miró alrededor de la habitación blanca. Al ver el teléfono junto a la cama con el número de recepción para emergencias, se le ocurrió una idea. Se tomó la libertad de caminar hasta la cabecera de la cama, llamó abajo para pedir un botiquín de primeros auxilios y se sentó a esperar sin salir ni un paso de la habitación.

Bear dejó que el chico se duchara. En la pequeña habitación solo se escuchaba el sonido del agua corriendo, que poco después se detuvo cuando la persona dentro se metió en la tina. Hace poco Bear sentía que Cho estaba tan lejos, en Japón, pero ahora estaban en el mismo país, la misma ciudad y la misma habitación, separados solo por una pared...

No hacía mucho Bear pensaba que Cho estaba enojado, resentido o molesto y por eso lo ignoraba. Todas esas razones se borraron por completo cuando se encontraron. Ahora entendía que Cho no estaba haciendo un berrinche como antes.

La realidad le dio una bofetada... Habían terminado de verdad. De hecho... ya ni siquiera tenían derecho a estar resentidos el uno con el otro.

Cho salió del baño casi una hora después, esperando que la persona dentro de la habitación se hubiera ido, pero encontró a Bear todavía sentado en el mismo lugar, con un pequeño botiquín de primeros auxilios sobre las piernas.

“Ven, déjame curarte.”

El dueño de la habitación, que solo llevaba una toalla, miró a la persona que estaba de pie frente a él. Cho se sentó lentamente en la cama para dejar que el otro hiciera lo que quería, aunque en el fondo quisiera protestar.

Un ambiente extraño se creó cerca de las ocho de la noche. Bear aplicó suavemente la medicina en el pómulo magullado y la punta de la nariz del otro. Notó que los ojos oscuros y redondos estaban bajos, como si no quisiera mirarlo. Las pestañas y el cabello aún estaban húmedos por el agua. El cuerpo de Cho se veía más suave comparado con antes.

El pie que Cho dijo que le dolía... no parecía tan grave como en la foto que había visto.

Bear tocó suavemente la mejilla lastimada y entonces se dio cuenta de que la opresión que había sentido todos los días estaba relacionada con la persona que tenía enfrente: esos ojos oscuros, las mejillas magulladas, los labios carnosos y el rostro de quien había estado a su lado todos los días durante diez años.

Por fin entendió que la razón por la que no podía encontrar paz era porque lo extrañaba con todo su corazón.

“Cho...” lo llamó al ver una pequeña lágrima rodar por la mejilla del chico.

Cho no se la limpió. Solo bajó la cabeza y le pidió que se fuera de una vez.

“¿Por qué volviste, Phi? Por favor, vete” su voz temblaba. Luego bajó la cabeza y empezó a llorar.

Justo cuando empezaba a sentirse mejor, Bear regresó y lo arruinó todo.

Cho ya no quería correr para que Bear lo persiguiera. Nunca quiso llamar la atención de alguien que no le prestaba atención, porque sabía que no funcionaba. No quería llorar frente a él, pero estaba llorando por su propia debilidad otra vez. Solo se repetía que mañana todo estaría mejor.

Bear apretó con fuerza el algodón mientras Cho lloraba desconsoladamente. En su cabeza solo tenía una pregunta: *¿por qué Cho estaba llorando tanto, algo que nunca había visto?*

En ese momento, la promesa que había hecho de no hacer llorar a Cho de tristeza volvió a su mente.

A la mañana del día 15, la persona que había llorado hasta quedarse dormida despertó a las siete. Hoy Cho no esperaba nada excepto comida deliciosa.

Ya tenía planeado su itinerario y salió como de costumbre. Aunque esperaba poder quitarse la férula, después de la caída de ayer decidió dejarla un día más.

La imagen de alguien conocido sentado en el lobby del hotel por la mañana le pareció un *déjà vu* de la semana anterior. Cho tenía muchas preguntas (*¿trabajaste hasta tarde? ¿A qué hora te levantaste para esperarme?*), pero no preguntó porque solo empeoraría todo.

Bear vio al chico salir caminando lentamente del lobby. No se saludaron. Solo caminaron uno detrás del otro en silencio. Era la primera vez que Bear también elegía quedarse callado. Caminaba detrás, mirando la figura más pequeña frente a él, el cabello oscuro moviéndose con el viento. Hoy Cho usaba lentes de contacto en lugar de gafas.

Hacía mucho que Bear no veía a Cho sin gafas. La última vez probablemente fue en la boda de Air hace dos años.

La persona más pequeña entró a la única cafetería de la Chona. Cho pidió un café con una leve sonrisa y se sentó en la barra, sin dejar un asiento para el otro. Si hubiera sido unos días antes, ese gesto lo habría molestado, pero hoy Bear no quería decir nada.

Porque sabía que... el chico iba a seguir adelante como si él no existiera.

Cho habló por teléfono con su mamá y jugó en su celular casi una hora antes de levantarse cuando vio que era hora de irse.

Cho miró de reojo a la persona que había estado esperando afuera de la cafetería todo el tiempo.

“No es divertido” dijo.

“Quiero hablar” respondió Bear, dando la única razón que tenía. *Quería verlo, mirarlo a la cara y hablar.*

“Entonces hablemos esta noche.”

“¿Por qué...?” Bear frunció el ceño con fuerza.

En cualquier momento, mientras Bear estaba ansioso y apresurado, el otro lo veía como algo sin importancia. Ya no había sonrisas ni risas cuando pedía o rogaba algo. Solo una mirada tranquila e indiferente.

“Quiero viajar solo” dijo Cho con sinceridad.

Estar solo tenía muchos significados para él. Aunque se sintiera solo y complicado, era lo que más lo tranquilizaba.

“¿No te duele la pierna?” preguntó Bear, mirando también la mejilla lastimada.

Cho sonrió levemente, una sonrisa que era solo para él y para su pierna que no funcionaba bien.

“Me ha dolido por mucho tiempo. Ahora ya está un poco mejor.”

Cho sabía que Bear probablemente tenía muchas cosas pendientes, porque habían estado juntos demasiado tiempo como para cortar la relación en pocos días. Y huir de los problemas no era la forma en que los adultos los resolvían.

Al principio pensó que hablarían cuando regresara a Tailandia. No imaginó que tendrían que hablar tan pronto.

“Te esperaré en el lobby a las seis de la tarde” dijo Cho antes de caminar sin mirar atrás. Intentaba quitarse de la cabeza la expresión triste de Bear porque temía generar expectativas en sí mismo.

Durante casi dos años había esperado que Bear volviera a preocuparse, a comer juntos, a hablar bien. Había pedido atención, había sido directo, pero nunca funcionó. Por eso dejó de esperar... y terminaron.

Lo que se encendió, al final se apagó.

Cho llegó al Castillo de Osaka después de las nueve. Se quedó parado usando el traductor de su celular frente a una placa de piedra, entendiendo algunas cosas y otras no. Pero el clima estaba bueno y el ambiente era excelente.

“¿Los nobles realmente tenían que subir hasta aquí? ¿Cómo le hacían con la pierna?” murmuró Cho mirando el largo y empinado camino desde la estación hasta el castillo. Aunque el camino era bueno y ancho, y las vistas hermosas, era muy lejos.

Cho parpadeó varias veces porque aún no se acostumbraba a los lentes de contacto. Se sentó a descansar en un banco cercano, mirando el castillo blanco contra el cielo azul. Quería pagar para subir a la cima,

pero con la pierna en ese estado sólo podía sentarse y mirar. Aún así... era suficiente para sentirse satisfecho.

Después de descansar lo suficiente, Cho caminó alrededor del castillo, tomando fotos desde varios ángulos con su celular. Como parecía inofensivo, una pareja de abuelitos le pidió que les tomara fotos.

Usando su profesionalismo, Cho les tomó tres fotos perfectas. El abuelo quiso tomarle una a él. Cho miró la foto donde sonreía con los ojos entrecerrados frente al castillo, pero la parte superior de su cabeza había quedado cortada. Aun así, agradeció con una sonrisa sincera. La abuela le regaló unos dulces.

Ese momento de felicidad en el que olvidó todo lo demás se basó en lenguaje corporal y sonrisas. Al final se tomaron una foto juntos antes de que los abuelos se despidieran y subieran al castillo.

“Los abuelos aquí son bien fuertes” dijo el chico de la pierna lastimada, despidiéndose con la mano, y luego abrió su plan de viaje para el siguiente destino.

En medio de la opresión en su corazón, hoy también tenía cosas lindas para contar.

America Mura (literalmente *“Aldea América”*). Antes era un almacén de importación de productos extranjeros. Ahora es un gran distrito comercial con cafés, tiendas lindas y marcas de moda. Pero lo que más le interesaba a Cho eran las tiendas de cámaras, juguetes y figuras. Le dio un poco de pena no tener muchos amigos a quienes comprarles regalos.

Cho entró y salió de varias tiendas. Pensó que compraría cosas para regalar a las personas que leían sus historias sobre sus desastres. Mientras decidía qué comprar, vio una tienda para adultos. Sonrió y entró. Y allí se encontró con un espectáculo.

Cho se quedó impresionado con los productos de la tienda. Además, vio que había escaleras que subían al segundo y tercer piso. El humano que no quiso subir al Castillo de Osaka ahora estaba en el tercer piso de una tienda de juguetes sexuales porque vio un letrero interesante en la planta más alta.

Cho sonrió con picardía mientras miraba los libros de modelos masculinos que le interesaban desde hacía tiempo. Tomó varios, pensando que los usaría para estudiar técnicas de fotografía de modelos, por si en el futuro tenía la oportunidad de fotografiar personas reales.

En realidad, solo era una excusa...

El pecador miró las fotos de los modelos, todos con músculos perfectos. Pensándolo bien, su tipo era como el de Bear. Aunque Bear era un poco nerd y callado, era guapo y tenía buen cuerpo. No era raro que tuviera admiradores.

Air una vez bromeó diciendo que, aunque tuviera buenos músculos, si terminaban, ya no sería de ellos.

“Se los llevaré a Air” rió Cho, tomó una foto y se la envió.

Poco después, la persona en la que estaba pensando lo llamó.

[No quiero los libros, ¿me consigues uno que vibre?]

“Está caro” sonrió Cho al teléfono.

“Oye, Air, ¿para qué pediste mi dirección?” preguntó Cho.

[Para el paquete que te envié hoy] respondió la voz al otro lado, emocionada porque realmente había enviado algo.

Cho pensó más en el gran paquete que venía de Tailandia que en las compras en línea de su amiga.

“Enseguida van a recibir golpes madre e hijo.”

[Tranquilo, mi bebé solo tiene tres meses]

Cho se echó a reír; entendía bien a Air, por eso no se enojaba.

[Oye, Cho...]

“Ya nos vimos. Le dije que hablaríamos esta noche.”

[Él vino a verme. Lo siento.] Air se disculpó por haber actuado por su cuenta, pero Bear se veía realmente mal. Y lo más importante: ella recordaba perfectamente lo que su amigo le había dicho, *que todavía amaba a Bear.*

[Puedes enojarte o dejar de hablarme si quieres, pero me gustaría que lo hablen.] dijo Air en voz baja. Aunque había decidido contárselo a Bear por sí misma, todavía se sentía culpable.

“Lo sé.” Cho sonrió. Decir **“lo sé”** significaba que entendía las buenas intenciones de su amiga. Además, últimamente solo había molestado a Air, y ahora Bear probablemente también la estaba molestando.

Tarde o temprano... tendrían que hablar.

Cho dio varias vueltas en la tienda de juguetes para adultos y compró tres libros de modelos masculinos junto con condones de diseños lindos. Notó que el joven cajero parecía no querer ser grosero, pero lo miró de reojo.

Cho se rió por dentro... *¿Qué tiene de malo que le gusten los hombres musculosos?*

Después de guardar todo en su mochila, salió de la tienda. Al ver su reflejo en el vidrio de la tienda de enfrente, se dio cuenta de que ya no se

veía tan lindo como antes. Su cuerpo estaba peor y no se había cuidado la cara.

“Debería ir al gimnasio y ponerme a hacer músculo” suspiró Cho.

De ahora en adelante quería ponerse al día con el mundo, hacer vida social, aunque fuera tarde y ya no pudiera alcanzar a Bear. Quería caminar poco a poco por su propio camino, aunque fuera uno diferente al de él.

A las seis de la tarde, Bear ya estaba esperando en el lobby con su laptop de siempre, pero apenas la había tocado. Esperaba las seis con ansiedad. Sabía que se verían en Tailandia en algún momento, pero en el fondo sabía que si no venía a buscarlo, el peso sería demasiado grande para seguir con su vida.

“¿Cómo va el trabajo?” preguntó Cho a la persona que aún estaba mirando la laptop.

Bear levantó la vista y miró al chico que esperaba. Luego miró el reloj, que marcaba exactamente las seis de la tarde.

No importaba cuándo... Cho nunca lo hacía esperar.

La tarde del 15 de diciembre era muy fría afuera. Estaban sentados uno frente al otro en un restaurante familiar cerca del hotel. El interior estaba decorado con tema navideño, se veía cálido y alegre. Sin embargo, los dos hombres en la mesa junto a la ventana lucían tensos.

Cada uno pidió un plato y empezaron a hablar.

“¿A dónde fuiste hoy?” preguntó Bear primero.

“Al Castillo de Osaka, y también a *America Mura*. Pasé un rato en Umeda comprando algunas cosas.”

“¿Te divertiste?”

“Sí, estuvo bien.”

“¿Mañana a dónde irás?”

“Probablemente a Hiroshima o a Universal.”

“¿Tu pierna aguanta?”

“Sí.”

“¿A qué hora saldrás?”

“Aún no lo sé.”

Se hicieron preguntas y respuestas de forma superficial antes de quedarse en silencio. Cho miró hacia afuera, viendo a la gente pasar. El lugar era limpio, hermoso y tranquilo. No sabía en qué momento empezó a distraerse.

Bear miró el perfil del chico, que todavía tenía heridas. Antes estaba seguro de sí mismo en todo, pero ahora apretaba el puño con fuerza para decir algo importante.

“Phi consiguió el ascenso” dijo.

Cho se volvió a mirarlo y sonrió.

“Felicidades.”

Bear apretó la mandíbula. Aunque la sonrisa era sincera, no era lo que él quería.

“Phi prometió que si conseguía el ascenso te llevaría de viaje...” dijo Bear.

Cho miró la barbilla y el cuello de Bear. Él también quería agradecer... pero tenía que rechazarlo.

“Ya no es necesario.”

“Cho...”

En ese momento les sirvieron la comida. Cho todavía le gustaba el espagueti con salsa de carne como siempre. Enrolló los fideos con el tenedor y probó. La comisura de sus labios se levantó en una sonrisa al descubrir que no estaba salado y estaba más rico de lo que esperaba. Cho se concentró en comer y por un momento olvidó el ambiente.

Bear ni siquiera tocó la hamburguesa frente a él. Tenía hambre, pero no quería comer. Solo dejaba que el tiempo pasara mientras miraba la imagen frente a él: alguien que ya no se quejaba, no hablaba fuerte ni le prestaba atención. *No importaba desde qué ángulo lo viera, ya no podrían volver a ser como antes.*

Bear esperó hasta que Cho dejó el tenedor y tomó agua para preguntar:

“¿Por qué quisiste terminar conmigo?” Era la única pregunta que quería hacer. Había estado en su cabeza todo el tiempo.

Cho lo miró de reojo y puso las manos sobre sus piernas. Ya le había explicado esto muchas veces.

“Phi no parecía feliz, y yo tampoco era feliz.”

Aunque un millón de personas dijeran que no se debe atar la felicidad a alguien, cuando dos personas se aman, la felicidad y el sufrimiento siempre están conectados de forma inevitable.

“Si es por el trabajo...”

Esta vez Cho sonrió.

“Phi es mejor siendo como es” dijo con sinceridad. *No quería cambiar a nadie. Tener que cambiar sin querer era agobiante. Ya lo habían demostrado durante mucho tiempo.*

A Bear le gustaba trabajar, estar con sus amigos; todo eso era parte de quien era Bear. Y Cho ya no pensaba nada sobre su propio trabajo, porque sin importar cuántas respuestas buscara, solo había una: ***Para Bear... Cho no era tan importante.***

“Y si es mejor siendo así, ¿por qué Cho no quiere estar conmigo?” preguntó Bear, tragando saliva con dificultad. Tenía la garganta seca y tuvo que tomar agua.

“Probablemente yo no soy lo suficientemente bueno” dijo Cho mirando por la ventana.

“Sé que soy torpe y no muy inteligente.”

Antes él tampoco entendía por qué Bear se alejaba cada vez más, así que solo se enojaba y se quejaba para que le prestara atención. Provocaba peleas para que Bear lo consolara, hasta convertirse en una molestia. Cho apenas lo entendió hace poco, después de escuchar a alguien decir que, además del amor, para que una relación funcione se necesitan compatibilidad, inteligencia, estatus y círculo social.

“Antes solo preguntaba qué había hecho mal” continuó. Había sido como Bear ahora, preguntando constantemente qué estaba mal, por qué lo ignoraba, por qué no quería volver a casa. Finalmente, al dar un paso atrás, lo entendió.

Porque él estaba en casa... esa era la respuesta.

“Acabo de darme cuenta de que en realidad no hay ninguna razón. Simplemente porque soy yo...”

Bear se quedó en silencio.

Él mismo había echado la culpa al otro sin buscar sus propios errores. Todas las razones que había intentado encontrar se derrumbaron frente a él cuando Cho sonrió entre lágrimas.

“Quiero que Phi sea feliz” dijo Cho, no sabía cuántas veces ya, pero lo decía en serio.

“Creo que sin mí, Phi sería feliz. No tendrías que preocuparte ni molestarte por alguien como yo. Podrías trabajar, salir y quedarte donde quisieras, como quieres. Yo tampoco tengo buen carácter. No me gusta cuando soy torpe, ruidoso o me quejo de ti. Nunca me ha gustado...” Esta fue probablemente la frase más larga que había dicho en varios meses.

Y era una frase con la que Bear no estaba de acuerdo en absoluto.

“Entonces dime, Cho... ¿qué tengo que hacer para ser feliz?”

Durante la semana que Bear volvió al trabajo y a vivir solo, pensó que todo volvería a ser simple como antes. Pero al mirar la casa llena de recuerdos en cada rincón, se sentía aún más angustiado. Intentaba convencerse de que todo estaba normal, mientras pensaba en razones y excusas durante toda la semana, hasta que le dolía la cabeza.

Al final, todo lo que buscaba se derrumbó aquí...

Air le había preguntado antes de venir: *¿Amas a Cho de la forma en que quieres que sea y lo toleras, o amas a Cho tal como es?* Era una pregunta confusa, pero la respuesta era muy simple. Antes no podía verla por su terquedad y ego.

“Tal vez estamos muy apegados y por eso es difícil, pero creo que después de esto estaremos mejor” dijo Cho mirando sus manos mojadas por las lágrimas. Aunque buscara cientos de razones, si iba a terminar... simplemente terminaba.

“¿Y estando así... Cho eres feliz?” preguntó Bear a la persona que la noche anterior había llorado hasta quedarse sin aliento, pero que ahora lo miraba directamente y asentía.

“Sí” respondió Cho con una sonrisa.

Si comparaba el dolor que sentía en el pecho hoy con la imagen de él sentado frente al televisor en casa esperando a que Bear regresara, hablaran unas pocas palabras, pelearan y despertara para esperar otro día, no había comparación.

“Ahora soy feliz” respondió Cho en voz baja pero clara.

El hombre grande miró la sonrisa que no era para él. La imagen frente a él se volvió borrosa cuando las lágrimas rodaron por sus mejillas. Era la primera vez que las dejaba caer sin vergüenza frente a nadie.

Con eso quedó claro: la felicidad de Cho... ya no estaba con él.

Día 16

Esperanzas en diferentes dimensiones

Bear era un humano del tipo que se guiaba por el cerebro. Creía en la planificación, en lo adecuado, en lo correcto y en tener una dirección clara en la vida. Sabía que había cambiado en muchos aspectos durante los últimos diez años, pero ¿quién no cambia? Eso era lo que él pensaba.

En esos diez años, Cho también había cambiado en varios sentidos: había crecido, se había vuelto más terco, más quejumbroso con todo, pero también más responsable. Aun así, no parecía suficiente para lo que Bear deseaba. Quería que su chico fuera más hábil, más fuerte, que no dependiera solo de él. Ya fuera para ir solo a algún lugar, para pensar en su propio trabajo o incluso en cosas pequeñas como ir al cine sin tener que rogarle mucho.

Pero lo extraño fue que ayer, cuando Cho le dijo que todo había cambiado, fue Bear quien no quiso que nada cambiara ni un poco. Eso lo llevó a preguntarse: *¿exactamente de qué estoy insatisfecho?*

Insatisfecho porque Cho seguía igual, pero también insatisfecho porque Cho se estaba yendo. Se sentía como un perdedor egoísta. Antes acusaba a Cho de ser egoísta, pero si lo pensaba al revés, él no era diferente.

En la mañana del día dieciséis, Cho sonrió al niño pequeño que caminaba de la mano delante de él. El pie que había estado lesionado ya se había quitado la férula blanda hoy. El chico seguía caminando hacia adelante como siempre, sin mirar atrás.

Bear sabía bien que la otra persona probablemente estaba rezando para que el mayor tomara un camino diferente, pero lo extraño era que Bear seguía caminando detrás de esa espalda delgada, porque de ninguna manera quería dejarlo ir...

Si usaba el cerebro como siempre, se daba cuenta de que estaba sin rumbo. Pero si usaba el corazón en ese momento, se sentía como alguien que se estaba hundiendo en el fondo de un pantano oscuro y profundo.

No salía. Tal vez Cho ya estaba pensando en un futuro sin él... ¿Y él qué estaba pensando?

El futuro que había planeado... se había vuelto tan borroso que parecía irreal.

"Cho..."

La persona llamada se dio la vuelta a mirarlo. Hasta ahora no entendía por qué Phi Bear lo había seguido.

“Quiero hablar contigo otra vez.” Él había venido aquí para hablar.

Pero Cho no creía que hubiera nada más de qué hablar.

“Vine aquí a pasear”, respondió Cho con sinceridad. Desde el principio incluso había planeado venir solo.

“¿Todavía tienes el pie hinchado?”

Cho negó con la cabeza, intentando no mirarlo a los ojos, y siguió caminando.

Subieron al tren en hora punta, cuando la gente salía de sus casas para ir al trabajo. El tren local de esa línea estaba lleno y apretado. Normalmente Bear se molestaba con la falta de planificación de la otra persona, pero hoy no se sentía irritado; solo le preocupaba que al chico del pie lastimado lo empujaran demasiado.

“Ven a pararte aquí.” Bear jaló el brazo de su chico hacia la esquina junto a la puerta y usó su cuerpo alto y grande para bloquear a las personas de atrás.

Cho era más bajo, así que cuando Bear se paraba protegiéndolo, el chico podía respirar con más facilidad y no tenía que terminar con la cara clavada en la espalda de algún señor desconocido como la vez anterior.

Cho inclinó la cabeza para agradecerle. No estaba muy seguro de cuánto fastidio se escondía debajo de esa expresión neutral. El chico pequeño suspiró en secreto y giró la cara hacia la ventana. En ese momento, el calor del pecho del otro se apoyó contra su espalda. Se sentía bien y al mismo tiempo quería llorar.

Alguien una vez le dijo que si habías amado de verdad, aunque te separaras, no era fácil dejar de amar. Cho acababa de entender eso.

En el tren de las ocho de la mañana, lleno pero extrañamente silencioso, solo se escuchaban los anuncios automáticos de vez en cuando. El ambiente se sentía opresivo. El hombre alto miraba la nuca blanca, el cabello del otro, y sólo podía preguntarse cómo había permitido que todo llegara a esto.

Alguien lo empujó. **“¿Qué haces?”**, preguntó Bear al chico que se apretaba contra él y ponía la mano en su cintura.

El tren de la mañana estaba apretado como una lata de sardinas, pero a Cho no parecía importarle.

“Te estoy sujetando para que no te pierdas, por si acaso desapareces.” Cho sonrió ampliamente, frotando su mejilla contra el pecho del otro como si estuviera buscando cariño, pero también molestándolo al mismo tiempo.

“¿Ah, sí...? ¿No será porque no planeaste bien el viaje? Al final terminamos apretujados entre la gente en vez de salir temprano.”

Divirtiéndose, no dejó de acariciarle la cintura. se rió.

“¿Y por qué me andas tocando a escondidas?”

“Ay, Phi Bear... por tocarte un poquito ya te pones posesivo” Cho levantó la cabeza y frunció el ceño antes de molestar metiendo la mano dentro de la camiseta.

“¿Y para qué me vas a tocar?” preguntó Bear al chico travieso.

“Voy a acariciar para ver a dónde se fueron tus músculos hoy de paseo, ¿por qué solo hay barriga?” dijo el menor con toda seriedad.

Bear infló el estómago. **“Ellos fueron de paseo a un *abob nuat* (*).”** bromeó Bear haciendo un sonido de burla, porque anoche había comido cosas saladas.

(*) *อาบอบนวด* (*âap òp nûat*) no significa simplemente “masaje”. En Tailandia se usa para referirse a ciertos locales de masajes para adultos (un tipo de establecimiento con connotación sexual).

“Hmm, atrévete a hacer eso.”

“¿Y qué pasa si voy?” lo provocó en broma, porque sabía que nadie más podía entender lo que decían aparte de la persona que estaba frente a él.

“Cho va a llorar.”

“¿Y después qué?”

“También voy a terminar con Phi.”

Bear sonrió ligeramente antes de levantar la mano y acariciar el cabello del menor.

“Nunca. No digas tonterías.” Le movió la cabeza suavemente de un lado a otro con la mano.

“No vayas a buscar chicas, ¿sí? Cho ama a Phi.”

Bear se rió del chico que de repente se había puesto mimoso. *Amaba muchísimo esa sonrisa juguetona.*

Los recuerdos de hacía varios años aparecieron de repente esa mañana. La mano delgada que antes se aferraba a su cintura ahora estaba apoyada en el vidrio. Cho intentaba apartar su cuerpo para que su espalda no tocara el de Bear. Bear solo miraba el cabello oscuro, quería levantar la mano para acariciarlo, pero al final solo se quedó parado en silencio, dejando que el tiempo pasara.

Después de casi veinte minutos, la gente empezó a bajar y por fin hubo espacio para sentarse.

“Ven, siéntate aquí”, dijo Bear después de sentarse, pero el otro caminó y se sentó en un lugar lejos de él.

Quedaba claro que su presencia hacía que Cho se sintiera incómodo.

Como las historias que Cho contaba todos los días en redes sociales, ayer tampoco había publicado nada. Bear las leía todos los días, varias veces, hasta memorizar muchas frases. Algunas eran divertidas, pero otras parecían escritas mientras la persona lloraba.

Cho había escrito que el mejor amor es amarse a uno mismo...

Bear miró al chico que se había sentado al lado de una pareja de abuelos en el tren hacia Kobe. No preguntó por qué de repente había cambiado sus planes de viaje, porque algo rondaba en su cabeza.

“Yo sé que soy torpe, que no soy muy listo. Acabo de darme cuenta de que en realidad no hay ninguna razón... solo porque soy yo...”

Lo que Cho le había dicho ayer hizo que Bear no durmiera bien, a pesar del cansancio.

“Cho nunca culpó a Bear. Solo se culpa a sí mismo.” Las palabras de Air regresaron una vez más.

Entre la gente japonesa, Bear levantó la mano y se masajeó la cabeza suavemente mientras observaba cómo el chico conversaba con los abuelos. Ya fuera por su actitud amigable o su ternura, los abuelos sentados junto a Cho le ofrecieron snacks. Al saber que era extranjero, lo invitaron aún más a platicar. El chico que no hablaba japonés sonreía y probaba todo lo que le daban.

Bear observaba la escena con sentimientos encontrados. *Lo único que quería recuperar era esa sonrisa...*

Cho le había dicho alguna vez que resolverían las cosas juntos, que lo invitaría a construir una casa en el campo, que serían dos abuelitos cuidándose mutuamente. Bear apenas se acordó de eso después de haberlo olvidado por mucho tiempo.

“No importa qué, quiero estar contigo...” Eso fue lo que le dijo a su chico cuando le propuso matrimonio.

Kobe era una ciudad portuaria que había comerciado con extranjeros desde hace mucho tiempo. Por eso pudieron ver iglesias cristianas imponentes en algunos lugares, aunque la mayoría de la gente en este país no era muy religiosa. Cho caminaba tomando fotos sin rumbo fijo ese día.

“Esta mañana compré agua y snacks para ti”, dijo Bear al ver que su chico se sentaba en una banca junto al muelle.

Bear se sentó en otra banca no muy lejos, porque temía que si se acercaba demasiado, Cho se levantaría y se iría. Desde ahí se veían los barcos entrando y saliendo, el mar azul. Detrás estaba la zona comercial con jóvenes caminando por todos lados. El cielo azul claro del invierno se reflejaba en el agua creando un brillo que lastimaba los ojos, pero aun así Cho no se movía.

“No te preocupes, come tú”, respondió el chico menor y levantó la cámara para tomar fotos.

Cho todavía no entendía la actitud de Bear. Cuando él dijo que terminaban... el otro actuaba como si fuera una broma, a pesar de que Cho había pasado varios meses reflexionando.

El hecho de que Cho quisiera estar solo o viajar solo era porque quería sanar y reflexionar sobre lo que había pasado. No sabía si lo que estaba haciendo estaba bien o mal; solo quería continuar con su vida de la forma que pudiera.

“¿Phi Bear no tiene que trabajar?”, preguntó Cho en voz baja, con la mirada aún hacia adelante.

Bear sonrió y asintió.

“Hmm... estoy trabajando.”

“No tenías que venir.” Esta vez Cho se giró a mirar al hombre que lo había seguido durante dos días.

“Quería venir a verte.” Después de esa respuesta, el silencio los envolvió. Se quedaron sentados escuchando el sonido del agua y la gente a su alrededor. No sabía cuánto tiempo había pasado cuando Bear habló:

“Phi se preocupa por ti.” Bear lo miró a los ojos a través de los lentes cuando el chico en la otra banca inclinó la cabeza.

“Ya estoy bien, gracias. El pie también se curó.” Cho levantó los brazos, se estiró y luego preguntó a su vez:

“¿Cuándo regresa Phi Bear?” Cho preguntó y luego se dio cuenta de que la pregunta era arriesgada, porque la vez anterior Bear le había dicho que no podía tomarse ni tres días seguidos.

“El día diecinueve”, respondió Bear, refiriéndose a la fecha que había reservado.

“Ah, okay.” Cho asintió fácilmente. Con eso ya no quedaba nada más que preguntar.

“Oye, Cho...”

Cho miró a la cara familiar pero que en algunos momentos sentía como si no conociera.

“¿Puedes volver conmigo?”

“ ...”

El mayor lo pedía con esperanza, pero la persona que había perdido la esperanza cien veces sonrió y negó con la cabeza. Porque sin importar el significado de *“volver”*, Cho no estaba listo.

Ese día fue el más pesado comparado con el día de la tormenta de nieve. El cuerpo de Cho estaba mejor, pero no se veía tan alegre como antes. El tobillo ya no le dolía, pero parecía que no tenía fuerza. Sosteniendo un vaso de café, caminaba por calles con subidas y bajadas, observando la vista de la ciudad portuaria diferente a otras que había visto, pero igual de hermosa y ordenada.

Casi no hablaban. No hubo oportunidad de preguntar lo que tenía en el corazón. Cuando Bear preguntaba, Cho solía quedarse callado, guardando cosas dentro, aunque antes lo decía todo. Hasta que por la tarde, el que venía siguiendo lo llamó de nuevo: **“Cho, ¿quieres comer carne a la parrilla?”**

Estaban en Kobe, así que la carne Kobe era algo que quería probar. Bear sabía que a Cho le gustaba, así que lo invitó. La otra persona miró el restaurante, luego a él, y finalmente asintió por el hambre.

Entraron a un restaurante de carne a la parrilla con menú en inglés y pidieron carne de alta calidad para compartir. Bear miraba de reojo cómo el menor comía en silencio.

Tomó un trozo de carne con grasa, lo asó al punto perfecto y lo puso en el plato del otro. El chico levantó la mirada solo una vez y luego bajó la cabeza de nuevo. Bear repitió el gesto varias veces hasta que el plato estuvo lleno, entonces dejó los palillos y preguntó: **“¿No ibas a ir a Hiroshima ayer?”**

Cho parecía no querer responder, dejando que el silencio se prolongara.

Pero al final habló: **“Al principio sí quería ir, pero está muy lejos.”**

“No está tan lejos, solo dos horas.” Bear bebió su cerveza bien fría. Quería estirar la mano para apartar el cabello largo de debajo de los lentes de su chico, pero solo pudo mirar.

“Tenía miedo de que vinieras conmigo y luego te cansaras y no pudieras trabajar hasta tarde.”

La persona que escuchaba sintió que algo en su corazón se apretaba. *Una cosa que había olvidado era que Cho siempre lo ponía a él en primer lugar.*

Eso era porque Bear siempre ponía el trabajo por encima de todo. Frases como *“Tengo que volver a trabajar”* o *“Primero reviso mi trabajo”* eran algo a lo que Cho ya se había acostumbrado.

“No importa, este es el viaje de Cho.” Bear intentó sonreír aunque fuera forzado. Ya no tenía hambre, dejó los palillos y sólo bebió la cerveza.

Cho recordaba que antes ni siquiera podía convencerlo de ir a comer pollo frito en el centro comercial cercano. Tenía que pedir delivery porque el trabajo de Bear no terminaba, y eso pasaba tan seguido que ya se había acostumbrado.

“Esa es mostaza, no le pongas mucho, pica”, dijo Bear cuando vio que el otro estaba mojando la carne en la salsa amarilla.

“Perdón.” Cho se disculpó rápidamente y dejó los palillos, sin tocar más la carne en ese plato.

La actitud del chico hizo que Bear se quedara en silencio. *Eso debía ser gratitud... ¿o no?*

“¿Por qué te disculpas?”, preguntó Bear, pero con el ruido del restaurante parecía que el otro no había escuchado.

Los ojos redondos detrás de los lentes lo miraron como preguntando si pasaba algo.

“¿Por qué te disculpaste hace rato?”, tuvo que preguntar Bear de nuevo. Pensaba que había preguntado normalmente, pero la persona que había sido regañada muchas veces no respondió con la sonrisa de siempre.

Cho no sabía dónde poner las manos. Bajó la cabeza y respondió con honestidad:

“Es que tenía miedo de que te enojaras.”

“¿Por qué tendría que enojarme?” Bear preguntó, buscando la razón una vez más, aunque él mismo era la causa desde el principio.

Vio al chico levantarse a pagar y salir del restaurante rápidamente. *Al final, la comida terminó con un sentimiento que no se podía explicar. Bear se dio cuenta de que muchas cosas pequeñas que antes ignoraba ahora se volvían claras.*

Bear se había dicho a sí mismo que había venido a hablar y encontrar una conclusión, pero solo había logrado seguir caminando detrás de la persona de adelante. Cho ahora se veía muy pequeño en su percepción. El chico se había vuelto más callado desde el tren hasta el camino de

regreso al hotel por la tarde. El ambiente invernal que estaba por oscurecer se sentía sombrío.

Bear todavía tenía cosas pendientes, pero no sabía cómo mejorarlas.

“¿Te divertiste hoy?”, preguntó aunque ya sabía la respuesta.

Desde que él había regresado, Cho ya no parecía feliz. Incluso había dejado de escribir sus posts graciosos.

Cho levantó la mirada y sonrió débilmente.

“Sin Phi es más divertido, ¿verdad?”

Cho asintió. *Realmente quería estar solo.* En ese momento solo quería subir a acurrucarse bajo las cobijas calientitas y dormir para saltarse el día. O beber hasta olvidar cómo se sentía ahora.

Faltaban pocos pasos para llegar al hotel, así que Bear aceleró el paso para pararse frente al otro.

“¿Desde cuándo?”

“¿Eh?” Cho levantó la mirada hacia la barbilla de Bear.

“¿Desde cuándo Cho no es feliz?” Bear no entendía lo grave que era para que el chico hubiera empezado a empacar sus cosas para irse. Y cuando él se paraba enfrente, solo lloraba, se disculpaba y actuaba como si fuera un extraño, alguien que no conocía.

“Déjalo así. Ya pasó.” Cho dio un paso atrás.

Ese día no tenía fuerzas para discutir, ni siquiera para protestar cuando lo jalaron del brazo para subir al elevador hacia la habitación.

Al final ni siquiera la habitación era un espacio seguro. Cho soltó su brazo de la mano del otro, se tiró en la cama suave, cerró los ojos y apretó los puños, esperando que eso aliviara su malestar.

“Para Phi Bear, todo debe parecer insignificante o absurdo.” Cerró los ojos con fuerza.

Ya que quería que hablara... pues hablaría.

“Pero para mí...” La persona que intentaba ser fuerte con todas sus fuerzas finalmente lloró.

Cho se odiaba a sí mismo tanto como se odiaba antes. Siempre se sentía débil e inútil.

Hasta ahora, Phi Bear siempre había sido genial y admirable a sus ojos, un gran apoyo, alguien que podía dar consejos. Cho había olvidado que algunos días su Phi también quería consejos, también quería alguien en quien apoyarse.

Sus esperanzas estaban en dimensiones diferentes, y parecían estar demasiado lejos.

“Solo quería que Phi volviera a casa a comer conmigo, que saliéramos juntos como antes.” Eso era todo lo que Cho deseaba, porque Phi Bear era su mundo entero.

Cada vez que Phi no respondía los mensajes y llegaba tarde, además de enojarse, se preocupaba mucho, temiendo que le hubiera pasado algo. Pero el otro actuaba como si lo que él sentía fuera una tontería.

“Y sé que Phi quiere que yo sea mejor, que no dependa de Phi.” Cho se secó las lágrimas.

“Sobre el trabajo... entiendo que estás ocupado, lo entiendo todo.” La persona que hablaba abrió los ojos y miró el techo, llorando pero diciendo todo lo que le pesaba.

“Ya entendí cuál es mi lugar de importancia. Sé que nunca te sentiste orgulloso de tener a alguien como yo.”

Bear miró la figura pequeña que intentaba hablar mientras lloraba. Sus ojos ardían, sus manos grandes se apretaban al ver al otro secarse las lágrimas y los mocos.

Era él otra vez... el que había hecho que todo llegara a esto.

“Lo siento. Fue mi culpa...” Cho entendía todo, pero no entendía por qué Phi Bear todavía lo seguía.

Si Phi no entendía... entonces él mismo lo terminaría.

“Probablemente no pueda ser como Phi quiere que sea.” La mano delgada se secó las lágrimas de las mejillas.

Al final se sentó en el borde de la cama y suplicó por última vez:

“Por favor, déjame ir...” Cho temía el enfrentamiento tanto como temía volver al mismo punto. *Para él, nada dolía más que ser ignorado por la persona que amaba, por eso quería irse.*

Bear se quedó parado inmóvil, con la mandíbula apretada, la mirada vacía, como si aún no entendiera.

Bear observaba la escena con los ojos nublados. No le importaban sus propias lágrimas en ese momento. *Cho decía que ya entendía todo, pero era él quien apenas estaba empezando a entender muchas cosas.*

Las expectativas que tenía, cuando lo regañaba, era solo porque quería que Cho se adaptara, pero había olvidado que él nunca se había

adaptado a su chico. Había puesto expectativas muy altas, tanto en conocimiento como en habilidades.

Si su madre le preguntara qué tipo de Cho amaba, hoy tenía la respuesta.

“Phi... lo siento.” Las disculpas fueron lo primero que Bear dijo.

El hombre grande quería extender la mano para abrazarlo, pero solo pudo quedarse en el mismo lugar, porque sabía que arreglar algo roto cientos de veces con una sola disculpa era imposible.

En el fondo, Bear nunca había pensado que llegarían al día en que tendrían que separarse. Hasta ahora tampoco quería que sucediera.

“Dime.” Como no sabía, quería preguntar.

“Dime qué debo hacer.” Porque pensó que era capaz... por eso lo había descuidado.

“Dime si puedo arreglarlo.” El mayor movió sus pesadas piernas hacia la figura más pequeña que estaba acurrucada en la cama suave, se inclinó y lo abrazó con fuerza.

Por miedo a que este momento se escapara, Bear hundió el rostro en la mejilla que no había tocado en mucho tiempo. *Se preguntó por qué su vida había llegado a este punto, un punto en el que su chico tenía que llorar una y otra vez con la persona que decía amarlo, y un punto en el que sentía que estaba a punto de perder lo más importante de su vida.*

Un millón de razones y preguntas que había creado antes ahora se reducían a una sola. *Solo se preguntaba qué tenía que hacer para recuperar la sonrisa brillante de Cho y estar juntos de nuevo.*

“Cho...” Bear abrazó a su chico. **“Por favor, dime.”**

Desde que nació, pedir matrimonio había sido lo más aterrador que había pensado, pero ahora tenía mil veces más miedo que entonces.

“Haré lo que sea...” suplicó Bear.

El otro: **“Solo no te vayas de mi lado.”** Sollozó y besó la mejilla mojada.
“Quédate conmigo.”

“Este seguro de vida lo hice para Phi Bear” el menor le entregó un papel.

Era un seguro de ahorro combinado con seguro de salud, porque Bear le había dicho que quienes trabajan como independientes deberían tener uno para protegerse en la vida.

“¿Cuántos millones? ¿Voy a hacerme rico?” Bear lo llamó con la mano para que se acercara y luego lo rodeó por la cintura.

“Dos millones. Phi podrá consentir a su nueva pareja sin problemas” Cho señaló el papel riéndose, pero Bear no se rió. Aunque algún día pudiera ser verdad que tendrían que separarse, decirlo justo en un momento así solo hacía que se sintiera peor.

“Si ya no tienes sentimientos por mí, ¿cómo voy a vivir?” bajó la cabeza y se apoyó contra el hombro del menor.

“Puedes vivir.”

“Tú no lo sabes.”

“¿Qué cosa no sé?”

Cho nunca supo que él era como un apoyo emocional para Bear. Él quería tener una casa, un auto, poder establecerse y tener estabilidad porque quería que el menor pudiera vivir cómodamente.

Que todo lo que hacía para seguir avanzando era para que la persona que estaba detrás de él pudiera ser feliz.

“Phi va a ser feliz, créeme. Pero si buscas esposa, tiene que ser más linda que yo, ¿sí?” Cho sonrió ampliamente y le dio una palmada en el hombro.

“Pero alguien tonto como yo es difícil de encontrar, Phi Bear no lo sabe.” La persona que se llamaba a sí misma tonta lo dijo entre risas.

“¿Y no piensas volverte más inteligente?”

“Lo estoy intentando, pero no te alcanzo.” La persona que apenas había empezado a trabajar desde casa hacía pocos años habló, y luego dio su opinión:

“Air dijo que debo salir más a socializar. ¿Está bien si pruebo a trabajar en una oficina?”

Porque quedarse solo en casa a veces lo hacía sentir solo y a veces sentía que no estaba al día con el mundo exterior.

Bear miró el rostro de su chico. Las mejillas blancas estaban sonrojadas por su barba, la nariz recta combinaba con los labios curvados, los ojos brillaban cuando lo miraba. *Tenía miedo de que esa mirada se dirigiera a otra persona.*

“No está bien.” Bear rechazó la idea. **“Luego alguien va a coquetearte.”** Dijo el posesivo.

Día 17

Los tres acuerdos

El día diecisiete, Cho se despertó a las ocho de la mañana. Aunque no tenía ganas de hacer nada, se mantuvo fiel a su propio plan de viaje. Se levantó de la cama y vio que la persona que lo había abrazado la noche anterior seguía dormida en el mismo lugar, con la misma ropa del día anterior.

Quizá por haber llorado tanto y haber dormido demasiado, le dolían los ojos, la garganta y la cabeza. Fue a ducharse con agua casi helada (*menos de cinco grados*) y luego se quedó un rato en la bañera con agua tibia, pensando en todo tipo de cosas.

Antes de decidir romper, ya lo había reflexionado y tomado la decisión. Pero cuando lo abrazaron y le pidieron perdón, las viejas esperanzas volvieron a aparecer. Cho nunca había dudado del amor que Phi Bear sentía por él, pero el amor del pasado y el amor del presente cambian según la sociedad, la edad y la época, tanto que a veces le costaba seguirles el ritmo.

En los primeros tiempos de su relación, cuando vivían juntos por primera vez y empezaban a trabajar, todo era diferente. Al final, tuvieron que aceptarlo.

Cuanto más tiempo pasaban juntos, más se unían, y cuanto más se amaban, más se veían obligados a aceptar los defectos del otro como algo natural. Cho sabía que, si iban a terminar, debía ser de forma definitiva, pero no podía simplemente dejar de importarle alguien a quien amaba. Eso sería demasiado cruel.

Phi Bear, que había llorado tanto la noche anterior... le dolía demasiado como para pensar solo en sí mismo.

Bear despertó al oír el ruido del agua en el baño. Normalmente, todas las mañanas se levantaba primero a revisar el trabajo y los correos, pero ese día, por primera vez en muchos años, no tenía ninguna prisa por tomar su teléfono. Ni siquiera sabía si todavía tenía batería o si se había apagado. Solo sabía que la persona en el baño seguramente estaba pensando demasiado.

Cho siempre había sido sensible, pensativo y caprichoso, pero conforme creció, poco a poco fue cambiando y se convirtió en el Cho actual. Aun así, Bear nunca había querido que su chico volviera a ser como el de antes.

Cho, que había llorado y le había suplicado que lo soltara...

“Cho...” lo llamó Bear, aunque no tenía ninguna pregunta concreta y no sabía si el otro respondería. Solo lo llamó para recordarse que, a solo unos metros de distancia, esa persona aún estaba ahí.

“Voy a ir a Hiroshima. Phi, ve a trabajar” dijo Cho mientras se lavaba la cara. El agua tibia de la mañana lo ayudó a calmarse un poco.

Hiroshima era una ciudad conocida principalmente por la bomba atómica de la Segunda Guerra Mundial. La violencia, la historia y el dolor estaban grabados en las ruinas y en el Museo de la Paz.

“Si no lo soportas no lo veas”, le había dicho Bear a alguien que normalmente no soportaba las películas de terror. Pero ese día, esa persona caminaba, se detenía para leer los documentos que llevaba en la mano y miraba las imágenes de frente. Probablemente no escuchó lo que Bear le dijo porque tenía puestos sus audífonos blancos y escuchaba su música favorita.

El cuerpo de Cho normalmente no era ni muy delgado ni muy robusto, pero cuando Bear lo abrazó la noche anterior sintió que su chico se había encogido mucho. Sus mejillas estaban más hundidas y sus ojos redondos se veían cansados.

Dentro del museo estaba prohibido tomar fotos, así que vio a Cho sacar una libreta y anotar cosas rápidamente. Era Cho sumergiéndose profundamente en sus propios pensamientos, todavía interesado en lo que tenía delante, y Bear supuso que él ya no formaba parte de eso.

Al entrar, Bear regresó rápidamente a su habitación, se lavó la cara, se cambió de ropa y bajó al lobby del hotel a esperar a su chico. Cada segundo que tardaba en vestirse, temía que el otro se fuera primero, por eso olvidó cosas importantes como la batería portátil y la tablet. Pero lo extraño era que no le angustiaba en absoluto haber dejado el trabajo importante atrás ese día.

Porque Bear tenía algo mucho más importante.

“¿Tienes hambre?” preguntó Cho.

Bear notó que su chico ya no actuaba como si no lo conociera (*como los dos días anteriores*), pero tampoco se sentía tan cercano e íntimo como antes.

“Hmm” respondió Bear con dificultad. No sabía qué decir en un momento así, ni cómo mirar a los ojos de Cho sin sentirse culpable.

Desde que estaban juntos, Cho nunca había llorado frente a él. Por eso Bear estaba convencido de que Cho nunca había sufrido por su amor... hasta los últimos días, cuando lo vio llorar y eso le rompió el corazón.

“Entonces vamos a comer primero” dijo Cho antes de empezar a caminar.

Ambos sabían que esa normalidad ya no era normal.

Cho eligió un restaurante local de okonomiyaki. Mew le había dicho que tenía que probarlo porque en Hiroshima le ponían fideos, que era el estilo típico de la ciudad.

Dentro del restaurante local con mesas bajas en el piso, Cho, cuya pierna apenas se había recuperado, se sentó con cuidado y le mostró una foto en su teléfono a la señora dueña del local. Con eso bastó para que se entendieran (*aunque no estaba seguro de cuánto*). En lugar de recibir comida lista, les dieron los utensilios y los ingredientes para que la prepararan ellos mismos.

La señora señaló una mesa con una plancha eléctrica plana empotrada. Cho sonrió con algo de timidez, pero siguió las indicaciones. Al final se rio porque la mezcla de harina, calamar, repollo y fideos udon no se parecía en nada a una pizza japonesa; más bien parecía un yakisoba extraño.

La señora hablaba y sonreía mientras cortaba el okonomiyaki de los clientes extranjeros en dos partes: una para el joven de lentes con cara bonita que sonreía mucho, y otra para el hombre grande y callado que había estado sentado en silencio desde el principio.

“No, no” Cho agitó las manos y pidió cortarlo él mismo. Puso una porción en su plato y levantó un dedo para pedir otro plato nuevo para la persona sentada frente a él.

Se veía raro... probablemente a Phi Bear no le iba a gustar mucho.

La señora se quedó callada un momento, luego sonrió y fue a buscar otro set de ingredientes. Bear, mientras tanto, seguía mirando el plato de la otra persona.

“¿Puedo comer contigo?” preguntó.

“No, mejor no” respondió Cho mientras echaba salsa y espolvoreaba pescado seco. Luego levantó su teléfono para tomar una foto. Se consolaba pensando que, aunque no se veía bonito, de todos modos terminaría en su estómago.

“Parece fideos instantáneos revueltos” comentó Bear mirando a la persona que tenía las cejas fruncidas y estaba mezclando todo.

Cho levantó la vista y lo miró. Dudó mucho si decirlo o no, pero al final lo soltó. Apenas terminó de hablar, se arrepintió: **“¿Entonces para qué me pediste que comiera contigo desde el principio?”** Ya quería terminar de buena forma.

Bear miró a la persona que bajó la cabeza y siguió comiendo sin volver a mirarlo. Separó sus palillos, extendió la mano por encima de la mesa, tomó casi la mitad de lo que Cho había puesto en su propio plato y se lo metió en la boca de un bocado. Lo masticó y tragó mientras los ojos del otro lo miraban sin entender.

“Fui yo el que se equivocó. No soy bueno. No soy capaz. Ya sé cuál es mi lugar” esas palabras nuevas se le habían quedado grabadas en la cabeza.

Si había algo en lo que se había equivocado, quería saberlo y estaba dispuesto a pedir perdón. Pero lo que Cho dijo...

“Sé que nunca has estado orgulloso de mí.”

Eso no era cierto en absoluto.

La señora trajo otro set de ingredientes y se sentó. Esta vez se dirigió al hombre alto, le indicó cómo hacerlo y pareció que lo hacía tan bien que la dueña no paraba de elogiarlo en un idioma que ninguno de los dos entendía. La comida fue dividida en dos porciones nuevamente. Esta vez Cho no rechazó su parte.

“Pensé que me ibas a echar” dijo.

Cho se volvió a mirar a la persona que estaba de pie a su lado en el gran ferry que acababa de salir del puerto. Tardaron casi media hora en llegar

a la isla de Miyajima, con su gran torii rojo en el mar. Frente a ellos había un vasto mar azul. Hacía mucho frío, pero ninguno de los dos se retiró a resguardarse del viento.

“Pronto vas a regresar” dijo Cho, girándose.

Aunque había llorado, sufrido y se había sentido muy incómodo, en unos días Phi Bear regresaría y probablemente sería la última vez. Por eso no pensaba demasiado en ello.

Bear miró el perfil de su chico. Con el frío, la piel que antes se veía llena ahora estaba pálida. Tenía un millón de cosas que quería preguntar, como por ejemplo, si este amor terminaba de verdad, ¿para quién viviría Cho?

“Mamá ya se llevó tus cosas” al final solo mencionó lo que había sucedido.

“Hmm” respondió Cho, con la mirada aún perdida en la distancia.

“Oye, Cho...” Bear seguía observando el rostro de la persona con quien había estado tanto tiempo que se había convertido en parte de su vida.

La imagen actual de Cho se superponía con la del Cho del pasado. Quería extender la mano, atraerlo y abrazarlo. Al final solo pudo apretar el puño con fuerza. La noche anterior, mientras lo abrazaba, no había dejado de preguntarse qué había estado haciendo todo ese tiempo.

“Algunos documentos pueden ser complicados, pero cuando regrese los arreglaré rápido” dijo el más joven en voz baja, mezclada con el ruido del motor y las olas, pero se escuchó claramente.

“La casa y el auto seguiré pagándolos como siempre. Cuando termine, puedo venderlos o transferírtelos directamente.”

“¿Y después qué?” preguntó Bear sobre el futuro que alguna vez había imaginado.

“Pues... nada” respondió Cho, porque al final eso era todo.

“¿Cho va a vivir con su mamá?” preguntó Bear sobre el futuro del otro.

“Hmm.”

El futuro sin él parecía algo que Cho ya tenía planeado.

“¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?” preguntó Bear, y entonces el rostro del otro se volvió hacia él.

“No sé” la persona que respondió realmente no sabía cómo iban a continuar las cosas. Pero Cho creía que, sin él, Phi Bear podría seguir viviendo bien como antes.

Porque los últimos dos años... habían estado viviendo cada uno por su lado.

“Pero yo sí sé” dijo el hombre alto con una sonrisa tenue.

En solo unos días en esa casa tan silenciosa sin su chico, Bear se dio cuenta de que no podría soportarlo. Por eso miró hacia atrás a la persona que había vivido sola en casa durante muchos años sin quejarse nunca. Él había querido que Cho creciera y se hiciera fuerte, sin darse cuenta de que él mismo era más débil y frágil.

Había dicho que Cho era lento, que nunca hacía las cosas a tiempo, pero era él quien corría cientos de metros por delante. Había dicho que Cho no entendía la importancia de su trabajo y su entorno social, pero cuando Cho se apartaba, él lo jalaba de vuelta. Decía que Cho se quejaba mucho y era demasiado caprichoso. Solo veía los resultados, nunca las causas. Creía que todo estaba bien tal como estaba y olvidó preguntar si Cho todavía se sentía feliz con eso...

Pensaba que había cedido mucho por su chico, pero al final el amor no se trata de ceder, se trata de cuidar.

“Hemos estado juntos tanto tiempo. Si vamos a terminar, ¿por qué no hablamos bien o lo consultamos antes de llegar a esto?” preguntó Bear a la persona a su lado. Sus hombros estaban a menos de un centímetro de distancia, pero cada vez que se tocaban, el más joven se apartaba.

“No sé ni por dónde empezar” dijo Cho, refiriéndose a lo que había pasado varios meses atrás. Todo se había ido desmoronando poco a poco y ya ni siquiera recordaba cuál fue la causa real.

“Si yo hice algo mal, ¿por qué no me lo dijiste?”

“Fui yo el que se equivocó” respondió Cho con voz débil.

“¿En qué te equivocaste tú?” preguntó Bear.

Como siempre, se miraron a los ojos un momento antes de que uno de ellos apartara la vista hacia el mar.

“Por ser yo... supongo.”

Bear suspiró profundamente. Sintió que su cuerpo se calentaba porque su corazón latía rápido por el estrés. Las lágrimas que creía que se habían secado volvieron a llenar sus ojos al ver que el otro le sonreía.

Era una sonrisa dolorosa...

“Pedí demasiada atención” él mismo era así. Cho lo sabía y no le gustaba. Hubo varias veces en que exageró, como cuando se llevó al gato de viaje y no regresó a casa sin avisar. Pensó que así lograría que su pareja le prestara más atención.

Le daba vergüenza, pero cuando lo pensó con calma... se dio cuenta de que lo que había hecho era demasiado.

“Estaba enojado, pero también muy preocupado” dijo Bear con sinceridad. En ese momento se había enfadado mucho, pero nunca pensó en nada más allá de la preocupación.

“Lo hiciste porque regresabas tarde a casa y no tenías tiempo para mí, ¿sabes?”

Bear no respondió y pensó que probablemente Cho no quería contestar.

“¿Qué más...? Bebía mucho, roncaba, me desquitaba contigo a menudo, ¿no?”

“Déjalo ya.”

“¿Te regañaba mucho?” Bear siguió hablando porque sabía que el otro solo quería irse y no pensaba en dejarle arreglar el pasado.

“Ya pasó. Déjalo.”

“¿Cómo voy a dejarlo?” Bear levantó la mano y agarró el brazo de la persona a su lado. Dijo lo que había pensado durante todo ese tiempo.

“No quiero que Cho se vaya...”

Cho observó la mirada decidida de Phi Bear. *Sabía que estaban en un punto de no retorno. Aunque regresaran, nada volvería a ser igual.*

“Últimamente pensaba que peleábamos mucho, pero que algún día mejoraría. Siempre tuve esa esperanza” Cho puso su otra mano sobre la de Bear.

“Llevo varios meses buscando la respuesta de qué hacer, hasta el día que salí de viaje con mi mamá.”

Empezó a contarle sobre el viaje con su mamá. *Después de pasar varios meses encerrado en casa, sumido en sus pensamientos, esperando, peleando sin encontrar un final y llorando por sentirse poco valorado, al estar con su mamá, mirando el mar y paisajes diferentes, durmiendo en un hotel y abrazando a su madre... se sintió muy feliz de no tener que volver a su propia casa.*

Y ese fue el punto de quiebre.

“Pensé que si yo no estaba en esa casa, probablemente sería mejor.”

“Por eso te pregunté qué tenía que hacer” Bear quería preguntarle porque Cho nunca había hablado de eso antes.

“Quiero a Phi Bear, pero al Phi Bear de antes. Y creo que Phi Bear también quiere al Cho de antes.”

Lo único que Cho deseaba era una cosa. *Los sentimientos humanos son difíciles de explicar, pero en este momento...*

“Ya no quiero volver a ese lugar” solo de pensar en regresar y esperar, sentía que le faltaba el aire.

Y en ese preciso momento... afortunadamente una llamada telefónica lo salvó.

[Phi Bear, el cliente Gwin respondió el correo.]

“Ah, sí” respondió mordiéndose los dientes. Su mente en ese momento no estaba ni en el mar frente a él ni en el trabajo al otro lado de la línea.

[Se escucha que hay mucho viento. Mandé a Phi un mensaje pero no respondió.]

“Estoy en el ferry, todavía no lo he visto.”

[¿A qué hora estará Phi disponible?]

“No estoy seguro. Probablemente llegue tarde al hotel.”

Bear escuchó a su junior suspirar y decir que pospondría la reunión con el cliente. Colgó y se dio cuenta de que su teléfono estaba casi sin batería. Lo extraño era que en ese momento no tenía ganas de hacer nada.

“Hay un ferry cada hora. Si tomas el de regreso ahora creo que alcanzas” dijo Cho rápidamente, temiendo que se le hiciera tarde.

En menos de cinco minutos el ferry llegaría a la isla. Si Bear regresaba inmediatamente, podría tardar un poco más de dos horas, y en Tailandia aún no habrían terminado la jornada laboral.

“¿Y tú?” preguntó Bear a la persona que estaba guardando todo en su mochila, excepto la cámara. Cho sonrió débilmente y respondió:

“Tu trabajo es más urgente.”

Su tono no tenía ni un poco de sarcasmo, porque sabía que ya no estaba en posición de decir ese tipo de cosas.

Poco después el ferry atracó. Dejaron bajar primero a los niños y a los ancianos. Bear caminó lentamente siguiendo los pasos del otro, pensando en las palabras que Cho había dicho antes.

“Cho...”

La persona llamada se giró a mirarlo, sin entender por qué Bear todavía lo seguía cuando el ferry estaba por salir en diez minutos.

“¿Puedo ir contigo?”

La persona que escuchó se quedó quieta porque no entendía qué significaba realmente esa petición.

“Aquí ya habías venido antes...” Cho recordaba que Phi Bear había venido con amigos en la época de la universidad, así que no entendía por qué querría volver.

Bear se acercó a su chico. *Ya se había disculpado, ya había pedido arreglar las cosas, pero parecía que nada mejoraba. Lo que se había roto no se podía reconstruir en un solo día.*

“Quiero viajar contigo” le explicó la razón por la que había regresado.

“Hasta que tengas que regresar, ¿puedo viajar contigo?” preguntó Bear sonriendo.

Era una pregunta sencilla, pero Cho sintió que esa pregunta cargaba con toda la esperanza que alguna vez había deseado.

“Pero...” Cho apretó las manos con fuerza. *Se dijo a sí mismo que no pasaba nada, pero en el fondo tenía miedo.*

“No te molestaré, no me meteré en otras cosas. Solo déjame estar contigo” Bear levantó la mano y acarició suavemente la mejilla hundida del otro. Estaba fría y tenía una herida del día anterior.

“Al menos déjame cumplir lo que prometí, ¿sí?”

Muchas promesas que había hecho a lo largo de los años: llevarlo de viaje cuando terminara el trabajo, promesas de amarlo, cuidarlo y estar juntos hasta envejecer. Quería poder cumplirlas.

En la isla había ciervos caminando por todos lados para tomar fotos. Un ciervo mordió la bolsa de papel de Bear, así que tuvo que guardar todo

en la mochila. Caminaron hasta el santuario principal de la isla. La imagen del torii rojo en medio del mar que Cho tanto quería ver casi se arruinó porque la marea aún no había subido.

Cho tuvo que renunciar temporalmente a tomar fotos y se sentó en la orilla. Afortunadamente era un día entre semana, así que no había tanta gente, aunque había varios grupos de niños en excursión escolar.

A lo lejos, la persona que estaba sentada en silencio mirando a los niños respondió:

“Antes pensaba que quería tener, pero probablemente no podría criarlos bien.”

Bear soltó una risa seca. *Si ni siquiera podía ser una buena pareja, ser un buen padre debía ser aún más difícil.*

“¿Cuántos hijos quiere Phi Bear?” preguntó Cho sobre algo que había tenido en mente durante mucho tiempo.

“¿Cho quiere tener?”

Durante todo el tiempo que fueron pareja, nunca habían hablado de esto porque temían que afectara muchos aspectos. Y precisamente las cosas que habían evitado se convirtieron en lo que poco a poco agrietó su relación.

Era extraño que tuvieran que hablarlo precisamente ahora.

“Antes no, pero ahora que veo al hijo de Air, entendí un poco.”

Fue a visitar a su sobrino un par de veces y se dio cuenta de lo puros que eran los niños. Además, había muchos niños que nacían y no tenían oportunidades.

Él era un hombre y no podía quedar embarazado, pero...

“¿Me tomas una foto?” preguntó Bear al ver que varios niños se turnaban para tomarse fotos frente al torii rojo.

“No es necesario” rechazó Cho y se quedó en silencio.

El viaje de ese día no fue divertido, pero tampoco fue tan malo como para querer salir corriendo como el día anterior. De regreso pararon a comer algo en la estación.

“¿A dónde vamos ahora?” preguntó Bear cuando vio que ya estaban cerca del hotel, casi a las siete de la noche.

“Voy a caminar un poco más. Phi puede regresar si quiere.”

Cho iba a acompañarlo... eso fue lo que finalmente entendió.

“Voy contigo” dijo Bear sonriendo.

Ahora entendía por qué a su chico le gustaba sonreír tanto. Podía esconder muchas cosas detrás de esa sonrisa.

Cho, que había planeado ir solo al onsen y luego a beber algo, se rascó la cabeza. En realidad nunca había sido bueno rechazando a Phi Bear, pero...

“Voy a ir a tomar el onsen. Creo que Phi Bear debería ir a trabajar” dijo Cho para que lo entendiera. *Era cierto que no sabía exactamente por qué Phi Bear quería viajar con él, pero algunas actividades no eran apropiadas.*

La persona que escuchó sonrió y confirmó lo mismo de antes:

“Voy contigo.”

(Quería tomar el onsen con él... Bear se guardó algunas palabras en el corazón).

Día 18

En la tina de los recuerdos

Aunque dijera que iba a tomar un onsen, en realidad era sumergirse en una piscina grande de agua caliente en un baño público. Buscó información y supo que es diferente a un onsen real, porque no es agua termal natural, sino una piscina grande de agua calentada. La gente se baña junta y los locales lo llaman **sentō**.

Normalmente, después de caminar todo el día, ya tomaban agua caliente en el hotel, pero al escuchar sobre los baños públicos de varias fuentes, quiso probar. Además, quería escribir sobre eso en su blog. En Japón, los **sentō** o baños públicos son parte importante de la cultura.

Más allá de eso, Cho había oído que en los negocios modernos relacionados con estos baños había opciones para adultos (+18) o baños exclusivos para gays, pero el que quería probar era solo un baño público normal en un barrio residencial.

“¿Por qué tienes que venir?” preguntó la persona frunciendo el ceño con fuerza al ver que la otra lo seguía.

La persona preguntada tampoco sabía bien qué responder.

“¿Phi Bear no tiene que volver al trabajo?” preguntó porque antes parecía tener problemas con el trabajo.

“No. Prefiero tomar un baño.”

“Está bien” Cho negó con la cabeza y suspiró.

En cuanto entraron al baño público, la soledad, la tristeza y el doloroso amor que sentían parecían haber quedado en la entrada. En su lugar, estaban fascinados con lo que había dentro.

Aunque habían dormido juntos durante muchos años, en esta situación de tener que bañarse desnudos juntos en un lugar público, no sabían cómo actuar. Cuando Cho compró toallas, shampoo y jabón en la entrada y tuvo que quitarse toda la ropa en los casilleros del lado de los hombres, había querido sentarse tranquilamente y pasar el tiempo con calma. Pero terminó sintiéndose incómodo al ver que Bear había elegido el casillero justo al lado del suyo. Cho quería morder el cuello de alguien que solo sonreía con suficiencia.

Una de las reglas de etiqueta en los baños públicos es no sentir vergüenza y tratar el lugar como si fuera tu casa.

Cuando llegó el momento de quitarse la ropa y guardarla en el casillero antes de entrar a la sala de baño, el más joven no sabía qué hacer, así que se quitó los lentes... se sentía más cómodo sin ver nada. Al menos su miopía no era tan grave como para no poder caminar.

“Te vas a resbalar si no usas los lentes.”

Cho no hablaba porque no quería interactuar, pero no pudo evitar voltear a mirarlo.

Bear, que había visto a su *“pequeño Cho”* normalmente calmado y que lloraba con facilidad, ahora lo veía sonrojarse hasta las orejas. Sonrió al ver su expresión de molestia y el ceño fruncido que claramente mostraba que no estaba contento.

Antes, cuando algo no le gustaba, Cho solía enfurruñarse y era difícil leerlo. No solía expresar sus emociones tan directamente como ahora.

“¡Oye! ¿Qué te pasa?” De estar triste pasó a estar enojado cuando, al lavarse, Bear se acercó tanto que sus hombros se tocaron.

En la zona de lavado del baño público había cubetas y sillas de plástico. Los grifos estaban separados por casi un metro en una fila larga. Lo que lo molestaba era que, aunque había diez grifos, Bear se había sentado intencionalmente justo al lado de él.

“Eso es shampoo” dijo Bear al ver que el otro, sin lentes, se había echado shampoo para lavarse el cuerpo.

A su lado, la otra persona parecía ya bastante irritada. Bear rió y abrió el frasco de gel de baño antes de dejarlo.

“¡Puedo hacerlo solo!”

Bear sonrió y se alejó un poco, temiendo que su chico levantara la cubeta y lo golpeará por pura molestia.

“Hay muchas piscinas, ¿por qué te metes en esta?” Cho no lo dijo en voz alta, pero Bear leyó su expresión mientras estaba sentado frente a él en la piscina redonda para cuatro o cinco personas.

“Nunca pensé que tendríamos que terminar” dijo Bear, moviendo el agua y pasándosela por la cara. El agua tibia era tan agradable que quería dormirse ahí mismo.

“Yo tampoco lo pensé...” respondió Cho.

“Quiero que Cho entienda mi trabajo” Bear miró a la persona que evitaba su mirada. *No sabía por qué empezaban a hablar en un lugar así, pero solo quería hacerlo.*

“Quiero que Cho entienda mi tiempo.”

Cho asintió ligeramente. *No quería decir nada más, porque entendía muy bien ese tema. Bear se lo había repetido incontables veces.*

“Pero tú nunca intentaste entenderme a mí, ¿verdad?”

Esta vez Cho levantó la mirada hacia su pareja. Miró hacia adelante con la vista borrosa. No podía ver bien la expresión, pero escuchó un tono de voz que no parecía el de Bear de siempre.

“Te descuidé tanto que ya es demasiado tarde, ¿verdad?”

Cho bajó la cabeza hacia su pecho cuando esa pregunta casi lo hizo llorar de nuevo.

Cho sabía que después de la ruptura les costaría un poco aceptarlo, pero nunca imaginó que Bear lo seguiría de esta manera. Pensó que Bear volvería a su trabajo amado y que pronto cada uno tendría una vida nueva en caminos separados.

Cho probablemente pensó demasiado simple...

“¿Cuánto tiempo crees que llevamos separados?”

Cho miró a quien preguntaba y luego bajó la vista a sus manos bajo el agua tibia.

“Un tiempo... como medio año, creo.”

“¿Fue cuando empezaste a guardar tus cosas?”

Bear recordaba que en ese entonces Cho dejó de pelear, pero eligió separar habitaciones, guardar sus cosas y empezar a salir solo.

Incluso Bear se alegró un poco al ver que Cho se estaba adaptando, sin prestar atención a las señales de que se iría.

“Hmm.”

Bear suspiró profundamente antes de decir:

“Lo siento.”

Era una de las tantas veces que lo decía.

“Siento no haberte preguntado nunca cómo te sentías.” *Todo este tiempo solo pensó que Cho separaba habitaciones y peleaba para llamar su atención.*

Incluso el día de la ruptura... ni siquiera lo imaginó.

Cho negó con la cabeza, reconociendo también sus propios errores.

“Yo tampoco hablé bien con Phi. Lo siento.”

“¿Quién querría hablar con alguien que solo regaña?” preguntó Bear sonriendo. Miró el cuerpo blanco frente a él. *Todo eso alguna vez fue suyo, pero ahora parecía que se estaba desvaneciendo.*

“Respecto a KhongKwan, nunca pensé en ella como algo más que una compañera de trabajo.”

Cho se sorprendió de que Bear sacara ese tema, a pesar de que ya había preguntado antes y nunca recibió una respuesta que lo tranquilizara.

“Lo sé” respondió. *Sabía que no había pasado nada, pero...* **“Solo tenía celos”** dijo Cho, expresando sinceramente sus sentimientos.

Siempre supo que Bear apreciaba mucho a varios juniors de su equipo. Le había contado lo talentosos que eran, y la junior llamada KhongKwan era una recién graduada que trabajaba muy bien para su edad. Bear estaba realmente impresionado con ella.

Bear se había rendido ante alguien así... alguien que Cho no podía ser.

Bear miró los ojos enrojecidos de su chico. Si hubiera sido antes, esto le habría parecido absurdo, pero ahora que lo estaba perdiendo, entendía

lo importante que era. Y con los sentimientos que se habían perdido, aunque pidiera perdón un millón de veces, no volverían.

“¿Debería renunciar? Buscar un trabajo más ligero, o tal vez ayudar a Cho trabajando desde casa.”

Cho empezó a no entender a la persona que hablaba más de lo normal. Esas cosas ya no eran necesarias, porque siempre había visto lo feliz que era Bear trabajando con sus compañeros.

La persona más pequeña miró la superficie del agua que se movía suavemente. Estaba tan tibia que quería dormirse.

Cuando se sentía mal, Cho solía llamar a Air para preguntarle en qué fallaba y cómo mejorar para la persona que amaba. Por qué Bear parecía odiarlo tanto. Air lo consolaba y le decía que ser Cho —alguien que veía el mundo con belleza, sonreía mucho y nunca deseaba mal a nadie— era más que suficiente.

Por eso Cho decidió que no renunciaría a sí mismo ni cambiaría todo por la felicidad de otra persona.

“No cambies lo que amas por otra persona.”

“Cho nunca ha sido ‘otra persona’.”

Cho sonrió débilmente porque no era *“otra persona”*... solo era alguien que no importaba.

“Pensé que cuando terminara de pagar la deuda de la casa, tomaría trabajos por mi cuenta y trabajaría desde casa contigo” empezó a contar Bear sobre sus sueños.

“Trabajar unos cinco años, y cuando todo esté en orden, llevar a Cho a renovar la casa en el campo donde quieres vivir.” *Los sueños de Bear eran muchos, y en ese futuro, Cho estaba en todas partes.*

Aunque lo había olvidado... nunca pensó que Cho no estaría ahí.

“Creo que si soportamos un poco más de dificultad ahora, después estaremos bien.”

“Quiero pasar las dificultades contigo” Cho sonrió débilmente. Quería compartir las buenas y las malas con él, pero mirar hacia un futuro cuando el presente aún dolía era demasiado difícil.

“Cada vez que iba a algún lado o hacía algo, solo pensaba que estaría mejor si tú estuvieras ahí. Cuando estabas cansado, quería saber exactamente dónde y por qué, pero nunca lograba alcanzarte, Phi Bear.”

La otra persona se recostó contra el borde de la piscina y miró la pared desnuda de enfrente.

“Entiendo” dijo Bear en voz baja.

Pero le había tomado demasiado tiempo entender, y por eso comprendía por qué su chico no aceptaba sus disculpas y no quería arreglarlo con él.

“Y si vuelvo a casa a tiempo, salgo contigo, comemos juntos como antes... ¿Cho se quedaría conmigo?”

Cho sonrió débilmente y luego levantó la mirada para preguntar:

“¿No sería forzado? Si es forzado o tienes que esforzarte, mejor no.”
Cho ya estaba cansado de ser una carga.

Bear miró los ojos vacíos de su chico con sentimientos encontrados. Antes, si le hubieran pedido que dejara su trabajo y su vida social por una sola persona, por lógica le habría parecido extremadamente difícil.

Pero ahora... Bear no lamentaría perder nada, siempre y cuando le quedara solo Cho.

“Tengo miedo” dijo Cho en voz baja.

Se odiaba a sí mismo por sentirse inútil, se odiaba por haber hecho berrinches sin sentido y tenía miedo... miedo de ser abandonado otra vez.

“Todo este tiempo me he sentido como si no valiera nada” dijo Cho antes de levantarse de la piscina.

Como no quería ponerse a llorar ahí, decidió que era mejor volver al hotel.

“¡Espera! Cho...”

Bear lo llamó al ver que el otro salía de la piscina. Se levantó rápidamente para seguirlo, pero se mareó de inmediato. El joven se pasó la mano fuerte por la cara para recuperar el control antes de caminar más despacio detrás de él.

Regresaron a la habitación casi a las ocho de la noche. Después de bañarse en la piscina de agua caliente, Bear se sintió aturdido, con dolor de cabeza, sin hambre y sin ganas de hacer nada más que acostarse y pensar en lo que su chico le había dicho.

“Tiene razón...” murmuró Bear como delirando, hundiendo la cara en la cobija de su propia habitación.

“Si no vales nada, ¿quién querría quedarse? Si nadie te presta atención, ¿quién querría quedarse?”

Bear cerró los ojos. Aunque sabía que debería levantarse a trabajar un rato, al final se durmió así. Incluso en sus sueños solo pensaba en una sola persona.

En el sueño de Bear todo era oscuro y brumoso como niebla.

Al atardecer, palabras y lugares se mezclaban. Veía a Cho, que solía despertarse en medio de la noche o quedarse trabajando para esperarlo. Soñó con mensajes que no recibían respuesta y luego con una casa donde solo estaba él.

En el sueño, Cho estaba parado frente a la casa con cara de sueño cuando abrió la puerta.

“Phi, llegaste tarde.”

“Vete a dormir primero, ¿por qué te levantaste?” Bear levantó la mano para acariciar el cabello despeinado.

“Hoy es el cumpleaños de tu chico.”

“No lo olvidé. Mañana te invito a comer” Bear levantó la mano y se estiró. En realidad ya eran las dos de la mañana y el cumpleaños de su pareja había pasado hacía rato.

“Lo olvidaste” se quejó el más joven.

“No lo olvidé de verdad” insistió Bear. *Solo pensó que ya era mayor y que un cumpleaños era como cualquier otro día, así que no le prestó mucha atención.*

“Si no lo olvidaste, ¿dónde está mi regalo?”

“¿Me preguntas por el regalo a las dos de la mañana? Vete a dormir” empujó la espalda de quien aún estaba enfurruñado.

“Phi Bear...”

“No insistas. Mañana hablamos, no es hora de dormir” Bear cortó el tema, molesto por el cansancio y el sueño.

Cho bajó la mirada sin mirarlo a los ojos y entró a la habitación.

Bear suspiró. Su mirada se fijó en el reloj de la pared que marcaba las dos de la mañana. Eso significaba que el cumpleaños de Cho ya había pasado. En lugar de girarse e ir al baño a ducharse, Bear miró al chico más pequeño por alguna razón.

Bear todavía recordaba bien cómo se sintió ese día, pero lo había ignorado.

La mañana del día 18, Bear bajó al lobby a las siete, aunque le pesaba mucho la cabeza. Se despertó aturdido, apenas podía levantarse, le costaba respirar, tenía dolor de garganta y le dolían los ojos. No tenía ánimo de contestar llamadas ni revisar correos como solía hacer. Ahora no quería hablar con nadie, solo quería ver a una persona.

La persona que Bear quería ver llevaba un abrigo blanco largo y cargaba una mochila más grande que de costumbre. Estaba parada sonriendo y hablando con el personal del lobby antes de caminar hacia él.

“¿A dónde sigue?” preguntó Bear a quien parecía a punto de viajar a un nuevo lugar y no volver.

“Hoy me voy a Kioto. Después iré a Kyushu” hoy era el último día que Cho estaría en Osaka.

Cho entendía que Bear regresaría temprano a la mañana siguiente, por eso no lo invitó. Según sus planes, dormiría dos noches en Kioto y luego bajaría al sur; probablemente no regresaría.

“Mañana tienes que ir al aeropuerto temprano, mejor no vayas a Kioto” dijo Cho.

“Voy contigo. Déjame guardar mi maleta un momento” dijo Bear con voz ronca.

El hombre alto se levantó rápidamente. Tal vez por haber dormido poco varias noches seguidas, apenas podía comer. Además, el aire frío lo había enfermado y ahora estaba mareado.

“¿Qué te pasa, Phi Bear?” Cho rápidamente lo tomó del brazo cuando vio que parecía que se iba a caer.

Tocó su brazo y luego frunció el ceño, levantando la mano para tocar suavemente su mejilla.

“Creo que estás enfermo. Tienes mucha fiebre.”

En realidad él también lo sabía, pero no quería aceptarlo.

“Puedo ir, estoy bien” dijo Bear a su chico.

Porque si no era ahora... ya no le quedaría tiempo.

Cho miró a los ojos a la persona que ardía en fiebre. Sus ojos estaban vidriosos y parecía que apenas podía mantenerlos abiertos. Solo levantarse de la silla ya lo hacía tambalear. Si salía, probablemente no llegaría ni a la puerta del hotel. Si se caía... no podría ayudarlo.

“Te acompaño a la habitación. ¿Tienes medicina?” Cho tomó su mano grande, pero el otro aún no se movía.

“¿Y Kioto?”

El más joven estaba confundido con la situación, pero no podía dejarlo.

“Estoy bien. Primero que mejores tú y luego yo me voy” dijo la persona, pensando que quizás mañana podría acompañar a Bear al aeropuerto.

Bear miró la espalda de quien lo tomó del brazo y lo guió hacia el ascensor. Recordó que Cho siempre había sido la persona que más se preocupaba por él y que siempre le deseaba lo mejor.

Cuando llegaron a la habitación, la persona que apenas se sostenía se dejó caer en la cama. Le dolían los músculos de las piernas y el cuerpo, y no podía estirarse en algunos puntos. Cho dejó su mochila, se quitó el abrigo y se acercó al enfermo.

Cho puso el dorso de su mano en la frente y sintió que Bear ardía. Normalmente Bear casi nunca se enfermaba, pero cuando lo hacía, era fuerte como ahora. Cho fue al baño y regresó con una toalla húmeda.

“Phi, quédate acostado” dijo Cho a quien estaba parado junto a la cama.

“Quítate la camisa, te voy a limpiar el cuerpo. Tienes mucha fiebre.”

“Estoy bien.”

La persona que escuchaba suspiró. Intentó quitarle la camisa exterior, pero el otro no cooperaba.

“Cho quiere ir a pasear. Vamos a pasear juntos, ¿sí?” Bear sonrió tontamente a su chico.

Cho suspiró largo y miró a la persona que ardía de fiebre. *Ahora entendía por qué a Bear le molestaba tanto cuando se preocupaba por él.*

“Ya no vamos. Quítate la camisa para que pueda limpiarte.”

“No me la quito. Quiero ir a pasear con Cho” dijo Bear.

“¡Te dije que te quites la camisa!” Cho levantó la voz porque el hombre grande como un edificio seguía acostado sin cooperar.

“Está bien” respondió Bear con voz débil porque lo habían regañado.

Se levantó poco a poco aunque no tenía fuerzas. Lo siguiente que sintió fue la toalla fría sobre su mejilla.

Cho lo regañaba porque no se cuidaba, pero aun así lo limpió, le cambió la ropa por pijama y puso una toallita húmeda en su frente. Luego encendió el aire acondicionado a una temperatura agradable, ni muy frío ni muy caliente.

“¿Ya no vamos?” preguntó Bear de nuevo.

“Me quedo aquí. Voy a comprar comida y medicina” dijo el más pequeño al hombre de mejillas rojas por la fiebre, que parecía sufrir por el dolor muscular.

“Estoy bien.”

“Con esa voz tan ronca todavía dices que estás bien” se quejó el más joven mientras buscaba en su teléfono qué medicina comprar.

“Creo que voy a renunciar” dijo Bear incorporándose para sentarse y sonriendo. Había pensado toda la noche qué hacer.

“Quédate conmigo. Mañana podemos salir juntos.”

Cho frunció el ceño con fuerza. *No entendía... Hace unas semanas Bear no era así. Tal vez era por la fiebre que parecía tan cambiado.*

Cho no respondió, pero rápidamente envió un mensaje a Mew preguntando qué medicina podía comprar, porque si intentaba leer las etiquetas solo no lo lograría. Cuando obtuvo la respuesta, se puso la chaqueta para salir a comprar comida y medicina.

“¿A dónde vas?” preguntó Bear a quien se levantó rápido.

“Voy a comprar medicina.”

“Te acompaño.”

Esta vez Cho suspiró largo para que se escuchara.

“Primero camina sin tambalearte” dijo antes de salir rápidamente, sin olvidar llevar la tarjeta de la habitación.

No había pasado ni quince minutos cuando regresó y encontró que la persona ya se había dormido. Cho despertó a Bear para que comiera y tomara la medicina, luego lo dejó dormir de nuevo. Como su cuerpo aún estaba caliente, tuvo que limpiarlo varias veces más.

Por la tarde llamó al hotel en Kioto para pedir que cambiara la fecha de check-in al día siguiente. Al final, el día 18 terminó con el enfermo durmiendo todo el día.

Cho arrojó al hombre grande que dormía profundamente. La fiebre había bajado y solo esperaba que mañana a las siete de la mañana pudiera regresar a Tailandia.

A las seis de la mañana del día 19, Cho se despertó rápidamente para revisar al enfermo porque a medianoche Bear había tenido fiebre alta y tuvo que limpiarlo otra vez. A las cuatro de la mañana ya había mejorado. Pero esta mañana, en lugar de encontrar al enfermo descansando, lo vio empacando su maleta. Se veía mucho más fuerte que ayer.

Pensó que se estaba preparando para regresar a Tailandia y se levantó a ayudar.

“¿Ya estás mejor?” preguntó Cho rápidamente, tocando su frente y cuello. Aún estaba tibio, pero ya no ardía.

“Estoy mejor” respondió Bear. Su voz estaba un poco más ronca que ayer, pero ya no le dolía tanto.

“¿Todavía te da vueltas la cabeza?”

“Ya no.”

“¿Ya no te duelen los músculos?”

“No, ya no.”

Cho sonrió al escuchar las respuestas.

“Si no te sientes bien, quiero que descanses. Cambiar el boleto probablemente ya no se pueda, pero puedes comprar otro vuelo” dijo Cho porque quería que descansara más. Temía que subiera al avión enfermo, lo cual no sería bueno ni para él ni para los demás.

Bear se quedó en silencio, sin responder. Esperó a que su chico terminara de vestirse, luego ajustó bien su mochila. Aunque todavía estaba un poco mareado por el medicamento para el resfriado, estaba mucho mejor.

“¿Vas a tomar el tren?” preguntó Cho, confundido por la actitud de la persona frente a él. Si iba a regresar a Tailandia, ahora debía ir al aeropuerto.

“Primero tomaré un taxi para llevar a Phi Bear al aeropuerto y luego tomaré el tren a Kioto” explicó Cho su plan del día, pero la persona más grande confirmó su intención original.

“Vamos a Kioto juntos. Quiero ir de viaje contigo” dijo Bear sentándose en la cama para amarrarse bien los zapatos, sin mirar a la persona que estaba molesta.

“Phi Bear... tienes que regresar hoy” Cho miró su reloj. Si seguían demorando media hora más, no llegaría a hacer el check-in.

“Ya no regreso” Bear levantó la mirada y sonrió.

“Estás enfermo. Además está el trabajo...” Cho seguía mirando el cabello grueso de la persona conocida.

“No importa. Estoy bien” Bear recordó que Cho le había dicho: *“Vine aquí para viajar”* y no quería ser una carga.

“¿Cómo que no...?” El más joven miró el rostro de facciones marcadas sin entender nada. *¿No había dicho que no podía tomar tantos días libres seguidos?*

“No regreso” dijo Bear simplemente, apretando fuerte la mano.

Cho tampoco quería que se fuera si estaba enfermo, pero no entendía por qué se había levantado a vestirse para viajar con él.

“Pero Phi Bear estás enfermo.”

“Cuando Cho se lastimó la pierna y no se sentía bien, igual salió” dijo Bear.

“¡Este no es momento de ser terco, Phi Bear!” Cho levantó la voz.

Estaba preocupado tanto por su salud como por el trabajo que Bear tenía que atender.

“Y si no es ahora, ¿cuánto tiempo más me queda?” preguntó Bear.

Su voz era fuerte aunque antes apenas podía hablar por el dolor de garganta.

Si regresaba ahora... ¿cuándo volverían a verse? Era obvio que Cho probablemente no regresaría a la casa y ya no habría oportunidad de caminar juntos como ahora.

“Dime, Cho” el enfermo que se esforzaba levantó la mano para secarse las lágrimas.

Bear siempre pensó que cualquier cosa podía esperar, pero ahora no encontraba ninguna salida.

“¿Cuánto tiempo más me queda...?”

El hombre sentado al borde de la cama jaló al más pequeño y lo abrazó fuerte. *Sabía que si se iba esta vez, probablemente no habría vuelta atrás.*

Bear hundió su rostro en el abdomen del otro, agarrando fuerte la camisa de su chico. No sollozaba ruidosamente, no emitía ningún sonido.

Cho apenas entendía la razón de la terquedad de la persona al principio. Sabía que sería difícil terminar porque habían estado juntos mucho tiempo. Tal vez Bear se aferraba a un amor que ya había caducado, o tenía ego por cosas del pasado. Pero cuando sintió las lágrimas del otro mojando su ropa en un círculo grande y los brazos que lo abrazaban con fuerza, finalmente entendió que Bear probablemente estaba tan herido como él.

Algo que Cho nunca había considerado... que Bear sufriría tanto por lo de ellos. Pensó que estaría feliz de separarse, o que incluso lo odiaría más.

“¿Ph... Phi Bear no me odia?” La voz de quien preguntaba temblaba.

Esta vez Bear se levantó y abrazó a su chico contra su cuerpo. Intentó dar la respuesta más clara posible, aunque su voz temblaba y era muy suave.

“Nunca te he odiado. Nunca” respondió con sinceridad.

Aunque había sido cruel en el pasado, en toda su vida nunca había odiado a Cho.

Día 19

Temporada de monzones

Después de llorar intensamente esa mañana helada, para la tarde del día diecinueve Bear aún insistía en quedarse en Japón. Cho, en cambio, continuaba su viaje según lo planeado, acompañado por otra persona. Como se preocupaba mucho, en lugar de caminar adelante, retrocedió para caminar a su lado, temiendo que su Phi se mareara o no pudiera seguir el paso. Bear miró de reojo a la persona que caminaba con la cabeza baja pero sin alejarse.

Sabía que su Nong se preocupaba mucho por él. Cada vez que Bear se enfermaba un poco, Cho siempre era quien lo cuidaba. Y casi siempre que Cho se enfermaba, terminaba cuidándose solo en casa. Bear se sentía tonto por apenas darse cuenta de todo esto justo cuando todo estaba a punto de terminar.

Cho solía rogarle que lo llevara de viaje, pero cada vez que Bear se sentía triste intentaba no preocuparlo. Era diferente a Bear, que solo se quejaba cuando estaba cansado o no se sentía bien.

Eran diferentes en muchos aspectos: crianza, forma de pensar y perspectiva. Pero al final, solo ellos conocían las virtudes y defectos del otro.

En el tren bala rumbo a Kioto, ambos iban sentados juntos. Bear llevaba puesta una mascarilla, se recostó y cerró los ojos, sintiéndose mareado. Una mano fría le tocó la mejilla para medir su temperatura. Bear tomó

esa mano y la colocó sobre su regazo, entrelazando sus dedos. Se sentía mejor que antes, pero aún estaba somnoliento por el efecto de la medicina de la noche anterior.

Cho miró su propia mano, que estaba firmemente sostenida, luego observó el perfil de la otra persona y finalmente dirigió la mirada hacia la ventana, dejando que sus pensamientos vagaran lejos.

Llegaron a Kioto cerca de las diez de la mañana. La persona que aún tenía algo de fiebre se había dormido profundamente en el tren y despertó aturdido, siguiendo a Cho al bajar.

“Primero hagamos el check-in así Phi descansa un rato” dijo Cho mientras ayudaba a cargar la gran maleta de Bear.

“Yo la llevo.”

“No pasa nada. Camina con cuidado” Cho tomó la muñeca de la persona más grande, entendiendo perfectamente cómo se siente alguien que ha tomado medicina para el resfriado.

Bear miró la mano pequeña que sostenía la suya. Su madre solía decirle que las personas con las que más debemos cuidar nuestros sentimientos no son los amigos ni los desconocidos, sino quienes están a nuestro lado. Él lo había olvidado porque pensaba que de todos modos nunca se separarían.

Bear había recibido críticas de varias personas por cómo priorizaba las cosas, tanto en su vida personal como en el trabajo. En el trabajo podía organizarlo todo perfectamente, pero en casa descuidaba el presente por perseguir sus sueños, olvidando que el futuro no es algo garantizado.

Pasaba por alto las cosas pequeñas y las consideraba insignificantes. Aun así, Cho seguía siendo Cho. No importaba la edad que tuviera, siempre veía el mundo con optimismo y sonreía con facilidad.

“Oye, Cho...”

La persona llamada levantó la mirada pero no preguntó nada.

Quizá porque estaba enfermo, Bear se sentía mal. Tan mal que casi lloraba mientras caminaban juntos.

La habitación que Cho había reservado era un *homestay* en una casa local. Como había un huésped adicional, tuvieron que pagar extra por otro futón en la misma habitación.

“Phi Bear, descansa. Yo voy a salir un rato” Cho, que acababa de regresar de la tienda de conveniencia, dejó comida y bebidas para el enfermo, pensando que le alcanzaría hasta la noche.

“¿A dónde vas?” preguntó Bear con la cabeza pesada y la voz ronca a la persona que se preparaba para salir.

Las mejillas suaves de su Nong estaban muy rojas por el frío. Sus manos preparaban las medicinas para él antes de sentarse en el suelo a organizar su cámara.

“Al bosque de bambú y los templos dorados” respondió Cho con sinceridad. Seguía decidido a cumplir el plan original, aunque había escuchado que el clima cambiaría ese día.

“¿A qué hora regresas?” preguntó Bear. Hoy no estaba en condiciones de prohibirle nada.

“No estoy seguro...” Cho se levantó, se colgó la mochila pequeña y la bolsa de la cámara.

“¿Quieres llevar otra chaqueta?”

En realidad, Bear quería preguntarle si no podía quedarse, si podía regresar pronto. El sentimiento de que Cho se sentía solo en casa o las quejas de que él no volvía a tiempo... todo eso lo entendió recién ese día.

La persona que escuchaba negó con la cabeza y salió sin despedirse.

“Cho...”

“¿Sí?”

El enfermo quiso levantarse e ir hacia él, pero solo pudo mirar.

“Camina con cuidado y ten precaución mientras paseas, ¿sí?”

La persona escuchó, confundida por el tono de su hyung, tan diferente de los regaños o gritos habituales, pero sonrió con gusto.

“Está bien.”

Como ese día Cho tendría que caminar más de lo esperado, era bueno que su pierna ya se hubiera sanado por completo. En lugar de preocuparse por eso, metió las manos en los bolsillos de la chaqueta para calentarlas con las bolsas térmicas.

Cho amaba el ambiente de Kioto más que cualquier otro lugar. Era una ciudad antigua hermosa en todos los sentidos. Las casas de la gente se mezclaban perfectamente con las épocas. La tecnología avanzaba junto con el conservadurismo; lo antiguo no desaparecía y lo nuevo mejoraba mucho la calidad de vida.

Mew le había contado que la gente de esta ciudad era de familias antiguas, por eso eran bastante educados, un poco reservados y muy hábiles con las palabras indirectas. Cuando criticaban, usaban frases educadas pero muy hirientes. Cuando Mew y Ota hablaban de eso, Cho solo escuchaba y sonreía.

Recién ahora entendía que las personas cultas tenían ese tipo de encanto...

Cho levantó la cámara y fotografió un *rickshaw* frente a la entrada del bosque de bambú. Había varios templos y santuarios en la zona, lo que le daba una sensación similar a la antigua Ayutthaya. El clima estaba muy frío, pero el conductor del *rickshaw* solo llevaba una camisa y pantalones delgados. Debía usar mucha fuerza.

Cho entró al bosque de bambú. Vio a una pareja delante y pensó que le gustaría ponerse un kimono masculino antiguo como ese, pero al final cambió de idea y siguió tomando fotos.

Empezó por el largo camino del bosque de bambú. Los bambúes aquí crecían en tallos individuales, diferente a los que crecen en grupos en Tailandia. El ambiente era hermoso, pero el frío era intenso.

Cho levantó la cámara y tomó varias fotos hasta que su teléfono sonó con una notificación. Se detuvo, se agachó y tardó un buen rato escribiendo. Resultó que Mew y Ota le avisaron que vendrían a visitarlo al día siguiente. Cho organizó la cita. No tenía nada que hacer y, de hecho, extrañaba un poco a los dos.

De estar cansado pasó a sonreír y entendió por qué a su Phi le gustaba estar con sus amigos.

Cho siguió caminando mientras recordaba la extraña situación y lo ocurrido la noche anterior. A veces, cuando él se enojaba, Bear pedía perdón para mejorar las cosas. Cada vez que escuchaba una disculpa, Cho la aceptaba. Sin embargo... anoche sus sentimientos hacia esas disculpas y la reacción de Bear habían cambiado.

En el momento en que vio los anchos hombros temblando, sintió que se veía a sí mismo en el pasado. No quería vengarse, así que solo pudo llorar entendiendo los sentimientos de Bear.

Hasta ahora no sabía hacia dónde seguir. Si regresaba a esa casa, probablemente no sabría cómo comportarse. La mesa de trabajo, la cocina, el refrigerador, la cama... todo estaba impregnado de recuerdos. Había intentado mirar más allá de lo sucedido.

Pero... cuando todo se acumulaba y se asentaba, si algo volvía a removerlo, probablemente reaccionaría de la misma forma irracional de antes.

Si regresaban y todo seguía igual, nada mejoraría. Y lo más importante: Cho ya no quería volver a ser así.

“Qué tontería otra vez” se dijo a sí mismo al darse cuenta de que estaba distraído.

Había pensado en esto durante meses y le había carcomido parte del corazón. *Mejor usar ese tiempo para tomar fotos, trabajar y conocer gente nueva.*

Bear miró el reloj, que marcaba casi las cuatro de la tarde. Sabía que su Nong probablemente no regresaría pronto, pero una parte de él todavía esperaba que la puerta se abriera y escuchara que había vuelto temprano. El joven que nunca había sido el que esperaba ansiosamente, esta vez lo estaba más que nunca.

Quiso llamar a Cho, pero parecía que todos sus números habían sido bloqueados. Entró a las redes sociales desde una cuenta nueva que acababa de crear y no vio publicaciones, solo las de la semana anterior. Al final, terminó encendiendo el aire acondicionado otra vez por el calor.

La última foto que Cho le había enviado mostraba un vaso de café con una vista al frente, y otra donde Cho llevaba lentes gruesos y sonreía mostrando sus dientes blancos.

Cho se veía más calmado... probablemente era más feliz sin él.

Bear suspiró al ver una llamada entrante de Tailandia. No quería contestar, pero decidió hacerlo.

[Phi Bear, ¿dónde te metiste?] La voz preocupada de la persona que no podía trabajar lo hizo sentir más animado.

“Estoy enfermo” respondió con voz ronca.

[¿Y cuándo regresas? ¿Por qué de repente cambiaste la fecha de regreso?]

“¿Cuántos días más puedo pedir de permiso?” Bear miró por la ventana hacia el cielo oscuro. Probablemente estaba por llover o nevar. Se preocupó por el otro, sin saber si había llevado paraguas o chaqueta impermeable.

“Déjame hablar con Phi Ball un momento.”

[Phi Bear...] KhongKwan suspiró largo y le pasó el teléfono al jefe del equipo.

“Si pido permiso hasta Año Nuevo, ¿estaría bien?”

[Si vas a hacer eso, deberías haber consultado con Recursos Humanos antes, ¿no? O con Khun Nem] dijo la persona en Tailandia, refiriéndose al gran jefe que era cercano a Bear.

“Ni yo lo esperaba. Si hay trabajo, mándemelo” guardó silencio un largo rato antes de decir algo que ni la persona que escuchaba esperaba oír.

“Pero si viola las reglas, luego renuncio.”

[¡Bear, maldita sea...!] Ball ya no sabía qué decir. El puesto que su Nong acababa de conseguir ni siquiera tenía un mes.

Bear miró por la ventana, recordando las cosas que Phi Ball le había dicho antes.

“Cho ya no quiere estar conmigo, Phi.”

[¡Qué mierda!] maldijo la persona al otro lado de la línea.

La verdad es que había visto a esta pareja durante mucho tiempo, desde que Bear se graduó hasta ahora.

“Al menos quiero pedirle disculpas hasta el último día” Bear se levantó lentamente del futón. Tenía hambre porque había dormido desde la mañana, pero en lugar de comer la comida que Cho le había comprado, solo la miraba.

[Ánimo, Nong. Yo hablaré por ti.]

“Gracias.”

Bear encendió la televisión para que la habitación no estuviera tan silenciosa que se escuchara el viento afuera. Revisó las noticias y descubrió que hoy había viento fuerte, lluvia y nieve debido a una tormenta cuyo nombre no pudo pronunciar. La persona que planeaba comer y trabajar un poco en la laptop terminó solo mirando el reloj. Ya eran casi las cinco de la tarde. Empezaba a nevar y afuera se estaba oscureciendo. No sabía cómo estaría el otro.

El chat de ambos había estado congelado desde hacía dos semanas. Bear estaba tan preocupado que intentó llamar de nuevo. Sorprendentemente, esta vez sí contestó.

“Cho...”

[Sí.]

“¿Cómo estás? ¿Está lloviendo?”

[Sí, está lloviendo.]

“¿Estás mojado? ¿Tienes frío?” Imaginó a la persona que no solía cuidarse bien. Cho a menudo olvidaba las cosas y pensaba lento. Temía que se mojara y se enfermara.

[Un poco mojado, pero estoy bien.]

“¿Tienes paraguas? ¿Dónde estás?”

[Estoy cerca de la estación de Kioto.]

“¿Tienes paraguas?” repitió Bear.

[No.]

“Siéntate en la estación original. Yo voy a recogerte.”

[No es necesario] La persona que pensaba que la lluvia pararía pronto, como en Tailandia, estaba sentada en un restaurante dentro de la estación. Su plan de tomar fotos de las luces por la noche se arruinó, así que decidió comer y esperar a que dejara de llover para regresar.

“Vi las noticias, Cho. Va a llover toda la noche.”

[Compraré un paraguas, no pasa nada] dijo Cho mientras miraba por la ventana del restaurante en la estación. El viento era tan fuerte que las bicicletas estacionadas afuera caían como dominós. Incluso con paraguas probablemente no serviría.

“Avísame cuando vengas de regreso. Yo...”

Bear miró la llamada que se cortó. No estaba seguro si fue por la señal o porque el otro colgó. Temía que Cho no encontrara paraguas, que se mojara al regresar. La zona donde se hospedaban era una estación de tren pequeña, sin taxis ni tiendas de conveniencia cercanas. Solo había dos salidas a la calle y había que caminar casi un kilómetro hasta el alojamiento. Además, el viento era terriblemente fuerte.

La persona cuyo cuerpo había mejorado después de dormir todo el día decidió ir a esperar a la estación con ropa impermeable y un paraguas. Bear caminó contra el viento y la lluvia, y se quedó parado afuera de la estación, en un lugar donde podía resguardarse un poco.

Bear esperó quieto. Había buscado información y sabía que Kioto era una ciudad cálida y era muy raro que nevara fuerte, pero él resultó ser afortunado. Las tres horas que parecieron eternas y agotadoras terminaron cuando vio a la persona conocida salir del tren. Sus delgados brazos bajo la chaqueta gruesa estaban empapados, cargando la bolsa de la cámara con miedo a que se dañara. Justo en ese momento, la nieve blanca comenzó a caer por toda la ciudad de Kioto.

“Cho, ¿cómo estás?” Bear se acercó y le entregó otra chaqueta impermeable.

Cho miró a la persona enferma, con voz ronca. Sintió el calor de la mano de su Phi tocando su mejilla helada.

“¿Tienes frío?”

“¿Qué demonios estás haciendo?!”

“Te compré comida. Ve a darte una ducha caliente y ven a comer.”

Bear le pasó rápidamente una toalla a su Nong.

“Ve tú primero, Phi Bear.”

“Cho, dúchate tú primero. Estás completamente mojado” el mayor sonrió levemente, levantó la mano y apartó el cabello empapado de la persona que no había querido usar la ropa impermeable, pero que ahora estaba enojada con él.

Cho respiró profundamente y miró a la persona cuyos ojos y rostro estaban rojos. No sabía si tenía fiebre otra vez. Además de la voz ronca.

“¿Qué estás haciendo?! ¿Estás enfermo! ¿Crees que voy a estar feliz con esto?”

Aunque Cho quería que su Phi regresara a Tailandia, quería que lo hiciera sin estar enfermo.

“Solo estaba preocupado...” el hombre grande miró a su Nong y sonrió.

“¿Por qué preocuparte justo hoy?”

“Porque antes nunca lo hice” dijo Bear en voz baja, mirando a la persona que levantó la cabeza con los ojos enrojecidos.

“¿Por qué haces esto?! ¿Crees que haciendo esto vamos a volver a ser como antes?”

Bear apartó la mirada de la persona que estaba muy enojada. Se sentía peor que nunca.

“Sí lo pensé... Sería bueno si pudiéramos volver a querernos como antes.”

Cho, furioso, entró finalmente a ducharse. El hombre de sentimientos lentos, aunque no podía ver dentro del baño, sabía que su Nong, que era muy sensible, probablemente estaba llorando otra vez. Cho, que era tan sensible y había sufrido tanto... Bear lo había visto después de que Cho dijera que rompían. Probablemente había estado llorando solo en casa todo este tiempo.

“¿Quieres comer?”

“No, gracias.”

Bear miró los ojos redondos que estaban muy rojos. En cuanto los vio un momento, el otro se puso sus lentes gruesos.

“Ya comí” dijo Cho antes de acostarse en el futón, acurrucándose bajo la gruesa manta. Se notaba que estaba cansado. En poco tiempo se durmió, aún sosteniendo el teléfono en la mano.

Bear le quitó el teléfono y lo puso al lado del futón. Se duchó, tomó medicina y luego se metió bajo la misma manta que su Nong, abrazándolo fuerte aunque sabía que el otro probablemente no quería.

“Phi Bear...” Cho, que se había dormido hacía menos de una hora, despertó porque se sentía incómodo. No entendía muy bien hasta que se dio cuenta que él mayor lo abrazaba.

De estar dormido pasó a mirar la oscuridad. El sonido del viento y la nieve seguía cayendo. Luego su mano fue tomada...

“¿Por qué haces esto?”

“Te extraño.”

“...” la persona que escuchaba se quedó en silencio.

“Cuando regresé a Tailandia te extrañé mucho, Cho.”

“Estoy cansado” dijo Cho en voz baja.

“Lo sé.”

“Tú también estás cansado, ¿no?”

Bear pensó en lo que su Nong preguntó. Antes pensaba que estaba cansado por el trabajo y por construir un futuro, hasta que se dio cuenta de que él mismo lo había elegido y había descargado toda la carga mental sobre la persona que lo esperaba en casa todo el día.

Cansado por el corazón y cansado por Cho tenían significados muy diferentes.

“No estoy cansado” Bear no mentía, pero recién ahora lo entendía.

El sonido de la nieve seguía cayendo. Cho abrió los ojos, lo escuchó y luego dijo algo que nunca cambiaría:

“Voy a romper contigo” dijo Cho, pero su mano apretó fuerte la mano grande. Luego bajó la cabeza, la hundió y lo abrazó con fuerza.

Bear abrió los ojos en la oscuridad, abrazó más fuerte a la otra persona y, por primera vez, aceptó la ruptura.

“Está bien.”

“No voy a esperarte cuando regreses a casa.”

Bear cerró los ojos y hundió el rostro en el cuello blanco.

“Está bien.”

“Voy a viajar solo.”

“Está bien.”

“Voy a ser mejor que tú.”

“Está bien.”

“Voy a trabajar y tener muchos amigos.”

“Está bien.”

Los sueños en los que Bear no estaba fueron contados lentamente, hasta que Cho se fue quedando en silencio. Su respiración se volvió constante, como si estuviera a punto de dormirse profundamente.

“Pero te amo, Phi Bear.”

Bear abrió los ojos en la oscuridad. El olor a jabón de la piel cálida calmó su mente más que nunca.

“Gracias” dijo en voz baja.

Solo con que aún lo amara... con eso era suficiente.

Día 20

Recuperando lo perdido

En la mañana del día veinte, Bear despertó al amanecer. El aire estaba muy frío, pero afuera no afectaba en absoluto el calorcito dentro de la cobija. Sabía que la noche anterior Cho no había dormido bien porque se había movido mucho. Por eso, cuando finalmente se durmió, lo hizo profundamente. Tanto que ni siquiera reaccionó cuando Bear lo miró a la cara y le acarició la mejilla jugando, a pesar de que normalmente se despertaba con solo un pequeño ronquido.

Bear ya estaba despierto, pero no quería levantarse. Levantó la mano y abrazó a la persona que le había dicho que iban a romper de forma vaga. Cho era pequeño comparado con él; dormido se acurrucaba como un camarón, como un ser pequeñito que dormía plácidamente bajo su abrazo.

El Cho de treinta años era el Cho al que él apenas había dejado de mirar después de haber estado corriendo delante durante mucho tiempo.

Bear recordaba que antes Cho también tenía muchos sueños: abrir un estudio o una agencia de publicidad online, viajar por el mundo tomando fotos, estudiar una maestría relacionada con su trabajo o simplemente vivir la vida, trabajando mayormente desde casa en el jardín. Cho le había contado muchas cosas, pero al final, preocupado por él, le dijo que se quedaría en casa esperándolo.

“Iremos a cumplir los sueños juntos.”

Cuando se dio cuenta... ya había hecho que los sueños de Cho se desvanecieran.

Bear se movió un poco cuando el otro se acercó más, hundiendo su nariz respingada en su pecho. Las largas pestañas de Cho le hacían sentir que había pasado mucho tiempo desde la última vez que miró tan claramente la cara de su pareja.

“Mmm...” Cho se estiró perezosamente antes de abrir los ojos y ver que su Phi todavía parecía estar profundamente dormido.

La respiración del otro entraba y salía con ritmo normal. Ya no parecía tener dificultad para respirar como los dos días anteriores, pero lo anormal era el pesado brazo que lo tenía abrazado.

La persona que fingía dormir, intentaba respirar con ritmo constante, diciéndose a sí mismo que se calmara. Poco después, el brazo fue retirado de su cuerpo. Sintió que el otro se alejaba lentamente, se levantaba y cubría sus hombros con la gruesa cobija. Un rato después, esa mano grande tocó su frente para comprobar la temperatura. Cho murmuró: **“Ya no tienes fiebre”**, y se fue al baño.

Bear miró hacia la puerta del baño. Aunque su cuerpo todavía quería seguir descansando, si dejaba que el chico se fuera en ese momento sería como un idiota que no pudo proteger algo importante. Alguien había dicho que la persona que amas debería ser alguien con quien encajas perfectamente, pero solo pensar que Cho podría tener a otra persona que no fuera él... si su corazón llegaba a amar a alguien más, ese asunto se convertiría en algo que nunca podría aceptar.

“¿A dónde vas?” Bear fingió como si acabara de despertarse y le preguntó a la persona que salió del baño.

“Voy a comprar algo para comer” respondió Cho, pensando en comprar provisiones para el enfermo antes de salir a pasear como siempre.

“Yo voy contigo.”

El menor lo miró fijamente. Bear se levantó y se estiró.

“Ya estoy bien, puedo salir” dijo Bear con sinceridad. Ese día no se sentía cansado como el anterior, y su voz ronca también había mejorado. Aunque el día anterior había pasado mucho frío, había dormido más de veinticuatro horas en los últimos dos días, por eso se recuperó tan rápido.

“¿A dónde iremos hoy?” preguntó Bear a la persona que seguía parada quieta.

“Iba a ir al templo Kiyomizu y por la tarde a ver a unos amigos” respondió Cho en voz baja. Pensaba que, una vez recuperado, Bear regresaría a Tailandia.

“Yo voy contigo.”

“Yo creo que...” Cho dudó. El otro se levantó rápidamente por miedo a que lo detuviera.

“Déjame ducharme rápido y voy contigo.”

Cho no tenía obligación de esperar, pero aun así se sentó y esperó hasta que el otro estuviera listo para salir juntos. Caminaron uno detrás del otro hasta la estación de tren. Cuando se sentaron juntos, escucharon el anuncio característico de los trenes japoneses y comenzaron otro viaje.

Ese día el clima era más frío que el anterior, pero gracias al sol se sentía más cálido. La luz entraba por la ventana del tren e iluminaba la mejilla y los lentes de Cho. Bear miraba a la persona que tenía la cabeza baja, concentrada viendo las fotos en su cámara, como si no quisiera prestarle atención. Sus dedos delgados revisaban las imágenes una por una: borraba las que no servían y sonreía sin darse cuenta cada vez que veía una que le gustaba, pensando que seguramente se vendería.

“¿Tomaste muchas fotos?”

Cho levantó la mirada hacia quien preguntaba. Las fotos que había tomado en casi veinte días todavía no llegaban a mil. Era mucho menos de lo que esperaba, porque había estado enfermo, con el corazón roto y sin poder seguir el plan la mayor parte del tiempo.

“No tantas” respondió, moviéndose un poco para mantener distancia de la persona que se acercaba y se inclinaba hacia él.

“¿Puedo verlas?”

Cho dudó, pero terminó quitándose la correa de la cámara del cuello y se la pasó.

Las fotos de paisajes y lugares turísticos estaban guardadas en la cámara que Cho decía que era excelente. Bear sabía desde que empezaron a salir que Cho tomaba fotos hermosas. Cuando Cho se graduó y aún no encontraba algo que le gustara, Bear le sugirió vender fotos porque veía que era perfecto para eso. Cada foto que tomaba Cho estaba llena de

intención. Incluso cuando hacía diseño gráfico, lo hacía bien porque nunca pasaba por alto los pequeños detalles.

El Cho que a veces pensaba un poco lento, se movía con calma y tomaba decisiones despacio, era el mismo Cho que trabajaba con mucho detalle y atención.

“¿Te la tomó un amigo, verdad?” preguntó Bear sobre la foto donde el chico sonreía con los ojos cerrados frente a la parrilla de barbacoa.

“Ah... sí.” Cho no explicó nada más, porque ya sabía que, de una forma u otra, Phi Bear seguramente había visto lo que él escribía en su diario.

“Cuando volvamos, ¿vamos de camping?”

Cho miró a la persona que, de repente, había empezado a usar la palabra **“nosotros”**.

“Eso que dijiste, que querías ir a escalar Phu Kradueng, ¿no? Entonces vamos en auto.”

La persona más pequeña miró hacia la ventana del otro lado. Estaban sentados hombro con hombro en el tren, con los asientos enfrentados en fila. El tren pasaba por un río cristalino, casas de tonos tierra y hojas caídas en invierno. Cho había soñado alguna vez con ver las hojas rojas de arce en Phu Kradueng, pero le dijeron que alguien como él probablemente no podría subir, así que renunció a ese sueño.

“Ya déjalo” dijo Cho, refiriéndose al sueño que había abandonado.

“Yo te cargo hasta arriba” respondió el otro, hablando del sueño que él mismo había destruido.

Después de eso, ambos se quedaron en silencio. Bear se sonrió a sí mismo, una sonrisa amarga como las que Cho solía tener y que él apenas ahora entendía.

“Podemos ir como sea, no importa el rol. Solo quiero ir contigo, Cho.”

Bear, que acababa de despertar, que apenas había entendido la ruptura que Cho le había propuesto, por supuesto aún no podía aceptarla, pero quería arreglar las cosas tanto como pudiera.

“Creo que cada quien debería vivir su propia vida.”

Bear sabía que Cho estaba huyendo del dolor que había ocurrido antes, pero fingir que no lo conocía... no podía hacerlo.

“Yo no puedo.”

Al mediodía, el sol brillaba fuerte y el ambiente era alegre, en contraste con los dos corazones que todavía no encontraban salida. Bear dejó sus sentimientos pesados en el tren y salió al exterior con más calma que nunca.

“¿Quieres comer primero?” le preguntó a la persona que caminaba mirando el paisaje.

Cho asintió y caminó hacia un restaurante al lado del camino. Cho pidió arroz con carne, mientras Bear pidió un gran tazón de udon. Bear vio que Cho sólo comía bocados pequeños y entendió por qué.

“¿Está muy salado?”

“Hmm.”

Por costumbre, la gente de ahí pedía un plato por persona y tenía que terminárselo. Bear dejó los palillos y le pasó el gran tazón de udon a Cho.

“Intercambiamos.”

“No es necesario.”

“Quiero comer arroz con carne.”

“No es necesario” dijo Cho mirando a la persona que ya había tomado su plato.

Bear bajó la cabeza y comió con ganas. Luego levantó la vista hacia la persona que seguía mirando su tazón de udon.

“Se va a enfriar. Come rápido para que podamos seguir paseando.”

Bear sabía que ya era tarde. Además de querer disculparse y compensarlo, lo más importante era que no había venido a molestar ni a alterar el ánimo de nadie. No quería causar enojo, frustración ni mal humor. No permitiría que eso volviera a pasar, porque cada segundo de su tiempo ahora valía muchísimo.

Cho vio que su Phi comía con ganas y también bajó la cabeza para comer. Terminaron la comida rápidamente. Después, Cho buscó algo en su mochila y colocó tres pastillas frente a la persona que aún no estaba completamente recuperada.

“Traje medicina para el resfriado y vitaminas.”

Bear no dijo nada, pero su corazón se apretó con fuerza.

Los dos caminaron uno detrás del otro por calles estrechas pero muy ordenadas, subiendo por senderos. Aunque las calles eran angostas, los caminos para peatones eran lisos y cómodos. Subían por la ladera de la montaña. A los lados había tiendas de souvenirs típicas de zonas turísticas. Todas las casas tenían un estilo similar, siguiendo las reglas del sitio patrimonio mundial. Cho tomó muchas fotos y, al detenerse en las tiendas, quería comprar regalos para su mamá y para Air, pero la mayoría de los artículos hechos a mano eran caros, así que se arrepintió.

Bear caminaba detrás del pequeño con abrigo gris que iba adelante. Su cabello estaba un poco alborotado por el aire seco. El cabello de Cho había crecido un poco y se podía ver su nuca blanca. Cho sonreía

amablemente a los vendedores que salían a llamar clientes en la calle, aunque no los conociera.

Su sonrisa suave, el ambiente cómodo a su alrededor... Sin importar cómo lo miraras, seguía siendo el mismo Cho. La persona que nunca veía el mundo de forma negativa. Antes Bear pensaba que esa forma de ser hacía a Cho débil.

Pero no... Eso era precisamente lo que lo hacía más fuerte que él en este momento.

“¿Estás bien, Phi Bear?” preguntó Cho al ver las decenas de escalones altos frente a ellos. Una vez arriba estaría el templo Kiyomizu con su famosa vista panorámica.

“Estoy perfecto” respondió Bear, mirando las piernas de Cho.

“¿Y tus piernas?”

“Estoy bien” Cho tomó la delantera.

No habían caminado mucho cuando se giró a mirarlo por miedo a que Bear no pudiera subir. Bear sonrió levemente, pensando en cómo él siempre caminaba adelante y nunca volteaba a ver a la persona atrás.

“Sigue, yo te sigo” dijo Bear caminando cerca para que el otro no se preocupara, mientras observaba a abuelitos y abuelitas que parecían más fuertes y caminaban más rápido que ellos.

Cho estaba distraído tomando fotos y mirando alrededor, por lo que dio un paso en falso.

“¡Ah!”

En el segundo en que todo se calmó, una mano grande agarró con fuerza algo suave. La persona que tropezó se giró con los ojos muy abiertos y la cara completamente roja hasta las orejas.

“No... no fue a propósito” Bear soltó rápidamente la mano.

Con eso, la persona más pequeña subió los escalones a zancadas sin voltear a mirarlo de nuevo. Cuando llegaron arriba, fue a tomar fotos y admirar la vista sin hablarle.

“Si venimos en la temporada de cerezos y hojas cambiando de color, será mucho más bonito” comentó Bear mientras miraba los árboles alternando con la ciudad de Kioto, antes de girarse hacia la persona a su lado.

“¿Vendremos juntos el próximo año a ver los cerezos?” preguntó Bear a la persona de cara seria, recibiendo esta vez una respuesta clara.

“No.”

Fue una respuesta fría, pero quien la escuchó siguió sonriendo con el buen humor del incidente anterior.

“Pagaré yo los boletos y el hotel, te invito la comida y te recojo en tu casa.”

Cho escuchó y pensó en el significado de las palabras de su Phi. Solo mostró una expresión de extrañeza pero no dijo nada más hasta que terminaron de tomar fotos.

“Para ese momento quizá ya tengas a alguien que te acompañe”, dijo Cho, y continuó: **“No hablemos de cosas que todavía no han llegado, por favor.”**

“Uf...” La persona más grande suspiró profundamente. El rostro apuesto que al principio tenía una sonrisa volvió a quedarse inexpresivo.

“Pero Cho, eres tú quien está hablando de eso. Estás hablando del futuro de Phi.” Bear miró el rostro que tanto le gustaba y preguntó directamente: **“¿Qué clase de persona crees que soy para ti?”**

Con lo que había ocurrido, él aceptaba que tenía la culpa. Pero en cuanto al amor, Bear solo amaba a una persona. Nunca había tenido la intención de engañar ni de serle infiel, ni siquiera una sola vez. Sobre el asunto de Kwan, ya lo había explicado: que él dijera que Kwan era talentosa no significaba que fuera a amarla.

“No lo sé. Yo no soy Phi.” Cho hizo un puchero.

En ese momento Bear entendió que esto era una invitación a pelear, como había ocurrido antes.

Pero esta vez Bear se mantuvo tranquilo. Al ver la mirada llena de dolor en sus ojos, finalmente entendió por qué Cho había estado usando el sarcasmo durante los últimos meses.

“Por la tarde iré a ver a mis amigos. Puedes regresar primero.” La persona que había empezado a perder la estabilidad emocional se giró para decírselo con calma, porque pensaba que todo volvería al mismo punto de antes: pelear, hacerse daño como siempre, aunque habían llegado tan lejos.

Bear dejó escapar un largo suspiro. Esta vez no parecía molesto ni enfadado por el asunto como antes. Miró las manos del chico, que temblaban ligeramente, antes de dejar que el otro se alejara para calmarse.

“¡Phi Cho!”

“Hola, Mew.”

La pequeña Mew corrió desde lejos y lo abrazó fuerte, como si se conocieran de toda la vida y no se hubieran visto en mucho tiempo, aunque en realidad solo habían pasado menos de dos semanas.

“¿También vinieron de paseo?” Mew parpadeó varias veces mientras miraba al hombre alto y apuesto que estaba junto a Phi Cho, pero Phi Cho no se lo había presentado.

“Sí, acabo de llegar.” Bear sonrió al responder.

“Me llamo Mew. Él es Ota.” La pequeña Mew señaló al otro hombre de piel clara, de nacionalidad japonesa.

“Me llamo Bear.”

“Vamos a beber juntos, Phi” Mew no estaba segura de cómo se conocían los dos, pero ya que estaban ahí, una persona más para beber no estaría mal.

En el restaurante junto al río en el distrito Pontocho, junto al río Kamo, pidieron brochetas a la parrilla para acompañar la cerveza fresca. Después de unos tragos, el calor del alcohol facilitó que empezara la conversación.

“Déjame ver tus fotos.”

“Intercambiemos” Cho le pasó la cámara a Mew y pidió ver las de ella también.

“¿Cuántas veces has venido a Japón?” Ota, que no tenía nada que hacer, empezó a platicar con el nuevo amigo.

“Tres veces” respondió Bear sonriendo y elogiando: **“Hablas muy bien tailandés.”**

“Para nada” dijo Ota moviendo las manos.

Conversaron de todo un poco: del trabajo, del clima de ese día... A medida que bebían más, empezaron a hablar de temas más personales. Fue una buena forma de romper el hielo.

“El otro día anuncié en la empresa que tenía fotos hermosas gracias a que Phi Cho me ayudó, aunque se lastimó el tobillo. Así que me encargaron traerle un regalo.”

“Oye, no era necesario” Cho no quería aceptarlo al principio, pero al final recibió una caja de regalo en las manos.

“¡Ábrelo!” exclamó Ota animadamente. La persona que recibió el regalo entrecerró los ojos porque no confiaba mucho en estos chicos.

Dentro de la sencilla caja de papel había una hermosa botella de licor de ciruela y un juguete para adultos. Ota y Mew se rieron a carcajadas, haciendo que el adulto frunciera el ceño.

“Pensé que era dinero. ¡Qué decepción!” Cho dio vueltas al juguete y se quejó.

“En realidad la empresa dio el licor. El juguete lo incluyeron porque un cliente lo estaba promocionando” explicó Mew antes de girarse hacia el nuevo amigo. **“Probablemente Phi Bear no sabe, pero antes Phi Cho se lastimó la pierna porque vino a ayudarnos a Mew y a Ota.”**

Bear levantó una ceja y siguió la corriente, fingiendo que no los conocía de antes.

“Oh, entonces... ¿Khun Cho ya se recuperó?” preguntó Otra.

“Estoy bien, ya sané” Cho miró hacia arriba disimuladamente.

“Ah, por eso camina raro.”

“Camino normal.”

“Camina como enojado.”

“¡No estoy enojado!” Cho tenía muchas ganas de pellizcar al extraño.

¿Cómo podía alguien caminar *“enojado”*? ¡Era obvio que solo quería molestarlo!

Mew miró a Ota. Sintió que el ambiente entre la pareja era extraño, así que chocó su vaso y empezaron a turnarse para contar historias divertidas. Bear sonreía y reía. Cuando Bear se levantó para ir al baño, la chica y el chico hicieron caras exageradas.

“¡Dios mío, me muero! ¡Me muero me muero me muero!” Mew repitió que moriría tantas veces que ya no se podían contar.

“¿De verdad?” Ota también se cubrió la boca con la mano.

Los dos abrieron mucho los ojos y se acercaron, como en una escena de caricatura cómica. Cho se rió y asintió.

“Hmm.”

“¿Vino a rogarte, Phi?”

“¿Puedo escribirlo en mi blog?” Ota parecía haber encontrado una nueva historia.

“¡Oigan, ustedes!” Cho levantó su vaso y bebió, fingiendo estar molesto mientras seguía riendo con los menores.

“¿Y qué dijo Phi Cho?”

Cho levantó el vaso y bebió otra vez antes de responder simplemente:

“No dije nada. Seguimos paseando como estaba planeado.”

“No se trata del paseo, Phi” preguntó Mew mirando hacia el baño, calculando cambiar de tema si Bear salía.

“Mmm...” La persona que tenía su propio plan movió la cabeza y señaló con la mirada a quien regresaba del baño.

“Pregúntenle a él.”

Mew hizo un gesto de fastidio, no quería ser grosera, pero...

“¿En qué trabaja Phi Bear?”

Ota intentó golpear el brazo de su amiga, pero fue demasiado tarde para la tailandesa curiosa.

“Empleado de oficina.”

“Wow, pensé que eras modelo.”

“Está guapísimo. Muy guapo, cuerpo perfecto, 「乾杯」 (Kanpai / ¡Salud!)” Ota levantó rápidamente su vaso para brindar, temiendo que Miew, que ya estaba ebria, empezara a hacer preguntas demasiado personales. Pero una vez que el alcohol entró, ya no se contuvo.

“¿No brindas?” preguntó Bear a la persona que había brindado con todos menos con él.

“No quiero brindar contigo.”

Al decir eso, lo obligaron a brindar. Phi levantó el vaso de su menor y chocó con el suyo primero, bebiendo con cara de felicidad. Cho sólo podía mirarlo con los ojos entrecerrados. Al final, bebió para olvidar.

“「乾杯」 (Kanpai / ¡Salud!)” Ota levantó su vaso otra vez, aunque el anterior apenas había olido.

“¡Ya brindaste demasiado!” Mew golpeó el brazo de su amigo riendo.

La imagen que Bear veía frente a él se superponía con la de dos o tres semanas atrás. La persona ebria que caminaba tambaleándose a su lado seguía siendo la misma. Solo había cambiado la forma en que se miraban.

“Camina bien” Bear sostuvo el hombro de la persona que se tambaleaba. El último tren de la noche ya estaba por dejar de circular. Casi no alcanzaban porque se habían quedado bebiendo.

“Puedo caminar solo” la persona más pequeña sacudió el brazo y luego fue a apoyarse en un árbol al lado del camino.

Bear intentó no reír, pero al final se le escapó la risa.

“Ven, mejor te cargo.”

“¡Dije que puedo caminar!” el ebrio hizo un puchero, enojado también con Ota por haberla emborrachado tanto.

“Sube” Bear se agachó un poco. Recordó que antes este niño habría recibido un regaño, pero ahora solo podía reírse de su terquedad.

Cho miró la ancha espalda, dudó hasta que la persona que esperaba se giró. Sabía que no debía, pero al final se subió a la espalda de la persona conocida. En cuanto lo hizo, el dueño de la espalda cálida sonrió ampliamente.

“Agárrate bien, no te vayas a caer.”

La persona ebria, somnolienta y mareada, apoyó la cara en esa espalda. Al final se rindió ante la comodidad.

“Si hubieras venido solo, ¿cómo ibas a regresar?” preguntó Bear, pero no recibió respuesta, así que cargó a la persona que había bebido sin cuidarse y la llevó de vuelta a la habitación.

“¿Quieres bañarte?” Phi se giró hacia el ebrio. Al ver que Cho se sentaba en el futón e intentaba quitarse la ropa, le ofreció ayuda.

“No te metas” Cho apartó la mano que se acercaba. Era completamente diferente a la persona obediente que había subido a su espalda antes.

“Ven, te ayudo a quitarte la ropa.” Al ver lo torpe que estaba, quiso ayudar de nuevo. Esta vez recibió una mirada de descontento.

Lo extraño era que Bear solo sonreía ampliamente.

La mano grande se acercó lentamente al cuerpo del menor, colocándose primero cerca de la nariz, como cuando se intenta acariciar a un perro desconocido en el parque. Cuando el dueño se dejó tocar, procedió a desabotonar el largo abrigo, luego la hoodie y la heattech, hasta revelar el torso blanco bajo la luz anaranjada.

Bear, que pensaba que ya estaba acostumbrado al cuerpo del otro, tragó saliva con fuerza al ver cómo los bonitos pezones se habían endurecido por el frío.

“¿Quieres que primero ajuste el agua tibia?” intentó desviar la mirada de la escena, pero el dueño de esa piel clara parecía haberlo notado.

“¿Qué estabas mirando hace rato...?” Cho sujetó el brazo del otro.

Cuando sus miradas se encontraron, el silencio cayó sobre la pequeña habitación.

“Cho, suelta a Phi primero” dijo Bear a la persona que lo miraba fijamente.

Los ojos detrás de los lentes estaban rojizos por el exceso de alcohol. La mano blanca arrugó la camisa de Bear. Luego sonrió con picardía. Al ver que las orejas del otro se ponían rojas, levantó la cara, se acercó y sacó la lengua hacia la persona que había estado mirando sus pezones.

Bear se quedó quieto un momento, pero cuando reaccionó, sujetó la nuca del otro con firmeza, bajó lentamente y mordió suavemente sus suaves labios. Al ver que esos ojos redondos se cerraban, se volvió más voraz: abrió la boca y deslizó la lengua dentro.

El corazón de quien besaba latía rápido, pero aun así succionó la pequeña lengua. El aroma a cerveza y sake lo hizo entrar en calor, contrastando con el aire frío. Bear inclinó la cabeza para besar más cómodamente esos suaves labios. Una mano sostenía la nuca del menor y la otra acariciaba su delgada cintura caliente.

En cuanto el otro levantó los brazos y rodeó su cuello, el beso dulce se volvió intenso y apasionado según el deseo.

“¿No dijiste que ya habíamos terminado?” preguntó Bear a la persona ebria, que lo miraba mientras se limpiaba los labios mojados. Esos ojos rojizos no dejaban claro qué sentía realmente.

“Pues sí, ya terminamos” respondió Cho. Su mirada no mostraba ninguna contradicción con sus palabras o acciones.

“Solo quería probar besar a alguien que no fuera mi novio. En toda mi vida nunca lo había hecho.” Cho levantó una ceja y soltó el cuello grueso. Esa actitud provocadora hizo que quien escuchaba levantara una ceja.

El corazón de Bear quería apretar a este travieso, pero se recordó que estaba intentando recuperarlo.

“No hagas eso en ningún lado” ordenó Bear.

“Ya terminamos. Puedo besar a quien quiera.”

“Entonces, ¿quieres probar tener algo con alguien que no sea tu novio?” preguntó Bear con calma, mientras su mano acariciaba su propio centro, que parecía haberse despertado por el beso anterior. *Ese cuerpo pequeño, blanco y con esa cara... siempre había sido su tipo.*

Cho señaló con el dedo a la persona pervertida que hablaba con descaro, pero también quería ganar.

“Está bien. En toda mi vida tampoco lo había probado.”

Quien escuchó suspiró. *Esto no era un juego. Nadie ganaría al final. Pero tuvo una nueva idea: si no podía compensarlo como novio... también podía hacerlo como desconocido.*

“¿Tu ex novio era bueno?” preguntó Bear con cara seria, logrando ver la expresión de sorpresa en la persona que se quejaba bien.

Cho puso cara seria, frunció el ceño y respondió lenta y claramente:

“Pésimo.”

“Ven, entonces te mostraré un nuevo ejemplo” Bear, queriendo molestar, hizo un gesto con los labios y se acercó para besarlo. El otro lo empujó rápidamente.

“¡Oye!”

Bear se rió, divertido. Al final besó su frente.

“Los besos así tu ex tampoco los daba mucho, ¿verdad?”

“...Idiota... Phi...” El ebrio se quedó sin palabras para insultar y solo se tocó la frente.

“Insúltame, me quedaré aquí sentado para que me insultes” lo retó Bear.

“Pero cuidado con insultar a un extraño de forma tan grosera. Dicen que uno termina recibiendo justo lo que dice odiar.” Bear estaba encantado; quería agarrarlo, sacudirlo y abrazarlo fuerte, pero solo pudo apretarle las mejillas.

“¡Vete de aquí!” protestó Cho. No se sabía si estaba enfadado o qué, pero tenía la cara roja hasta las orejas.

Día 21

Antes

“¿A dónde vamos ahora?” preguntó Bear a la persona que estaba organizando su maleta en la mañana del día veintiuno.

Ayer se había enterado por Mew que Cho había dejado una maleta grande de ruedas, mientras que él sólo usaba una mochila para la ropa. La que llevaba colgada al hombro tenía la cámara y una tablet delgada.

“Al principio pensaba ir al sur, pero...” Cho hizo una pausa. La persona que esperaba preguntó:

“¿A Nakhon Si Thammarat o a Krabi?”

“Quizá Phuket” respondió el menor, mostrando los dientes al pesado que se reía.

“Phi no tiene que ir. Yo iré a la isla de Shikoku.”

Cho puso cara seria. El hecho de haberse encontrado antes de tiempo con Mew fue porque ella lo invitó a viajar antes de ir a Kyushu. El plan, que iba tan bien, se volvió emocionante de nuevo.

“Solo estaba bromeando” dijo Bear con una gran sonrisa, mirando la cara de la persona que parecía irritada.

“¿Tu cerebro se dañó después de usarlo o qué?” Cho suspiró mirando a la persona que lo observaba y no dejaba de sonreír. Le hablaba así y aún no se ponía triste, ¡y seguía sonriendo!

“Entonces, ¿quieres ir a sentarte en la cajuela? Así yo me quedo solo aquí y no te molesto” preguntó Bear con cara seria, lo que hizo que el otro lo mirara con ojos asesinos.

El conductor y el dueño del auto que iba en el asiento delantero casi se rieron. Los menores adivinaron que Phi Cho perdía claramente contra el hombre grande. Parecía perder en todo.

Shikoku es una de las cuatro islas principales de Japón y la más pequeña en comparación con las otras tres. Su paisaje consiste principalmente en costas alternando con montañas. Mew y Ota tenían que hacer un reportaje ahí porque, comparado con las otras tres islas principales, tenía muy pocos turistas y no era muy conocida.

“Es porque la mayoría de los atractivos son playas” explicó Ota a la pregunta de por qué esta isla no atraía a tantos tailandeses“. Las playas de Tailandia son más bonitas.

En los últimos diez años, los turistas tailandeses han sido los que más han crecido en el turismo a Japón, pero muy pocos cruzan a Shikoku.

“A los tailandeses les gusta venir a Japón en invierno, por eso no se pueden aprovechar mucho las playas y las montañas como atractivo principal” añadió Mew. Dijo que este lugar era más adecuado para

quienes les gusta subir montañas, andar en bicicleta y hacer turismo de naturaleza.

“Es parecido a Nagano, al que la mayoría de los tailandeses todavía no van mucho” continuó contando que en Nagano hay un parque nacional muy bonito, pero que aún no es tan popular entre los tailandeses como las ciudades principales.

“La mayoría de tailandeses que van a Nagano lo hacen con tours, pero en Shikoku casi ni hay tours.”

Cho escuchaba a los menores mientras miraba por la ventana del pequeño auto. El plan original de Cho no incluía Shikoku; pensaba bajar directo al sur después de terminar en Kansai. Pero cuando los menores le escribieron invitándolo, vio que era una buena oportunidad.

El ambiente invernal dentro del estrecho habitáculo era tibio y daba una sensación indescriptiblemente agradable. No estaba seguro si era por volver a ver a Mew y Ota, o por estar viajando con Bear... Era justo como el sueño que había imaginado antes.

La noche anterior Cho se había emborrachado mucho. Al final se durmió sin bañarse. El otro se quejó de que olía mal, pero terminó abrazando al pequeño hasta la mañana. Bear recordaba bien el ambiente de la casa donde vivían juntos. Cho solía dormir en una esquina de la cama.

Hasta que se mudó a dormir en el cuarto de trabajo, se abrazaban menos. Esos hábitos fueron cambiando poco a poco. Bear sabía que las personas cambian todos los días, mientras que Cho quizá ya se había acostumbrado a su ausencia. Él, en cambio, no era bueno aceptando los cambios.

“¿Tienes sueño?” preguntó Bear a la persona que hace un rato miraba el paisaje pero ahora cabeceaba.

“Puedes dormir, Phi. No te preocupes. Ota también se va a dormir” dijo Mew girándose hacia la persona en el asiento trasero. Ota, que conducía, se rió a carcajadas.

Ota miró por el espejo retrovisor sin dejar de reír.

“Está bien. Yo soy resistente. De Kioto al destino solo son unas tres horas.”

“Ven a dormir aquí rápido” Bear tocó el hombro de la persona que estaba recostada contra la puerta del auto.

Cho no le hizo caso. Solo levantó la cabeza un momento y luego la apoyó en su propio brazo junto a la ventana. Se quedó dormido y su cabeza con los lentes golpeó el vidrio con un **“¡toc!”**.

“Duerme bien” suspiró el mayor. Al final jaló al menor para que se recostara hacia él.

“¿No durmió anoche?” preguntó Mew sin pensar, pero al darse cuenta de que sonaba con doble sentido, hizo una cara rara, dejando al japonés que conducía sin saber cómo reaccionar.

Bear sonrió divertido y explicó: **“Anoche Cho bebió mucho, por eso estuvo hablando dormido toda la noche. Seguramente no durmió bien.”**

“Es que yo no... eh...” Mew movía las manos nerviosa, queriendo aclarar que no había querido insinuar nada, pero su cerebro no reaccionó a tiempo.

“Ya basta” le dijo Ota a su amiga mientras intentaba contener la risa.

“No pasa nada, no me molesta” dijo Bear, también riendo.

Acarició la espalda de la persona dormida mientras conversaba con Mew y Ota. Su mirada se perdía en el hermoso paisaje por la ventana. Este lugar era tan bonito que no podía imaginar cómo serían las cosas cuando regresaran a Tailandia. Pero lo que sí tenía claro era que no sería como antes.

“Primero iremos a Uda” dijo Ota.

“Ah... está bien” respondió la persona que no tenía idea de a dónde iban. Viajar así en auto era en realidad una de las mejores experiencias.

“Uda es una ciudad antigua de la era Edo. Con este frío es perfecto para tomar fotos y comer udon calentito” explicó Mew antes de continuar hablando de trabajo con Ota.

Bear levantó la mano y acarició el cabello de la persona que dormía. Anoche no había hecho más que decir dormido *“kanpai”* hasta casi el amanecer. Ahora dormía profundamente recostado en su hombro. Parecía no importarle siquiera que estuviera enojado con él. Al ver que se movía incómodo, Bear se acomodó, puso la cabeza del menor en su regazo, le quitó los lentes y le acarició suavemente la mejilla, sin importarle que alguien lo estuviera mirando por el espejo retrovisor.

Mew recordaba que Cho le había dicho cuando estaba con el corazón roto que había terminado con su ex. Pero por lo que veía, solo había miradas llenas de amor... no había ni rastro de una ruptura.

Después de más de tres horas manejando desde Kioto, pasando por Kobe, un puente que cruza a la isla y hermosos paisajes, llegaron a la antigua ciudad de la era Edo en Shikoku.

“Wow...” Cho miró a su alrededor, levantó la cámara y tomó fotos desde varios ángulos. Luego miró a Mew, sorprendido de que la antigua ciudad de la que hablaban estuviera completamente vacía.

“No hay nadie” comentó Cho. Estaba acostumbrado a lugares turísticos y zonas comerciales llenas de gente. Ver calles bonitas y antiguas pero sin personas le parecía muy extraño.

“Aquí normalmente no hay mucha gente” explicó Mew. Dijo que la mayoría eran casas de residentes, decoradas y conservadas como en la antigüedad. La gente venía principalmente a tomar fotos y comprar pequeños souvenirs.

Ese día Mew tomaría fotos para contenido usando kimono que combinara con el fondo. Cho volvió a ser modelo improvisado y posó junto a ella.

“La vez pasada que Phi Cho tomó fotos no le pagaron y encima se lastimó” le contó Mew a Bear mientras veía a la persona salir del auto después de ponerse un yukata oscuro.

“Escuché que te resbalaste y te caíste, ¿verdad?”

“Me caí de cara” dijo Mew suspirando.

Bear vio que la persona no caminaba derecho por los zapatos antiguos y se acercó a cargarle las cosas por miedo a que se cayera otra vez. Cuando huyó antes también se había tropezado solo y se había caído. No sabía si tenía treinta o tres años.

“Ven, yo te cargo las cosas.”

Cho dudó, pero al final dejó que Bear le cargara la bolsa de la cámara. Él se fue a posar para que Ota tomara fotos. Como casi no había turistas, fue más fácil de lo esperado. El lugar era perfecto para fotos, pero no había muchas tiendas o cafés que atrajeran a los tailandeses que hacían contenido.

Después Ota los llevó por caminos estrechos durante otra hora y media para ver una estatua de un niño orinando en una roca y un antiguo

punto de enredaderas que todavía funcionaba bien. Terminaron el día en un hotel en un valle con onsen y shabu-shabu grande casi a las cinco de la tarde. Ese día pasaron la mayor parte del tiempo en el auto, por lo que las personas altas se veían cansadas.

“Hablemos en serio” dijo Ota, que había estado cansado todo el día, después de tomar un trago de cerveza.

“¿Qué?”

“Creo que aquí es difícil pasear.”

“Tienes que ser realmente fan de las montañas y la naturaleza” dijo Cho sonriendo. El lugar era hermoso y había tomado muchas fotos, pero para disfrutarlo había que manejar. Si venía solo, probablemente no habría subido a la montaña así.

“Los autos japoneses son increíbles. Tienen motor pequeño pero suben montañas sin problema. Y el conductor también es muy bueno” elogió Bear a Ota. En los caminos de un solo carril por la ladera, Ota conducía con mucha suavidad y estabilidad, más de lo que esperaba.

Conversaron y comieron juntos. Cho se sorprendió de lo bien que Bear se llevaba con gente nueva sin sentirse incómodo, pero luego recordó que a Bear siempre le había gustado socializar.

Después de la cena siguieron bebiendo y platicando un rato, pero como Ota quería descansar, pronto cada quien se fue a su habitación.

Ese día todo había salido bien, excepto que... Cho no entendía por qué Mew solo había reservado una habitación para él...

“¿Estás cansado?” preguntó Bear a la persona que revisaba las fotos que había tomado. No se levantaba a bañar ni daba señales de querer dormir, aunque ya era muy tarde.

“No hice nada en todo el día, no estoy cansado” respondió Cho. Pensaba escribir en su blog al día siguiente sobre la sensación de viajar manejando en Japón y cómo era diferente a viajar en tren.

“¿Bear no trabaja?” preguntó Cho a la persona que lo había estado mirando todo el día sin abrir su laptop como solía hacer.

“Trabajaré cuando regrese” respondió Bear antes de estirarse.

“¿Y cuándo Phi va a regresar?” preguntó Cho a la persona que actuaba como si nada.

“Cuando Cho esté listo” respondió Bear y agregó rápidamente: **“Ve a bañarte. Anoche te emborrachaste y no te bañaste. Si te duermes trabajando, luego dirás que no te bañaste otra vez.”**

El menor suspiró, pero al final se levantó.

Después Bear revisó correos que había ignorado todo el día, hasta que escuchó ruidos extraños desde el baño.

“¡Phi Bear! ¡Phi Bear! ¿Qué es esto que se me pegó en el pelo...?” La cara de la persona que salió del baño, completamente mojada, parecía que quería llorar.

Cho sólo tenía una toalla en la parte de abajo porque no traía puestos los lentes y todo se veía borroso. Tenía cara de terror por el insecto que se le había pegado en el pelo.

“No te muevas” dijo Bear a la persona que tensaba el cuello y cerraba los ojos con fuerza.

Sacó el pequeño insecto (*ni siquiera estaba seguro de qué era*) y lo tiró por la ventana. Miró a la persona que ni siquiera había terminado de bañarse. Cho tenía miedo de insectos, gusanos y animales pequeños desde hacía mucho tiempo.

“Gra... gracias.”

Bear sonrió al ver la piel clara bajo la luz amarilla suave. Cho se giró rápidamente y sujetó la toalla que amenazaba con caerse de sus caderas, pero antes de dar dos pasos sintió una mano en su hombro mojado.

“¿Puedo bañarme contigo?” Bear ni siquiera estaba muy seguro de lo que había dicho. Solo sabía que quería seguirlo.

Esta vez Cho se giró y lo miró con ojos furiosos.

“¡Estás loco!” dijo, y caminó rápido con la cabeza baja, quejándose en voz alta: **“¿Quién le pide a un desconocido que se bañen juntos?”**

Bear se sentó en su lugar, sacudió la cabeza y se rió al ver que Cho recordaba muy bien lo del *“desconocido”* de la noche anterior.

“Sí Phi.”

Cerca de las once de la noche, Cho, que estaba concentrado en su trabajo, levantó la vista de la tablet para mirar a la persona que hablaba por teléfono. La parte superior del cuerpo de Phi estaba desnuda porque acababa de bañarse.

La persona que pensaba editar unas fotos antes de dormir miró la laptop cerrada de Bear. Quería preguntarle cuánto daño le estaba causando a su trabajo el haberlo seguido, pero prefirió no meterse.

“Sí, entiendo. Sí. No hay problema. Gracias, Phi.”

So vio que Bear tenía una cara muy estresada. Aunque estaba preocupado, al final decidió dejar su trabajo, salió al balcón y miró el oscuro valle frente a él.

“Vístete, vas a enfermarte otra vez.”

Cho saludó a la persona que abrió la puerta con el teléfono todavía en la mano.

“¿Y tú qué haces aquí afuera?”

“Vi que estabas hablando de trabajo.”

“¿Y por qué saliste?” insistió Bear. Afuera hacía mucho frío por el invierno y el aire fresco de los árboles.

Cho soltó un largo suspiro que se convirtió en vapor en el aire y respondió con honestidad:

“No quería escuchar.”

“¿Por qué?” Bear miró el perfil del menor. Su pregunta tenía un significado importante, y sabía que la respuesta también lo era.

“Te ves muy estresado.”

Bear sonrió levemente y miró hacia la oscuridad afuera. *En realidad, Cho era como otro espejo que reflejaba su propio comportamiento. Si el espejo se rompía, ya no podría volver a ser como antes. Ya se había disculpado, ya había dicho que quería arreglar las cosas, pero el menor seguía indiferente.*

Era como un espejo roto... ya nunca podría ser igual.

“Entremos. Ya no hablaré de trabajo” Bear extendió la mano. Cho miró la mano grande, la rechazó y entró primero a la habitación.

Esa noche había luna llena. Estaban en un lugar fuera de los planes originales. Cho ni siquiera recordaba exactamente en qué zona de Shikoku se encontraban. Solo sabía que hacía mucho frío, que estaban rodeados de montañas y árboles de invierno. El hotel era de estilo antiguo; la habitación era de madera, sin muebles, solo dos futones japoneses en el piso. Se sentía como acampar en un bosque helado.

“Espera, espera” la persona que estaba acostada mirando el techo se levantó de golpe al ver que el otro arrastraba su futón hacia el suyo.

“¿Qué estás haciendo?”

“Dormir cerca. En la noche hace frío” respondió Bear con cara neutral mientras colocaba su futón junto al del menor.

“Hay un calentador” Cho señaló el aparato en la esquina de la habitación. Afuera hacía mucho frío, pero adentro estaba bastante cálido.

Bear no le hizo caso. Primero se acostó en su futón, luego se fue acercando poco a poco hasta quedar sobre el del otro y finalmente se metió bajo su cobija. No olvidó apagar las luces.

“¿Qué te pasa, estás loco?” regañó Cho, esta vez con los ojos muy abiertos. Parecía una ardilla asustada.

“Hace frío” Bear fingió tener mucho sueño. Bostezó fuerte, cerró los ojos y no se movió. Al final, ese brazo lo atrajo hacia sí y le dijo con voz somnolienta:

“Quiero abrazarte” hundió la cara en el cabello frío. **“Tengo muchísimas ganas de abrazarte.”**

La persona que era abrazada sintió un calor que le recorría el corazón, pero...

“Antes no tenías tantas ganas de abrazarme.”

Bear sabía exactamente cuál era la razón. Por eso no quería abrir viejas heridas. Solo dijo lo que quería hacer en ese momento.

“Quiero abrazar a Cho así.”

El menor suspiró profundamente, le dio la espalda y repasó lo de anoche y lo anterior. Quizá él mismo estaba equivocado por no ser tan fuerte como pensaba. No importaba cuánto se negara a sí mismo... no podía mentir: esto era algo que había deseado todo el tiempo.

“Oye, Phi Bear...”

Bear hundió la nariz en el hueco del cuello blanco, oliendo el suave aroma a jabón. Eso lo tranquilizaba aún más, sabiendo que en ese momento Cho no se iría a ningún lado.

La persona que era rodeada por esos brazos de pulpo se movía incómoda. Estaba bien que lo abrazara, pero a veces lo hacía demasiado fuerte y se sentía agobiante.

“Mmm...”

“Phi Bear...” llamó Cho.

Sentía que algo estaba raro. Si solo fuera un abrazo y dormir como anoche, no diría nada, pero en su cadera...

“¿Qué?”

“Está pinchándome el culo... ¿o no?” De estar medio dormido pasó a estar completamente despierto. Cho se incorporó sentado. Aunque no había luz, sabía que su cara estaba completamente roja.

Bear también se sentó, suspiró y preguntó con total naturalidad, como si preguntara qué había comido ayer: **“¿Antes no te pinchaba tanto?”**

“¡Phi Bear, idiota!”

Día 22

Ya lo entiendo

En medio del frío intenso de las montañas, Cho estaba acurrucado bajo las mantas, dentro del abrazo de alguien conocido.

Desde que llegaron a Japón, esa pareja que había terminado convirtiéndose en dos desconocidos se había abrazado más veces que durante todo el año anterior.

Cho se dio la vuelta. Sintió que el suave sonido de los ronquidos de su Phi, señal de que estaba profundamente dormido, no era tan fuerte ni molesto como antes.

El cuerpo de alguien que había estado agotado durante mucho tiempo parecía volver a acomodarse al fin después de poder descansar.

Cho se despertó primero, así que pudo observar los párpados cerrados, la nariz marcada a menos de una regla de distancia de sus ojos, y las mejillas con una ligera barba áspera.

Phi Bear seguía teniendo buena piel aunque llevaba mucho tiempo trabajando duro y durmiendo tarde. Solo debajo de los ojos todavía quedaba esa sombra que lo hacía parecer un oso, aunque estaba mejor que antes.

Recorrió con la mirada aquel rostro familiar mientras poco a poco intentaba apartarse, porque la mano de oso de él estaba alrededor de su cintura y se movía suavemente.

“Oye...” murmuró el menor molesto cuando la mano grande empezó a moverse demasiado.

Ahora ese maldito Phi Bear era un extraño que hacía que terminara perdiendo la compostura.

Quizás por moverse demasiado, la persona que dormía profundamente abrió los ojos.

Bear bostezó mientras miraba a la persona acurrucada contra su pecho. Aunque no podía verle la cara, sabía que probablemente estaba durmiendo cómodo.

Bear apretó más el abrazo y hundió el rostro en el cabello que olía a champú de rosas.

Volvió a preguntarse qué había estado haciendo todo este tiempo para descuidarlo, cuando antes lo había querido tanto que ni siquiera quería que otros lo conocieran.

“**¿Te escondes así porque tienes frío?**” preguntó Bear aunque sabía que no recibiría respuesta.

Su mano recorrió suavemente la espalda bajo la manta gruesa.

En ese momento volvió una sensación que había estado acumulándose desde la noche anterior, en esa mañana fría donde ni siquiera había salido bien el sol.

Con ese frío, en lugar de desaparecer, su emoción solo aumentaba al sentir la cercanía del menor.

“**Maldito Phi...**” fue lo que la persona que fingía dormir pensó al notar que el mayor se había despertado.

Sorprendido, Cho cerró los ojos y bajó la cara sin darse cuenta. Pensaba levantarse y escapar, pero al sentir la reacción de su propio cuerpo decidió quedarse quieto, acurrucado como una gamba cocida.

Si Phi Bear descubría que se había despertado así, seguramente se burlaría de él durante años...

“Qué bien hueles” dijo Bear, oliendo el aroma del champú en el cabello de Cho.

En el fondo quería levantarle la cara al terco y mirarlo, quería hacer muchas cosas que antes hacía, pero solo pudo quedarse junto a él y contenerse.

Cho, con la cara escondida, escuchó la respiración de Bear sobre su cabeza.

El ambiente se volvió incómodo. Pensó abrir los ojos y levantarse para dejarlo avergonzado, pero cuando miró se quedó sin palabras al notar la situación.

Cerró los ojos resignado. Aunque él también estaba afectado por la situación, ver al otro era como encontrarse con algo completamente extraño.

“Cho...”

Cho apretó la mandíbula.

“¿Cómo se atreve a decir mi nombre así?”, pensó.

Se hizo todavía más pequeño, primero para que Bear no pudiera verle la cara y segundo porque no quería mostrar su propia reacción ante la cercanía de alguien que era un extraño, pero que conocía demasiado bien.

Bear sintió que estaba llegando a su límite, así que finalmente se levantó.

Se acercó, le dio un beso en la mejilla y le susurró:

“Sé que estás fingiendo dormir.”

Luego se fue al baño.

Eso hizo que Cho apretara los dientes con una mezcla de emociones.

“Maldito Phi Bear...” murmuró insultándolo por detrás.

Cho se levantó de la cama cuando escuchó el sonido de la ducha en el baño, aunque en realidad todavía no quería levantarse.

Puso a hervir agua para preparar el café que había en la habitación. La tela suave que llevaba puesta le daba calor y comodidad, haciéndolo sentir perezoso.

Al final tomó la taza caliente y salió al balcón. Respiró el aire frío hasta que le dolió la nariz mientras miraba hacia las montañas sin hojas del invierno.

El clima era tan frío que parecía que la nariz se le iba a caer, pero después de tomar un poco de café caliente se sintió mejor.

Cho pensó que podía disfrutar ese frío porque había vivido toda su vida en una ciudad calurosa. Era diferente a Ota y Nong Mew, que se quejaban del frío casi todo el tiempo.

Mientras pensaba en los planes para viajar por Kyushu, sus pensamientos se fueron más lejos, hacia el pasado.

Antes, Cho y Phi Bear tenían muchos planes juntos: ver la aurora boreal, ir a Krabi, acampar en todos los parques nacionales de Tailandia...

Eran pequeños sueños que querían cumplir juntos.

Pero al mirar hacia abajo y ver a un señor mayor parado frente al hotel intentando detener un auto en medio del frío, una imagen de la sociedad y del sistema de trabajo apareció en su mente.

Cho sabía que la gente trabajaba para tener una mejor calidad de vida, y que los sueños venían después.

La persona que estaba distraída levantó la taza y tomó otro sorbo.

Sobre el trabajo... mientras Phi Bear se había exigido demasiado, quizás él había sido demasiado despreocupado.

“Hace frío, Cho.”

Cho giró al escuchar la voz.

Vio a un hombre grande, parecido a un oso salvaje, salir al balcón arrastrando una manta.

“¿Qué estás haciendo?”

“Tengo frío.”

Bear se acercó detrás de él y, sin olvidar sostener la manta, lo abrazó envolviéndolos a ambos.

“¡Oye!” Cho se sintió agotado pero también divertido al ver a Bear esconder la cara en el hueco de su cuello.

“Tienes las orejas rojas. ¿Es por el frío o porque estás avergonzado?”

“¿Avergonzado de qué? Tengo frío.” Cho se frotó las orejas.

“¿Cómo está lo del trabajo?”

Cho preguntó algo que nunca antes había preguntado.

Quería hablar usando la razón, no con las emociones de antes.

Además... porque ahora había visto que Bear realmente parecía tener problemas con el trabajo.

Bear sonrió un poco antes de responder.

“El trabajo llamó y dijeron que tengo que tomar licencia sin sueldo porque usé demasiados días de vacaciones. Cuando vuelva probablemente recibiré una advertencia.”

Mientras hablaba dejó de comportarse de forma juguetona, quitó la mano y se quedó mirando al frente.

“Si recibo tres advertencias, pueden despedirme sin pagar compensación.”

“¿Entonces por qué todavía no vuelves?” preguntó Cho.

“Si vuelvo... ¿después qué?”

Bear miró hacia adelante.

Ahora mismo no podía imaginar su futuro.

Solo sabía que semanas atrás, cuando decidió volver y enfrentarlo, sintió que había tomado la decisión equivocada.

Los dos miraron el cielo.

El sol del invierno empezó a iluminar la tierra.

Una persona que siempre había corrido hacia adelante ahora se había detenido.

Y otra estaba empezando a querer caminar hacia otra dirección.

“Yo no quería hacer que perdieras tu trabajo por mi culpa.”

“Cuando volvamos lo veremos.” Bear suspiró.

El tiempo seguía avanzando. Lo que pasara hoy terminaría de alguna manera.

Si todo seguía como antes, sería como si ninguno de los dos hubiera aprendido nada de esta experiencia.

Pero Bear quería que terminara bien.

Y si regresaban, nada volvería a ser igual.

Él ya había aprendido... y Cho también.

“¿Vas a volver a casa, verdad?”

La persona que parecía haber sido golpeada por la realidad y ahora tenía más claridad se atrevió a preguntar.

Cho asintió y limpió sus ojos mientras miraba la mirada oscura de Bear.

Aunque el amor se había debilitado, había algo que nunca había cambiado: ninguno de los dos había pensado realmente en dejar de amarse.

“Todo lo de la casa todavía es de Khao.”

(Nota: “Khao” es el apodo de Cho en la novela)

Lo que Bear había preparado todavía estaba esperando por él.

“Es de Phi Bear.”

“Yo lo preparé para que Cho viviera ahí.”

El menor tenía muchos planes en la cabeza: quería seguir estudiando, quería probar una vida sencilla en el campo.

Pero antes quería escapar; ahora sabía que lo mejor era hablar y enfrentarlo.

“No quiero que el futuro de Phi Bear empeore por mi culpa.”

Bear entendió perfectamente lo que quería decir.

Alguien que siempre hablaba del futuro miró a la persona que tenía delante en el presente.

Sonrió y negó con la cabeza para decirle que no pasaba nada.

Porque probablemente nada sería peor que no poder estar con Cho.

Antes de que pudieran seguir hablando, sonó un golpe en la puerta.

Cho se sorprendió un poco porque todavía no era la hora acordada con los otros dos.

“Phi Bear, Phi Cho, aquí tienen desayuno en el hotel. Ayer Mew olvidó avisarles.”

Los cuatro salieron del hotel, bajaron la montaña y llegaron al otro lado, apareciendo en otra provincia a media mañana.

En esta pequeña isla había cuatro provincias.

Ota y Mew los llevaron en auto y los dejaron frente a la estación de tren, en una zona comercial de la provincia de Kochi, al mediodía, porque tenían que continuar con un reportaje entrevistando al alcalde y hablando del turismo de la ciudad.

Llevar a los invitados con ellos no habría quedado bien, así que los dos aceptaron quedarse solos y caminar por ahí.

“En cualquier lugar todo está igual de desarrollado.” comentó Cho.

Hablaba de las ciudades limpias, las aceras amplias, el buen transporte público y cómo la calidad de vida parecía estar equilibrada sin importar en qué provincia de Japón estuvieran.

Bear puso una mano sobre el gorro blanco de lana de Cho y siguió explicando:

“Aquí la gente paga impuestos a la ciudad donde vive.”

“Es como si, por ejemplo, Khon Kaen estuviera más desarrollada que las demás. La gente iría a vivir ahí. Entonces las otras ciudades no querrían quedarse atrás, ¿verdad?”

Cho asintió.

“Creo que es algo de lo que sentirse orgulloso. Pagamos cientos de miles de impuestos al año a nuestra provincia y a cambio tenemos cosas como este carril para bicicletas.”

Señaló un carril perfecto para andar en bici.

Bear, que tenía que pagar impuestos todos los años sin casi beneficios, solo sonrió.

“¿Quieres que te tome una foto?”

Cho preguntó porque Bear había estado viajando sin tomarse ninguna foto.

No quería que los recuerdos de estar juntos aquí terminaran siendo tan malos que ninguno quisiera recordarlos.

“No pasa nada.” Bear sonrió.

Ahora mismo, caminar a su lado era suficiente.

Bear tomó la mano cálida de Cho y entrelazó los dedos con fuerza.

Quería preguntar: *“¿Por qué nunca me lo dijiste antes?”*

Pero no dijo nada.

Simplemente siguieron caminando juntos.

Porque al pensarlo otra vez se dio cuenta de que Cho sí había intentado decírselo de todas las formas posibles: *pidiendo terminar, viajando solo, diciendo que no volvería a casa.*

Si él hubiera observado un poco más y dejado de lado sus prejuicios, probablemente lo habría entendido.

“¿Tomamos café primero? O si Phi Bear tiene hambre dime.”

Cho, que días atrás parecía herido, ahora podía hablar con él normalmente.

Su mano pequeña apretó la de Bear.

Bear lo miró y entendió.

La respuesta siempre había sido él mismo.

Él podía decidir si quedarse o irse.

“En ocho días tenemos que volver. Siento que todavía no viajé suficiente.”

Cho sonrió ligeramente mirando sus manos unidas.

“¿Ya no estás molesto conmigo?”

Bear preguntó fingiendo no saber la respuesta, aunque sabía que lo que estaban viviendo ya había superado esos sentimientos.

“El tiempo que queda aquí es poco. Quiero que Phi Bear también sea feliz disfrutando este viaje.”

Ahora Cho lo aceptaba y estaba avanzando.

Y Bear sentía como si acabara de salir de un pozo profundo y recién pudiera recuperar el sentido.

Caminaron tomados de la mano bajo el cielo despejado.

Bear miró los labios de Cho y sus ojos brillantes detrás de los lentes, una expresión que no había visto en mucho tiempo.

Él y Cho nunca podrían separarse sin tener cosas pendientes.

Si Cho dejaba el amor atrás y caminaba lejos, Bear estaba seguro de que lo tomaría y correría detrás de él.

“¿Por qué antes no hablamos bien?”

“Eso digo yo...” Cho sonrió un poco. **“También me lo he preguntado.”**

¿Por qué antes no hablamos bien?

“Ya no vamos a hacer kampai, ¿eh?” dijo Cho a los dos chicos que acababan de volver del trabajo a las ocho de la noche.

Habían quedado en encontrarse en un restaurante de barbacoa estilo coreano porque todos se quejaban de que querían comer algo con un sabor más fuerte. Además, querían tomar cerveza de barril, pero esta vez sería bebiendo poco a poco, no bebiendo hasta quedar destruidos como antes.

“No puede ser, Phi. Con este frío hay que brindar.” Mew levantó su vaso.

Había contado que estaba agotada porque tuvo que hablar con adultos sobre planes para promocionar la provincia.

“Vine a Japón no como turista, sino como un perro... borracho como un perro.”

Cho lo dijo entre risas, pero aun así levantó su vaso para brindar.

“Aunque Cho sea un perro, es un perro lindo como un *shiba inu*, ¿no?” dijo Bear, que era el primero que ya estaba borracho, con una sonrisa dulce y algo perdida.

Cho hizo una mueca ante sus halagos.

Ota tuvo que tocar a Mew porque podía sentir la *“energía de amor”* flotando en el aire.

“¿Pero no dijeron que habían terminado?”

“¿Nos sentamos en otra mesa?” preguntó Mew con los ojos abiertos.

Bear se rió al verla ponerse roja.

“¿De qué te avergüenzas, Nong Mew? Que un hombre te diga que eres linda como un perro no tiene nada de raro.”

Cho, metió un trozo de carne en la boca mientras se quejaba. Otra cosa que mucha gente todavía no sabía era que Phi Bear tenía una boca de perro.

“Lo raro es que Phi Bear tiene la boca demasiado sucia.”

“Es porque dijo que eres lindo.”

Cho le hizo un gesto a Mew para que dejara de molestarlo y comieran de una vez.

Pero ella no paró.

“¿Y por qué Phi Bear se emborrachó tan rápido hoy?”

Bear movió la cabeza y respondió: **“Quiero emborracharme rápido para dormir rápido.”**

Porque si estaba consciente y abrazaba a Cho, esos sentimientos acumulados durante días serían difíciles de controlar.

Ota, confundido, preguntó: **“¿Y qué pasa si Khun no duerme?”**

“¡Brindemos!” Mew levantó el vaso otra vez para cambiar de tema.

“Hablan demasiado. ¡Brindis, brindis!”

Cho chocó su vaso con ella mientras miraba mal a la persona que hablaba de más.

Ota finalmente entendió el doble sentido de *“no dormir”* y abrió mucho los ojos.

Se abanicó la cara.

“Hoy hace mucho calor, ¿verdad?”

Muchísimo.

A siete grados.

“Déjame agarrarte la mano.”

Bear lo dijo como si estuviera pidiendo permiso, aunque llevaba agarrándola desde hacía rato.

Cho miró sus manos unidas, balanceándose mientras caminaban.

Habían llegado al hotel y todavía seguían tomados de la mano.

Se sentaron en la cama y aún seguían así.

Otra cosa que no entendía era por qué Bear había reservado una habitación con cama doble.

“Pero ya me quitaste la ropa.” dijo Cho agarrando la muñeca de Bear, que estaba desabrochándole la camisa.

“Hace un calor raro. Me preocupa que Cho tenga calor.”

“Ahora es invierno.” Cho apartó la mano inquieta de la otra persona y luego se encontró con esa mirada oscura que recorría todo su cuerpo.

Como si estuviera extrañando algo. El rostro atractivo pero normalmente inexpresivo se acercó; hundió la nariz contra su cuello mientras lo abrazaba.

“Mm...” El menor dejó escapar un sonido al sentir el gesto cariñoso de su mayor.

Bear se apartó un poco y lo miró, como queriendo comprobar algo.

Bear ya tenía que admitirlo: *que hubieran terminado era verdad, que todavía se quisieran también era verdad... y que todavía sintieran cosas el uno por el otro también era real.*

“Qué perverso.” Cho levantó la mano para tocar el cabello de quien estaba molestándolo, y después recibió un beso.

Ese *“extraño”* llamado Bear sonrió al ver la mirada dulce de su Nong. Miró su rostro y se inclinó para susurrarle algo: **“Esta mañana... sabía que Cho estaba despierto.”**

Día 23

Ser un extraño te permite hacer lo que quieras.

“Esta mañana... sabía que Cho estaba despierto.”

La persona que escuchaba apartó la cara de aquel rostro afilado. Su cuerpo se despertó con cada caricia que la mano grande dibujaba sobre su piel. Sorprendido, intentó girarse para escapar, pero terminó siendo atrapado en un abrazo y acostado bajo el brazo del otro sobre la cama amplia.

“¡Q-qué despierto ni qué despierto!” respondió Cho, tartamudeando mientras intentaba encontrar una forma de huir, aunque sabía que probablemente no lo lograría.

Bear se encontró con los ojos del chico asustadizo. Justo en el momento en que abrió los ojos, vio claramente cómo los ojos redondos del otro se

cerraban rápidamente y bajaba la cara contra su pecho. Bear pensó que sería divertido molestarlo un poco para que Cho se levantara protestando, pero el chico más pequeño simplemente se quedó quieto. Al final, Bear siguió hasta que casi llegó al clímax y tuvo que levantarse corriendo al baño. En ese momento, de reojo vio que bajo el pantalón de dormir de su Nong también se notaba la excitación, igual de intensa.

Bear casi había olvidado cuánto tiempo pasaban juntos cuando recién se casaron. En los días libres casi ni salían de casa. Se abrazaban, se besaban y se amaban una y otra vez. Todo era puro deseo desbordante.

En cuanto a lo que estaba pasando ahora, no sabía si empezó por él o por Cho. *Como extraños, no deberían estar haciendo esto, pero ambos parecían dispuestos a saltar al abismo del deseo.*

“¿Qué es lo que está despierto?” Bear separó las piernas del otro.

Miró la boca carnosa apretada con fuerza, esos labios rojos e hinchados por los besos. Bear sonrió y bajó a lamer suavemente el lóbulo de la oreja.

“¿En qué pensabas cuando fingiste estar dormido esta mañana?”

“Y-yo...” El que fingía dormir tartamudeó cuando su mitad inferior fue presionada por el cuerpo del otro, frotándose hasta que lo que dormía dentro del pantalón despertó en plena noche.

Este Phi... no se parece en nada al Phi Bear real, pensó.

“Saca al Phi Bear real de una vez, ¿eh?”

“¿Por qué?” Bear pellizcó uno de los pequeños pezones, frotándolo con el pulgar hasta que se puso rojo y tieso. Luego, divertido, levantó al chico más pequeño y lo sentó en su regazo.

“El Phi Bear real no hace esto.”

Cho empujó los hombros anchos mientras encogía el cuello al ser mordido y lamido repetidamente en la clavícula. Sus manos pequeñas palparon toda la amplia espalda. Se mordía los labios para no gemir.

Bear sonrió levemente y lamió el centro de ese cuello blanco. La pequeña nuez de Adán se movió cuando el dueño tragó saliva con fuerza.

Satisfecho. **“Ah... Phi.”** Cho miró a los ojos del hombre que reía divertido mientras él ponía cara de molestia.

Bear amasó las nalgas pequeñas con ambas manos y pensó que habían pasado varios meses desde la última vez. Se preguntó si aún estaría tan apretado como la primera vez... y mientras más lo pensaba, más ganas tenía de comprobarlo.

“¿El Bear real no lo hacía toda la noche?” Sonrió burlón mientras recordaba los viejos tiempos.

Cho apretó los hombros del otro con fuerza y respondió con voz bajita y temblorosa: **“No uses el pasado para justificarte.”**

“Pero tú sí puedes hacerlo.” El mayor, que aún estaba completamente vestido, bajó rápidamente la cremallera de su pantalón porque ya le dolía la presión. Bajó la prenda, sacó su miembro y comenzó a masturbarse mientras con la otra mano seguía amasando la carne firme bajo el pantalón de Cho.

Bear estaba muy excitado, mirando el rostro que tanto le gustaba, las nalgas que se frotaban contra sus muslos. La mirada dulce y vidriosa del otro cuando usó los dientes para morder el pezón prominente.

“Uhh...”

Bear apartó la cara y habló de algo que había hecho mal en el pasado:

“Sobre lo de antes... lo siento.”

Bear repartió besos desde el pecho de Cho hasta la punta de su barbilla antes de añadir: **“Pero por lo de esta noche... no pienso disculparme.”**
¿Cómo iba a disculparse si lo estaba haciendo a propósito?

“Cho...” El que aún no estaba preparado soltó un gemido ahogado cuando la mano grande se metió dentro de su pantalón.

Al estar cara a cara podía verlo todo con claridad aunque se hubiera quitado los lentes. Y al estar cara a cara, los besos eran perfectos.

Bear pensó que Cho a los veinte años y Cho a los treinta casi no habían cambiado. Aunque el chico más pequeño besaba de forma torpe, cuando abría la boca para recibirlo, esa lengüita exploraba toda su boca. El sonido húmedo de sus lenguas succionándose era como el de un niño sediento. Al final, succionaba el labio inferior de Bear cuando ya no podía respirar.

“Mmm...” El gemido de placer volvió a sonar.

Esta vez Bear no dejó que Cho tomara la iniciativa. Inclino la cabeza y poco a poco le enseñó, como alguien superior, que a pesar del tiempo separados no había perdido ni un poco de habilidad.

Lamió suavemente los labios carnosos y luego se apartó para que el más pequeño lo siguiera. Lo hizo varias veces hasta que el que se había enganchado a los besos dulces empezó a frustrarse. Finalmente, Bear le sujetó la barbilla para que abriera la boca y metió su lengua caliente, lamiendo desde los dientes hasta las mejillas y la lengua, succionando suavemente hasta que Cho gimió.

“Phi... ah...”

Luego succionó ambos labios, arriba y abajo, mordiéndolos y tirando suavemente. Al final cambió de lado, inclinando la cabeza al otro costado porque sentía que no era suficiente.

“¿Qué quieres, mi consentido?” preguntó al que aún intentaba seguir sus labios aunque Bear ya se había apartado.

Al mismo tiempo, su mano dominante masturbaba tanto su propio miembro como el de Cho. Se escuchaba el sonido mojado y obsceno. El líquido transparente y viscoso llenaba su mano. Las caderas pequeñas se movían hacia él. Bear besó la comisura de los labios del chico más pequeño y miró esa mirada vidriosa que indicaba que ya se había sumergido por completo en el mar del placer. De mala gana retiró la mano.

“Vamos a bañarnos, ¿sí?” Bear golpeó suavemente las nalgas que aún seguían moviéndose al ritmo de su mano, luego bajó y mordió uno de los pezones antes de tomar las manos que tocaban sus hombros y colocarlas sobre los botones de su camisa.

“Quítame la camisa primero.”

El que llevaba un rato soltando sonidos vergonzosos desabrochó los botones de la camisa de su Phi con dedos temblorosos. Cho respiraba con dificultad. El calor de la lengua, las manos y el cuerpo de Bear lo hacían arder. Esa actitud callada y la mirada dulce y vidriosa eran justo lo que más complacía al que controlaba el juego. Bear miró disimuladamente los ojos de su Nong. Esa mirada observaba con atención su torso desnudo. Bajo la camisa blanca, el pecho y la cintura ancha seguían viéndose bien aunque él no tuviera mucho tiempo para hacer ejercicio.

“Si me miras así no vamos a llegar a bañarnos.”

El que recién se dio cuenta apartó la mirada rápidamente. Sus mejillas se pusieron rojas hasta el cuello.

“No estaba mirando.”

El que escuchó rió por lo bajo. Su dedo índice tocó el centro del propio miembro, donde fluía líquido transparente. Con solo eso, las caderas pequeñas se movieron siguiendo el contacto. Bear se contuvo y jaló al chico más pequeño para sentarlo en el borde de la cama, mientras él se paraba en el suelo. Su miembro seguía erecto y prominente.

“Quítame también el pantalón.”

“No quiero.” Cho negó con la cabeza, evitando mirar tanto el miembro erecto de Bear como el suyo propio. Ambos estaban tan mojados que parecía que iban a terminar en cualquier momento, pero seguían alargando el momento como si quisieran que la noche durara para siempre.

“Quítatelo tú.”

“Vamos, sé bueno.” Bear tomó la mano de Cho y la colocó en la cintura de su pantalón, besándole la mejilla blanca para convencerlo.

Cuando Cho bajó lentamente los bóxers blancos de la cintura de Bear, ese miembro se irguió directamente frente a su cara.

“Mírame a la cara.” Bear bromeó al ver que los ojos redondos no se apartaban del miembro. Notó cómo el chico tragaba saliva con fuerza cuando este dio un respingo. Bear estaba tan duro que le dolía... pero aún mantenía la calma.

“¿Estamos borrachos?” El que normalmente hablaba poco ahora le bajó también el pantalón a su menor.

El cuerpo blanco y brillante se reveló bajo la luz naranja. La piel suave y tersa invitaba a dejar marcas rojas. Cho soltó un sonido de protesta cuando Bear no pudo evitar apretar las nalgas con fuerza.

“Uhh... ¿No dijiste que íbamos a bañarnos?” El que normalmente hablaba mucho ahora solo emitía sonidos suaves y débiles.

El cuerpo alto y grande de Bear seguía viéndose bien, aunque había engordado un poco por el trabajo. Eso lo hacía verse aún más fuerte: manos grandes, dedos largos y gruesos, brazos fuertes, pecho ancho y abdomen firme aunque ya no tuviera los marcados abdominales de antes. Y esa parte...

Bear sonrió al ver cómo la mirada dulce lo recorría casi por completo. Por un lado quería tomar la mano de Cho y llevarla desde su abdomen hasta el miembro que estaba siendo observado, pero por otro quería liberarse sobre ese cuerpo blanco antes de saborear el interior. Tomó la mano del más pequeño y lo llevó hasta la regadera, abrió el agua a la temperatura perfecta, empezó a enjabonarse y miró de reojo al chico que estaba extrañamente callado.

“Señor extraño, ¿puedes bañarme?” Jaló al más pequeño más cerca, bromeando y mirando a ese chico que normalmente tenía buena labia pero que ahora estaba tan avergonzado que daban ganas de molestarlo más.

“No quiero.” Cho respondió bajito y fue jalado para un abrazo.

“Entonces Phi te baña.” Bear puso jabón líquido en su palma, lo frotó y empezó a lavar el cuerpo desnudo de su Nong.

Ese cuerpo tembló ligeramente cuando la mano grande pasó por las partes importantes: las nalgas pequeñas pero firmes, el abdomen plano, los muslos redondos y suaves, y el miembro de Cho que estaba completamente erecto con la cabeza roja e hinchada, luciendo torturado. Bear decidió pararse detrás de él y extender la mano para sujetarlo.

“Uhh, Phi, estás bien borracho.” Cho se quejó bajito, pero sus caderas se movían siguiendo la mano grande.

“Tres copas no me afectan.”

Cho hizo un puchero y apretó los dientes. Decía que tres copas no le afectaban, pero ese miembro estaba rozando su pierna.

Empezaron a besarse de forma desordenada otra vez dentro del baño lleno de vapor. Se besaban sin cansarse mientras sus manos recorrían los cuerpos y las caderas. El cuerpo grande se frotaba contra la piel blanca y suave por delante, pasando por las nalgas, entre los muslos o por esa hendidura.

“Ah...”

Cuando Cho se apartó, Bear se acercó más.

“Uhh.” Cho, cubierto de espuma, se arqueó cuando la mano de Bear empezó a masturbarlo más rápido. Sus caderas se sacudieron. Rápidamente sujetó la mano grande.

“Yo lo hago... uhh...” Cho sujetó su propio miembro con firmeza, usando la espuma para deslizar la mano.

Bear miró el perfil enrojecido del rostro. Lo que tenía en su mano daba pequeños espasmos, igual que el suyo propio... Tomó al más pequeño y lo hizo avanzar, presionó la espalda delgada contra la pared fría, le ordenó que arqueara las caderas y apretara las piernas mientras susurraba con voz ronca:

“Déjame, por favor.” Sabía que ese pasaje suave aún no estaba preparado... pero ya no aguantaba más.

El cuerpo grande se pegó por detrás. Ese miembro se deslizó entre los muslos suaves por dentro. Luego movió las caderas hasta que se escuchó el sonido de la carne chocando contra las nalgas redondas, resonando en el baño pequeño.

“Oh... qué rico.”

“Uhh, Phi Bear... Phi...” La voz de Cho se entrecortó cuando lo sujetaron de las caderas y lo embistieron, haciendo que su cuerpo temblara. Apretaba los muslos con fuerza porque cada vez que lo penetraban, la cabeza del miembro de Bear rozaba su punto sensible por debajo.

“Ah, Phi Bear, uhh.” Los gemidos sensuales y obscenos resonaron por todo el lugar. Ambos respiraban con dificultad por la excitación. La mano de Cho se movía rápido, sus caderas se arqueaban hacia atrás siguiendo el ritmo de las embestidas. Giró la cara para besar al hombre grande que estaba detrás. Sus pezones duros se frotaban contra la pared fría. En cuanto la mano de Bear lo ayudó de nuevo, el cuerpo pequeño casi se derrumbó, pero fue sostenido con fuerza.

“¡Aaaah...!”

“Mi buen chico.” Bear también jadeaba. Besó la nuca que ya no tenía espuma. Cho se corrió, ensuciando la pared oscura. Bear se corrió entre los muslos suaves, el líquido blanco y espeso corrió por el interior de los muslos, dejando todo pegajoso.

Siguió besando el cuello del otro sin parar, incluso mientras abría el agua tibia para enjuagar los cuerpos otra vez. Sus manos amasaron las nalgas blancas y un dedo medio se deslizó entre ellas, tocando justo donde quería entrar antes de preguntar:

“¿Quieres que te ayude?”

Cho negó con la cabeza y bajó la cara contra su propio pecho. Sus orejas estaban rojas cuando dos manos calientes separaron la carne suave. Bear las amasó dejando marcas de manos. Sus ojos penetrantes lo miraban fijamente. Cho finalmente le dijo que se bañara rápido y saliera primero del baño.

Antes, Bear nunca se había dado cuenta de todo lo que Cho hacía por él, incluso en el sexo. El receptor tenía que prepararse antes. Lamentablemente, él había considerado eso algo normal.

Cuando en realidad... eran cosas que debían valorar y cuidar con cariño.

No pasó mucho tiempo antes de que Cho saliera del baño. Vio a Bear sentado secándose el cabello. La espalda ancha y los músculos firmes le recordaron lo que acababa de pasar: los besos, los abrazos y el calor abrasador frotándose entre sus muslos. Sintió que su entrepierna volvía a arder sin necesidad de tocarse.

“Sécate rápido.” Bear se levantó y puso la toalla sobre el cabello del otro.

Se acercaron el uno al otro completamente desnudos, como atraídos por un imán. Bajo la vergüenza se escondía un deseo desbordante. Aunque habían compartido cama durante miles de días, en este momento se sentía como si nunca se hubieran acostumbrado al otro.

“Uhh...” Cho arqueó el pecho cuando el otro bajó y succionó con fuerza. Le dolió, se entumeció y le provocó un cosquilleo delicioso.

“Espera... ¿no dijiste que primero nos secáramos?”

“Me duele.” Bear apartó la cara y tocó la mejilla de Cho para que mirara su miembro, que volvía a estar completamente erecto. Ese deseo y añoranza eran aterradores.

“¿Puedo... tocarlo?” Ni siquiera necesitó pedir permiso; las manos grandes ya sujetaban las suyas.

“Manos pequeñas, hay que usar las dos.”

El que tenía manos y cuerpo de tamaño normal apartó la cara de los besos. **Phi Bear es demasiado grande...** No era su culpa.

Bear sacó la lengua y lamió sus labios mientras las manos calientes envolvían su miembro. La mirada y el rostro del otro empezaron a ponerse vidriosos. Separó las rodillas y al final se arrodilló en la alfombra de la habitación. Dejó que Bear se sentara en el borde de la cama. La altura era perfecta para la cara traviesa frente a él. La mirada del otro cuando observaba su cuerpo era de pura fascinación. Cho probablemente no se daba cuenta...

“Mmm, qué bueno.” Bear acarició la cabeza esponjosa cuando la boca lo envolvió. Había olvidado que su ex-esposo, aunque era tímido, cuando tenía alcohol en la sangre se volvía bastante bueno. Aunque ya no recordaba exactamente cuánto lo había hecho con la boca antes, esta vez estaba tan bueno que quería embestir hasta hacerlo ahogar.

“Abre la boca bien grande.” Ordenó mientras acariciaba la mejilla blanca y ajustaba el ángulo para que golpeará el interior de la mejilla. Aunque solo entraba un poco.

Lo que creía que ya era grande de por sí llenaba completamente la boca del chico. El Bear real solo entraba hasta la mitad, pero el que estaba arrodillado usaba las manos en la base para compensar. La vergüenza inicial fue reemplazada por el aroma a rosa del jabón y el dulce olor de la piel.

Bear se apartó, mirando los labios brillantes y cubiertos de líquido. Estaban hinchados y muy excitantes. Golpeó suavemente su miembro contra la mejilla del otro. La punta húmeda y pegajosa dejó hilos sobre la mejilla y los labios. Era una imagen obscenamente erótica. Bear levantó al chico para que se pusiera de pie, lo abrazó suavemente, metió el dedo medio en el lugar ya mojado y escuchó los gemidos dulces mientras succionaba los pezones un rato. Cuando el dueño jadeaba fuerte, empujó al pequeño para que se acostara de espaldas, levantó las piernas delgadas sobre sus hombros y bajó para darle una demostración.

“Phi... ah.” Cho probablemente no sabía que si iba a chupar... tenía que chupar hasta el fondo.

La boca caliente lo envolvió desde la punta hasta la base. Con cara seria miró directamente mientras succionaba, haciendo que el cuerpo debajo se retorciera.

“Phi, ah... yo...” El que estaba siendo succionado agarró con fuerza las sábanas. Sus ojos se pusieron rojos de forma lastimera. Sus caderas se levantaban sin control, retorciéndose. Clavaba las uñas y mordía los labios para contener las sensaciones. De estar medio duro, con las lamidas y succiones se puso completamente flácido. Una pierna cayó sobre la cama, abriéndose tanto que la entrada rosada quedó completamente expuesta.

“Ha... ahhh.” Las caderas se movían arriba y abajo cuando la lengua de Bear dejó el miembro y fue a lamer el pequeño agujero sensible. Lo lamió hasta dejarlo completamente mojado, estimulándolo hasta que los ojos del dueño se pusieron vidriosos. Las nalgas pequeñas temblaban con cada pasada de la lengua.

Bear mordió la carne suave dejando marcas de dientes, esperando que el chico quejumbroso protestara, pero extrañamente los sonidos parecían de puro placer.

“Uhh, Phi...” La mirada suplicante llegó justo cuando el dedo medio, junto con el líquido viscoso, se deslizó hasta el fondo.

“Está tan apretado.” Bear sacó la lengua y lamió sus labios como cuando algo está ácido. Cuando entró el tercer dedo, jaló una almohada para levantar las caderas que estaba sujetando, las amasó y golpeó dejando marcas de manos. Luego le ordenó al chico más pequeño mientras sostenía sus rodillas dobladas.

“Abre bien las piernas. Así cuando entre no te dolerá tanto.” Bear se inclinó y le susurró mientras besaba las lágrimas de las comisuras de los ojos.

“¡Mierda... está muy apretado!” Maldijo cuando empujó la cabeza y sintió una oleada de placer. Por dentro estaba apretado, caliente y lo apretaba fuertemente.

“Uhh...” El que sentía todo muy intensamente usó las manos que sostenían sus rodillas para empujar el abdomen del otro por instinto.

“Si no te tensas no te va a doler.” Dijo Bear mientras empujaba un poco más.

“Cho...” El chico cerró los ojos con fuerza. Las lágrimas corrían por sus pestañas. No era dolor, pero...

“Buen chico.” Bear se inclinó y besó las mejillas cuando *“eso”* entró por completo.

“Phi Bear.” La voz de Cho sonó débil. La mano que antes apretaba las sábanas blancas fue tomada y colocada en el cuello grueso del otro.

El hombre grande empezó a moverse lentamente, las caderas fuertes empujando con cuidado. Entraba y salía despacio mientras observaba el dulce cuerpo debajo de él.

“Ah, Phi...” El cuerpo pequeño sentía que estaba completamente lleno. Solo con un movimiento suave tocaba el punto que le daba placer.

Qué consentido se ponía Cho en este momento. Solo él podía verlo y era él quien lo había olvidado por un rato.

“¿Se siente bien?”

“Uhh... ah.”

Bear separó las piernas delgadas, moviéndose lenta y profundamente mientras miraba la unión de sus cuerpos. Ese cuerpo pequeño lo envolvía por completo. Era elástico y lo apretaba. Cuando se retiraba, las caderas lo seguían. Cuando empezaba a embestir con más fuerza, el lindo rostro se levantaba, la barbilla se erguía y soltaba gemidos consentidos.

“Ph... Phi Bear, no mires.”

Cuando sintió que el cuerpo debajo se había relajado más, Bear se inclinó para besarlo otra vez. Sus caderas empezaron a entrar y salir más rápido.

“Uhh...”

Dentro de la habitación pequeña y en la cama individual de seis pies, el aire no estaba tan frío como afuera pero seguía fresco. Sin embargo... ambos estaban sudados. El cuerpo pequeño era aplastado hasta no dejar casi espacio. Cho levantó la cara y contuvo la voz cuando la lengua lamió todo su pecho hasta que los pezones se pusieron duros. Su miembro estaba excitado por lo que tenía dentro, grande y lleno. Cada embestida fuerte daba justo en ese punto. Apenas tenía fuerza para levantar las piernas porque sus caderas temblaban. La mano sin fuerza descansaba sobre el cabello grueso de Bear. Abrió las piernas para que el mayor tomara todo lo que quisiera. Incluso cuando fue volteado boca abajo, sus caderas seguían siendo sujetadas con firmeza.

“Hng... uhh.” Su propio miembro estaba duro aunque no lo tocaran. Estaba paralelo al colchón y goteaba líquido transparente. No colgaba por la gravedad. Por dentro, donde era golpeado con fuerza, sentía entumecimiento y contracciones. Solo escuchaba el sonido rápido de la carne chocando y la voz grave de Bear diciendo que Cho se había corrido incontables veces.

Bear separó la carne suave que tenía marcas de dientes y la golpeó una y otra vez sin poder controlarse. Los cuerpos de ambos eran diferentes, y

también la sensibilidad. Usó toda su fuerza, jadeando y apretando los dientes. Las caderas pequeñas se sacudían aunque aún no se había corrido por delante, como si terminara una y otra vez sin llegar al final.

Algo así... si no se sintiera bien, no estaría pasando.

Miró el pequeño agujero que lo envolvía. Se había puesto rojo y se estiraba según sus movimientos. Las nalgas blancas tenían marcas de manos y dientes. Ahora estaban rojas e hinchadas por el constante choque contra sus muslos.

Cuanto más fuerte lo hacía, cuanto más profundo entraba, más dulces eran los gemidos.

“Phi... no aguanto más.” Pequeñas lágrimas corrían cuando giró la cara para decirlo. Las caderas que antes se sostenían con las rodillas empezaron a temblar. Su miembro, aunque no era tocado, eyaculó líquido blanco y turbio, haciendo que por dentro lo apretara aún más.

Bear apretó los dientes porque había aguantado demasiado. Se retiró casi por completo, miró la unión de sus cuerpos y embistió con fuerza.

“¡Aaaah!”

Lo repitió varias veces hasta que lo que había estado conteniendo explotó, llenando por dentro y por fuera. Ensucio toda la espalda del cuerpo pequeño que jadeaba con fuerza. Miró el pequeño agujero rojo lleno de crema blanca espumosa. Al final, sacó su miembro y lo puso frente a la cara amada, metiendo la punta en la boca del que parecía a punto de dormirse.

En la madrugada del día veintitrés, en esta isla no había nieve, pero se escuchaba el viento frío golpeando la ventana rítmicamente. El olor de sus pieles flotaba en el aire.

“Mierda...” Maldijo el mayor cuando el cuerpo que había dormido profundamente desde la medianoche se despertó duro a las cinco de la mañana. Como un oso que probó miel en una noche de luna llena: una vez que la probó, no podía dejar de pensar en ella y quería más.

Movió la mano que abrazaba la espalda desnuda y bajó. La zona ya había sido limpiada antes de dormir, pero seguía suave y elástica. Bear se estiró para tomar el lubricante de la mesita de noche. En el momento en que quitó la cobija, el chico más pequeño, que yacía flácido y agotado, abrió los ojos.

“Phi Bear...” Cho sintió la mano traviesa y el líquido frío entrando en su interior. Sorprendido, levantó la mano para sujetar el brazo de Bear, pero de alguna forma terminó acostado con las piernas abiertas en la misma posición que la noche anterior.

“Uhh...”

“¿Qué pasa?” El bromista sacó los dedos y se inclinó sobre el cuerpo más pequeño, levantando las piernas de Cho para que rodearan su cintura.

“Tengo frío, no molestes.”

“¿Quién dijo que estoy molestando?” Bear rio al ver la cara de puchero. Subió la cobija gruesa para cubrirlos y, usando solo el tacto, tomó y deslizó su miembro dentro de lo que estaba caliente y suave.

Se besaron de nuevo, pero esta vez fue suave y lento, igual que el ritmo de sus cuerpos.

“¿Estás adolorido, extraño?” Phi besó la mejilla y el lóbulo suave de la oreja, abrazándolo con ternura aunque su miembro duro quisiera ser rudo.

El más pequeño soltó un sonido de protesta antes de preguntar: **“¿Phi hace esto con otros extraños también?”**

“Otra vez buscando pleito.” Bear respondió con una sonrisa mientras presionaba su pecho ancho contra el del otro.

“Cho tampoco debería dejar que nadie le haga esto.” Se refería a todo: los abrazos, los besos y lo que estaban haciendo en ese momento.

“¿Por qué no podría? Si tú lo estás haciendo...” Respondió Cho con voz bajita cuando el ritmo lento de antes se volvió rápido y fuerte. La sensación placentera se encendió como prender fuego cerca de brasas que aún no se habían apagado del todo.

Las sensaciones de la noche anterior se extendieron hasta la mañana...

Bear mordió la clavícula que ya tenía varias marcas rojas. Sabía bien que a Cho le gustaba cuando era un poco brusco.

“Uhh...”

“Phi, más suave... uhh.” Las caderas chocando hacían ruido en la oscuridad. Como sabía que las paredes eran delgadas, Cho intentaba controlar su voz desde la noche anterior, pero no parecía estar funcionando muy bien.

“Como extraño, ¿puedo usar toda la fuerza que quiera sin preocuparme?” Preguntó Bear con voz calmada. Como estaba oscuro, Cho no podía ver su cara ni su expresión.

Al final, cuando Bear empujó profundo y rápido justo en el punto que hacía temblar al otro cuerpo...

“Correrme dentro tampoco debería preocuparme, ¿verdad?”

“¡Ah, ph... Phi!” Cuando se corrió, el pecho que ya estaba rojo fue succionado con tanta fuerza que parecía que se iba a desprender.

“No me provoques.” Dijo Bear con voz tranquila. Se quedó dentro aunque estaba completamente lleno de su propio semen. Movi6 las caderas para que el que aún no había terminado pudiera seguir. Sus manos amasaron y masturbaron a Cho. En solo unas pocas veces las caderas se movieron para recibirlo y al final se corrió, ensuciando todo el abdomen.

Bear se retiró. Quería mirar el pequeño agujero rosado goteando. Debía ser tanto obsceno como adorable y digno de ser protegido. Por suerte había puesto una toalla debajo la noche anterior para no ensuciar la cama, así que no le importaba cuánto saliera.

Se miraron en la penumbra. El de mal humor bajó y mordió los labios del chico terco y poco cariñoso, luego se enderezó, pasó las manos por todo el cuerpo desnudo debajo de él. Su cuerpo casi no tenía nada más para dar, pero su corazón aún no quería parar. Así que volvió a deslizarse dentro de la entrada ya mucho más mojada que la primera vez.

“Phi... uhh...” Cho se movió un poco hacia atrás cuando eso entró de nuevo sin avisar. Su voz sonaba molesta, pero sus piernas rodearon las caderas otra vez. Sus propias caderas se movieron hacia el otro hasta que estuvo completamente lleno y profundo.

“Qué rico... ah...”

Bear sonrió satisfecho. *Si era un extraño... ¿qué otro extraño podría ser mejor que este?*

Sueña bonito... Nochebuena

La mañana del veinticuatro, Cho despertó tarde. El día anterior apenas había salido; después de hacer algo vergonzoso por la mañana, aprovechó para quedarse todo el día acurrucado bajo las cobijas. Mientras se revolcaba en la cama, Cho se dio cuenta de que debía hacer algo productivo, como trabajar, así que tomó su tablet y la encendió. En la misma habitación, otra persona estaba sentada trabajando en el escritorio. Curiosamente, el sonido de las teclas lo tranquilizaba más que nunca.

Y cuando llegó el mediodía, ya era hora de dejar ese lugar.

El día anterior, Mew y Ota habían salido a hacer un reportaje en un barco de pesca por la tarde. Los más jóvenes pensaban invitar a los dos mayores, pero al enterarse por Bear de que Phi Cho no se sentía bien y solo quería dormir, se fueron solos. A la vuelta, Mew trajo muchos regalitos, pero aun así no logró ver a Cho.

Resultó que al día siguiente, cuando volvió a ver la cara de su Phi, fue como si un rayo de amor le atravesara los ojos. Mew no quería pensar demasiado profundo, pero esa cara limpia que usualmente tenía una sonrisa triste, hoy sonreía con brillo...

Salieron de la isla de Shikoku rumbo a Okayama. Ota acompañó a los dos mayores después de comer juntos en la estación de Shinkansen con destino al sur.

“Los dejo aquí” dijo Mew.

“Muchísimas gracias” respondió Cho. Aunque era el mayor, no pudo evitar juntar las manos para agradecer. Los dos no solo eran sus juniors y amigos, sino que también parecían benefactores en esta tierra.

“Cuando vuelvas, llámame” Mew hizo cara de que iba a llorar. Cho se acercó, le dio una palmada en el hombro y sonrió.

El plan de trabajo de Mew había cambiado de repente, ya no bajaría a Kyushu. Al final tuvieron que despedirse ahí, en vez de en Kyushu como había dicho antes. Pero para Cho, esto ya era más que suficiente para estar feliz.

“Cuando vayas a Tailandia, llámame también” le dijo a su junior. Se sentía tan cercano que le dolía tener que despedirse.

Quizá porque esta amistad era pura, no tenían ningún interés mutuo más allá de las hermosas vistas y la rica cerveza fresca.

“Cuídate mucho. Mew es muy capaz. Si pasa algo, puedes venir a buscar a tu Phi.”

“Ah...”

“No olvides enviarme la dirección del hotel. Te enviaré la maleta” dijo ella, refiriéndose a la maleta de ruedas de Cho que había dejado desde que le dolía la pierna.

“Claro.”

“Y gracias, Ota. Cuando vayas a Tailandia, ven a verme” Cho se volvió hacia la otra persona.

“Gracias” Ota sonrió mientras miraba el reloj. Ya era hora de que saliera el tren; si seguían despidiéndose, se lo perderían. Así que se despidieron agitando la mano con una última sonrisa.

“Vamos” Bear extendió la mano hacia quien estaba mirando el auto pequeño hasta que desapareció. Cho sonrió y extendió la suya también. Entrelazaron los dedos con más fuerza que nunca.

“¿Haciendo esto significa que sientes algo por mí?” preguntó Cho en tono juguetón.

Bear se rió de la persona juguetona antes de responder:

“Sí, claro que siento.” Como era más alto, se inclinó para mirarle la cara limpia y preguntó: **“¿Y tú, Cho? ¿Sientes algo por mí?”**

“No siento nada” respondió Cho con sencillez.

Bear sonrió con ternura ante esa respuesta. Aceptaba que realmente había perdido ante su junior. La mano que antes era suya, la cara que antes lo miraba solo a él, y la persona que antes solo se entregaba a él... todo había cambiado por completo.

Viajaron en el Shinkansen hacia el sur. Cho se quejaba de que tenía que reservar hotel nuevo porque alguien se había unido al plan sin avisar. Mientras tanto, esa persona *“fuera de plan”* abrió su delgada y carísima laptop sobre la mesita del asiento y abrió un mapa.

“¿A dónde vamos primero?” preguntó.

“A Hakata” respondió Cho mirando por la ventana del tren.

Hakata era el corazón de la región de Kyushu, un lugar lleno de recuerdos de cuando habían ido juntos hacía diez años. El lugar donde le habían propuesto matrimonio. Bear no se atrevía a adivinar por qué su junior había elegido este sitio para cerrar el viaje. Tal vez solo quería pasear... o tal vez quería recordar viejos tiempos.

En solo dos horas llegaron a la estación de Hakata. Se detuvieron en una tienda de conveniencia para comprar snacks y bebidas, luego pasaron por un café que Cho encontró lindo. Como ese día no tenían planes más que entrar al hotel, guardar las cosas y buscar cena, estaban bastante relajados.

El bullicioso ambiente de un idioma que no entendían pero que les resultaba familiar después de casi un mes. Frente a ellos, un café caliente con leche en una bonita taza de cerámica.

“Cho” llamó Bear a la persona que tenía un aura diferente a la de hace diez años.

“...” El junior solo lo miró y sonrió ligeramente.

Cho en ese momento parecía tener muchas cosas en la cabeza y estaba más callado.

“¿Qué vas a hacer cuando regreses?”

Cho frunció ligeramente el ceño. El día anterior había dicho que haría muchas cosas, pero después de dormir todo el día parecía haber tomado una decisión.

“Voy a seguir estudiando, alternándolo con tomar fotos de paisajes en Tailandia. Cuando termine, decidiré si busco trabajo o qué hacer” explicó. Antes le encantaba fotografiar paisajes, pero no ganaba mucho dinero, así que empezó a tomar fotos más comerciales. Ahora que tenía ingresos estables, quería hacer lo que realmente le gustaba.

“Hazlo. Después yo te llevaré”, dijo.

La persona que ya había podido planear por sí misma su futuro cercano miró a quien, durante los últimos diez años, le había hecho muchas promesas.

“No te voy a decir a dónde voy”, dijo arrugando la nariz.

Era extraño que esta vez los dos se rieran juntos, como si hubieran dejado atrás lo ocurrido para empezar de nuevo. Aunque, en realidad, en el interior de alguien todavía seguía pesando una carga enorme.

En el ambiente cálido del hotel, Cho eligió primero tirarse a descansar sobre la cama. Mientras tanto, Bear volvió a abrir la computadora portátil después de todo el día, se concentró y empezó a despejar los correos pendientes tanto como pudo. Bear miró de reojo y vio que Cho se había dormido, así que pudo seguir trabajando hasta la tarde.

“¿Estás trabajando?” preguntó Cho restregándose los ojos, parado detrás de la persona ocupada.

“Hmm” Bear se volvió a mirar a quien tenía el cabello todo despeinado y extendió la mano para acariciarlo.

Un sentimiento de posesividad lo invadió al instante al ver la marca aún visible en la curva del cuello. Aunque no era un chupetón, aún quería que su junior fuera solo suyo.

“Cuando regrese, voy a estar muy ocupado” dijo Bear sobre la situación que se avecinaba. Había dejado el trabajo por demasiado tiempo, y era afortunado de no haber sido despedido.

“Mmm” Cho asintió, porque ya lo sabía.

“Pero iré a comer contigo todos los días.”

“Ya tengo hambre. No tienes que esforzarte tanto” dijo el junior estirándose perezosamente. Después de dormir tanto, empezaba a tener sueño otra vez.

Bear negó con la cabeza y dijo lo que pensaba: **“No es ningún esfuerzo.”**

Cho no dijo nada más. Ya había elegido vivir la vida que le satisfacía. Aunque lo amaba, no se pondría en el mismo lugar de antes. Además, quería que Bear siguiera siendo el Bear que amaba su trabajo, no que lo dejara todo como él había hecho antes. Tenía tan pocas expectativas que no estaba seguro de si sus caminos futuros se encontrarían.

“Tú eres muy importante para mí” dijo el mayor, diciendo algo que llevaba tiempo queriendo decir.

Sobre aquello de la importancia, que antes había sido un problema, hasta ahora quería que Cho supiera que había cambiado. Él amaba su trabajo, amaba a sus amigos, pero por encima de todo eso estaba la persona que tenía a su lado.

Eran cosas simples que cualquiera entendía, pero Bear las había olvidado. Había sido demasiado tonto durante demasiado tiempo.

“No parece propio de ti”, Cho se rio, porque de repente aquel Phi Bear había llegado a cambiar el orden de sus prioridades para darle un lugar a él.

“Entonces... algún día, ¿volveremos a casa juntos?”

Cho se tambaleó un poco cuando el hombre más alto se levantó y lo abrazó. Le acarició la espalda con cariño antes de decir la verdad:

“No te lo prometo.”

“Lo sé” dijo Bear. Sabía que era correcto que su junior no hiciera promesas vacías como él, pero aun así le dolía muchísimo.

“¿Qué carrera vas a estudiar para la maestría?”

“En realidad todavía no está muy claro” el junior se balanceaba de un lado a otro, pensando en lo que estaba enfocando.

“Quiero estudiar algo de arte digital, con práctica. Pero la mayoría son en universidades privadas. Si tengo que perder otros cuatro años, se siente mucho tiempo para alguien que ya ha trabajado tanto.”

“Entiendo...” Bear tampoco había pensado en eso. **“¿Quieres que te busque algún curso?”**

Cho miró a la persona que quería ayudar y respondió en voz baja: **“No es necesario. Quiero intentar hacer las cosas por mí mismo, para mejorar”** el junior sonrió débilmente.

Cho no parecía muy seguro, pero quería intentarlo solo. No era para ocultarle nada a su mayor, sino para crecer con sus propios pies.

A las cinco de la tarde salieron del hotel. Bear tomó la maleta de su junior al ver que el otro estaba ocupado cambiando el lente de la cámara.

“¿A dónde quieres ir?” preguntó el mayor, por si podía ayudar, ya que habían estado ahí antes.

“A caminar por Canal City” dijo el junior, refiriéndose al centro comercial más grande de la ciudad.

“¿Y luego a Yatai?” preguntó Bear.

Cho no respondió, solo asintió. El plan de Cho era igual al que Bear le había hecho la vez anterior.

“Si no hubiera venido, habrías venido solo, ¿verdad?” preguntó Bear.

“Hmm.”

“¿Y habrías llorado?”

“Soy muy fuerte, no voy a llorar.”

Bear sonrió ante la respuesta. Solo con eso ya sabía que su junior definitivamente lloraría.

“Tienes toda la nariz roja” le dijo Bear a la persona que seguía disfrutando tomando fotos del paisaje frente a él, sin importarle el viento fuerte que hacía que le corriera la nariz.

Al verlo, Bear se quitó su propia bufanda y se la envolvió al que estaba de espaldas tomando fotos del río.

Alguien había dicho una vez que viajar de verdad no se trata del destino, sino del camino. Por eso disfrutaron caminando, absorbiendo el ambiente y mirando a su alrededor. Después de caminar por el centro comercial buscando souvenirs de marcas locales, continuaron hacia Yatai, los puestos de street food junto al río. Cho probó de todo y dijo que estaba lleno, como siempre. Bebieron cada uno una jarra grande de cerveza fresca y decidieron regresar temprano al hotel porque el viento era demasiado fuerte y daba miedo.

Cho se tiró en la cama porque tenía frío hasta los huesos. Se enrolló como un burrito y tomó la cámara para revisar las fotos con pereza. Bear, que pensaba trabajar un rato más, se quedó mirando a la criatura en la cama. Al final, sonrió sin poder evitarlo.

“Oye” Cho se volvió y miró con fastidio a la persona que se había acostado en la cama y lo estaba apretando sin más.

“Trabaja tú también.”

“¿Cómo voy a poder trabajar así?”

Era extraño que pudiera, porque además de apretarse contra él, se había subido encima.

“¿Crees que eres ligero?” el junior intentaba apartarse, pero estaba enredado en las cobijas y además tenía a alguien acostado encima.

“Anoche sí me dejaste encima” dijo Bear con cara seria. Quería explicar que no solo era *“encima”*, sino que fingió dormir por miedo a que le pegara.

“Ay, Phi Bear...” Cho logró sentarse, pero la persona que fingía estar encima ahora estaba recostada sobre sus muslos.

“No te hagas el inocente.”

La persona que fingía dormir sonrió ligeramente, abrió los ojos y sacó algo de la bolsa que estaba junto a la cama.

“Hoy es Nochebuena” dijo Bear al ver la cara confundida de su junior.

“¿Y?”

“Compré esto para ti.”

Ese día toda la ciudad estaba llena de luces navideñas en los centros comerciales a pesar del fuerte viento. La noche cercana a fin de año, en diciembre, tenía un encanto especial. Mientras caminaban por el centro comercial, Bear había comprado algo.

“¿Eh?” La persona que casi nunca celebraba fechas importantes miró la caja negra rectangular con un lazo dorado, ni muy grande ni muy pequeña, que le entregaban. Al principio pensó que Bear lo había comprado como regalo para alguien en Tailandia.

“Rápido, tómalo” la persona que lo regalaba estaba tan avergonzada que tenía las orejas rojas.

Cho tomó la caja de regalo con facilidad, aunque todavía sorprendido.

“¿Cuándo lo compraste?”

“Cuando fuiste al baño.”

“¿Por qué me lo das?” el junior lo miró a los ojos.

“Solo quería dártelo.”

“Pero...” Cho miró la marca, que parecía bastante cara. **“Dijiste que le quedaba bien a Cho”** la persona que hablaba bajó la mirada porque no se atrevía a mirarlo a los ojos.

Antes de venir, Bear le había preguntado a su mamá cómo mantener este amor. Su mamá le dijo que lo mejor era cuidarlo cuando todo todavía iba bien: dar importancia, regalos en fechas especiales, atención, tiempo, incluso palabras de aliento. Todas las cosas que había hecho parecían llegar tarde. Por eso su junior preguntó con cara de sorpresa por qué le daba un regalo ese día.

Este regalo era el primero en muchos años. No... era un regalo de un extraño.

“Gracias” Cho sonrió ampliamente al ver una billetera larga color beige junto con una funda para el pecho del mismo color, haciendo juego. Al buscar el precio en su teléfono, vio que era una marca muy popular y que incluso se podía revender bien.

“Es muy caro” dijo Cho mirando el regalo y luego a su mayor.

“¿Cómo te atreviste a comprarlo, Phi Bear?” preguntó porque normalmente usaba cosas normales, ya que casi no salía.

Bear sonrió pero no dijo nada. Al escuchar que su junior saldría a estudiar y viajar, imaginó que le quedaría bien.

“Ser un extraño es mejor de verdad, ¿no?” Cho sonrió ampliamente. La mirada en sus ojos mostraba tanta alegría que la persona que lo observaba se quedó callada.

Bear antes había pensado por su cuenta que Cho no querría estas cosas. Había pensado demasiado por él y se odiaba a sí mismo al ver esa expresión de alegría que no podía ocultar. Que su junior dijera que era mejor ser un extraño... para la persona que daba el regalo, no se sentía bien en absoluto.

“Los extraños tienen reglas: cuando das algo, quieres algo a cambio”
Bear levantó la mano y le revolvió el cabello hasta dejarlo hecho un desastre.

“¿Qué? No te lo voy a devolver” se quejó Cho porque era muy caro. Aunque se lo pidiera ahora, ya era tarde.

Esta vez Bear señaló su propia mejilla y lo miró a los ojos para que entendiera lo que quería.

“¿Cuántos años tienes?” Cho hizo una cara rara. El Bear de hace unos días no le daba tanto repelús como ahora.

“Di *“gracias, Phi”* y dame un beso en la mejilla. Rápido” el mayor acercó la cara.

Primero Cho hizo una reverencia con las manos, luego dudó, pero al final se acercó y le dio un beso suave en la mejilla.

“Gracias.”

Bear sonrió ligeramente. Se sentía un poco mal, así que se levantó para bañarse primero.

Al final, la Nochebuena que Bear nunca había considerado importante casi terminaba a las once de la noche. Bear apartó las manos del laptop y miró a la persona que dormía en la cama. Cho dormía profundamente; solo asomaba parte de su cara de entre las cobijas. La punta de su nariz respingada hacía que sus labios se entreabrieran ligeramente mientras dormía.

Bear lo miró un rato antes de meterse bajo las mismas cobijas. Solo dejó encendida la luz de la cabecera porque aún no tenía sueño, pero pensaba en muchas cosas. Antes siempre era sobre trabajo, pero últimamente solo pensaba en la persona a su lado.

“**Mmm**” la persona que dormía profundamente se quejó cuando la abrazaron, porque el mayor le rozó el cuello con la barba. Pero cuando se acomodó, siguió durmiendo.

Bear pasó los dedos por la mejilla suave. Cho tenía muy buena piel y una cara que le encantaba. Por eso en la universidad se había esforzado tanto para conquistarlo. Y cuando lo tuvo, lo cuidó aún más. Lo que temía en ese entonces era que alguien se llevara a Cho, que veía el mundo con positividad y era adorable.

Era increíble que en solo diez años hubiera hecho todo lo que él mismo había temido.

Entendía bien que iban a separarse. Entendía bien que su junior tomaría otro camino. Aunque estaba seguro de que él lo seguiría y que su historia aún no terminaría, cada vez que veía esa espalda familiar alejándose, el mayor sentía que se le rompía el corazón.

“**¿Por qué no duermes?**” preguntó una voz somnolienta a la persona que solo le acariciaba la cara.

Cho bajó la cabeza y se acurrucó contra el pecho de su Phi. No era que no se hubiera dado cuenta de la actitud extraña de Bear durante varios días, pero cómo lo sabía... quería estar con Bear lo más posible en ese momento.

La persona más pequeña levantó las manos y lo abrazó por la cintura, acariciándolo suavemente como si consolara a un adulto perdido.

“Duerme. Mañana viene Santa a traer regalos” dijo, y se sonrió a sí mismo.

Sabía que probablemente era una tontería para su Phi, pero al menos hizo que apagara la luz y se acostara a abrazarlo.

“Sueña bonito, Cho” Bear abrazó fuerte al más pequeño contra su pecho. Se disculpó por centésima vez, pero eso nunca hacía que la niebla en su corazón se disipara.

“Sueña bonito.”

Día 25

Ya terminamos

El Yufuin no Mori es un tren turístico color verde oliva que representa el bosque. Tiene un aspecto elegante y hermoso, similar a los trenes que se ven en algún cuento de hadas. Como es un tren turístico, solo hace pocos viajes al día. Escucharon que es muy difícil conseguir boletos en días festivos. Más aún en Navidad como hoy, por lo que Cho, quien reservó con un mes de anticipación, estaba bastante tranquilo sabiendo que obtendría fotos hermosas desde este tren. Al principio pensó que Bear tendría que tomar un tren normal, pero resultó que quedaba exactamente un asiento libre en el mismo vagón, y Bear logró reservarlo justo a tiempo.

Llegó con una sonrisa radiante, porque además de conseguir el tren, también quedaba exactamente una habitación disponible en el único hotel hermoso y difícil de reservar junto al lago Kinrin en Yufuin (*aunque tuvo que pagar un extra para agregarlo a la habitación de su junior Cho*).

“¡Ya llegó! Mira, Cho” Bear señaló a su junior el tren de techo alto, verde con líneas doradas, que se acercaba al andén. Era tan bonito y llamativo que la gente en la estación se volteaba a mirarlo aunque no viajaran en él. Bear sonreía ampliamente porque el clima estaba excelente ese día y la mano que habían estado sosteniendo desde el hotel aún estaba muy cálida...

“¿Por qué estás de tan buen humor, Phi Bear?” Cho soltó la mano del otro porque quería tomar fotos.

“Siempre estoy así” Bear se encogió de hombros.

“Normalmente ya estás loco” Cho entrecerró los ojos mirándolo y se rió, esperando a que se abrieran las puertas del tren.

“Cho, Cho” Bear le dio un codazo para que mirara a una chica japonesa vestida de Santa que subía al mismo tren, pero en otro vagón.

“¿Qué?”

“¿Quieres ponerte uno? Te compro” apenas lo dijo, recibió una mirada fulminante y el junior levantó la mano como si fuera a pellizcarlo. Bear se apresuró a empujarlo por la espalda para subirlo al tren antes de que realmente lo golpeará.

Este tren iba desde la estación principal de Hakata hasta la ciudad de Beppu, famosa por sus onsen. Pero el highlight del viaje era cuando pasaba por Yufuin, la ciudad cercana a las montañas donde se quedarían y pasearían ese día. Cho pensó en secreto que las dos horas en el tren podrían ser tan largas que se echaría una siesta, pero en realidad todo fue más impresionante de lo esperado: la apariencia hermosa del tren, la decoración interior encantadora, el mostrador en el vagón central donde se podían pedir snacks o bebidas, y las vistas exteriores. Al salir de la ciudad, entraron en zonas de montañas y campos. Aunque no estaban tan verdes como en primavera, tenían la atmósfera perfecta de invierno y Navidad.

“Hay una cascada” Cho señaló a Bear la vista del otro lado por donde pasaba el tren. Del lado de ellos había una ladera que bajaba hacia los campos de abajo.

“Estás muy emocionado” rió Bear al ver a la persona que giraba la cabeza de un lado a otro aunque ya había vuelto a sentarse en su asiento reservado.

“Es verdad que ya había venido, pero no recuerdo mucho” dijo Cho, refiriéndose a hace varios años.

“Yo tampoco recuerdo mucho” Bear asintió siguiendo a su junior. En casi siete años, este lugar había cambiado muchísimo.

“Algo sí recuerdo: en esa época me corté el cabello en estilo *“raíz de baniano”*. Era muy gracioso” esto lo dijo Cho de sí mismo. En ese entonces se veía muy guapo, pero cada vez que veía las fotos de cuando Bear le propuso matrimonio, le dolía la cabeza por su propio peinado.

Bear se rió al recordarlo. Cho tenía una cara naturalmente linda, y con ese corte de pelo que estaba de moda en esa época se veía muy tierno.

“En ese entonces ni siquiera podía rascarme el cuello, el pelo me picaba los ojos” dijo Bear riéndose mientras hablaba.

“Di algo que no dé vergüenza” el junior se volteó con cara molesta.

La persona que hablaba sin pensar sonrió ampliamente.

“Algo sí recuerdo.”

“¿Qué?” Cho lo miró con desconfianza, y Bear no dejó que su junior siguiera dudando.

“Dormir en futón duele muchísimo el cuerpo.”

La persona que escuchaba abrió mucho los ojos al oír sobre lo del futón de hace varios años... ¡esa cosa buena! ¿Por qué no la recordaba?

“¿Los extraños hablan de estas cosas?”

Bear se rió sentado. Recordaba que en su primer viaje juntos a Japón quisieron un hotel con futones al estilo japonés local. En esa época su relación estaba muy dulce, hacía frío, estaban bajo la misma cobija y habían bebido un poco, así que probaron el futón desde las diez de la noche hasta las cuatro de la mañana. Era raro que no les doliera la espalda.

Así es cuando todo es nuevo y apasionado...

El mayor levantó la mano y acarició el cabello de ese *“extraño”*. *Tal vez hoy era el día de recordar el pasado...*

Salieron de la estación de Yufuin un poco después del mediodía. Aunque ya habían estado ahí, aún se impresionaban con la calle larga que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, guiando la mirada hacia las imponentes montañas al fondo. Era tan hermoso que por un momento se les olvidaba respirar. A lo largo de esa calle larga había tiendas una tras otra, cada una decorada con mucho gusto, lo que hacía la calle aún más encantadora.

“Yo puedo cargar mi mochila” dijo Cho refiriéndose a la persona que le había quitado su mochila. Ahora solo cargaba la cámara.

“Quiero cargarla yo.”

“Si me canso, ¿me vas a cargar en brazos o qué?” preguntó el junior frunciendo el ceño.

Bear se inclinó a mirarlo, sonrió y preguntó: **“¿Quieres probar a cansarte?”**

“Ay, Phi Bear...” Cho suspiró porque cuando el otro estaba de buen humor, se ponía muy fastidioso.

Cho se quejó de que su mayor era molesto y luego volvió a concentrarse en tomar fotos.

Entraron y salieron de tiendas como si nada. Caminaban despacio porque no querían perderse ninguna comida deliciosa. Otro motivo era que había muchísima gente; en algunas tiendas ni siquiera podían entrar. Al final, el almuerzo terminó con un plato de arroz con hamburguesa de sabor dulce.

Después de tomar fotos en cada rincón y caminar hasta el final de la calle, doblaron a la derecha por un pequeño sendero y apareció ante sus ojos un lago de agua cristalina. Desde ahí se podía ver el hotel que habían reservado, con la fachada hacia el lago, haciendo que su reflejo se viera en la superficie del agua. Era tan bonito que no pudo evitar levantar la cámara para tomar más fotos.

“¿Quieres apostar si nos dan la misma habitación de antes?” preguntó Bear a la persona que estaba tomando fotos y admirando la vista.

Cho se rió: **“Eso sería demasiado. Si es la misma, tengo que tomar el número y comprar lotería.”**

Y cuando entraron a hacer el check-in a las tres de la tarde, se dieron cuenta de que lo que Bear había dicho no era exagerado en absoluto.

“Creo que buscaron en los datos viejos” dijo Bear.

Cho no quería opinar nada porque estaba impresionado. Miraba los dos futones uno al lado del otro, pensando si aquí ya habrían mejorado los futones o si todavía le dolería la espalda...

La habitación era pequeña pero limpia, y el balcón tenía una vista completa y hermosa del lago.

Bear, que había estado de buen humor desde que entró, miró a la persona con cara de sueño que, después de comer bien y tomar un buen café, en vez de estar enérgica se tiró en el futón, tomó la cámara y se puso a ver fotos sin decir nada sobre la habitación.

“No me molestes” Cho rápidamente señaló con el dedo a la persona que se preparaba para tirarse encima de él, pero ya era tarde: le hicieron cosquillas hasta que se retorció y se le cayeron los lentes.

“¡Jajaja, no!”

“...Estás haciendo mucho ruido” Bear le tapó la boca al junior, luego se acostó encima de él con todo el cuerpo y al final logró molestarlo a gusto.

“Es que Phi me está molestando” el junior se limpió las lágrimas, empujó el hombro de su mayor y luego metió lentamente la mano en el bolsillo de su hoodie.

“Toma.”

“¿Qué es?” Bear miró el llavero pequeñito en la mano de su junior sin entender qué era.

“Es para ti.”

“¿Eh?”

Cho se sentó y le entregó el llavero de la figura de Totoro que había comprado de paso. Solo quería agradecerle el regalo de ayer.

“Hoy es Navidad” dijo el junior sonriendo. En realidad, no quería que su mayor estuviera triste como el día anterior.

Bear lo miró a los ojos redondos, observó las mejillas ligeramente sonrojadas y sonrió con ternura.

Bear sostuvo la mirada de aquellos ojos redondos, observó sus mejillas ligeramente sonrojadas y sonrió.

“¿Phi Bear alguna vez viste esta película animada?”

“Nunca.”

Bear, que no tenía mucha ternura en su corazón, miró el muñeco de apariencia extraña en la palma de su mano y negó con la cabeza.

“Totoro es un espíritu del bosque.”

“¿Ese gato que camina en dos patas?”

“Phi Bear, no insultes al señor”, Cho hizo un puchero antes de quejarse de que no lo interrumpiera.

“Totoro es amable con los niños.”

Bear miró la actitud de Cho y se echó a reír. Levantó la otra mano y le acarició el cabello suave. Hace un momento todavía lo llamaba “*señor*”, y ahora ya lo llamaba “*eso*”.

So también se rió. Miró la figura en la mano de su mayor y dijo poco a poco: **“Creo que da un poco de miedo, pero en el fondo es amable, como tú, Phi.”**

“¿Para Cho... todavía soy bueno?” Bear levantó la mirada para preguntar. No podía creer que solo un objeto pequeño y unas cuantas palabras pudieran aliviar algo tan pesado en su corazón.

Cho asintió ligeramente. *Para él, lo bueno era bueno y lo malo era malo; no los mezclaba.* Aunque se habían descuidado mutuamente, no había un solo día en que Cho sintiera que Bear no se preocupaba por él. Tal vez porque se preocupaba, lo regañaba y se enojaba cuando no hacía lo que quería o se portaba terco.

Bear ya ni recordaba cuánto había cambiado desde antes hasta ahora. Precisamente por eso se odiaba más por haber descuidado al otro. Miró los ojos claros frente a él y se odió por haber querido que su junior fuera tan capaz como los demás, por haber comparado a Cho, que era más lento en algunas cosas, con otras personas.

Cho, que lo amaba... solo había una persona así.

“¿Qué te pasa, Phi Bear?” el junior se asustó cuando de repente lo abrazaron con fuerza.

“Otra vez fingiendo para abrazarme” Cho le dio golpecitos suaves en la espalda.

Esta vez el rey de fingir no parecía querer soltar el abrazo; al contrario, lo abrazó aún más fuerte.

Cho se dio cuenta de que Bear estaba actuando raro. Se asustó porque sentía que el cuerpo de su mayor temblaba, y hasta que sintió una lágrima grande caer en su hombro reaccionó...

“¿Qué te pasa?” Cho le acariciaba la espalda una y otra vez sin entender... Se suponía que ya se entendían.

“¿Totoro es tan aterrador?” dijo el junior sonriendo, aunque le dolía el corazón ver a Bear tan vulnerable. Aun así, él tampoco sabía cómo manejar esta situación.

En el valle solo había un pequeño bar. En medio de un ambiente tenue, Bear tomó de la mano a la persona más joven y salieron del hotel por la noche, después de la cena. Caminaron por la ladera de la montaña, luego doblaron a la izquierda hacia el camino del pueblo y las tiendas que ya estaban más tranquilas porque los turistas comenzaban a retirarse.

Los dos se sentaron frente al mostrador del bar y pidieron cada uno una jarra grande de cerveza, como siempre. Parecía que el empleado quería entablar conversación, pero al darse cuenta de que eran extranjeros y que la pareja quería tiempo a solas, se alejó para atender a otros clientes. El ambiente en el pequeño bar estaba lleno de conversaciones y música jazz suave.

“Estás bebiendo mejor” comentó Bear al junior que en menos de diez minutos casi había terminado su jarra.

“Cuando bebo duermo mejor” dijo Cho antes de llamar al empleado para pedir otra.

El mayor miró a la persona que probablemente ya estaba mareada por beber tan rápido. Las mejillas del junior estaban sonrojadas y sus ojos comenzaban a verse vidriosos.

“Esperaba por ti todos los días y me sentía solo, así que bebía para quedarme dormido.”

“Mmm...” Bear asintió. Aunque acababa de enterarse, se sentía aliviado de que su junior hubiera elegido hablar hoy de las causas de todo lo que había pasado. Pero también le dolía saber que era demasiado tarde.

“A ver, levanta la cara un poco” Bear tocó la mejilla de la persona que de repente bajó la cabeza.

“Pensé que estabas llorando” suspiró al ver que su junior no lloraba como creía.

“No estoy...” la persona que empezaba a estar mareada negó con la cabeza y lo miró directamente.

“¿Por qué estás llorando tú?”

Bear no respondió, así que Cho se quedó mirándolo. Ya había notado desde hacía rato que Bear estaba cambiando, pero no para mejor: ayer estaba deprimido y hoy estaba llorando.

“¿Por qué sigues siendo bueno conmigo, Cho?”

Como el junior había elegido hablar de todo mientras bebía, Bear eligió preguntar algo que podría hacerle sentir peor.

Directamente, Cho bajó la mirada hacia la espuma de su cerveza y respondió con sinceridad: **“Es porque te amo Phi.”** *Porque todavía lo amaba... por eso quería ser bueno con él.*

Esta vez fue Bear quien miró fijamente a su junior. Todo se reducía a esto...

Se inclinó y le dio un beso suave en la mejilla, luego susurró: **“Phi también te ama Cho.”**

Cho asintió al ritmo de la música suave de fondo.

“Lo sé” Cho lo sabía todo. *Sabía que su relación era como la de muchas parejas en el mundo: había años dulces, años tranquilos, años malos, y después venían los años de dar una oportunidad o de separarse; era imposible predecirlo.*

Ellos se habían amado durante mucho tiempo y había muchos más recuerdos buenos que malos, por eso todavía se atrevían a decir con toda la boca que se amaban. Pero si ahora no cambiaban... solo lograrían no entenderse y empeorar.

“Si lo sabes, ¿por qué no te quedas conmigo?”

“Porque tú eres malo, Phi Bear.”

Bear sonrió ante lo que dijo su junior. Era verdad que en los últimos años había sido malo, especialmente en el último medio año, que seguramente había lastimado mucho a su junior.

“Ya no seré malo.” Bear estaba seguro de que esperaría, de que estaría ahí para que las heridas de su junior dejaran de doler.

“Tengo miedo.”

“Lo sé.”

De lo que estaba pasando ahora ya lo sabían todo... lo que no sabían era el futuro.

“¿Ya me llamas?” Air contestó el teléfono inmediatamente al ver de quién era la llamada.

Salió al jardín frente a la casa para contestar la llamada internacional. En la videollamada se veía a Cho parado en algún lugar, con un lago oscuro al fondo.

[Estoy enojado con la que vendió información] Cho se recargó en el balcón para que su amiga viera toda la vista, pero cuando dijo que estaba enojado, acercó la cara y frunció el ceño para que Air lo viera.

“¿Me convertí en un perro ahora?”, Air hizo un puchero y preguntó por su amigo que había desaparecido de escribir en el blog y de los reportes matutinos después de enterarse de que alguien había ido a buscarlo hasta Japón.

[Todavía no, solo casi] Cho dijo guiñando un ojo. Mientras más cara de sorpresa ponía su amiga, más gracia le daba.

“¿Cómo vas, Cho?” ella se tranquilizó al verlo sonreír, pero aún quería saber.

[Ya nos pusimos de acuerdo.]

“¿Cómo?”

[Le dije que regresaré a vivir con mamá un tiempo.]

Air solo miraba la cara de su amigo en la pantalla. Su expresión mostraba que no entendía todo, pero como había escuchado que Cho tenía muchas cosas que quería hacer, preguntó de nuevo para confirmar.

“¿O sea que terminaron?”

[Hmm... sí.] Cho asintió. Se sentó en la silla de madera del balcón y movió la cabeza de un lado a otro.

[Pero tal vez sigamos hablando hasta que todo mejore... supongo.] La persona que llevaba lentes se subió los suyos mientras hablaba.

Air sabía cuánto amaba su amigo a Bear y cuánto había sufrido. Al mismo tiempo, veía cómo era Bear. No quería entrometerse en la relación de nadie, especialmente de un amigo al que quería mucho. Solo quería apoyarlo para que todo se resolviera de la mejor manera.

[Gracias, Air.]

Air sonrió y negó con la cabeza, luego se disculpó de nuevo.

“Soy yo quien debe disculparse por meterme más de la cuenta.”

[Si fueras un perro, serías un Shiba, créeme.]

“Este tipo...”

Cho se rió divertido, pero su amiga se enojó y cambió el tema.

[Estamos en Yufuin, detrás está el lago Kinrin.]

La persona que quería venir a este lugar abrió mucho los ojos.

“¡Quiero ir!” Air se quejó de que si no tuviera al bebé, habría podido viajar con él.

[Espera a que crezca y te traigo.]

“Promételo.”

Hablaron de varias cosas: del clima, de los souvenirs, etc. Al final regresaron al tema original, el que Air siempre enfatizaba: que Cho eligiera todo primero para sí mismo.

“Entonces aprovecha el tiempo para hacer lo que quieres” dijo Air sobre los planes futuros que su amigo acababa de contarle. Se veían mucho más coloridos y divertidos que quedarse en casa como antes.

Air creía que esta oportunidad era para que ambos ajustaran, corrigieran y caminaran por un buen camino para sí mismos, sin lastimarse mutuamente el amor.

[Gracias.] Cho sonrió dulcemente.

Antes de que pudieran despedirse, Air escuchó el sonido de una puerta corrediza abriéndose y una voz llamando.

[Cho, ya abrí el agua caliente.]

Cho decidió no responder porque estaba en shock. Del otro lado de la línea, Air frunció el ceño con fuerza, como si no estuviera segura de lo que había escuchado.

[Esta noche vamos a bañarnos juntos.] Bear asomó la cara, sin tener idea de con quién estaba hablando su junior.

“Ah...” la persona que estaba en shock en ese momento. Incluso después de colgar, no sabía qué hacer.

[Después te ayudo a bañarte.]

“¿Pero no era que terminaron?!” Air se quedó con la boca abierta.

¡Esto era claramente un viaje de luna de miel para recuperar la dulzura!

Día 26

¿Ya se te pasó el dolor?

Los rayos del sol caían sobre sus hombros y el lago. Una cortina delgada filtraba la luz dorada. La ciudad turística, que solía estar llena de gente por las mañanas, dormía en silencio porque los visitantes aún no habían llegado. Estaba tan quieto que se podía escuchar el suave ritmo de la respiración junto al oído.

Bear apretó el abrazo un poco más. Siempre les había gustado encender el aire acondicionado para que los abrazos se sintieran cálidos; esta vez, en cambio, solo encendió la calefacción muy baja, para sentir más el calor del cuerpo del otro. Las pestañas gruesas de Cho se cerraban suavemente, y sus labios carnosos se entreabrían un poco mientras dormía profundamente.

El mayor lo miró y sonrió sin darse cuenta. *Cho era lindo cuando estaba tranquilo, pero también era adorable cuando se ponía terco.* Bear sabía que cuando se vive mucho tiempo con alguien, es fácil notar los defectos del otro. Por eso, aunque no debería pasar, a veces se molestaban o actuaban

mal por el humor del momento. Pero lo curioso era que, al mirar hacia atrás, Bear se daba cuenta de que, aparte de las veces en que Cho se ponía caprichoso, él nunca había hecho nada que lo lastimara de verdad. A diferencia de él, que había hecho muchas cosas sin pensar.

Antes, Bear había dudado de las buenas intenciones de Cho. No entendía por qué, si lo amaba, insistía tanto en separarse. Ahora lo entendía, pero le surgía una nueva duda: ¿por qué él, que decía amar tanto a Cho, lo había dejado solo durante tanto tiempo...?

Bear se movió un poco cuando la persona más pequeña extendió la mano y lo abrazó. Luego murmuró que tenía frío. Bear sabía que cuando Cho estaba ebrio o medio dormido, se volvía una persona completamente diferente. Aunque la noche anterior, cuando lo invitó a ducharse y hacer otras cosas, había rechazado con firmeza.

“¿Ya entraste en calor?” preguntó Bear a quien parecía estar despertando. Cuanto más lo abrazaba, más sonreía la mejilla blanca de Cho.

El teléfono móvil vibró y sonó a las siete de la mañana. Bear no quería levantarse de la cama, pero como sonó por segunda vez, no tuvo más remedio.

“Hola” contestó, conteniendo un bostezo.

[Phi Bear, es urgente. Mañana el cliente va a hacer un live, pero el sistema anterior está sacando datos equivocados de no sé dónde] se escuchó una voz angustiada desde Tailandia.

Quien aún no había despertado del todo frunció el ceño al oír el problema. *Ese día era el lanzamiento oficial del sistema para un cliente importante, y el trabajo del día siguiente era crucial. Habría sido perfecto si el sistema que habían desarrollado durante tanto tiempo funcionara según lo esperado, pero parecía que no era así...*

“¿Dónde está el error?”

[En el registro de hipotecas. No está trayendo el monto correcto] La palabra *“incorrecto”* era más amplia de lo que Bear podía imaginar, y mientras más escuchaba, más se angustiaba, porque se trataba de dinero.

Un sistema que calculaba mal el dinero... Lo único que se le ocurría era que el dinero del cliente desapareciera y él tuviera que compensarlo después.

“Déjame ver.”

[Phi Dew lleva intentando arreglarlo desde anoche y no ha podido.]

“Está bien, voy a abrir la laptop primero.” Se levantó rápidamente y abrió su delgada laptop en el escritorio que daba al balcón. Mientras esperaba a que el sistema operativo cargara, miró de reojo a la persona que acababa de despertar.

Bear se acercó, se inclinó y besó la frente de Cho, como pidiendo permiso.

“Voy a trabajar un rato, ¿sí?”

Cho sonrió y asintió. Entendía este tipo de situaciones. Al final, quien quería seguir mimando a su novio se levantó, se lavó la cara y se cepilló los dientes. Al salir, vio que Bear parecía más estresado que antes mientras hablaba por teléfono y trabajaba.

“Voy a salir a tomar fotos y a desayunar. ¿Quieres algo?”

“Todavía no, come tú primero” contestó Bear con voz seria, sin apartar la vista de la pantalla.

Cho sabía que Bear se quejaba de que con una sola pantalla no le daba tiempo a todo. Lo observó un rato mientras trabajaba a toda velocidad, luego tomó su cámara y su billetera y salió de la habitación.

Lo que inicialmente había planeado como un café calentito con Bear cambió: primero fue a tomar fotos cerca de la estación, y luego pasó por el café que había visto en las reseñas el día anterior. Se sentó a disfrutar un café con leche y un sándwich relleno, revisando las fotos que había tomado esa mañana. Como el sol estaba perfecto, había sacado más de trescientas fotos.

Fue pasando las fotos de ese día y del anterior sin prisa. La que más lo hizo sonreír fue una en la que Bear, el hombre grande, ponía cara de molestia porque un gato de la cafetería se había subido a su regazo. Bear se quejaba de que pesaba y de que no le gustaban los gatos, pero aun así lo acariciaba en la cabeza al gato naranja.

Bear era bocón, sí... pero tenía muy buen corazón.

Cho sonrió con ternura al ver la foto en la que Bear posaba de forma coqueta frente a la cámara. *Aunque ya habían terminado, todavía no entendía cómo podría dejar de amar a alguien como él.*

“Compré salchichas calientes para ti. Acaban de abrir” dijo Cho al entrar a la habitación alrededor de las nueve. Vio que Bear seguía sentado en el mismo lugar, con la espalda recta.

“Gracias” contestó Bear, mirándolo un segundo antes de volver a la pantalla para continuar la reunión con varias personas.

Cho se alejó lentamente de la pantalla al darse cuenta de que era una videollamada. Todos parecían demasiado estresados como para notar su presencia.

Bear terminó de hablar del problema de antes y notó que Cho había desaparecido. La concentración que tenía en el trabajo se esfumó.

“¿Cho?” Bear miró alrededor de la habitación, pero no lo vio.

“¿Cho?” Abrió la puerta corredera del balcón y suspiró aliviado al ver a la persona conocida parada ahí, revisando su teléfono.

“¿Qué pasa, Phi Bear?” Cho levantó la vista, todavía sonriendo porque acababa de hablar con su mamá de algo gracioso.

“¿A qué hora nos vamos de aquí?” preguntó el mayor para disimular, con el corazón aún latiendo fuerte por el susto de hace un momento.

“Alrededor del mediodía, creo.”

“Está bien. Voy a apurarme. Ya terminé el trabajo, solo queda la reunión y cierro la laptop.”

Cho se extrañó un poco por la prisa con la que Bear le explicaba, pero asintió.

“Entendido.”

“Perdón por hacerte esperar.”

“No pasa nada. Ve a trabajar” dijo Cho sonriendo y negando suavemente con la cabeza.

A las once en punto todo empezó a resolverse. Bear miraba la pantalla de la laptop mientras los juniors se despedían de él varias veces con una reverencia.

[Phi Bear, muchas gracias.]

Los programadores juniors parecían a punto de llorar mientras le hacían reverencias al héroe del día.

Bear solo sonrió y les dijo que no era nada.

“Vayan rápido a hablar con Phi Yuu y el cliente, no vayan a llegar tarde” les dijo Bear, porque sabía que los que más sufrían eran los que tenían que dar la cara con el cliente, no él.

[Gracias, Bear. Por fin voy a poder dormir] Bear se rió al ver la cara de cansancio de Phi Dew, quien claramente no había dormido. Después de despedirse, cerró la laptop.

Al voltear, vio que Cho estaba guardando las cosas en la maleta.

“Ya guardé tus cosas del baño.”

“Gracias.”

Bear miró las salchichas que se habían enfriado sobre la mesa después de casi una hora. Las tomó y las comió aunque no tenía hambre, porque le recordaban a esos platos que se dejaban enfriar en la cocina de casa.

En ese momento entendió que si no valoraba los detalles que Cho tenía con él, pronto podría no recibirlos más.

“¿Qué es?” preguntó Cho cuando, de repente, Bear le extendió algo: un papel color café.

“Ayer, mientras Cho dormía, Santa bajó por la chimenea y dejó esto.”

“¿Qué chimenea ni qué chimenea?”

Bear se rió cuando Cho frunció el ceño con fuerza y lo miró.

“Es un regalo para el gato.”

Abrió la bolsa de papel y le mostró el collar para gato que había comprado el día anterior. Tenía una campanita muy linda.

“Extrañas a tu gato, ¿verdad? Mamá me manda fotos todos los días” dijo Cho, abriendo la pantalla de su teléfono para mostrarle fotos y videos.

La amplia sonrisa de quien se acercó más hizo que Bear sonriera también.

“Cuando volvamos, voy a jugar mucho con él.”

Cho escuchó esa promesa que parecía salir del corazón. No alcanzó a responder cuando el teléfono de Bear sonó de nuevo. Esta vez la llamada fue corta.

“¿Vas a volver a Tailandia primero, Phi Bear?” preguntó Cho en serio. *No quería retenerlo en un momento como ese.*

Bear se había prometido a sí mismo y a Cho que se quedaría hasta que pudieran volver juntos.

“Quiero estar con Cho” *Si regresaba ahora... ¿qué más podría hacer aparte de volver a ser alguien que incumple sus promesas?*

“Más tarde yo también regreso.”

El otro frunció el ceño, sin entender del todo.

“Pensé que Cho se quedaría hasta fin de año...”

Cho sonrió de nuevo antes de explicar:

“Desde hoy, todas las tiendas, centros comerciales y todo eso están cerrados. Aquí tienen un feriado largo después de Navidad.”

“Entonces volvemos juntos, ¿verdad?” *Para Bear daba igual... solo quería regresar con Cho.*

Después de empacar juntos, llegó el momento de continuar el viaje. Cho bajó primero y dejó que Bear hiciera el check-out. Él salió a esperar afuera del hotel, levantó la vista hacia los hombros de las montañas y respiró profundamente el aire frío pero puro.

Cuando se abrazaron antes, no había sido su intención, pero vio un mensaje en el teléfono de Bear. Decía que el equipo ya no aguantaba más, que no encontraban a nadie para reemplazar, que el cliente estaba presionando y que todo el equipo estaba a punto de colapsar.

Cho acababa de darse cuenta de que la responsabilidad de Bear era mucho mayor de lo que imaginaba. Bear le había contado un poco sobre su trabajo, que era difícil encontrar reemplazos, y que no era algo que se resolviera en uno o dos meses. Por eso, si tenía que retrasar el regreso por esa razón, Cho podía aceptarlo.

En cualquier momento, una de las mayores felicidades de Cho era ver a Bear feliz.

Ser adulto no es ni tan difícil ni tan fácil. Aunque duela, hay que seguir adelante. Y si quieres ser un buen adulto, debes ser responsable y tener una visión amplia del mundo, de las personas y de las cosas. Todo eso se afila con la experiencia, no con la imaginación.

Ahora eran demasiado grandes para que alguien los abrazara y consolara como antes. Tenían que abrazarse a sí mismos y continuar caminando.

Cho sentía que ahora veía todo con mayor amplitud que cuando estaba atrapado en el remolino de tristeza de antes. Sabía que en la vida siempre hay pérdidas, pero el camino y el tiempo transcurrido le habían dado la certeza de que, si tenían que perderse, no sería en este momento. Incluso si era la última oportunidad, estaba dispuesto a tomarla.

Sin embargo, por mucho que se quisieran, un buen amor debe comenzar por el amor propio. Por eso Cho aún dudaba en volver a ser como antes.

No quería estar con su pareja solo por el sentimiento de amor, sino crecer, ver las cosas con mayor amplitud, mientras seguía tomándolo de la mano.

Beppu es una ciudad de aguas termales con muchos lugares para visitar. El highlight es el tour a los “*infiernos*” (*pozos termales naturales*). Esa noche, Cho reservó un hotel con aguas termales naturales y una bañera privada. Como hacía mucho viento, en lugar de visitar varios lugares, solo caminaron por los templos y regresaron al hotel por la tarde. Otra razón era que vio que Bear estaba tan preocupado por el trabajo y por él que parecía que la cabeza le daba vueltas.

Cho notó que Bear se preocupaba por sus sentimientos y por eso contestaba las llamadas lo más breve posible, pero la otra parte seguía llamando con más frecuencia que de costumbre, aunque el trabajo principal había terminado antes del mediodía.

Él, que antes no entendía realmente lo difícil que era el trabajo de Bear, ahora lo comprendía...

“¿Reservo los boletos?” preguntó Cho después de organizar sus propios asuntos.

“Claro. ¿Hay asientos juntos?”

“Hay” Cho sonrió porque acababa de seleccionar asientos contiguos.

“¿A qué hora?”

“A las ocho del 28. Mañana regresamos a Hakata, y pasado mañana a las cinco de la mañana tomamos el primer tren al aeropuerto” explicó Cho con el plan que acababa de armar sobre la marcha.

“Entendido” contestó Bear, un poco sorprendido por el cambio repentino de planes. *Creía que Cho iría primero a Yamasaki y Kumamoto, pero estaba tan distraído con los correos de esa mañana que no había prestado mucha atención.*

Para ambos, deseaban que ese momento durara para siempre. Cho miraba el rostro de Bear una y otra vez. *Bear le devolvía la mirada con ojos llenos de cariño y añoranza, ya no con esa frialdad de antes.*

Esa noche, cuando Cho le propuso bañarse juntos, Bear se sorprendió bastante.

En la bañera de agua casi caliente, sus cuerpos se pegaban. Bear apoyó la barbilla en el hombro de Cho y lo besó repetidamente con posesividad. Sus manos grandes sujetaban las más pequeñas, acariciándolas.

“¿Es porque me quedé en casa y no salí que estoy tan blanco?” preguntó, porque el contraste de su piel se notaba mucho. Ya no era como antes.

“Ajá.”

“¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? Eras pequeñito como ahora. Te vi sentado jugando videojuegos con tus amigos bajo el edificio de la facultad.” *Como no quería hablar del futuro, prefirió recordar el dulce pasado.*

“Eras muy lindo en esa época,” dijo Bear, algo que nunca había expresado antes.

El chico de primer año, pequeño y con lentes redondos, se reía a carcajadas cuando estaba con sus amigos. Era como un rayo de luz fresca para Bear, que estaba en cuarto año y tenía muchos proyectos. Aunque estudiaban carreras diferentes, Bear lo miraba a menudo.

“Pensé que ya tenías pareja, por eso no me atrevía a acercarme. Tenía miedo de que no te gustaran los chicos” contó Bear.

“En esa época Phi Bear era muy popular”, Cho sonrió. Todavía le sorprendía que alguien como Bear se hubiera fijado en él.

El que estudiaba hasta la locura y apenas tenía tiempo para sí mismo se rió y preguntó: **“¿Te acuerdas cuando invité a todo un grupo de primer año a comer?”**

Cho se rió porque sí se acordaba. Estaba sentado con siete amigos cuando la dueña del restaurante les dijo que la mesa de los seniors ya había pagado.

“Fueron quinientos baht solo por el almuerzo.” *Y esa fue la primera vez que sus miradas se cruzaron.*

En ese momento Cho se volteó a agradecer, y después empezaron a mirarse a escondidas. Cómo Bear era guapo, Cho pensó que seguro tenía novia. Creyó que estaría coqueteando con alguien más del grupo, hasta que...

“Entonces le pedí a un amigo que te pidiera tu número.”

“Me sorprendí muchísimo.” El chico con lentes se había quedado congelado frente al salón cuando un senior fue a pedirle el número. En esa época las redes sociales aún no eran tan comunes.

“Me puse tan feliz que invité a mis amigos a comer tres veces. Gracias...” Tomó la mano de Cho y la besó, agradecido de verdad por haberle dado una oportunidad en ese entonces.

Cho tomó la mano de Bear y la puso frente a él, luego apoyó la mejilla. El vapor del agua caliente flotaba en el aire frío, haciéndolo sentir como si estuviera soñando. Al principio pensó que lloraría solo en la bañera termal, pero en realidad estaba tan feliz que no podía dejar de sonreír.

Cho seguía pensando en lo que Bear había dicho y de repente soltó una risita.

“¿Te acuerdas de nuestra boda, cuando bailaste tanto que se te rompió el pantalón?” dijo riendo a carcajadas. Bear estaba borracho y sus amigos lo habían animado; bailó de una forma que rompió sus pantalones slim que le quedaban perfectos.

“Todo el mundo en la boda se enteró de que era grande.”

“Grande a morir” rió Cho con fuerza.

“¿Y te acuerdas cuando compramos la casa? Teníamos miedo de si podríamos pagar las cuotas y las remodelaciones eran carísimas.”

“Sí me acuerdo. Me daba pena que tuvieras que ir a trabajar en moto.” En esa época acababan de comprar la casa, el trabajo de Cho aún no estaba estable y no alcanzaba para comprar un auto, así que Bear compró una moto pequeña para ir a la ciudad.

“Y después de eso Cho empezó a vender más fotos, ¿verdad?” Una vez que el trabajo de Cho mejoró, todo empezó a fluir.

“Al principio, cuando vendí mis primeras fotos, gané mucho. Comí tanto que engordé” dijo el que antes había estado gordo, y recordó más cosas. Solo había buenos recuerdos.

“Y cuando compramos el auto viajamos muchísimo. Pero todavía no completamos la lista de viajes.”

Cho sonrió tanto que se le cerraron los ojos. *Viajar con Bear era muy divertido. Discutían de vez en cuando, pero todas las noches terminaban abrazados.*

“Pero cuando Cho empezó a aprender a manejar, eso fue lo que más me preocupó. Casi no dormía” dijo el que se angustiaba por él.

“Es que no quería estar esperando a que vinieras a recogerme y llevarme a todos lados” contestó quien, después de pasar mucho tiempo en casa, tenía que esperar a que Bear lo llevara.

“Y después de ese cambio de trabajo, Phi Bear empezó a trabajar mucho más, ¿verdad?” Cho recordaba que el nuevo sueldo era muy bueno, pero venía acompañado de muchas otras cosas.

“La verdad es que empezamos a distanciarnos más o menos en el último año o dos...” Sabía que Bear tenía que tener mucha disciplina. Para crecer tenía que desarrollarse, y estando en una organización llena de gente talentosa, tenía que trabajar aún más duro. El puesto que consiguió no había sido nada fácil.

“No está mal que ames tanto tu trabajo...”

“Es una lástima, ¿verdad?” dijo Cho antes de negar con la cabeza.
“No... en realidad te extraño.”

Cho se giró para mirar al hombre más grande.

“Te extraño...” dijo.

Extrañaba tanto las cosas buenas como las malas. Nunca habían tenido peleas graves, ni habían hablado realmente de sus errores. Al hundirse en el dolor, parecía que no podían adaptarse, aunque en realidad los momentos felices habían sido muchos más que los dolorosos.

“¿Extrañas qué? Estoy aquí, ¿no?” Bear miró los hermosos ojos que reflejaban su rostro. Cho se giró, se sentó a horcajadas sobre él y apoyó la cabeza en su hombro.

Si lo que antes se había roto no se podía arreglar... entonces quería construir algo nuevo, más fuerte que antes.

“Haré todo lo que Cho quiera hacer. No me voy a ir a ningún lado.” No quería decirlo a la ligera, por eso apretó el abrazo.

“Sé que en el fondo Cho probablemente tiene miedo y no confía del todo, pero quiero que sepas que ahora quiero apoyarte en todo.”

Besó la sien de Cho.

“No tienes que volver si no quieres, pero quiero que sepas que todavía te amo.” Aunque le doliera tener que soltarlo, no quería que Cho sufriera si decidía quedarse con él.

Quien escuchaba se sorprendió de no estar llorando, sino de querer decir algo.

“Yo también perdón por haberme escapado y no haber hablado claro.”

Bear sonrió y se meció suavemente.

“Ya no tenemos que pedirnos perdón todo el tiempo. Guardémoslo como una lección” le dijo al otro y a sí mismo.

“¿Ya se te pasó el dolor?” La mano acariciaba suavemente la espalda cálida.

“Ya no me duele.” Cho negó con la cabeza. *Su corazón estaba mucho mejor, y creía que en poco tiempo la herida sanaría por completo.*

“Entonces esta noche... ¿puedo abrazarte otra vez?”

Cho lo miró. *Aquella mirada emotiva de hace un momento... ¿qué significaba?*

“Phi Bear, qué molesto” Cho golpeó la mano del mayor, que estaba acariciando y apretando su trasero.

“¡Ya no duele!”

Bear se rió. Solo no quería hacer llorar de nuevo a la persona que amaba. Tener a alguien tan suave, blanco y apretado contra él... ¿qué hombre podría resistirse?

Día 27

Último día

Antes, alrededor de las siete de la mañana, Cho se levantaba para sacar al gato a pasear y ver pájaros en el parque del barrio. Bear solía quejarse de que Cho trataba al gato como si fuera un perro, pero al gato parecía encantarle salir a caminar. Incluso llegaba a despertarlo a tiempo. A eso de las siete y media regresaban, preparaban el desayuno, se duchaban, comían y se alistaban para empezar a trabajar a las ocho. Bear, en cambio, se despertaba a distintas horas, dependiendo del trabajo de la noche anterior y de sus pendientes del día. Si tenía que ir a ver a un cliente, salía a la hora acordada, pero si era día de oficina, no llegaba después del mediodía. Si el horario de entrada ya era flexible, el de salida era aún más difícil de definir. Aunque la empresa decía que se salía a las seis de la tarde, para posiciones como la de Bear, que entraba y salía a cualquier hora, esa regla parecía no aplicar.

Antes, lo primero que veía Bear al despertar solía ser la pantalla de su teléfono o su tablet. Revisaba correos, leía noticias mientras caminaba a comer y tomar el café que Cho le había preparado. Si le sobraba tiempo, iba al gimnasio del club del barrio, se duchaba y salía a trabajar. Apenas recordaba en qué momento encontraban tiempo para conversar o abrazarse, porque cada mañana, cuando Bear despertaba, Cho ya estaba en su oficina.

Pero aquí... en Japón, durante casi un mes, por las mañanas ambos despertaban en un cálido abrazo, escuchando el ritmo constante de la respiración del otro, como una suave canción de cuna junto al oído. Bear abría los ojos y miraba a la persona que amaba. Las ojeras que antes tenía Cho habían mejorado mucho, y sus mejillas, que solían verse cansadas, ahora lucían más frescas y brillantes. Aunque Cho de ahora era algo diferente al Cho de veinte años, en cualquier etapa, los brazos del otro siempre terminaban rodeándolo.

El último día allí le provocaba una sensación de nostalgia indescriptible. Era normal para los turistas que se quedaban más tiempo del habitual. Mientras algunos estaban felices de volver a casa, otros extrañaban la tranquilidad de las vacaciones. Por otro lado, volver a casa... significaba regresar a la realidad: al entorno de siempre, al trabajo y a la rutina diaria.

Bear ahora entendía por qué Cho insistía tanto en que no quería volver. Escapar... a veces era muy bueno para el corazón.

“¿Ya no te duele la espalda, verdad?” le preguntó a quién se movía bajo las sábanas.

Cho se acurrucó contra el pecho de Bear, bostezó y luego lo miró aún sin levantarse.

“Esta vez no me duele el cuerpo, me duele la cintura” contestó Cho riendo. No se sentía avergonzado como alguien sin experiencia, sino tímido porque aún podían abrazarse en su último día.

Estaban completamente desnudos bajo la gruesa cobija. Nadie mencionaba los pies que se rozaban ni las manos que acariciaban la espalda del otro. Solo se miraban, absorbiendo cada detalle. Era un momento que se repetía una y otra vez, pero querían grabarlo en la memoria.

Cada caricia de la noche anterior se sentía tan nueva como años atrás. El acto de hacer el amor, que antes habían descuidado, volvió a ser dulce simplemente porque se preguntaban mutuamente qué estaba bien y qué no.

Solo con hablar... lo que antes parecía una puerta cerrada con llave ahora se abría.

“Prométeme que cuando volvamos no harás esto con nadie más” Bear ya lo había dicho la noche anterior, pero quería repetirlo.

“No sé” Cho puso cara de inocente. Algunas partes de su piel aún tenían marcas rojizas de mordidas. El pecho y la parte interna de los muslos, que eran más suaves, se veían claramente bajo la luz tenue del sol.

“Cho, no me molestes” dijo Phi Bear tan serio que Cho no pudo evitar sonreír.

Mientras más no respondía Cho, más ansioso se ponía el otro.

“Si Cho lo hace, iré a tocar la puerta de la habitación.”

“Claro, yo mismo te invito a entrar” contestó Cho conteniendo la risa, y luego susurró como si hubiera mucha gente escuchando sus conversaciones: **“Seremos tres en la cama.”**

“Está bien. Si hay alguien mejor que yo, adelante” Bear hizo una mueca. Sabía que Cho estaba bromeando, pero igual le dieron ganas de pellizcarlo.

“¿Cómo crees que soy?” La persona más pequeña se quejó al ver la expresión del otro. Las cejas de Bear estaban fruncidas como cuando tenía estrés por el trabajo.

En ese momento, Bear soltó un largo suspiro. Acababa de darse cuenta de que era más cobarde de lo que podía soportar.

“Tengo miedo...” Tenía miedo, igual que Cho lo había tenido antes. Por más que confiaran el uno en el otro, todo era inútil si el corazón no estaba lo suficientemente firme.

Desde que nació, Bear solo había tenido miedo de unas pocas cosas, y en este momento la número uno era que Cho se fuera y nunca volviera. Aunque estuviera dispuesto a soltarlo, eso no significaba que no tuviera esperanzas.

“Cho nunca ha ido a un club, ¿quieres probar?”

“Si quieres ir a algún lado, yo te llevo.”

“¿Y qué tiene de divertido eso?” Cho hizo pucheros. Al mirarse a sí mismo, se dio cuenta de que todavía había muchas cosas en el mundo que quería conocer.

“¿Qué vas a hacer antes de decir que no es divertido?”

La persona que nunca había ido a un club levantó una ceja.

“Ir a bailar de forma sexy” dijo con un tono y expresión provocadora, igual que cuando Cho se ponía insoportablemente lindo.

“¿Para provocar a quién?” La mano grande apretó la nalga blanca, sin dejar de mirar fijamente esos ojos que siempre lo desafiaban cuando tenían oportunidad. Antes probablemente lo habría regañado hasta que se callara; ahora solo podía maldecir por lo bajo y hablar con calma.

“Primero aprende a seguir el ritmo” dijo Bear. Antes habían jugado juegos de baile juntos; fue un desastre porque Cho no seguía el ritmo y Bear se ponía tan nervioso que terminaba bailando por delante de la canción.

“No hace falta, Phi Bear. Tú también eres gracioso” rió Cho mientras intentaba quitar las manos de pulpo de su zona privada.

“¡Estás apretando tanto que se va a quedar pegado!” se quejó la persona más pequeña.

En lugar de soltarlo, Bear lo atrajo con más fuerza. Sus corazones latían con claridad cuando sus cuerpos se pegaron sin ningún espacio. Latían rápido al mismo ritmo y poco a poco se fueron calmando junto con la emoción.

“¿Qué?” preguntó Cho a quien no quería soltarlo y solo lo abrazaba así.

“Nada” contestó Bear, pero no lo soltó.

Antes, en las tardes caóticas, Bear vivía a toda prisa entre reuniones con clientes o en la oficina. Al principio, con el trabajo que había elegido, se sentía tan abrumado que no tenía tiempo de prestar atención a lo que lo rodeaba. Fue hasta que se hizo cercano con sus compañeros que empezó a conversar mientras trabajaba. Los buenos colegas hacían que el trabajo estresante y pesado se sintiera más ligero.

Cho, por su parte, a las dos de la tarde ya estaba frente a la computadora. Como trabajaba por su cuenta, tenía que organizar su horario de forma sistemática. Antes trabajaba por motivación y se dio cuenta de que no era tan efectivo como hacerlo de manera constante, así que desde entonces empezó a planificar y listar todo lo que tenía que hacer cada día.

Los que antes trabajaban como locos en sus oficinas, hoy caminaban sin rumbo fijo. Hakata a las dos de la tarde del 27 tenía un clima mejor de lo esperado. Aunque soplaba un viento frío, el sol brillaba tanto que se sentía más cálido que el día anterior.

Cho invitó a Bear a su hamburguesería favorita porque ya tenía hambre. Estaba junto a una calle de compras que no estaba muy llena. El

ambiente de esa calle a finales de año era diferente a muchos lugares que había visitado. Parecía decorada a propósito para parecer un país occidental, lo que le daba un toque bonito y distinto.

“Cho, yo sé.”

“¿Qué?” La persona que estaba mirando el mostrador porque no sabía qué pedir se giró hacia quien lo llamaba.

“Que volviste antes a Tailandia por mí, ¿verdad?”

La persona que fue descubierta sonrió levemente, porque no era solo por eso.

“También por mí.” Ahora, quien había escapado de todo durante tanto tiempo estaba listo para enfrentar la realidad.

Cho sabía muy bien que aunque se había llevado trabajo, no lo había tomado en serio. Creía que ser un buen adulto significaba ser responsable. Además... quería prepararse para postular a estudiar, ya que las inscripciones abrirían pronto. Era como si la niebla que tenía en el corazón se hubiera disipado.

“Lo de viajar no es problema. Puedo venir a terminar el viaje después” reafirmó Cho, mirando a quien no le quitaba los ojos de encima, y luego cambió de tema.

“¿Ya compraste todos los regalos, Phi Bear?”

“Pensaba no comprar más” Porque ya había comprado antes.

“Para los juniors, ¿no? Porque te escapaste del trabajo otra vez.”

“Ya es suficiente. Compré demasiado.” De la vez anterior todavía no sabía si los dulces que llevó y dejó sobre el escritorio ya se habían acabado.

Cho sonrió y no insistió en comprar más. Sus ojos detrás de los lentes volvieron a mirar el menú de recomendaciones.

“Cho.”

“¿?” La persona llamada se extrañó por la actitud del mayor. Los ojos oscuros lo miraban fijamente. Bear de hoy parecía muy diferente.

“¿Todavía estás molesto por lo de Kwan?”

Quien antes había tenido dudas negó con la cabeza. *Sabía que Bear no había amado a su compañera de trabajo en el mismo sentido que lo amaba a él. Simplemente en ese momento, la prioridad no había sido él, y por eso se había hecho tantas ideas.*

“Entiendo.” Cho finalmente asintió.

“¿Y entendiste mal?”

“Ya no.”

“En el futuro, si pasa algo, pregúntame, ¿sí?” Bear, que apenas se entendía a sí mismo, insistió sobre lo que había pasado.

Él no era de los que repetían las cosas, pero en cada momento en que recordaba que hoy era el último día, quería decir todo lo que había guardado en su corazón.

Si algo se había quedado pendiente... quería que Cho lo supiera.

“Phi Bear, primero prométeme que no vas a regañarme” bromeó Cho, y vio la expresión del otro.

Bear murmuró qué quién se atrevería a regañarlo, y luego suspiró, cansado de sí mismo.

“Y si Phi Bear no aguanta la espera, dímelo, ¿sí?” *No estaba seguro de si ya había dicho esto antes.*

Pensaba que después de la separación quería estar seguro de que Bear pudiera vivir bien, sin atar toda su vida a alguien como él.

“¿Qué quieres decir, Cho?” preguntó el otro, con un dolor punzante en el corazón.

Era cierto que Bear nunca había tenido que esperar. No sabía cuánto tiempo podía durar ni cuánto dolía. ¿Podría hacerlo como lo hizo Cho? Pero que Cho le abriera la puerta de esa forma, sin ver sus esfuerzos, lo hacía parecer más cruel que nunca.

“Ni yo lo sé” Cho negó con la cabeza.

Decía que todo cambia. Incluso el amor que creían que duraría para siempre no había llegado muy lejos.

Bear decidió no decir nada más. Solo llamó al mesero y pidió la comida.

“No quiero volver todavía. Me da flojera trabajar” dijo el hombre grande mirando por la ventana transparente del restaurante. Después de un largo descanso, la rutina que tenía antes se había desvanecido y se había convertido en pasado.

“A mí también me da flojera.”

“Estás todo erizado” bromeó al ver que Cho estiraba los brazos.

“No tengo pelo” contestó Cho antes de acercar su rostro. Apoyó el mentón en la mano y miró al hombre guapo que solía poner cara seria al mundo entero. **“No como tú, que tienes pelo hasta en la cara.”**

“Eso se llama barba” Bear le dio un golpecito en la frente al bromista.

“No te la quieres afeitar. Me raspas y me dejas la piel irritada.”

“¿Dónde te irrita?” Esta vez Bear lo miró sin ceder, recorriendo desde los ojos oscuros, el cuello blanco, bajando al pecho y al abdomen, haciendo que el bromista se avergonzara un poco.

“Después te reviso.”

La cara seria de Bear hizo que Cho se riera a carcajadas.

“No hace falta” Empujó la cara del que fingía seriedad.

“¿Alguna vez te has preguntado por qué en Japón las mujeres tienen que ser amas de casa?” preguntó Bear al ver a un niño pequeño en la mesa de al lado mirando fijamente a ellos con su mamá.

“Porque los hombres mandan.”

“En parte es eso.” *En la sociedad japonesa era innegable.*

“Pero cuando estuve estudiando, tuve una conferencia con una universidad japonesa y un proyecto sobre amas de casa de clase media en Tailandia y Japón. Aprendí muchas cosas. No es solo patriarcado.”

Cho apoyó el mentón en la mano y dejó que Bear contara historias interesantes mientras disfrutaban del ambiente de fin de año. Bear en ese momento parecía el Bear de cuando recién empezaban a salir: le gustaba contarle cosas, enseñarle y amarle todo lo que podía.

“En realidad, las amas de casa japonesas trabajan muchísimo. Además de atender al esposo, tienen todo lo de la escuela de los hijos: las tareas que los padres tienen que hacer juntos, el bentó, las reuniones de padres, el horario de los niños, y además la participación en la comunidad. Tienen que poner mucha energía mental y física.”

Quien nunca había sabido de eso asintió siguiendo la explicación de Bear.

“Gracias a esa atención y a la integración entre escuela y padres, logran criar niños en una sociedad fuerte.”

Cho asintió de acuerdo. Era cierto que en todos lados había gente buena y mala. La calidad de las personas y de la vida se medía por el promedio.

“Phi Bear quiere tener hijos. Si los niños nacen en una buena sociedad, seguro sería bueno.” Cho siempre había sabido esto y Bear nunca lo había ocultado. Realmente deseaba eso.

Deseaba que el pequeño de Bear creciera bien...

“Ajá” Bear tomó agua y luego miró a Cho.

“Pero también quiero tenerlos contigo.”

“¿Cómo voy a poder yo?” Cho se rió e hizo una cara extraña, por lo que recibió más bromas.

“Pues lo hacemos seguido y ya verás que sí” dijo Bear con cara seria. Solo eso y recibió un golpe.

“¡Ay!” El que hablaba sin parar se rio y acercó más su rostro al otro.

“No hace falta que te embaraces. Podemos criarlos juntos” dijo Bear con sinceridad. *Hoy en día la medicina había avanzado mucho. No era difícil si querían tenerlos, pero la verdadera dificultad venía después...*

“Si fuera tan fácil como criar un gato, sería bueno.” Cho negó con la cabeza. Ya era cansado estar apegado a la pareja; no se imaginaba lo mucho que se preocuparía y protegería si fuera un hijo.

“Pero ahora pienso que con solo tener a Cho...” Bear sonrió levemente, recordando cómo antes había imaginado tantas cosas. *En realidad, ahora solo quería conservar una cosa.*

“Vivir juntos con Cho para siempre es suficiente.” Poder comer juntos, viajar, dormir abrazados. Podían pelear de vez en cuando, pero ya no quería dejar a nadie atrás.

Antes, a las ocho de la noche, Bear seguía ocupado con el trabajo. O si terminaba antes, bajaba del edificio y cenaba con los juniors del equipo. En ese momento probablemente estarían desahogándose del trabajo, tomando y contando chistes. Era su forma de relajarse por la noche. Cho, como empezaba a trabajar a las ocho, terminaba a las cuatro y media de la tarde. Se ponía a ver películas o jugar, luego preparaba la cena y a las seis y media sacaba al gato al parque otra vez. Cho recordaba un día en que vio a Bear llegar en el auto al barrio. La mamá gata y sus crías se pusieron felices y esperaron sonrientes a que el auto se detuviera para llevarlos a casa. Desde entonces, Cho siempre miraba hacia la entrada del barrio, esperando ver a Bear regresar un poco más temprano.

Entre las nueve y las diez de la noche, Cho preparaba la cena, luego se duchaba y abría el refrigerador para tomar una cerveza fría. Era un poco tortuoso antes de emborracharse, pero cuando llegaba a la tercera lata, mientras esperaba el sonido del auto conocido, empezaba a querer dormir bajo la cobija caliente.

Últimamente Bear solía llegar después de las diez. A veces Cho ya estaba dormido, otras aún estaba bebiendo. Conversaban un rato, Bear se duchaba y luego seguía trabajando antes de dormir.

Pero en la última noche allí, a las diez, la persona que nunca regresaba temprano estaba frente a él. Se pegaban el uno al otro como si los problemas que antes los habían distanciado nunca hubieran existido.

Sobre la cama blanca del hotel, se sentaron cerca. Cho se recostó contra el respaldo, arropado con la cobija caliente. A su lado, el hombre grande

revisaba los detalles pendientes del trabajo. No tardó mucho en cerrar la laptop y prestarle atención a la persona a su lado. Se hizo el dormido y se recostó en el regazo de Cho, mirando su barbilla conocida antes de hundir la nariz en el abdomen plano.

“Estás raro, Phi Bear.”

“No es cierto” contestó Bear con voz ahogada, y sonrió cuando una mano cálida se posó en su mejilla.

“El pelo ya te creció. Cuando volvamos tienes que cortártelo.” Cho pasó los dedos por el cabello oscuro. Con barba y el pelo largo y desordenado, Phi Bear parecía aún más un oso salvaje.

“Córtamelo cuando volvamos.”

“Tengo miedo de que las tijeras te corten la oreja” dijo Cho riendo. Al principio iba a seguir viendo fotos, pero al final dejó la cámara en la mesa de noche y dejó que el tiempo fluyera lentamente.

“¿Tus lentes están más gruesos? ¿Sigues viendo bien?” preguntó Bear a quien se había quitado los lentes y se frotaba los ojos.

Sin los lentes gruesos se veían claramente sus facciones: ojos grandes y hermosos, pestañas gruesas del mismo color que las cejas bien arregladas, nariz alta y recta, y labios carnosos y bien formados. *Era el rostro de quien siempre sonreía para él.*

“Ahora estoy en más de trescientos. Llevo dos años estable.”

“Espera a estar seguro. Si el año que viene no cambia, te llevo a hacer LASIK.”

“No quiero, me da miedo.”

Bear le levantó la barbilla para que se inclinara. Cuando los suaves labios tocaron su barbilla, aprovechó para tirar del más pequeño y ponerlo debajo de su cuerpo. Miró con deseo a quien le pertenecía. Sus manos recorrieron el cuerpo blanco antes de quitarle la ropa tanto a él como a Cho.

“Anoche ya lo hicimos.” Cho empujó al insaciable. No podía negar que su situación actual hacía que el sexo fuera aún más emocionante.

Los labios carnosos y bonitos besaron el pecho desnudo de Bear cuando fue abrazado con fuerza. Una sonrisa traviesa se mezclaba con muchos recuerdos.

“Hagámoslo otra vez.” El quejumbroso no quería apartarse. Era un hombre grande que cuando se ponía mimoso era más digno de un pellizco que de ternura.

Los dedos de Cho tocaron la piel desnuda del otro, trazando suavemente. El calor ardiente se quedaba impregnado, como electricidad estática en algunos momentos. Cada sonrisa y cada movimiento lento estaba bajo la mirada del mayor.

Esto era lo lindo que antes había considerado absurdo. Cho, que era tan mimoso... solo lo era con él.

“¿Qué?” preguntó el mayor cuando el otro solo sonreía. Esas sonrisas contagiosas finalmente lo hicieron sonreír también.

“Nada.”

“¿Cómo que nada?” Bear movió a Cho de un lado a otro.

En este momento no pensaban en el pasado ni hablaban del futuro. Solo se sumergían en el tiempo que pasaba lentamente.

“¿Cómo te sientes ahora?” preguntó Cho levantando la vista.

“Pues...” La mano grande acariciaba la espalda del otro. Estaba más calmado que antes. Aunque era feliz, no podía negar que también estaba sufriendo.

“Estoy muy feliz.” Cho apoyó la cara en el hombro de la persona que amaba.

Bear pensaba que las bases de la felicidad de ambos eran muy diferentes.

“Yo también soy feliz.”

“¿De verdad?”

“De verdad.”

En la pequeña habitación, los dos hablaban de todo y de nada, sin lógica ni razón. No había reglas, pero seguían acostados conversando sin prisa, acercando los rostros para abrazarse, separándose para mirarse. Ese tiempo se iba en discusiones sin sentido y en abrazos. Todo era esperanza y sueños que parecían irreales, pero ambos sabían que nada era eterno.

Aun así, guardarían este sentimiento para nutrir su futuro.

Día 28

Mañana del último día

La mañana del último día en Japón fue más caótica de lo que esperaban. Empacaron las maletas de mano, las mochilas y los regalos a toda prisa, corrieron para subir al tren de la madrugada porque se les había pasado la hora, y terminaron sentados uno al lado del otro en el avión, jadeando y riendo.

“Estuvimos tanto tiempo que ya nos encariñamos, ¿verdad?” dijo quien aún no quería volver, mirando por la ventana.

Por más que quisieran quedarse, el tiempo los presionaba para seguir adelante. Después del largo trayecto en tren, a las ocho de la mañana el gran pájaro de metal despegó hacia el cielo. Con las prisas y todos los trámites, Cho recuperó la conciencia cuando escuchó el anuncio ofreciendo bebidas y comida en todo el avión. Ya volaban a la altitud normal, rumbo al país que habían dejado por un tiempo.

“¿Tienes sueño?” preguntó Bear a quien había bostezado durante todo el camino, pero que una vez en el avión no se dormía y solo miraba el paisaje blanco y azul afuera.

“No, ya no.”

Bear recostó la cabeza sobre el hombro de Cho. El aire allí arriba estaba tan frío como en tierra, así que extendió la mano y tomó la del otro. Por suerte iban sentados en una fila de solo dos asientos, por lo que no tenían que preocuparse mucho por los demás.

“Oye, Cho...” lo llamó Bear en voz baja. Cerró los ojos sobre el hombro de Cho porque la noche anterior casi no había dormido y ahora le pesaba el sueño.

Cho no respondió con palabras, solo entrelazó sus dedos y apretó la mano de Bear.

Este viaje había encendido tanto sueños como esperanzas. Cho miraba las nubes blancas que flotaban perezosamente. Los días en que casi lloró hasta morir ya habían pasado. El mucho dolor también había pasado. La felicidad que lo hacía sonreír ampliamente también había pasado. Al final, cada día solo era un día más que todos tenían que atravesar.

“¿Tienes sueño?” preguntó Cho girándose hacia quien aún no se había movido.

“Ajá.” Tanto sueño como ganas de dormir para que pasara este momento incómodo.

“Entonces duerme Phi.” Cho se acomodó un poco para que Bear apoyara mejor la cabeza en su hombro y le acarició la mano suavemente, como arrullándolo.

Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto internacional de la capital, parecía que la niebla de la incomodidad sólo se hacía más densa.

“¿Cómo vas a volver, Phi Bear?” preguntó Cho a quien se ofreció a sacar las maletas de la banda transportadora a pesar de que se le notaba el sueño en la cara.

Bear nunca había pensado que le daría miedo esa pregunta.

“¿Cómo voy a volver? Eso significa que no vamos a regresar juntos.”

“Primero te llevo a ti y luego me voy a casa.”

“No es necesario, Air viene por mí” dijo Cho con sinceridad.

Air se había sorprendido un poco de que Cho hubiera adelantado su regreso, pero igual fue a recogerlo con gusto, tal como habían quedado.

“¿A qué hora llega Air?” preguntó Bear mirando el reloj que marcaba casi mediodía en Tailandia.

“Debe de ser en un rato. Déjame primero conseguirte un taxi.” Cho, temiendo que hubiera mucha gente, caminó rápido para llevar a Bear hasta la fila de taxis del aeropuerto.

“Así podrás descansar pronto. ¿Vas a entrar a la oficina en la tarde, verdad?” preguntó el menor sonriendo, porque entendía bien la situación.

“Ajá... sí” Bear observó la naturalidad de la persona frente a él. Insistió una vez más en llevarlo, pero al final Air llegó justo al mismo tiempo que el taxi que les tocó.

“Cuando llegues...” Bear iba a decirle que le avisara cuando llegara, pero cambió de idea: **“Cuando llegue a casa te llamo, ¿sí?”**

“No te preocupes. Ve, ve, ya te están llamando.” Cho empujó suavemente la espalda del hombre más grande al ver que su turno había llegado pero Bear aún no se movía.

Al final se quedaron mirándose solo un momento, se despidieron y cada uno salió por una puerta diferente.

En medio de la multitud del aeropuerto, Bear vio cómo la espalda pequeña se hacía cada vez más pequeña. Aunque quería seguir mirándolo hasta que desapareciera, escuchó que llamaban su turno otra vez. Esa tarde tenía trabajo esperándolo y no creía que fuera demasiado tarde si iba a ver a Cho por la noche.

El ambiente de la capital, donde había vivido desde que nació, seguía igual. El desarrollo no había mejorado mucho, pero lo que sí era diferente era que el dolor que sentía ahora era mucho más fuerte que la última vez que regresó. El auto avanzaba hacia la zona de negocios como siempre. Normalmente Bear se irritaba con el enorme tráfico, pero esta vez iba distraído, sin ganas ni de contestar las llamadas del trabajo.

Apenas habían pasado menos de media hora separados y ya sentía como si no hubiera visto a Cho en mucho tiempo. Bear sabía que se sentía muy mal, pero si alguien había pasado por la situación de que su pareja desapareciera de su vida, entendería que el hecho de que él aún pudiera quedarse callado ya era más de lo que se podía esperar.

Por fuera todo parecía tranquilo... pero por dentro el dolor era el doble.

“Ya llegamos” anunció Air al ver a la mamá de Cho acercarse sonriendo desde lejos.

Ella levantó la mano para saludar, abrió la puerta del auto y ayudó a bajar la maleta grande y todas las bolsas de regalos.

“Trajiste un montón de cosas, hijo.” La mamá abrazó fuerte a su hijo travieso que se había ido de viaje un mes entero sin avisar.

“Son regalos.” Cho abrazó fuerte a su mamá.

La mamá, al ver la buena cara de su hijo, se tranquilizó. Sabiendo que aún no era momento de hablar de temas difíciles, preguntó otras cosas.

“¿Qué compraste?”

“Un montón, mamá.” El que acababa de llegar a casa sonrió ampliamente. No olvidó ir a buscar al gatito, que lo miraba con desconfianza, como si no estuviera seguro de si era la persona conocida.

“¿Dónde está papá?”

“Papá fue al mercado porque quiere presumir y cocinar para su hijo” contestó la mamá sonriendo antes de dirigirse a la otra persona.

“Air, quédate a comer con nosotros, hija.”

“Me están esperando en el auto, mamá.” La persona que tenía poco tiempo se apresuró a despedirse con una reverencia.

“Qué pena. La próxima trae al pequeño también.”

Cho se sentó a acariciar la cabeza del gato que no había visto en mucho tiempo. Escuchó a las mujeres conversando y revisando los regalos en la mesa del frente de la casa. Oyó a su mamá quejarse de que había comprado demasiadas cosas, pero se notaba que estaba contenta.

“¿Cómo estás, Phi?” preguntó un junior del equipo de Bear al jefe que acababa de regresar de su segundo viaje. Esta vez se veía más serio que la vez anterior. No sabían si era por estrés del trabajo o por los asuntos que lo habían llevado a Japón dos veces.

“Traje regalos. Escojan.” Bear dejó la bolsa de dulces que Cho le había encargado para sus compañeros.

“Fue dos veces y trajo regalos dos veces. Así tiene que ser un buen jefe” dijo Phi Dew, volteándose hacia otro jefe grande que estaba en la sala de reuniones pequeña.

“Ya están reunidos, ¿verdad?” El miembro nuevo del equipo rio y se giró para agradecerle a Bear.

“¿Phi Patch no va a la reunión?” preguntó Bear al junior que solo tenía un año menos que él pero ocupaba un puesto más alto.

“No, solo vine a esperar” contestó la persona sonriendo antes de agregar rápido: **“Phi Bear, vaya a la reunión. Todos lo están esperando.”**

Bear sonrió y caminó hacia la sala de reuniones pequeña. No estaba seguro de si lo regañarían más por el trabajo o por las ausencias, pero ese día estuvo muy ocupado. En realidad, apenas salió del aeropuerto y llegó a casa ya lo habían llamado. Al llegar a la oficina todo era un caos, pero aun así le escribió al otro.

'Bear: Cho, ¿qué estás haciendo?'

Bear se sorprendió de sí mismo por revisar el teléfono casi cada media hora y ver que el otro aún no respondía su simple pregunta. Llamó y no contestó. Hasta las ocho de la noche, la persona que extrañaba respondió que había estado ayudando a su papá a cocinar, sacando al gato a pasear y que no había tocado el teléfono en todo el día.

Bear por fin entendió la angustia de esperar. Si contestar un simple mensaje tomaba menos de un minuto, ¿qué tan terrible debía ser para no prestar atención? Se refería a él mismo en el pasado: ¿cuánto había descuidado a Cho para ni siquiera poder decir a qué hora volvería?

Bear llamó de nuevo a las ocho y media. Salió apresuradamente del trabajo para ir a cenar con Cho. En realidad ya se lo había escrito, que iría rápido, pero no estaba seguro de si Cho lo había leído, porque aún no había respondido...

"¿Ya comiste, Cho?" preguntó en cuanto escuchó que contestaron la llamada.

[Justo estoy comiendo. Salí a cenar con mis papás en un restaurante cerca de la casa] contestó quien apenas había tocado el teléfono ese día.

"Si voy para allá, ¿te molesto...?"

[Ah, ¿se te olvidó algo en la maleta de Cho? Mañana está bien. Hoy no es muy conveniente], dijo quien planeaba quedarse bebiendo con su papá hasta tarde en el restaurante.

El que estaba en una reunión larga se recostó en el asiento del auto. De haber planeado ir rápido, ahora se sentía completamente sin energía. *Solo era el primer día... y ya no había cumplido la promesa de ir a comer juntos todos los días.*

Desde el día en que Cho dijo que terminaban, ahora sentía como si realmente hubieran terminado.

Normalmente Bear se despertaba tarde, pero ese día apareció temprano en la casa grande de los papás de Cho. Saludó a los dueños de la casa y preguntó por alguien.

“¿Ya despertó Cho, mamá?”

“Ya despertó. Creo que fue al parque.” Eran las siete de la mañana y todos en la casa ya estaban despiertos. Bear sabía que los papás de Cho seguramente tenían muchas preguntas, pero él aún no quería hablar porque ni siquiera él mismo había ordenado sus pensamientos.

El hombre grande se inclinó respetuosamente ante los papás de Cho y caminó hacia el parque del barrio. Este lugar era un poco más sombreado que el de su barrio porque era más antiguo. Cho le había contado que había crecido allí y que en ese entonces ni siquiera se imaginaba mudándose a una casa nueva con él.

Bear en su momento había intentado dar lo mejor para Cho, porque sabía que sus papás lo habían criado con mucho amor.

“Ah, Phi Bear. Tus cosas están en la casa.” Cho sonrió ampliamente al ver a la persona que acababa de llegar. Al principio pensó que era alguien vestido formal haciendo ejercicio en el parque, pero resultó ser la persona conocida.

Bear, que no había ido con la intención de recoger nada, miró la camiseta larga y los shorts cortos de Cho, que había salido a hacer ejercicio. Guardó su molestia al ver esos shorts y se sentó a acariciar al gato. Sonrió cuando el gato pareció reconocerlo y frotó la cabeza contra su mano.

“Le gusta mucho, ¿verdad? En la casa de mamá hay mucho espacio para correr.”

“Hay muchos gatos. Ayudé a mamá a atraparlos. A mamá le gustó mucho.” El menor se sentó y también pinchó juguetonamente al gato mimoso.

“¿Quieres que te lleve al trabajo? Después paso a dejar tus cosas” preguntó quien apenas había salido de la casa.

“No es necesario. No tengo prisa. Primero pasea al gato.”

Cho miró al otro sin entender del todo, pero igual empezó a caminar y estirar el cuerpo. El aire se calentaba por la mañana y era perfecto para ejercicio ligero. El cuerpo que había descansado toda la noche ahora estaba completamente despierto. Después de volver a casa y ducharse se sentiría aún más fresco.

“¿Qué vas a hacer hoy?” preguntó Bear algo que antes casi nunca preguntaba, porque cuando vivían juntos sabía que Cho probablemente trabajaría desde casa como siempre.

“Voy a inscribirme en un curso de inglés. Quiero prepararme para el TOEIC.” La persona que tenía varios planes pensaba hacer todo paso a paso, pero con seriedad, sin prisa.

“¿Dónde?”

“En la ciudad. Air me recomendó un lugar.” Cho planeaba inscribirse a finales de año para empezar justo después de Año Nuevo.

“¿Quieres que te lleve? Hoy tengo una reunión en Siam” preguntó quien de todos modos iría al centro, contento de poder llevarlo. Sonrió ampliamente sin darse cuenta.

Cho miró la camisa y los pantalones formales que Bear traía para ir a trabajar y negó con la cabeza.

“No es necesario. Tienes que ir a trabajar.” Además... Cho aún no estaba seguro de sus propios horarios. Planeaba ir más tarde y caminar un rato por la zona.

“Te llevo primero y luego voy a la reunión. Es solo por la mañana, al mediodía te recojo y te traigo de vuelta.”

“No hace falta. Iré en el BTS, está rapidísimo.” Cho se negó rápidamente con una sonrisa, porque no quería que Bear tuviera que andar de un lado para otro. Antes de que pudieran seguir hablando, el gato empezó a arañar el tronco de un árbol grande.

“¿Quieres subirte?” le preguntó Cho al gato que parecía querer trepar. Después de forcejear un rato, lo levantó en brazos.

“Volvamos primero, gato. Si no, Phi Bear va a llegar tarde al trabajo.”

El día anterior, mientras Cho desempacaba, vio que Bear se había olvidado la tarjeta en la bolsa de la cámara.

Bear solo pudo caminar detrás y suspirar para sí mismo. Antes decía que Cho era demasiado mimoso. Ahora que Cho, quien antes dependía tanto de él, se estaba alejando, la persona que siempre había deseado eso se sentía sin fuerzas.

Con Cho de ahora, que ya no pedía mimos ni se apoyaba en él, por fin entendía que Cho ya no quería depender de él. *Ser una pareja en la que no se puede confiar... dolía más que cualquier otra cosa.*

Cuando regresaron a la casa, Cho corrió adentro, subió y bajó con la tarjeta que Bear había olvidado.

“¿Quieres comer algo antes de irte, hijo?”

“Gracias, mamá. Vendré a comer otro día. Hoy tengo un poco de prisa.” Bear se despidió respetuosamente de los papás de Cho y salió apresuradamente de la bonita casa. Su expresión era tan mala que quienes lo vieron se dieron cuenta.

“¿Cho le dijo algo a Bear?”

Cho miró al gato y luego a su mamá. *Él no había dicho nada malo.*

“No le dije nada.”

“Entonces ¿por qué...?” La mamá miró la espalda del hombre grande. Tampoco entendía qué había pasado para que tuviera esa cara tan mala.

“Cho tampoco sabe.”

“¿De qué hablaron?”

“Solo de que iba a inscribirme en el curso. Phi Bear se ofreció a llevarme, pero Cho no quiso molestarlo y prefirió ir en el BTS.” Eso era todo.

La mamá suspiró en silencio. Al escuchar lo que su hijo contaba, más o menos entendía qué pasaba. *Cho probablemente no se daba cuenta de cuánto había cambiado. Antes, cada vez que venía a ver a su mamá, tenía que rogarle a Phi Bear que lo trajera. Se ponía mimoso y siempre estaba pegado a él. Ahora actuaba como si el otro fuera un extraño.*

“Estás pensando demasiado, mamá. Seguro Phi Bear está estresado por la reunión” dijo Cho a quien fruncía el ceño. No quería que su mamá se preocupara por sus cosas.

Ese día Bear trabajó sin mucha concentración. En realidad llevaba así desde el día anterior. Se sintió aún peor después de lo que pasó en la mañana. Abrió el chat por décima vez en el día y vio que aún no había ningún mensaje nuevo del otro. Subió para leer los mensajes anteriores y mientras más leía, más se odiaba a sí mismo.

“Phi Bear, ¿quieres tomar algo?” preguntó un junior casi a las siete de la noche.

“No, hoy traje el auto.” Aquel que antes, aunque trajera el auto, igual tomaba porque al final regresaba en taxi o llamaba a un conductor, hoy rechazó rápidamente.

“Me voy ya. No se queden hasta muy tarde.” Bear les dijo a sus juniors mientras guardaba sus cosas en la mochila. Varias personas lo miraron.

Phi Bear yéndose más temprano de lo normal... se veía raro.

Bear dijo que se iba a casa temprano, pero a las siete en punto ya estaba frente a la casa que había visitado esa mañana.

“¿Dónde está Cho, mamá?”

Antes, la mamá había terminado de recoger la cocina después de la cena. Se sorprendió de que Bear viniera en la tarde porque su hijo no había dicho nada, pero más o menos entendía por qué el otro venía tan seguido.

Su hijo le había dicho que habían terminado... pero la situación no se veía para nada como eso.

“Está arriba.” La mamá sonrió, con una mirada que decía *“sube a buscarlo”*.

Bear se inclinó para agradecer y subió por las escaleras que antes recorría con frecuencia.

“¿Se te olvidó algo otra vez, Phi Bear?” preguntó Cho en cuanto abrió la puerta y vio la cara de Bear. Antes de que pudiera preguntar más, fue abrazado con fuerza.

“¿Por qué...?”

“Vine a cenar contigo.” *Había prometido que vendría a comer juntos todos los días. Pasara lo que pasara, tenía que cumplir.*

“Pero... Ya comí.” En esta casa servían la cena a las seis. Cho supuso que Bear no lo sabía y él tampoco se lo había dicho, porque aún no se acostumbraba del todo a la vida aquí.

“No importa.” Bear se inclinó para oler el leve aroma a jabón. Cho probablemente ya había cenado, se había duchado y estaba viendo una película como siempre.

Antes, cada vez que Bear llegaba a casa... Cho siempre lo esperaba.

“¿Tienes hambre, Phi Bear? Bajaré a ver si quedó algo.” La persona dentro del fuerte abrazo intentó levantar la vista para preguntar. Sus manos sujetaban la camisa de Bear. El aroma familiar de su colonia le provocaba una sensación de familiaridad indescriptible.

Bear no respondió. La energía que había perdido durante todo el día parecía regresar en ese momento. Acarició la delgada espalda del otro antes de apartar el rostro de su mejilla. Lo miró profundamente a los ojos que reflejaban su propia imagen.

El gato caminaba enredándose entre sus piernas. Bear sonrió, aunque por dentro se sentía vacío.

“¿Qué te pasa, P'Bear?” preguntó Cho levantando la vista, pensando que quizás tenía tanta hambre que se había mareado.

“Ya estoy lleno.” Bear bajó la cabeza y frotó su nariz contra la de Cho. Tocó suavemente sus labios suaves y luego soltó el abrazo con lentitud.

“Mañana vendré otra vez.” Bear levantó la mano y acarició el cabello que ya estaba creciendo. Miró las mejillas que poco a poco se sonrojaban y le dio otro beso en la mejilla.

Aunque aún no quería irse y se sentía muy mal, sabía que Cho probablemente necesitaba su espacio... *Bear pensó que mañana vendría un poco más temprano.*

Día 29

Pequeño consentido

Después de que la noche anterior lograra por fin calmarse un poco, a las diez de la mañana del día siguiente, al despertar y descubrir que no había nadie en la casa, Bear volvió a sentirse inquieto.

Aunque confiaba en que Cho estaba con sus padres, ahora no sabía adónde había ido, qué estaba haciendo, si conduciría con cuidado o si ya habría comido. Esa preocupación se había convertido en algo muy distinto. Más que amor... era un vínculo profundo y una preocupación constante que solo hacían que el dolor y la añoranza fueran aún más intensos.

Nunca imaginó que esa casa pudiera llegar a sentirse tan vacía, hasta el punto de que el silencio le zumbaba en los oídos.

Y precisamente por todo lo relacionado con la otra persona, pasó el día trabajando mientras suspiraba una y otra vez. El chat que le había enviado a Cho desde la mañana seguía sin respuesta incluso llegada la tarde.

“¿Estás bien, Phi Bear?” preguntó KhongKwan al ver a su jefe recostado en el respaldo de la silla con cara de no querer nada. Aunque esa tarde se suponía que iría a ver a un cliente y luego volvería temprano a casa, Bear se veía inusualmente agotado.

“KhongKwan, ven un momento”, dijo Bear.

“¿Sí?” Ella acercó su silla, pensando que sería algo de trabajo como siempre, pero esta vez era diferente.

“Cuando alguien te compra algo, ¿te molesta?”

“Eh...” KhongKwan no estaba segura de adónde quería llegar su jefe. Aunque eran cercanos en temas laborales, nunca hablaban de asuntos personales.

“Si es de alguien que te gusta, no. Pero si es de alguien que no te gusta, sí te molesta un poco”, respondió ella con sinceridad.

“Ya veo...” Bear tamborileó los dedos sobre el escritorio, pensando en qué haría si Cho le decía que le molestaba.

“Phi Bear, ¿estás cortejando a alguien?” preguntó KhongKwan con una sonrisa coqueta, mirando a su jefe como si lo estuviera molestando.

“Estoy cortejando a mi propio novio”, respondió Bear con un largo suspiro. En ese momento vio a Phi Dew acercándose y levantó la mano para saludarlo.

“¿Qué te pasa, amigo? Esto es la oficina, no es lugar para hablar de asuntos personales”, dijo el recién llegado al escuchar parte de la conversación.

Bear lo miró sorprendido. El otro solía usar el tiempo de trabajo para hacer otras cosas.

“No dejes que te vuelva a ver trayendo a tu hijo a la oficina durante las vacaciones escolares”, advirtió Bear.

El que en efecto había traído a su hijo antes se rio. En realidad, no violaba ninguna regla de la oficina, considerando que todos a veces se quedaban hasta tarde o se llevaban trabajo a casa.

Se acercó, tomó unos dulces del escritorio de Bear sin pedir permiso y se sentó.

“Tu chico te ha estado esperando todo este tiempo y tú todavía puedes hacer esto”, comentó Phi Dew.

“Tengo miedo de que se canse de mí.”

“Antes sí te cansabas de él, ¿no?”

Bear suspiró con una expresión imposible de describir. Aunque nunca lo había dicho en voz alta, sus acciones habían sido muy claras. Solo KhongKwan no tenía idea de qué estaban hablando.

“¿Qué planes tienes para fin de año, Phi Bear? ¿Vas a trabajar el cambio de año conmigo?” preguntó otro compañero al ver al grupo reunido.

“No. Voy a llevar a mi novio de viaje.”

“¿Phi Bear tiene novio de verdad?” preguntó uno de los más jóvenes, incrédulo.

“No es cierto”, intervino Phi Dew.

Bear, que claramente estaba sufriendo por amor, se apresuró a aclarar:
“No tengo novio... tengo esposo.”

Todos se echaron a reír.

“¿Estás hablando en serio o bromeando?” Como Bear casi nunca hablaba de su vida personal, todos se interesaron y acercaron más sillas para rodearlo.

“Estoy hablando en serio.”

“¿Por qué nunca nos habíamos enterado?”

“¿Para qué les iba a contar?”

Bear miró su teléfono, que marcaba las dos de la tarde. Se levantó, guardó sus cosas en la mochila, se despidió de los más jóvenes con una reverencia y luego se inclinó ante Phi Dew.

En ese momento, alguien que había estado observando todo el tiempo habló: **“Entiendo que no quieras hablar de tu vida privada, pero actúas como si estuvieras soltero incluso después de que Cho apareciera. Si él hace lo mismo, no te enojés.”**

Bear asintió y volvió a inclinarse ante Phi Dew. *En el trabajo era bueno, pero en el amor... era un desastre.*

“Pídele perdón bien, consiéntelo mucho. El chico no te va a odiar”, le gritó Phi Dew mientras se alejaba.

Bear solo pudo suspirar. *Las palabras que Cho le había dicho antes parecían estar hundidas en el fondo de su corazón.*

“Phi nunca se ha sentido orgulloso de tener a Cho.”

Eso no era cierto en absoluto... nunca había pensado algo así.

“¡Cho, teléfono!” Air llamó a su amigo, que esa tarde había pasado a jugar con su sobrino. La pantalla llevaba un rato iluminada, pero Cho no le prestaba atención; solo estaba acariciando la mejilla del bebé con el dedo.

“Ah... sí”, respondió Cho, aunque su mirada seguía fija en el bebé de cuatro meses, gordito, con brazos y piernas como rollitos, absolutamente adorable.

[¿Qué estás haciendo?] preguntó Bear, quien no había recibido respuesta a sus mensajes. Al principio no quería llamar, pero recordó las palabras de Phi Dew. Lo único que podía hacer ahora era pedir perdón.

“Estoy en casa de Air.”

[¿Condujiste tú mismo?]

“Sí.”

[¿A qué hora vas a volver?]

“No sé”, respondió Cho con evasivas, porque aún no estaba seguro. Podía quedarse molestando a Air y al bebé hasta la tarde.

Bear se quedó en silencio un buen rato. No sabía qué hacer. Entonces recordó la leve sonrisa de la persona que solía esperarlo en casa.

“¿Pasa algo, Phi Bear?”

[Voy a ver a un cliente y luego pasaré a comprar esos pasteles de cangrejo que te gustan. Debería llegar a casa alrededor de las seis. Vamos a cenar juntos.]

“Ah... está bien”, respondió Cho, todavía confundido por el comportamiento de Bear. Miró alternadamente a su amiga y al bebé antes de colgar. Se sentía extraño.

“¿Qué pasa?” Air ladeó la cabeza, curiosa.

Cho le sonrió a Air y no dijo nada más. Estaba a punto de volver a jugar con el bebé cuando ella lo detuvo.

“¿Cómo van las cosas?”

“¿Con qué?”

“Con Phi Bear, obviamente.”

“Bien, supongo.”

Air suspiró. Pinchó un trozo de fruta con el tenedor y se lo ofreció a Cho.

“Te está pidiendo perdón, ¿verdad?” Air se sentó en el piso de baldosas frías, estirando las piernas. Su hijo miraba alternadamente a su mamá y a su tío Cho con ojos brillantes, haciendo ruiditos pero sin llorar.

“Sí, se podría decir que sí. Pero yo no estoy enojado”, respondió Cho con honestidad. *Lo que sentía ya no era una forma de llamar la atención como antes. Ahora solo tenía un nuevo propósito que no era el amor.*

“Entiendo, pero ¿no quieres volver?”

Cho tomó otro trozo de sandía y respondió con calma: **“Sí quiero, pero quiero hacer otras cosas más.”**

“Traje dulces”, dijo el esposo de Air al verlos charlando relajados. Se veía un poco tímido.

“Gracias”, respondió Cho rápidamente, haciendo una reverencia.

“Hablen tranquilos. Llévense el té al jardín, es agradable. Yo cuido al bebé.”

“¿Otra vez vas a dejar que el bebé te cuide, papá?” bromeó Air riendo. Luego llevó a Cho al jardín con una canasta de comida y té de flores para él (*mientras ella bebía té de jengibre para la leche*).

“Qué buen esposo tienes, Air”, comentó Cho, pensando en alguien a quien no veía desde la boda.

“Nadie es perfecto al cien por ciento. Hay que ir ajustando”, respondió Air mientras se sentaba en una silla del jardín. El lugar era fresco, con brisa suave, ideal para dormir.

“Cuando tienes hijos, pelean más. Es cansado y no siempre están de acuerdo sobre cómo criarlos. A veces extraño cuando éramos solo nosotros dos, era más fácil.”

Cho sonrió y no opinó.

“No hay pareja perfecta, Cho. Si todavía se quieren, cuando uno se equivoca pide perdón, el otro perdona y siguen adelante. Eso es suficiente”, dijo Air, hablando de su propia relación, pero Cho sabía que también se refería a él.

“¿Cuánto te pagó Phi Bear por esto?” bromeó Cho.

“¡Cientos de miles!” Air contó con los dedos y luego se rió al ver la cara de su amigo.

“¡No! ¿Por qué me iba a pagar?”

“Quién sabe, con esa cara vale la pena pagar mucho.”

Air recordó el pasado.

“¿Sabías que entre todos nuestros amigos, tú fuiste el que recibió la mayor dote?” dijo guiñando un ojo.

Cho abrió mucho los ojos y se sonrojó tanto que no sabía dónde meterse. Air se rió con ganas.

“Nadie puede presionarte respecto a tus sentimientos. Yo también quiero que hagas lo que te gusta primero. Solo como amiga, no quiero que te lastimes otra vez.”

“Hmm...” Cho se recostó en la silla de madera, mirando el hermoso jardín de su amiga.

Porque el amor no tiene una definición fija, pero el dolor enseña muchas cosas.

“No voy a forzarme a mí mismo, ni voy a dejar a nadie atrás como hizo Phi Bear antes”, dijo Cho mientras miraba los mensajes abandonados en su teléfono. *No quería vengarse, simplemente aún no estaba listo para volver a ser como antes.*

Pero como dijo... nada volvería a ser igual.

Air sonrió a su amigo. Cho ahora se veía más sencillo, más maduro y calmado.

“¿Ya te inscribiste en los cursos?” preguntó Air, cambiando de tema. Pasaron toda la tarde charlando.

Antes, Bear se aburría con las preguntas diarias como **“¿ya comiste?”**, **“¿a qué hora vuelves?”**, **“¿qué estás haciendo?”**. Le parecían molestas. Ahora era él quien hacía todas esas preguntas que Cho solía hacerle. Por fin entendía que eran preguntas que hace alguien que se preocupa.

“Compré cerdo asado y pasteles de cangrejo de ese lugar que te gusta, mamá. Estaban deliciosos”, dijo Bear esa tarde, llegando con comida y dulces antes de la cena.

“Gracias, hijo”, respondió la mamá sonriendo mientras recibía las bolsas. Se sintió aliviada de no tener que cocinar más.

“Pensé que no vendrías.”

“Había un poco de tráfico. ¿Puedo quedarme aquí un rato?” Bear le hizo un gesto tierno a su suegra como siempre.

La mamá sonrió. No podía negar que al principio estuvo molesta porque hizo llorar a su hijo, pero la vida de pareja no era algo para que otros juzgaran. En realidad, siempre lo había querido como a un hijo durante diez años.

Era como enojarse con tu propio hijo: puedes regañarlo, golpearlo, pero nunca dejas de quererlo.

“Ven, por supuesto que eres bienvenido.”

“Cuando como solo en casa, la comida no sabe tan rica.”

“Cho puede comer solo sin problema”, comentó el papá al entrar a la cocina. La mamá lo miró con reproche (*casi le pateo la pierna*).

Bear sonrió con incomodidad. Ahora había decidido ser descarado y no dijo nada. No le parecía raro que el papá de Cho hablara así. Incluso su propia mamá le había dicho que no molestara al chico y que se fuera a casa a curar su corazón.

La única persona que podía curarlo ahora era una sola...

“¿Vas a volver temprano hoy, hijo?” preguntó la mamá cambiando de tema.

“Sí, hoy no tengo nada que hacer en la tarde.”

“Cho está en su habitación. Llegó de casa de Air y pidió bañarse primero.”

“¿Puedo subir a verlo?”

La mamá asintió sonriendo. Solo el papá refunfuñó que no entendía a los jóvenes, pero luego miró a Bear. *Después de haber visto al papá de Cho cientos de veces, Bear sabía que en realidad le estaba diciendo que siguiera intentándolo. Si realmente quisiera prohibírselo, no le habría permitido volver a pisar esa casa.*

La habitación no era pequeña pero tampoco tan grande como la de su propia casa. Tenía un ambiente nostálgico. Cho estaba sentado mirando la pantalla y no había cerrado la puerta con llave, así que Bear tocó antes de entrar.

“Ah, Phi Bear. ¿Por qué llegaste tan temprano?”

“Ya casi es año nuevo y terminé de limpiar el trabajo.”

Cho asintió y volvió a mirar la pantalla.

“¿Cómo está Cho?”

“Estoy enviando un trabajo nuevo.”

Bear se asomó y vio un ícono de *“Feliz Año Nuevo”* en varios idiomas, con diseños de vaca según el zodiaco chino.

“¿Íconos para el año nuevo?”

“Hmm.”

“Qué lindos.”

“¿Verdad?”

“¿No te duele la espalda?” preguntó al ver que Cho estaba sentado en una silla sin respaldo frente a la computadora.

“Sí me duele...” Cho presionó el botón para enviar el trabajo, esperó a que se cargara y mostró que estaba listo. Luego se giró para prestarle atención al hombre grande en la habitación.

“Ven, te doy masaje.” Manos cálidas se posaron sobre los hombros delgados y empezaron a masajear los hombros y el cuello. El calor del contacto físico hizo que Bear se diera cuenta de cuánto tiempo habían perdido viviendo juntos.

“¿Phi es masajista profesional?” bromeó Cho, aunque claramente lo estaba disfrutando.

“También puedo darte con los codos. ¿Quieres?”

Cho se rió mientras miraba el cielo naranja que entraba por las cortinas. Ese lugar le daba una sensación de paz inexplicable.

“Compré los pasteles de cangrejo y el cerdo asado que dijiste que estaban deliciosos.”

“Mmm...”

“¿Qué?” preguntó Bear al ver que Cho no continuaba y solo tenía los ojos cerrados.

“Tengo sueño”, respondió Cho sacudiendo la cabeza para espantar el sueño. Luego se quejó: **“Esta habitación es como un succionador de almas, siempre me dan ganas de dormir.”**

Tal vez porque ahí se sentía cómodo: tenía padres, gente que lo quería, una familia cálida, comida rica y nada de qué preocuparse. Muy diferente a su propia situación...

“Pero yo no puedo dormir”, dijo Bear, deteniendo las manos. Anoche, después de volver a casa, se había tomado varias latas antes de poder dormirse.

“¿Mucho trabajo?” Cho se quitó los lentes, se frotó los ojos y se giró.

Bear miró sus mejillas suaves y negó con la cabeza.

“Extraño a Cho.” Sus dedos tocaron suavemente la mejilla del chico. Estaban tan cálidas que casi quería llorar.

Cho sonrió un poco y preguntó con tono burlón, pensando que Bear estaba bromeando: **“¿Phi Bear me extraña?”**

Bear se inclinó, levantó al chico más pequeño y lo colocó en la cama. Cho se rió y protestó diciendo que no lo hiciera, hasta que las risas se calmaron y Bear preguntó sobre el día siguiente. **“¿Mañana vamos a hacer la cuenta regresiva juntos?”** Bear acarició el cabello suave del chico. Ya estaba bastante largo. Al bajar por los lados de la cara, solo se veían los grandes ojos redondos, la puntita de la nariz y los labios carnosos y bonitos.

“Mañana es 30.”

“Vamos a quedarnos dos noches”, dijo Bear. No sabía dónde poner las manos, así que las colocó sobre sus propias piernas como siempre.

“Mmm...” Cho, que quería pasar el año nuevo durmiendo, pensó que si no salía, su mamá probablemente lo llevaría a rezar al templo. Prefería ir con Phi Bear que al templo, porque además de no ganar méritos, la última vez se había quedado dormido.

“¿A dónde vamos?”

“Reservé una habitación en Pattaya. Quiero ver los fuegos artificiales.”

“¿Con quién más?” preguntó Cho, un poco nervioso. *No había visto a los amigos de Bear en mucho tiempo y no se sentía muy cómodo acercándose a otros. Si iba mucha gente, probablemente no iría.*

Bear suspiró. Sabía que sería difícil creer que alguien como él pudiera cambiar en solo un mes.

“Solo contigo. Vamos los dos. Primero te llevaré a pasear.”

Cho pensó que había escuchado mal. Todavía estaba procesando y no respondió. De repente, Bear tomó su mano.

“¿Podemos ir juntos?” preguntó Bear con una pequeña sonrisa, sin estar muy seguro de que funcionara, pero lo estaba intentando.

“¿Estará bien?” Cho miró las manos entrelazadas.

“¿Por qué no estaría bien?”

Cho tampoco podía explicar por qué no estaría bien.

“¿A dónde fuiste hoy?” Bear cambió de tema, dando por hecho que Cho había aceptado.

“A casa de Air.”

“¿Estuvo bien?”

“Sí. Estuve jugando con el pequeñito. Criar a un bebé no es nada fácil.” Cho le contó emocionado muchas cosas: sobre el bebé, el hermoso jardín que Air había arreglado y todo lo que había vivido ese día.

Bear escuchaba y sonreía. *No entendía por qué nunca había escuchado antes.*

“¿Cuántas noches vamos a quedarnos?” Cho recordó y tomó su tablet para revisar el calendario. Bear vio que la pantalla tenía una foto de ellos tomados de la mano de hace varios años.

“¿Puedo abrazarte?” preguntó de repente, sólo porque quería abrazar a la persona frente a él.

Cho no entendió, pero al ver a Bear abrir los brazos sonrió, dejó todo a un lado y se acercó a abrazarlo.

“No soy tan posesivo, ¿sabes? Soy bastante fácil.”

Bear lo abrazó fuerte, apoyando la cabeza en el hombro delgado que antes había cargado muchas esperanzas. *Ahora parecía que Cho había podido soltarlas, mientras que él sentía que cargaba el mundo entero sobre sus hombros.*

Y la mayor parte de ese mundo estaba lleno de Cho.

“¿Qué te pasa, Phi Bear?”

Bear no sollozaba como Cho, pero su silencio era desgarrador. Aunque alguien le señalara el camino, parecía no tener la lucidez suficiente para decidir y seguir adelante. Ahora estaba cansado... más cansado de lo que nunca le había dicho a Cho cuando decía que el trabajo lo agotaba. La persona que se suponía era el apoyo de Cho, ahora ni siquiera podía apoyarse a sí mismo.

La mamá subió a llamarlos para cenar, pero al ver a Cho sonriéndole y acariciando la espalda del hombre grande para consolarlo, sólo los miró y le hizo una seña a la mamá para que saliera.

“No me voy a ninguna parte. Phi Bear puede venir a verme cuando quiera. Mañana vamos a ir de viaje”, le dijo Cho al que parecía muy cansado.

“No quiero hacerte sentir incómodo. No puedo más...”

Bear siempre había creído que él era el fuerte y que Cho era el débil porque no tenía mucha vida social. Hasta hoy se dio cuenta de que Cho había sido el fuerte todo este tiempo.

“¿No dijiste que no íbamos a hablar del pasado? Que íbamos a mirar hacia adelante”, dijo el chico más pequeño separándose un poco y sonriéndole.

Phi Bear con lágrimas en los ojos era algo más raro que una joya. Cho se acercó a tomar un pañuelo para limpiarle la cara y luego se puso de puntillas para darle un beso suave en la mejilla.

“¿Cho va a quedarse aquí mucho tiempo todavía?” Bear temía no saber cuánto tiempo más esperaría Cho para dejarlo compensarlo.

“No me voy a ninguna parte”, respondió Cho mirando al oso abatido.

“Phi Bear estás haciendo berrinche como un oso salvaje. No es lindo.”

Bear suspiró al escuchar *“no es lindo”*, pero al final sonrió porque Cho, quien siempre cumplía sus promesas, dijo que no se iría.

Para alguien tan miedoso como Bear... con eso era suficiente.

“Vamos a comer, mamá está esperando.”

“Un beso más para consolarme primero, rápido.” Bear se inclinó y ladeó la mejilla.

Cho parpadeó antes de soltar una carcajada. *Phi Bear en ese momento se veía más lindo de lo normal: llorando y pidiendo mimos...*

No sabía si quería tranquilizarlo o no, pero estaba funcionando...

“Si te doy otro beso, tienes que dejar de llorar, ¿eh?”

Bear sonrió ampliamente y aceptó con firmeza.

“Sí.”

Día 30

Un nuevo comienzo

“¿Por qué no lo tiras? ¿Para qué te paras ahí a comer?”

“Está bien aquí, no tengo que guardar nada. Cuando termine, lo tiro directo al fregadero.”

“¿Alguna vez has limpiado los restos de comida después de tirar algo? Siempre soy yo la que tiene que recoger y lavar.”

“A veces se me olvida.”

“¿Se te olvida todos los días?”

Cho escuchó a sus padres discutiendo en la cocina cerca de las nueve de la mañana. Ese día se había despertado un poco tarde porque se quedó trabajando hasta muy noche la noche anterior; no quería dejar pendientes para las vacaciones. Al bajar y asomarse a la cocina, vio a la pareja que llevaba treinta años junta mirándose con caras de fastidio. Cho soltó una risita al ver a su papá haciendo pucheros como un niño.

“¿Qué están haciendo?”

“Hay cerdo al horno con especias, hijo. Está en la olla, sírvete y échale sopa”, dijo la mamá rápidamente, preocupada de que su hijo tuviera hambre.

“Llegaste justo a tiempo. Ayúdame a lavar los platos”, dijo el papá, dejando su plato vacío sobre el de Cho antes de salir corriendo de la cocina.

“¿A dónde vas, papá?”

“A ver el partido de fútbol.” Se giró para mirar a la mamá y se despidió.

Cho soltó una carcajada. *Solo era un plato, ¿por qué tenían que hacer tanto drama?*

“Entre más viejos, más niños”, suspiró la mamá con una sonrisa en el rostro.

“Es verdad”, respondió Cho sonriendo también. Desde que cumplió treinta años, veía a sus padres con mucho cariño. Ahora sonreía al verlos, ya no sentía tanto miedo o distancia como antes. Ahora era más amor y ganas de consentirlos.

“¿Papá y tú han peleado alguna vez?” preguntó mientras servía arroz jazmín en su plato. A su mamá le salía un arroz perfecto, aromático; cada vez que lo comía, no podía parar.

“¿Eh?” La mamá tomó el plato del papá y lo puso en el fregadero mientras lavaba y hablaba con su hijo.

“Claro que sí, hijo. No existe pareja que no pelee.”

“Pero yo nunca los vi.”

“No queríamos que lo supieras. Cuando eras niño, teníamos miedo de que te afectara. En esa época peleábamos fuerte. Hasta rompimos dos veces.”

“¿Cómo fue?” Cho levantó las cejas, realmente sorprendido. Nunca había sabido nada de eso.

“La primera vez fue antes de casarnos. Éramos muy jóvenes. Peleamos porque tu papá dijo que otra mujer era más guapa que yo.”

Cho intentó no reírse, pero terminó riendo frente a la mujer que siempre le había parecido la más hermosa.

“Aún me enojo cuando lo recuerdo. Fue muy ofensivo”, dijo la mamá haciendo un gesto con la boca.

“¿Y qué pasó?”

La mamá fingió recordar y luego se rió mientras contaba:

“Tu papá elogió a una compañera más joven del trabajo diciendo que era guapa. Yo me enojé, dejé de hablarle y le dije que terminábamos. Él se molestó mucho y me gritó: ‘¡Si es tan guapa, vete a concursar al Miss Universo! ¡Gana y luego ven a hablar!’”

“¡Wow!” Cho soltó una carcajada. Nunca imaginó que de jóvenes fueran tan intensos.

“En ese momento fue algo muy serio, pero ahora que lo miro, me da risa”, dijo la mamá con los ojos entrecerrados por la sonrisa.

“Los recuerdos son parte de la experiencia, hijo. Sean buenos o malos, solo son cosas del pasado. Lo importante es que no afecten tu presente ni tu futuro.”

Cho sonrió y siguió escuchando mientras servía la sopa aromática sobre el arroz. Le gustaba con mucho caldo, un huevo, tofu y varios trozos de cerdo. Cuando terminó de servirse, preguntó: **“¿Y la segunda vez, mamá?”**

“Fue cuando ya teníamos a Cho. Peleamos porque no nos poníamos de acuerdo en la escuela de preescolar. Yo quería que fuera a una escuela

internacional o bilingüe, pero tu papá quería que fuera a su antigua escuela. Quería que siguiera el sistema tradicional, le gustaba el tema de la jerarquía y el respeto a los mayores.”

Cho escuchaba a su mamá quejarse mientras comía.

“En realidad, cuando pelean por una cosa, salen todas las demás. Aunque no deberían.”

“¿Y cómo terminó?”

“Yo agarré a Cho y me fui a la casa del campo, pero al final tu papá vino a pedirme perdón.” La mamá se quedó pensando un momento y continuó: **“Creo que me compró oro para reconciliarse. Cuando lo vi, se me pasó el enojo.”**

Cho casi se rió con la boca llena, pero siguió escuchando con atención.

“Si quieres estar juntos y formar una familia, estas cosas hay que hablarlas, hijo.”

Cho se recostó contra la barra de la cocina, comiendo lentamente mientras miraba a su mamá. *Sabía que le estaba diciendo todo eso para que él reflexionara.*

“Tu papá y yo terminamos nuestra guerra mental cuando empezamos a hablarlo todo abiertamente. Decíamos qué podíamos aceptar y qué no. Lo más importante es tener paciencia, ponerse en el lugar del otro. A veces tu papá se cansa de que yo me queje tanto, y a veces yo me molesto porque él no es ordenado. Pero así es ser humano: nadie es perfecto.”

Cho movió la cabeza de lado a lado. Como no respondía, su mamá lo regañó: **“¡Ve a sentarte a comer bien! ¡No te pares como tu papá!”**

Cho sonrió divertido y finalmente se sentó a la mesa.

Cuando la mamá terminó de lavar los platos, se sentó a su lado e insistió porque estaba muy preocupada: **“A veces las cosas se sienten tan grandes que no puedes ver lo que tienes enfrente. Pero en un día, un mes o un año, todo eso se convertirá en un recuerdo del pasado. Cuida tu propio amor propio, hijo.”**

“¿Hoy estás de poeta, mamá?” bromeó Cho, y recibió otro regaño.

“¡Solo te digo para que pienses! Eres igual de molesto que tu papá.”

El bromista se rió. Dejó el tenedor y miró a su mamá a los ojos. Preguntó algo que no recordaba si había preguntado antes:

“¿Mamá se arrepiente de que yo sea así?” Era hijo único y no les daría nietos. Aunque su mamá nunca le había dicho nada que lo hiriera, en el fondo Cho quería saber.

“Tu papá y yo nunca les pusimos nuestras expectativas a nuestros hijos. Solo me preocupa que en el futuro no tengas a alguien que te cuide.”

“Eso es verdad”, respondió Cho sonriendo.

“No te voy a mentir. Desde que apareció Phi Bear, tu papá y yo nos sentimos más tranquilos.”

“¿Y ahora que estamos así?” preguntó refiriéndose a la situación actual, en la que había vuelto a refugiarse con sus padres.

“Para nosotros no hay nada más importante que tú. Mientras Cho esté bien y sea feliz, nosotros estamos tranquilos.”

“Cho lo sabe.” Recogió los cubiertos, bebió agua y se levantó para abrazar fuerte a su mamá y darle un beso en la mejilla. Agradecía todo lo que le había permitido ser hijo de ellos.

El abrazo duró tanto que la mamá tuvo que soltarse, quejándose de que ya era grande y todavía pedía mimos.

“Te quiero, mamá.”

“¿Qué? ¿Con ese abrazo tan largo qué más quieres pedirme?”

“¿Puedes lavar los platos por mí? Phi Bear va a venir a recogerme.” Le guiñó un ojo y se preparó para correr escaleras arriba a hacer la maleta.

La mamá fingió que iba a regañarlo, pero terminó riendo. En realidad, vio que Cho había dejado un sobre blanco debajo del plato. Al levantarlo, leyó *“Regalo de fin de año”*. Suspiró y sonrió. Poco después escuchó un auto frente a la casa.

“Viene a recogerlo, traerlo y cuidarlo como cuando era niño. No ha cambiado nada”, murmuró la mamá quejumbrosa, pero al ver la cara cansada pero guapa de su yerno, se le ablandó el corazón por su hijo.

El amor o la pareja no tienen que ser perfectos en todos los aspectos (*trabajo, dinero, personalidad, vida social*). Si se basan en el amor, en quererse bien y en aceptar los defectos del otro, suele ser suficiente.

Por eso, Bear ya no quería a un Cho *“perfecto y talentoso”*. Solo quería que el chico le sonriera como antes.

Bear pasó a recoger a Cho por la mañana. Había reservado un hotel en Pattaya por dos noches porque quería ver los fuegos artificiales, llevar a Cho al mar y pasar las vacaciones juntos.

“¿Solo una mochila?” preguntó Bear al ver que Cho traía solo una mochila pequeña.

“Sí, no hay mucho.”

“¿No te olvidaste la ropa interior?” Ayudó a cargar la mochila en el auto y luego preguntó con cara seria.

“No me olvidé. Traigo uno puesto.”

“Si te olvidas, no vas a poder usar la mía. Es grande.”

“¿Qué tonterías dices?” Cho se rió del bromista. El ambiente de Bear ese día era mucho mejor que el del día anterior.

Durante todo el camino, el de buen humor no paró de sonreír y molestarlo.

“¿Qué te pasa, Phi Bear? No...” Cho protestó cuando Bear estiró la mano para despeinarlo o pellizcarle la mejilla.

“Estoy feliz.”

“¿Por qué? No me despeines.” El que tenía el cabello todo revuelto se giró.

“Porque Cho aceptó venir de viaje conmigo.”

“Que Phi Bear acepte ir de viaje es más sorprendente”, respondió Cho haciendo pucheros. *En realidad, pensaba que Bear trabajaría durante el cambio de año.*

“Es verdad”, dijo Bear con una sonrisa suave.

Su mamá le había dicho que las cosas que pasan suelen ser para bien... *Si Cho no hubiera terminado con él, si no se hubiera ido, Bear probablemente habría seguido comportándose mal y lastimando a la persona que más lo quería en el mundo. Gracias a eso, ahora podía sonreír junto a Cho.*

“Solo estaba bromeando”, se apresuró a aclarar Cho, que siempre se preocupaba por los demás. No quería criticar a Bear ni remover el pasado, temiendo que se pusiera triste como el día anterior.

Bear, que se había quedado callado pensando, volvió a sonreír. No quería arruinar el buen ambiente.

“No pasa nada. Es la verdad”, dijo alguien que hoy por fin podía verse a sí mismo con claridad.

“¿Vamos primero a Khao Kheow antes del hotel, o prefieres el zoológico de tigres?” preguntó Bear. Su plan de viaje, que antes era muy estricto, hoy era completamente flexible según los deseos de Cho.

“Mejor vamos a Khao Kheow. Quiero ver jirafas y pingüinos”, respondió Cho. Desde que supo que irían de viaje, había buscado muchas reseñas de lugares y cafés.

“Perfecto”, aceptó Bear. Tarareaba la canción que sonaba mientras conducía. La luz del sol casi a las once de la mañana y el aire acondicionado fresco parecían estar haciendo bostezar a la persona a su lado.

“Puedes dormir, Cho. Cuando lleguemos te despierto.”

“¿Puedo dormir en tu regazo?” preguntó Cho de repente. El que conducía abrió mucho los ojos y las manos le temblaron sin razón. Por suerte mantuvo la vista en la carretera.

“¿Quieres? Puedo parar para que duermas.”

Cho se rió. No entendía por qué Phi Bear, que antes era tan serio, ahora se sorprendía y tomaba tan en serio cosas tan pequeñas.

“Mejor escuchamos música”, cambió de tema el más pequeño. Tarareaba la canción que sonaba, un éxito de antes.

“Dicen que las canciones de cuando tienes veinte años son las que te acompañan toda la vida.”

“Es cierto. Yo solo escucho canciones viejas. ¿Y tú, Phi Bear?” preguntó Cho. **“Cuando escuchas cierta canción, ¿te acuerdas de esa época?”**

“Hmm”, asintió Bear. **“Sobre todo las canciones que elegimos para nuestra boda. Nos volvimos locos eligiendo.”**

“Yo también extraño esas canciones.”

“¿Quieres ponerlas?”

“Sí.”

Cho miró por la ventana, tamborileando los dedos en su pierna mientras tarareaba la letra dulce de la canción. No sabía por qué últimamente las extrañaba tanto. Miró el reflejo en el espejo y vio a Bear sonriendo mientras conducía. *Ya no parecía el mismo Phi Bear de antes.*

Llegaron a Khao Kheow cerca del mediodía. Como era fin de año, había mucha gente. Bear compró los boletos, estacionó el auto en el área designada y decidió rentar un carrito de golf pequeño para recorrer el gran zoológico abierto. Había mucha gente, así que el carrito era más práctico para estacionar y además daba un ambiente agradable.

“Mira la nutria por aquí”, dijo Cho levantando la cámara para llamar la atención del animalito.

“¿Sabes en qué se convierte una nutria cuando crece?” preguntó Bear parado a su lado.

Cho puso cara de confundido, así que Bear respondió:

“En monje. (*)”

() Es un chiste basado en la pronunciación en tailandés.*

“¡Pecador!” Cho soltó una carcajada. **“¿Qué loco estaba ahí parado contando chistes con cara seria? Oficial, aquí hay un pecador.”**

“Ven aquí”, dijo Bear, agarrándolo del cuello para llevarlo hacia otro lado mientras Cho no dejaba de reír. Los niños que miraban a la nutria se voltearon. Al principio Cho se avergonzó, pero al ver las caras confundidas de los niños pequeños, se sonrojó aún más.

Pero algo que antes le daba vergüenza, cómo tomar la mano de Cho en público, ahora había cambiado.

Bear, que casi nunca tomaba la mano en público, sorprendió aún más a Cho.

“Estás todo sudado, Cho”, comentó Bear al sentir el sudor del chico en su brazo y mano.

“Es que hace calor.”

Bear sacó un pañuelo de su bolsillo y le limpió la cara y el cuello. La piel de Cho seguía suave como antes, aunque ya era mayor. Sus mejillas se fueron poniendo rojas.

“¿Por qué te sonrojas?” preguntó Bear riendo. Sus caras estaban a solo un palmo de distancia. La gente alrededor estaba en sus propias actividades. Antes a Bear no le gustaba que lo miraran, pero desde que regresaron de Japón entendió que nadie los observaba tanto como ellos mismos se observaban.

Cuidar a la persona que tienes al lado es mejor que preocuparte por extraños.

“Eres tú el que debería avergonzarse.”

“Yo soy descarado”, respondió Bear sonriendo. Después de todo lo que habían pasado, estaba bien. El presente era el tiempo valioso que tenía. No quería pensar en más.

“A ver, toca.” Cho acercó la mano a la mejilla de Bear y abrió mucho los ojos. **“Sí está dura.”** Luego se rió y corrió para que no lo pellizcara.

Bear siguió al chico de treinta años que se comportaba como uno de tres. Sonreía viendo su amplia sonrisa, su cabello, sus hombros delgados bajo la camiseta blanca y los pantalones cortos color crema. Sus piernas delgadas caminaban hacia otro lado. No importaba adónde fuera, Bear estaba dispuesto a seguirlo.

“Phi Bear, tómame fotos”, llamó Cho con la mano cuando llegaron al área de las jirafas.

Bear le tomó varias fotos, pero su favorita fue la de Cho haciendo boca de jirafa y riendo a carcajadas cuando una jirafa se acercó a comer las verduras de la cubeta.

Aunque la mayoría eran fotos raras, eran muy lindas. Ver a Cho con los ojos brillantes y feliz era suficiente.

Por la tarde, en lugar de seguir en cafés al aire libre, entraron al hotel porque el calor era insoportable. Por la tarde salieron a la playa frente al hotel. A las cinco, el gran sol flotaba sobre el horizonte, tiñendo las olas de dorado. Había una brisa suave del mar.

“¿Vas a nadar? Deberías ponerte protector solar otra vez”, dijo Cho aunque ya era tarde.

“No pasa nada.”

“Te va a arder después.”

“Mi piel no es tan delicada como la tuya”, respondió Bear. No le gustaba porque era pegajoso, pero al ver el protector solar en las manos de Cho, se le ocurrió una idea. Aunque era un cliché, funcionaba.

“Entonces póntemelo tú.”

“¿Por qué tengo que ponértelo yo?”

“Es pegajoso y no me gusta.”

Bear se sentó en una silla de la playa y dejó que el más pequeño se parara detrás de él. En realidad, se había puesto el traje de baño y estaba sin camisa pensando solo en nadar un rato en la piscina, pero al ver que Cho quería ponérselo, decidió disfrutar del servicio.

“Póntemelo también en el pecho.”

“Phi Bear, eres muy bueno coqueteando. ¿Así coqueteas con las chicas?” bromeó Cho mientras le untaba crema por todo el cuerpo.

“Si sigues hablando tonterías, te llevo cargando de vuelta al hotel.”

“Ya te enojaste otra vez. Volviste a ser el oso de siempre”, lo molestó Cho, pero sabía que no estaba realmente enojado.

Pasó las manos por la piel color miel de Bear, envidiando que tuviera tan buena piel por no exponerse mucho al sol. También le sorprendía que, a pesar de dormir poco, no se viera demacrado. Además, probablemente hacía ejercicio.

La playa frente al hotel no estaba muy llena. Bear miró al chico que se movía para untarle crema en los brazos. La luz naranja del atardecer acariciaba su rostro limpio. No pudo resistirse, se inclinó y le dio un beso suave.

“¿Cómo estuvo en casa de mamá?” preguntó.

“Como siempre. Me despertaba, trabajaba y a veces tomaba clases en línea.”

“Escuché que te inscribiste en cursos en línea”, dijo Bear. Su mamá le contó que en lugar de ir a una academia de idiomas, Cho había empezado con cursos en línea.

“Sí. Solo los básicos por ahora. Pronto tendré que ir en auto, pero son solo tres meses. No sé si al terminar habré aprendido algo.”

“Cho es muy capaz. Tú puedes con eso”, dijo Bear con sinceridad. *Cho podía ser un poco lento a veces, pero cuando decidía hacer algo, siempre lo tomaba muy en serio.*

Cho sonrió ampliamente y retiró las manos cuando terminó.

“Ya sé que soy capaz.”

Bear sonrió y tomó un mechón del flequillo largo de Cho.

“En serio, también tengo que agradecerte, Phi Bear. Me hiciste madurar y ver las cosas con más perspectiva.” De ser alguien que solo seguía a Bear, esperaba recibir información y no confiaba en sí mismo, ahora se sentía bien por haber crecido. Por eso entendía mejor por qué Bear quería que fuera así.

“Yo soy quien debe agradecerte a ti, Cho.” Si ese día Cho no se hubiera levantado e ido, probablemente seguiría siendo un tonto por mucho más tiempo. Tal vez habría terminado ahogado en su propio ego.

“¿Quieres trabajar en la empresa de un amigo mío? Es una agencia de publicidad. También puedes ser freelance”, ofreció porque ya había preguntado.

“No. Quiero hacerlo por mi cuenta”, respondió Cho haciendo pucheros.

“Entiendo”, dijo Bear sonriendo y le puso el tubo de protector solar en la mano.

“Yo me lo pongo. Dijiste que era pegajoso.” Cho frunció el ceño cuando Bear le apretó crema y empezó a untársela en las piernas. ¿Quién empezaba por los muslos internos?

“Si yo me lo pongo, ¿cómo vas a tocarme las piernas y el pecho?”

Esta vez Cho abrió mucho los ojos ante las palabras pervertidas.

“¡Eres imposible!” se quejó Cho diciendo que no era necesario untar tanto. **“Si quieres tocar, solo tócamelo.”**

Bear soltó una carcajada. Quería abrazarlo fuerte, pero solo pudo reír y seguir conversando. Quería hablar de todo con Cho mucho más.

Después de bajar a jugar en el agua y remar en canoa hasta tener hambre, Cho y Bear volvieron al hotel, se ducharon y bajaron a cenar al restaurante. Tenían tanta hambre que comieron sin pensar y terminaron tirados en la cama, llenos y con sueño.

Cho estaba recostado contra el respaldo de la cama jugando videojuegos con pereza. Bear se acercó y se sentó a su lado. Tenía en las manos un libro sobre *Big Data Analytics* que le interesaba. Cho murmuró que solo ver inglés le cansaba la vista, así que Bear empezó a traducírselo poco a poco, aunque igual no lo entendía del todo.

“Big Data tiene varios tipos: estructurado, no estructurado y semi-estructurado.”

“Parece que estás hablando en idioma alienígena, Phi Bear”, dijo Cho después de escuchar la explicación, aunque estaba en tailandés.

“¿Cómo has estado últimamente?” preguntó Cho. Antes Bear había dicho que tenía mucho trabajo, por eso le sorprendía que hubiera podido tomar vacaciones.

“Trabajando como siempre.” Miró a la persona a su lado, decidió dejar el libro y se recostó en el regazo de Cho.

“Pero me siento vacío de una forma extraña.” Por supuesto que todavía amaba su trabajo y miraba hacia adelante, pero se sentía cansado por cargar con sentimientos inestables.

“La casa sin Cho está muy sola”, dijo Bear cerrando los ojos.

Cho no sabía qué decir, solo bajó la mirada hacia su rostro.

“No entiendo cómo Cho pudo aguantar tanto tiempo.” Bear abrió los ojos otra vez y tomó la mano de Cho para apoyarla contra su mejilla.

“Yo solo tenía esperanza.”

“Ahora yo solo tengo esperanza.”

Cho sonrió y preguntó algo: **“Entonces... ¿todavía no has perdido la esperanza?”** Como había oído que estaba cansado, preguntó. *Él también había estado tan cansado que quiso huir, así que lo entendía.*

Bear sonrió y negó con la cabeza. Luego besó la mano izquierda de Cho, que ya no tenía el anillo de ellos. Solo Bear solía no usarlo; ahora lo llevaba puesto y no pensaba quitárselo.

“Ahora somos como extraños, ¿verdad?” dijo Bear, más como afirmación que como pregunta.

“De ahora en adelante seré alguien conocido, alguien con quien Cho hable mucho. ¿Después de eso podemos empezar de nuevo?” Bear levantó el meñique. Era la apuesta de alguien que nunca había cumplido bien sus promesas.

Cho miró a los ojos a su pareja. Muchos sentimientos se mezclaron al ver que la mano de Bear temblaba. Extendió su mano, enganchó su meñique y lo sostuvo suavemente.

“Te estaré esperando.”

Si Bear estaba apostando todo lo que tenía por última vez, esta debía ser una promesa que Cho también estaba decidido a cumplir lo mejor posible.

Bear sabía... que Cho siempre cumplía sus promesas.

Capítulo especial 1

Año Nuevo con la misma persona

Después del conteo regresivo hasta la medianoche que se escuchaba desde la habitación de al lado, el sonido de los fuegos artificiales resonó por toda la zona. En el balcón del hotel de veinte pisos, ellos estaban sentados en grandes sillas de madera, uno frente al otro. Desde ahí se podía ver perfectamente el espectáculo de fuegos artificiales. Los cohetes subían al cielo con ritmo y al final explotaban, llenando el firmamento de colores brillantes.

“Feliz Año Nuevo” dijo Bear, girándose para mirar a la persona que sonreía mientras observaba hacia adelante. Sus lentes reflejaban las luces multicolores de los fuegos.

“Feliz Año Nuevo” respondió Cho, sonriendo. El aire fresco del mar y el ambiente de Año Nuevo se sentían realmente bien.

“Es bueno tener muchos amigos, ¿verdad?” comentó Cho al escuchar las voces de la gente en el balcón vecino cantando alegremente *“Feliz Año Nuevo”*.

“Yo creo que es mejor tener buenos amigos que muchos amigos” dijo Bear, tomando la copa de vino de la mesa para beber.

“Pero aún así...” la persona que no tenía muchos amigos se encogió de hombros. Él no sabía bien, pero en el fondo envidiaba un poco la alegría de los grupos grandes.

“Ahora Cho también tiene dos amigos: Air y yo. Sin contar a Mew y a Ota.”

“¿Cómo vas a ser mi amigo?” ésta vez Cho se giró para mirarlo fijamente. *Parecía que la persona que hoy decía ser solo un extraño ya quería subir de nivel.*

“Quiero ser la persona con quien Cho pueda hablar de todo.”

“Hablas pero no escuchas, eso es todo” el más joven arrugó la nariz. Apenas dijo algo que no le gustó al *“oso salvaje”* Bear, ya le llegaría la mirada furiosa y las palabras hirientes. Amigos así, Cho definitivamente no quería.

“Escucho” Bear sonrió. **“Escucho y voy a escuchar todo.”**

“No hace falta. Si escuchas, después dirás que digo tonterías.”

“No lo haré.”

“O si no, suspirarás por mí” dijo Cho, y de un trago se terminó el vino que quedaba en su copa antes de servirse más. *No podía creer que ya había empezado el Año Nuevo y seguía discutiendo con la misma persona.*

Bear vio que el más joven tenía cara de enojo y pensó que seguramente estaba mareado por el alcohol. De otra forma no hablaría tanto.

“Ya no lo haré, de verdad” Bear levantó la mano y acarició el cabello de la frente del más joven. Al subir un poco, se podía ver su hermosa frente.

“Entonces te dejaré intentar ser mi amigo.”

“Está bien” respondió Bear con una sonrisa divertida.

“Entonces brindemos. Por la amistad.”

“Ven a sentarte conmigo primero, rápido” la persona que quería abrazar a su amigo le hizo señas para que viniera a sentarse en su regazo. El aire aquí estaba fresco y quería abrazar al otro para darle calor.

Cho, que quería tener amigos, puso cara de confusión pero se levantó fácilmente. Todavía estaba mareado y no entendía por qué Bear lo llamaba.

“Espera, espera, tranquilo” Cho se quejó cuando lo jalaron de la cintura y lo sentaron sobre el regazo. Se quejó de que casi se derramaba el vino de su copa y luego le lanzó una mirada molesta a quien lo abrazaba con tanta naturalidad.

“¿Se siente bien?” Bear apretó sus brazos y hundió la nariz en el hueco del cuello del más joven.

“No se siente bien para nada” la persona mareada por el vino se movió inquieta, olvidando por completo lo calculador que podía ser Bear.

“Yo creo que sí se siente bien” dijo Bear, y jaló al otro para que se recostara contra su pecho.

“¿Qué es esto? Qué descarado.”

“Cho, piensa un poco. ¿Qué hombre invita a otro a un viaje y a quedarse a dormir sin tener intenciones?” mientras más hablaba el descarado, más fuerte lo abrazaba.

“Hay hombres buenos.”

“Cho, traías una camiseta con escote amplio. Hace rato lo vi y...” Bear le susurró algo al oído al más joven.

“¡Aquí hay gente!” Cho se tapó los oídos rápidamente y se quejó de que era su pijama normal. Solo Bear era el que pensaba cosas raras.

“Oh, ya pararon los fuegos artificiales” como estaban tan ocupados discutiendo, el sonido continuo de los fuegos se había detenido.

Cho iba a levantarse del regazo del hombre grande, pero de repente una mano fría se metió dentro de su camiseta.

Bear pensó que el suave aroma y el pijama de tela delgada y resbaladiza harían que cualquiera perdiera el control.

“No me toques por todos lados” el más joven agarró la mano traviesa.

“No es por todos lados” dijo el mayor mientras acariciaba el abdomen plano. Este se contrajo ligeramente cuando la mano pasó por la parte baja del vientre y el pecho liso. Esto no se podía llamar *“tocar por todos lados”*, porque lo estaba haciendo con toda la intención.

“¿Y Phi Bear sabe qué es lo que yo espero al venir de viaje y quedarme a dormir contigo?”

Cho se giró hacia él, pasó una pierna por encima del regazo del mayor, se quitó los lentes y los puso en la mesa. Luego comenzó a besarlo con labios cálidos y húmedos.

“Entonces, ¿qué es lo que Cho espera?” Bear fingió preguntar, mirando los labios brillantes y mojados.

“Mmm...” la persona más pequeña soltó un sonido cuando el mayor siguió besándolo con intensidad aunque él intentaba apartar la cara.

“Respóndeme” Bear sujetó firmemente la cintura del más joven, pegó su frente contra la de él y lo regañó.

“Si la respuesta no es buena, te voy a dar nalgadas aquí en el balcón.”

“Otra vez regañando” Cho levantó la mano y pellizcó la mejilla del mayor, luego mordió suavemente la punta de su nariz prominente. En realidad sólo esperaba que pudieran viajar juntos y sonreír como antes, pero en esta situación, con la entrepierna presionada contra el muslo del mayor y esa mano acariciando su cintura, tuvo que cambiar la respuesta.

“Espero que el osito de Bear no esté débil.”

La persona que escuchó frunció el ceño y luego propuso:

“Entonces entremos a la habitación.”

“No quiero” Cho fingió hacer un berrinche, presionando su cadera contra el centro del otro. Solo un poco de roce con la fina tela del pantalón y ya parecía que se despertaba.

“No aquí, nos van a ver” la persona que ya estaba excitada quería cargar al más joven y llevarlo adentro, pero parecía que el otro quería alargar el momento.

Cho sonrió, sin levantarse, y se inclinó para besar la mejilla del mayor.

“Cho...”

“Phi Bear piensa demasiado. Nadie nos va a ver, estamos muy altos” el más joven se bajó del regazo y de repente se arrodilló en el suelo frío, justo frente a la entrepierna del mayor, mirándolo directamente.

“Mierda...” Bear se inclinó rápidamente para empujar el hombro del más pequeño, pero aun así no pudo ocultar del todo la emoción en sus ojos.

“¿Dónde aprendiste este tipo de cosas?”

Cho se encogió de hombros pero no respondió. Se acercó más entre las piernas mientras Bear hacía lo que los dos sabían hacer muy bien. Cho, en cambio, no era tan bueno. Se ponía nervioso y nunca había intentado tomar la iniciativa. Hoy quería intentarlo.

Bear frunció el ceño con fuerza y abrió más las piernas porque había alguien en medio. En el momento en que Cho bajó el pantalón de dormir del mayor, lo que ya estaba medio erecto apareció completamente a la vista en el amplio balcón que daba a la bahía de Tailandia.

“Oye, Cho...” al principio Bear no quería obligar al más joven, pero al ver esa mirada decidida y sin vergüenza (*tan diferente al Cho tímido de antes*), se quedó callado.

“Como Cho no está en casa, Bear no podrá llevar a nadie, ¿verdad?”

El mayor quiso quejarse de que estaba hablando sin respeto, pero...

“Espera...” la mano del más joven agarró firmemente su miembro y comenzó a moverlo lentamente mientras besaba por todo el abdomen. Bear no sabía de dónde había sacado el más joven, que antes se avergonzaba, tanta valentía, pero lo que sí sabía era que estaba disfrutando tanto que sentía que se desbordaba en esa boca suave.

En el momento en que entró completamente en la boca del más joven, la pequeña lengua se movía lamiendo y chupando con ritmo, haciendo que lo que aún no estaba completamente erecto se hinchara por completo.

“**Mmm...**” un líquido transparente goteaba por la comisura de los labios.

“**Maldición**” el mayor empujó la cara del más pequeño hacia afuera, se levantó y se quitó completamente el pantalón corto. Ahora estaba de pie y sujetó la barbilla del más joven.

No se sabía si era por el alcohol o de dónde había sacado tanto valor el chico, pero comenzó a lamer desde la cabeza hasta la base, e incluso las suaves caras internas de los muslos de Bear.

“**Oye, Cho**” el mayor llamó a la persona que estaba concentrada en complacerlo. Levantó esa parte para que el más joven pudiera lamer cómodamente la zona debajo, que era muy sensible.

Hasta que la punta estaba completamente mojada y no pudo evitar golpearla suavemente contra el lindo rostro.

Cho levantó la mirada con ojos dulces y brillantes hacia la persona que había dicho que no quería hacerlo en el balcón, pero que ahora parecía haber perdido completamente el control. El más joven abrió la boca para recibir lo que el mayor frotaba contra sus labios y luego lo empujó lentamente hasta llenar su mejilla. El olor y el sabor eran similares al vino que habían bebido antes.

“**Cuida bien los dientes**” dijo el mayor mientras movía lentamente sus caderas, empujando hacia la mejilla y la lengua caliente. Le gustaba cuando el más joven lo chupaba; era tan placentero que los músculos de sus piernas y abdomen se tensaban.

Era un excelente aficionado...

La mano de la persona más pequeña se acariciaba su propia entrepierna. En realidad, este tipo de cosas eran instintivas. Solo que antes Cho no se atrevía. Hasta que se fue a Japón y estuvieron separados un tiempo, se dio cuenta de que extrañarlo estimulaba muy bien ciertas cosas.

Qué poco duraba el placer cuando la persona que normalmente lo miraba con cara seria ahora parecía estar en el cielo solo porque el más joven estaba arrodillado complaciéndolo.

Cómo Cho todavía no dominaba bien el ritmo, cuando Bear estaba a punto de terminar se retiró y usó su mano para masturbarse hasta que el líquido espeso y pegajoso salpicó por toda la mejilla blanca.

“Ah...” el mayor presionó la punta contra los labios cerrados del más joven justo cuando todo el chorro salió.

Cho abrió la boca y lamió la punta húmeda antes de girar la cara cuando recibió esa mirada brillante acompañada de una pequeña sonrisa.

“Estás todo sucio” el más joven hizo un puchero. Sus orejas y mejillas estaban completamente rojas.

“Levántate, ven aquí rápido” Bear tomó su mano pequeña y lo jaló dentro de la habitación iluminada. Le limpió la cara y los ojos. Apenas se sentaron en la cama, el más joven ya lo estaba montando otra vez.

“Tranquilo” Bear vio que el otro tenía prisa por quitarle la camiseta, así que lo atrajo hacia sí. Se recostó contra el respaldo de la cama para que Cho se sentara a horcajadas en su regazo, cara a cara.

“Te dije que pararas primero” le dijo a la persona que se acercaba a besarle el cuello mientras intentaba empujarlo por los hombros.

“¿Por qué tienes que regañar?”

“¿Y por qué haces esto?” Bear sabía que Cho probablemente estaba borracho, pero incluso borracho, normalmente el más joven no se atrevía tanto.

“Es que...”

“¿Es que qué?” Bear se quitó su propia camiseta de dormir hasta quedar desnudo y ayudó al otro a quitarse la suya y el pantalón.

Al estar completamente desnudos, no había ningún punto donde no pudieran tocarse: especialmente los muslos contra el suave trasero y los bonitos pezones rosados.

“Es que Phi Bear parecía que no quería tener nada conmigo.”

De esta forma, no se sabía cuánto dolor le habían causado las cosas del pasado a Cho para que actuara así.

“¿Quién dijo que no quiero?” preguntó Bear a la persona que se había quedado callada.

“Preguntaste quién lo dijo” Bear ya le había explicado las razones antes, pero parecía que el otro no había prestado atención o simplemente no le creía.

“Ah...”

El mayor tomó la parte sensible del otro y usó su pulgar para frotar la punta de un lado a otro. Al ver que el más joven se retorció y gemía, sonrió satisfecho.

“Ya te lo había dicho. En ese momento estaba estresado y muy cansado. No fue por ti ni por nadie.”

“¿De verdad?” el más joven recostó su cara en el hombro del mayor y su mano se aferró al brazo de Bear.

“Pero lo de hace rato me gustó. Fue emocionante” Bear se refería a lo del balcón con el viento soplando. Tan emocionante que se había corrido demasiado rápido.

“¿Dónde aprendiste eso?” el mayor usó la otra mano para masajear el pequeño trasero. Cuanto más lento respondía Cho, más fuerte lo apretaba.

“Lo vi en películas.”

“¿Qué películas?” preguntó, sorprendido de que nunca hubieran hablado de estos temas a pesar de haber vivido juntos tanto tiempo. A pesar de que temas de la vida diaria, incluyendo el sexo, deberían poder hablarse en todos los aspectos como pareja.

“Ah...” Cho dejó escapar un sonido cuando la mano de su hermano mayor comenzó a deslizarse por una zona sensible.

Phi Bear se inclinó para besarlo, divertido, sin olvidar insistir en la pregunta de hacía un momento.

“¿Y qué hacías después de verlas?” No pudo evitar preguntarse qué hacía Cho consigo mismo cuando él no estaba.

“Pues... hacía lo mismo que Phi hace.”

“¿Solo eso?”

El dedo medio que se deslizaba por la pequeña hendidura le producía una sensación eléctrica al rozar la entrada. Como ya estaba bien preparado, estaba lo suficientemente húmedo para que entrara un dedo.

“Ah... Phi Bear...”

Bear sonrió con satisfacción. Besó sus manos, brazos y pecho, sintiéndose posesivo porque todo eso era suyo. Especialmente los bonitos pezones rosados, que chupaba y mordisqueaba suavemente hasta que se ponían duros. Le encantaba cuando el dueño decía “no” pero arqueaba la espalda para que siguiera chupando hasta saciarse.

Cho probablemente no sabía lo lindo que era su cuerpo, ni cuánto lo deseaba Bear, más que nadie.

El más joven miró a la persona que lo estaba provocando a propósito. Sus ojos se entrecerraban cuando le chupaba el pecho.

Fue un instante en el que Cho sintió que él también era dueño del hombre frente a él. Aunque fuera gruñón y tuviera mal carácter en algunos aspectos, al final terminaba rendido bajo su cuerpo.

“Quema” el más joven movió las caderas cuando la zona que estaba siendo chupada se puso húmeda y sensible.

“¿Por qué a Phi Bear le gusta tanto esto?” preguntó Cho a la persona que acababa de levantar la cara.

“¿A quién no le gusta?” Bear mordisqueó el costado del pequeño pecho.

“¿De quién soy la esposa?”

“Mi ex esposa.”

“Otra vez hablando feo.”

Bear se rió de la persona que decía que hablaba sin delicadeza.

“Ahora que lo pienso, antes tú tampoco hablabas muy bonito.” La conversación ocurría en la cama mientras sus cuerpos ardían. Hablaban, pero sus manos no dejaban de moverse.

“El problema eras tú, Phi Bear.” Cho respondió con una sonrisa amarga—. A veces la costumbre da miedo; hace que olvidemos tratarnos con el respeto que nos merecemos.

“Pero a mí me gusta cuando me llamas "P'Mung" (*).

() (*) La expresión "ผีมึง" (phi mueng) no es un nombre propio. Es una forma muy coloquial y brusca de dirigirse al otro, algo parecido a decir "tú" de manera ruda o de mucha confianza. En este pasaje, Bear dice que le gusta porque le recuerda la forma en que Cho le hablaba antes, cuando aún no era tan formal con él.*

“¿Phi Mung...?” Cho lo probó con una voz dulce.

Con solo oírlo, el hombre más alto sonrió de oreja a oreja.

‘A ver, Zo, dilo otra vez.’

“¿Decir qué?”

“Di: "Phi Mung..." hazme el favor.”

Bear lo dijo en voz baja. Cho cerró la boca de golpe e hizo un puchero, provocando que el mayor estallara en carcajadas.

Que lo hiciera ya era algo que apenas podía soportar; decirlo en voz alta era definitivamente demasiado.

“Ven, yo te ayudo.” Bear dejó de burlarse de él y se acercó para ayudarlo.

Cho se aferró a los anchos hombros de Bear y siguió sus movimientos, mientras Bear sonreía al ver que el menor se mordía los labios con fuerza y hacía todo lo posible por no dejar escapar ningún sonido.

“Gime un poco, quiero escucharte” Bear se acercó y le susurró. Cuanto más cerraba la boca Cho, más intentaba contenerse.

“Rápido, ya te estoy masturbando, gime dulcemente.”

Cho sacudía la cabeza de un lado a otro aunque su miembro estaba completamente duro. Todas las sensaciones se concentraban en el centro.

Atrás también sentía dos dedos entrando profundamente. Su cuerpo, que era muy sensible, temblaba intensamente.

“Mmm... Phi Bear, yo...” finalmente llegó al clímax arqueando las caderas contra el pecho del mayor. El líquido blanco salpicó todo el pecho blanco que tanto le gustaba abrazar. Pegó su mejilla contra la del mayor, jadeando fuerte porque los dedos seguían empujando rápido atrás.

Bear miró al chico pervertido que parecía estar en pleno éxtasis moviendo las caderas contra sus dedos. Respiraba con fuerza cuando los dedos entraban profundo y soltó un suspiro cuando los sacó.

Bear retiró los dedos, alcanzó un condón, se lo dio al más joven y le ordenó:

“Pónmelo.”

Quería ver si la persona que hoy se sentía tan hábil... seguiría siéndolo hasta el final.

Cho miró al mandón que siempre se salía con la suya. Bear siempre decía que no era gruñón y que era maduro. Solo en ciertos aspectos (*especialmente en la cama, donde siempre quería tener el control*) la gente que vivía con él lo sabía.

La persona más pequeña aplicó más lubricante porque sabía que tenía que recibir algo más grande que un dedo. Se levantó un poco, una mano en el hombro del mayor y la otra sujetando el miembro ya erecto otra vez, posicionándolo en su entrada. Lentamente se sentó. En el momento en que la cabeza entró, los dos se miraron con dulzura. Cuando sus cuerpos se pegaron completamente y aquello entró profundo, una oleada de calor recorrió sus cuerpos.

Hizo una mueca por el lubricante tibio que despertaba el cuerpo.

“¿Te gusta?”

“Mmm... está muy profundo...”

“Entonces muévete rápido” Bear levantó las rodillas y le dio una nalgada al trasero redondo, sujetando la cintura del más joven para que se levantara y bajara en lugar de solo frotarse. Le gustaba más cuando ese pequeño agujero lo complacía hasta que se ponía completamente duro.

“En este momento hablas con delicadeza” Cho clavó las uñas en el hombro del mayor, ajustando la posición antes de ser consentido con palabras dulces.

“Cho, por favor, siéntate sobre mí.”

Movió el cuerpo. **“Para ya...”** Cho se inclinó para taparle la boca al que hablaba y luego comenzó.

“Mmm...”

El sonido de carne contra carne resonó por toda la habitación. Los dos se abrazaban, se besaban y hacían el amor dentro de la amplia habitación. La luz naranja de la lámpara era suave, igual que los rostros del uno y del otro. Las sensaciones de dar y recibir eran claras pero embriagadoras. Bear dejó que el más joven lo montara menos de cinco minutos antes de levantarlo en brazos y cambiar de posición, poniéndolo boca abajo.

El trasero redondo se sacudía como olas con la fuerza del deseo. El Cho que antes era muy consentidor hoy presionaba la cara contra la cama, jadeando fuerte pero sin soltar gemidos lindos y mimados. Solo mantenía las caderas en alto para absorber la añoranza.

Dentro. Bear disfrutaba mirando cómo lo tragaba y lo apretaba cuando se retiraba.

“¿Por qué contienes la voz?” el mayor le dio una nalgada al trasero blanco hasta que se puso rojo, lo separó y empujó rápido.

“Ah...” la persona más pequeña abrió más las piernas para recibir la fuerza del mayor. No pasó mucho tiempo antes de que el cuerpo pesado se acostara completamente encima de él.

“No en esta posición, Cho es pesado.”

“A mí me gusta” Bear cubrió completamente al más joven con su cuerpo. Su mano bajó hasta el centro del cuerpo pequeño, empujando las caderas contra la entrada y el hueco entre los muslos que estaban pegados. Cuanto más estrecho, más fuerte rozaba su deseo. Finalmente se corrió dentro del condón transparente y delgado.

Bear besó la nuca del más joven y luego giró a la persona, cuya piel estaba roja como camarón hervido, para que quedara boca arriba. Puso una almohada bajo las pequeñas caderas, separó las delgadas piernas y metió su miembro, que aún no se había ablandado, en la estrecha y suave entrada.

“No...” Cho empujó las caderas del otro hacia afuera aunque ya lo había recibido hasta el fondo.

“Cho todavía no se ha corrido” dijo refiriéndose al cuerpo del más joven que aún estaba tenso. **“Quiero correrme dentro otra vez.”**

“Me da flojera bañarme” la persona que quería dormir después porque estaba cansado hizo un puchero.

“Yo te cargaré y te bañaré” normalmente Bear hacía eso. Como el otro no dijo nada, levantó las rodillas del más joven para que pudiera ver claramente dónde estaban conectados y empujó rápido. Su mano lo masturbaba para que también llegara al clímax.

“Mmm...”

Aunque el aire acondicionado estaba frío, los dos tenían sudor corriendo por todo el cuerpo. Su deseo parecía no tener fin, aunque sus cuerpos ya habían llegado al clímax varias veces. En posición boca arriba, Cho, que estaba completamente lleno, temblaba más porque el mayor golpeaba exactamente el mismo punto. Aunque sus cuerpos estaban débiles, no querían parar.

“Si no estoy yo, no hagas este tipo de cosas con nadie” Bear se dejó caer sobre el cuerpo pequeño, su mano acariciando las delgadas piernas, el trasero y el punto donde había estado entrando durante horas.

No se sabía cuántas veces Bear había dicho esto, pero el más joven aún no prometía nada.

“Eres tú el que todavía se cansa rápido, mmm.”

“¿Cho no va a terminar nunca?”

El más joven sonrió, apretó los labios con fuerza. Estaba tan sensible que se ponía duro sin que lo tocaran.

“¿Quién va a saber mejor que tú?” dijo Bear. *¿Quién más iba a saber mejor que él, que había enseñado con sus propias manos, en qué puntos le gustaba al chico que yacía entregado?*

Esta sensación de celos era realmente aterradora... hizo que la persona cansada se apretara fuertemente alrededor de él.

“Ahhh... voy a correrme otra vez... otra vez...”

Hasta que Cho se corrió tanto por la mano del mayor como por dentro, donde la gruesa cabeza del mayor golpeaba y lo hacía arder. Bear vació hasta la última gota dentro del cálido canal. Pegó sus cuerpos completamente para que saliera profundo y, cuando lo sacó, miró el

pequeño agujero ligeramente abierto, con su semen desbordándose, mojando las nalgas. Con mirada satisfecha.

Quería seguir... pero el cuerpo del más joven en este momento decía claramente que tenía mucho sueño.

“Llévame a bañar rápido” dijo Cho con ojos somnolientos. Las sensaciones de ellos aún no desaparecían. Los besos calientes, las marcas de manos y esa parte que había sido retirada aún parecían estar ahí.

“Cárgame y bájame con cuidado, no me tires al suelo” Cho le dijo a la persona que lo miraba de reojo con cara de disgusto, aunque hacía un rato había disfrutado hasta el fondo.

“Ordenándome, ¿eh? Ya que tienes la oportunidad...”

El más joven se rió a carcajadas. *Solo en ese momento tenía poder sobre Bear.*

“Si no me cargas bien, le pediré a otra persona que me cargue.”

“Hablas demasiado, te voy a tirar al balcón” dijo Bear. Él también estaba caliente y cansado, pero se levantó para cargarlo.

“En este mundo no hay nadie que te quiera tanto como yo, ¿lo sabes?” besó la sien del más joven.

“Mi mamá me quiere más. Mi papá también.”

“Aparte de esos dos.”

“Soy yo. Yo me quiero más a mí mismo.”

“Cómo puedes discutir hasta en esto” Bear le dio una palmada en el trasero mojado.

Cho sólo se rió al ver una reacción que no había visto antes: molesto y fastidiado con él, pero sin querer alejarse. *Este era el Bear realmente lindo.*

“Phi Bear está regañando otra vez, haciendo esa cara” la persona que estaba siendo cargada pinchó con el dedo la mejilla del mayor, haciendo que la persona sudada frunciera el ceño aún más. Cargándolo así, con el trasero resbaladizo por el sudor, y Cho todavía jugando. Se iba a caer.

“¿Tienes miedo ahora que estoy regañando?”

“Antes sí tenía miedo. Ahora ya no.”

Cho pegó su mejilla contra la del mayor, escuchando las quejas de que pesaba, pero al final lo bañó y lo llevó a la cama bajo las suaves sábanas, abrazándolo fuerte como si temiera que desapareciera.

“Y Phi Bear, ¿sabes que nadie te quiere tanto como Cho?” susurró el más joven antes de cerrar los ojos.

Bear sonrió, murmuró que ya lo sabía y se durmió a las tres de la mañana del primer día del año.

Fuera el año que fuera... siempre quería seguir siendo la misma persona.

Capítulo especial 2

El gran mundo

Porque ya había tenido esperanzas y decepciones, hoy en día Cho vivía en el presente.

Además, con lo ocupado que estaba aprendiendo idiomas y tomando un curso muy difícil de edición de video para postular a un trabajo en un estudio que ofrecía buen sueldo mensual, un buen equipo y la

oportunidad de aprender y crecer profesionalmente, apenas tenía tiempo para pensar en otras cosas.

Bear venía a cenar con él todas las tardes, tal como había prometido. Los días que no llegaba a tiempo, pasaba después de la cena, le llevaba cosas o, si estaba muy cansado, se acostaba un rato en la cama de Cho antes de volver a casa. Los sábados y domingos se quedaba ahí, a veces llevando trabajo, a veces ocupando la cama de Cho para dormir la siesta, porque Cho estaba muy ocupado. Cuando levantó la vista y miró el calendario, se dio cuenta de que desde el Año Nuevo que habían viajado juntos ya casi era marzo.

Hoy era viernes y Bear llegó desde temprano porque se enteró de que el más joven tenía una entrevista de trabajo en la ciudad. Era curioso que ahora hablaran mucho más que en los dos años anteriores. Bear estaba parado dentro de la casa viendo a Cho vestido de forma elegante. El cabello que antes era bastante largo ahora lo tenía corto y peinado hacia arriba, dejando ver su hermosa frente. Se había quitado los lentes gruesos y usaba lentes de contacto. Sus grandes ojos, que antes estaban ocultos detrás de los lentes, hoy se veían claros y brillantes. Vestía una camisa rosa claro que le quedaba perfecta y pantalones negros formales. Aun así, el dueño de ese cuerpo esbelto parecía no estar muy seguro de sí mismo, porque seguía girando frente al espejo.

“Estás guapo, te ves muy bien. Solo falta que seas el protagonista de un drama” lo alabó su mamá porque su hijo no parecía satisfecho consigo mismo.

“No estoy seguro, mamá.”

“Es porque nunca sales. Siempre estás encerrado en casa.”

“Te ves bien” dijo Bear a la persona que justo en ese momento se giró hacia él.

“Bear, ¿verdad que se ve bien? Ya tiene esta edad y no sé de qué tiene miedo” la mamá se volvió para pedir la opinión de Bear y darle más confianza a su hijo.

“Está guapo” confirmó él con una sonrisa, y luego añadió: **“Yo lo llevo.”**

“¿Phi Bear no tiene que trabajar?” Cho le había comentado sobre la entrevista el día anterior y no pensó que vendría.

“Entro a la oficina en la tarde. Te llevo primero.”

Con el nerviosismo, la prisa y sin saber qué hacer, la persona que normalmente rechazaba ayuda aceptó rápidamente porque quería repasar el guión una vez más en el auto durante el camino.

Bear miró de reojo a la persona a su lado. En sus manos tenía papeles escritos con la letra del propio Cho. La persona que nunca había tenido una entrevista de trabajo parecía tan nerviosa que había escrito casi treinta preguntas con sus posibles respuestas.

“Di lo que te sientas seguro. Aunque no tengas experiencia fuera, cuéntales lo que sí sabes hacer solo. El guión es solo para prepararte, no hace falta que te lo memorices tanto.”

“Ah... sí” la persona que hoy se veía guapo tenía la cara pálida. Solo de pensarlo ya se le enfriaban las manos.

“Cho ha trabajado mucho. Claro que puedes hacerlo” insistió Bear. La persona que parecía deprimida sonrió un poco.

Cho pensó que Bear lo dejaría en la entrevista e iría a trabajar, pero en realidad dio vueltas buscando estacionamiento y lo acompañó hasta dentro del edificio.

“¿No dijiste que tenías trabajo en la tarde?”

“Sí, pero apenas son las diez. No tengo prisa. Te espero en la cafetería de aquí abajo” señaló una famosa cadena de cafeterías en la planta baja del edificio. **“Cuando termines la entrevista, ven a buscarme.”** *Solo quería que el más joven supiera que todo iba a salir bien, o si salía mal, él estaría ahí esperándolo para que supiera que no estaba solo.*

“Ah... está bien.”

“Mantén la calma, respira tranquilo y sonríe” Bear levantó la mano, le tocó la mejilla y luego le dio una palmada en el hombro. **“Te faltan unos veinte minutos. Ve a registrarte y prepárate.”**

La persona que levantó la vista para mirarlo tenía una mirada que pedía ánimo. Después de caminar un poco, se giró a mirarlo otra vez.

Bear se quedó de pie sonriendo mientras lo veía alejarse. Se sentía como si estuviera enviando a su hijo a la escuela. Después entró a la cafetería, pidió un café caliente y un croissant recién horneado, abrió su laptop para revisar correos. El trabajo de Bear estaba bastante estable últimamente comparado con antes de obtener su puesto, o tal vez porque había aprendido a manejar mejor su tiempo. Aunque estas eran cosas que hasta un niño de kinder podía hacer, él apenas estaba lográndolo ahora.

Antes, Cho había estado buscando trabajo un tiempo. En realidad, la empresa donde tenía la entrevista hoy era una que Bear conocía por dentro. Cuando abrieron la vacante de asistente de director de arte, le pareció perfecta para Cho tanto por la experiencia como por el sueldo. Si entraba, solo tendría que ir a la oficina tres días a la semana y el resto trabajaría desde casa. Tenía fines de semana libres y era un trabajo fijo con prestaciones.

Aunque al principio Cho insistió en que quería buscar por su cuenta, Bear le envió el enlace de todas formas.

Bear estuvo trabajando concentrado casi hora y media cuando alguien se paró frente a él.

“¿Cómo te fue?” Bear levantó la vista hacia la persona conocida. Debajo de esa cara linda se notaba claramente la preocupación.

“Ah...”

“¿Ah qué?” Bear se movió y tomó la mano blanca porque quería que se sentara en el sofá a su lado.

Cho apretó la mano del mayor. Tenía la mano sudorosa y helada, tanto que Bear levantó la vista y sonrió divertido.

“No pasa nada” Bear tomó ambas manos del más joven y las apretó para que circulara la sangre, luego le dio un beso suave. La persona que tenía la cara pálida por los nervios ahora estaba completamente roja.

“¿Qué haces?”

“¿Lo hiciste lo mejor que pudiste, verdad?” Bear jaló su mano para que se sentara a su lado. Se quedaron sentados en silencio para que Cho pudiera recuperar el aliento y contarle lo que acababa de vivir.

“Me dijeron que la próxima semana puedo ir a firmar el contrato” dijo el más joven sonriendo, pero con cara de aturdido y nervioso.

“Qué bueno” la persona que estaba esperando sonrió ampliamente y no pudo evitar tomar la mano más pequeña y sacudirla.

“De verdad conseguí el trabajo, Phi Bear. No lo puedo creer” con la emoción, Cho no soltaba la mano del mayor. Sus grandes ojos redondos brillaban. Apenas ahora entendía cómo se sentía el orgullo y la satisfacción consigo mismo. Hacía mucho que no sentía algo así.

Al final, solo quería agradecerle a Bear, que lo había ayudado todo el tiempo.

“Después yo te invito a comer para agradecerte.”

“¿Por qué invitas a Phi?” Bear levantó la mano y le acarició el cabello al más joven.

“Para agradecerte que me conseguiste este trabajo” al principio pensaba rechazar el trabajo que Bear le encontró, pero después se dio cuenta de que Bear solo quería lo mejor para él y que quien realmente iba a trabajar era él mismo.

“No es nada. Solo vi que un amigo lo compartió y pensé que te vendría bien.”

“Gracias” el más joven sonrió ampliamente e hizo una reverencia con las manos unidas hacia la persona mayor.

Bear se quedó un poco sorprendido por ese gesto. Le recordó al Cho que conoció en primer año de universidad, ese lindo junior. Por eso había querido quererlo y cuidarlo. Bear sonrió, levantó la mano para responder el saludo y dijo: **“¿Quieres café? Voy a pedir. Luego te llevo de vuelta.”**

El más joven asintió y se fue con buena cara. Incluso cuando ya casi llegaban a casa en el auto, todavía no dejaba de sonreír.

“Cuando entré, me pidieron ver mi portafolio. Me felicitaron porque el trabajo es detallado y tengo buenas ideas. El único punto débil es que nunca he trabajado en equipo, pero dijeron que no debería ser problema” Cho le contó por qué le había resultado tan fácil conseguir el trabajo. Al final fue gracias a la experiencia que tenía, la mayor parte enseñada por Bear.

Bear sabía que las habilidades de Cho eran superiores al promedio del mercado laboral. Solo que Cho nunca había trabajado en una empresa

formal, por eso no sabía cuánto se valoraban en el mercado la fotografía, la ilustración, el retoque, los gráficos, el motion graphics y la edición. Además, había vendido mucho y a buenos precios durante varios años, así que no era raro que lo contrataran.

“¿Y qué debes de seguir estudiando?” preguntó el mayor sobre los planes que Cho tenía antes. Parecía que ahora eran un poco diferentes.

“Hablé con mamá. Creo que tomar cursos específicos me ayudará más a mejorar habilidades. Un título casi no sirve de nada en este campo.”

“Hmm, Phi piensa lo mismo” Bear lo sabía, pero no se atrevía a prohibírselo, sólo podía aconsejarlo.

El más joven sabía bien que Bear era de los que les gustaba controlar todo. Ahora Bear intentaba hacerlo con moderación. Quería que sus esperanzas hacia Cho fueran solo buenas intenciones, no como antes, que solo quería tener el control y obligar.

“Gracias” Cho volvió a agradecer. Hasta ahora todavía no podía creer que había conseguido trabajo en una agencia reconocida.

Bear condujo de vuelta y estacionó frente a la casa igual que por la mañana. Se inclinó hacia adelante sonriendo. El otro encogió el cuello y se alejó.

“¿Qué pasa, Bear? Me asustaste” el más joven se llevó la mano al pecho de la persona que de repente se había acercado.

“¿Cómo se agradece?”

Ch abrió mucho los ojos.

“Rápido.”

El más joven se puso completamente rojo, miró a todos lados para asegurarse de que su papá y mamá no estaban frente a la casa.

Un suave *“chuic”* sonó dentro del auto de siete plazas casi al mediodía.

“Maneja con cuidado” la persona que lo besó primero bajó la cabeza. La persona que recibió el beso suave se sintió lleno de energía para trabajar.

“Está bien. En la tarde mándame mensaje de qué quieres comer.”

Cuando el papá se enteró de que su hijo había conseguido trabajo en la primera entrevista, organizó una gran celebración. Esa noche abrió una botella de licor con aroma a chocolate que guardaba con mucho cariño. *En realidad solo era una excusa porque estaba Bear para beber.*

“Yo tengo que manejar” dijo Bear cuando el suegro le ofreció un vaso.

“¿Para qué vas a manejar? Quédate a dormir aquí” el suegro estaba confundido. *No entendía por qué complicaban tanto las cosas.* Admitía que al principio se había enojado por su hijo, pero ya habían pasado varios meses de reconciliación. No comprendía por qué los jóvenes se enojaban tanto tiempo.

“Entonces solo un poco” Bear aceptó el vaso. *Si el papá del más joven le permitía quedarse, el oso ya estaba dentro.*

Cho miró a los dos que se llevaban tan bien. Decían que era para celebrar por él, pero terminaron hablando de fútbol entre ellos.

“Yo también estoy muy feliz” dijo la mamá. **“Aunque Cho ha estado trabajando desde casa y ganando buen dinero, el ambiente laboral es otra cosa que le va a abrir la perspectiva”** la mamá sonrió y tomó un sorbito de vino. *Para una madre, sin importar el camino, siempre quería apoyar a su hijo.*

“Gracias, mamá” el único hijo dijo mientras le servía un camarón grande en tom yum. **“Es tu favorito. Come mucho.”**

“Ahora que lo pienso, con Cho en casa no nos sentimos solos, ¿verdad?” la mamá, que ya llevaba rato tomando vino, sonrió con ternura. *Desde que Cho vivía ahí, la casa se había vuelto mucho más alegre.*

La persona que había estado sola y aburrida durante varios meses casi se atragantó con el licor. Bear quería decir que aquí no se sentía solo, pero en su casa sí se sentía muy solo.

La mamá miró de reojo a su hijo, que estaba acariciando al gato en su regazo sin prestarles atención. Se rió por dentro al ver la cara de Bear, que parecía que se estaba tragando algo.

“Estoy muy borracho. No puedo manejar, ¿puedo dormir aquí?”

Cho levantó una ceja mirando a la persona que decía estar muy borracho. Bear nunca se emborrachaba hasta el punto de descontrolarse. Como mucho se dormía y roncaba. Así que era casi imposible que estuviera tan borracho como para abrazarlo apenas cerraban la puerta de la habitación.

“Actúas como si te fuera a echar Phi.”

“Inténtalo. No me voy.”

Cho se rió porque ya lo sabía. **“Puedes quedarte, pero primero tienes que bañarte.”**

La persona borracha ya no tenía el autocontrol de siempre. Ahora parecía un hombre que había estado reprimido durante meses. Al ver que el más joven le daba paso, se inclinó y besó el hueco de su cuello, pero aún con cuidado para no hacer enojar o asustar a Cho.

“Báñame.”

“¿Cuántos años tienes?”

“Cuatro.”

“Cuatro... cero, querrás decir” el dueño de la habitación se quejó mientras le quitaba la camisa. Debajo de la camisa blanca había un pecho ancho color miel. No se podía negar que también extrañaba mucho a Bear. Pero porque sentía que ahora estaban más cercanos que antes y hablaban todos los días, valoraba mucho más estos momentos. A Cho le gustaba que lo mimaran, que lo quisieran y querer a Bear de esta forma.

“¿Nos bañamos juntos?” y sobre todo le gustaba cuando Bear se ponía tan mimoso.

“No.”

“Todavía no quiero eso. Sólo bañarnos primero.”

“No es eso” el más joven se rió. *Casi había olvidado lo pervertido que era Bear. Al principio, cuando lo cortejaba, parecía tranquilo, pero en realidad no lo era para nada.*

“¡Phi Bear!” Cho golpeó el brazo del otro del susto, porque de repente lo levantó en brazos, sus pies colgando, y lo tiró sobre la cama.

“Te extrañé.”

“¿Extrañaste qué? Nos vemos todos los días” Cho hizo un puchero. Hace un rato pensó que se iba a golpear la cabeza contra el borde de la cama.

“No es lo mismo, Cho” el mayor se acostó completamente sobre el cuerpo más pequeño, absorbiendo todo el calor de su piel.

“¿En qué no es lo mismo? Ahora hablamos mucho más que antes” Cho levantó la mano y le dio palmaditas en la espalda al mayor. Iba a quejarse de que todavía no se había bañado y estaba ensuciando la cama, pero al ver la cara triste de Bear, se quedó callado.

“No te hagas el que no sabe. ¿Estás fingiendo que me olvidaste?” Bear hundió la cara en la mejilla del más joven. Sus caras estaban muy juntas y se escuchaba su voz amortiguada junto a la oreja.

“¿Olvidaste que te estoy esperando?” preguntó en voz baja la persona que extrañaba al más joven todos los días. Como tenía la cara tan cerca, se escuchaba claramente.

“No lo olvidé. ¿Cómo voy a olvidarlo?” Cho solo estaba alargando el momento. Le gustaba esta etapa actual.

“¿Qué tengo que hacer ahora?” la persona borracha, que no controlaba muy bien sus palabras, se incorporó y preguntó. Sus ojos se encontraron. No estaba desanimado ni pensaba rendirse, solo se preguntaba por qué antes Cho era tan bueno esperando.

“Bésame la mejilla primero y te digo” el más joven señaló su mejilla, haciendo que la persona estresada sonriera.

“¿Así?”

“Mmm... ¡no!” el más joven protestó cuando le frotaron la barba áspera en la mejilla. Luego la persona bromista se acostó encima de él otra vez, con cara de cansado, por lo que Cho tuvo que acariciarle la ancha espalda.

“Dame un poco de tiempo.”

“¿Cuánto?” preguntó Bear. No quería presionarlo, pero quería saber.

“Esa es la pregunta. ¿Cuánto?”

Bear ya había suplicado y pedido perdón. Ya no sabía qué más hacer, así que metió la mano dentro de la camiseta del otro.

“Entonces dame un anticipo” *un anticipo fuerte que compensara lo mucho que lo había extrañado.*

Bear sabía que lo que sentía Cho era miedo. Probablemente Cho temía volver al mismo punto de antes cuando ya había avanzado tanto. Aunque Bear prometía que no sería como antes, superar esas cosas no era fácil.

“Cho me tiene miedo a mí, miedo a volver a esa casa” lo dijo durante el almuerzo. Ahí solo estaban él y su amigo cercano comiendo y hablando.

“Intenta organizar una fiesta o algo. Invítalo a quedarse en casa de vez en cuando, pero sin obligarlo” dijo Phi Dew con naturalidad, porque llevaba rato escuchando a Bear hablar del tema.

“Claro, ¿por qué no se me ocurrió?” agradeció la buena idea de la persona que respetaba y rápidamente llamó al más joven.

El viernes por la tarde fue el día que Bear eligió para organizar la reunión. Usó la excusa de su nuevo puesto, que tenía desde hacía varios meses, para invitar a la persona que llevaba mucho tiempo lejos de casa a volver.

“¿Por qué está tan desordenado?” preguntó Cho al ver que la casa, que antes estaba impecable, ahora parecía un almacén. No estaba sucio, pero sí muy desordenado. Las pesas que antes estaban en el garaje ahora estaban sobre la cama. Seguramente su dueño dormía abrazándolas.

“Intenté ordenar” la persona cuya casa servía para dormir y hacer ejercicio se rió. Antes todo estaba en orden porque el más joven se encargaba de la casa regularmente.

Cho miró alrededor de la casa donde había vivido varios años. No podía negar que la extrañaba. Tenía muchos buenos recuerdos aquí.

“¿A qué hora llegan los chicos? Yo voy arreglando la mesa de comida” dijo Cho mientras caminaba hacia el comedor.

“Ya casi llegan. Comemos, brindamos y se van” para la reunión de hoy Bear pidió delivery. Solo las bebidas las había comprado él en el supermercado.

“¿Cuántas personas?” tenía que preguntar porque antes en esta casa solo vivían dos. Temía que no alcanzaran las sillas y la mesa.

“Unas seis o siete.”

Cho asintió, calculó que la comida alcanzaría y entró a la cocina. Se dio cuenta de que no estaba tan sucia como pensaba. Probablemente porque Bear no cocinaba. Comenzó a lavar los platos y vasos que estaban boca abajo, contando para que alcanzaran a los invitados. Notó que ya tenían polvo. La forma ágil en que se movía la persona frente a él hizo sonreír a Bear, pero también lo hizo sentir mal.

Extrañaba al más joven estando aquí...

“Ve a recibir a los chicos. Yo termino de preparar los platos” dijo Cho inmediatamente cuando escuchó que los juniors del equipo de Bear llamaron diciendo que ya casi llegaban.

“No. Mejor ayudamos juntos” dijo Bear tomando un plato para secarlo.

Se hizo el silencio en la pequeña casa. El suave aroma del ambientador que a Cho le gustaba flotaba en el aire. La atmósfera familiar de antes lo invadió, y la persona que estaba lavando platos no pudo evitar sonreír.

“El anfitrión no debería estar trabajando. Ve a recibir a los invitados” el más joven se giró y dijo cuando vio que el mayor se había acercado. Sus manos todavía estaban ocupadas.

“Yo invité a Cho a comer y celebrar, no a trabajar” levantó la vista y respondió.

Antes de que pudieran seguir hablando, se escuchó el sonido de autos frente a la casa, seguido por las voces de un grupo de personas que abrían la reja y entraban.

“Con permiso para entrar. Oye, ¿qué hay de comer?”

“Ah, Phi Dew, hola” Cho, que antes había ido a comer con Phi Dew porque Bear lo llevó, lo reconoció y rápidamente juntó las manos para saludar con una gran sonrisa. Luego varias personas entraron a saludar y ayudaron a sacar la comida afuera.

Al final se sentaron en círculo en el jardín en lugar de en el comedor. Aunque decían que era una fiesta, en realidad era solo una comida sencilla donde los juniors elegían lo que querían comer y Bear invitaba. Por otro lado, Bear también quería agradecer a su equipo por el duro trabajo.

Bear se sentó al lado del más joven e iba presentando a todos. Cuando llegó a la única chica del equipo de hombres:

“Hola, me llamo KhongKwan.”

“Hola” Cho juntó las manos para responder el saludo con una sonrisa. *En su mente se disculpó por haberla malinterpretado antes. Sabía que no debía haberlo hecho.*

Después de la gran comida vinieron las bebidas que habían traído en varias cajas. Los juniors bebían como si estuvieran bañándose. Cho se sentó escuchando al grupo y sonreía porque todos seguían hablando apasionadamente de trabajo aunque no era horario laboral. Incluso los temas que no eran de trabajo seguían relacionados con tecnología usada en el trabajo.

Ese día entendió claramente que la gente en el entorno de Bear tenía ideas y estilos de vida muy similares. Phi Dew le dijo a Cho que eran adictos al trabajo, y Cho estuvo completamente de acuerdo.

Desde las ocho hasta las once de la noche, en tres horas se terminaron tres cajas de cerveza. Cuando llamaron taxis y enviaron a todos los juniors a casa, la persona que fingía estar borracha le dijo a Cho que no podía llevarlo porque estaba muy ebrio.

“Quédate a dormir aquí. Mañana en la mañana te llevo. Hoy estoy muy borracho.”

“Volveré en taxi” Cho sabía cuál era el plan de Bear y respondió rápidamente. Bear inmediatamente hizo un puchero.

“Es tu casa también. ¿Por qué no puedes dormir aquí?”

“Esa excusa ya está muy vieja, Phi Bear” dijo Cho riendo. Usar la excusa de estar borracho para bromear. Cualquiera que no lo notara estaría loco.

“¿Qué tiene de malo dormir conmigo?” el hombre grande se acercó y lo abrazó fuerte. El más joven, juguetón, se inclinó y le mordió suavemente la punta de la nariz.

Cho levantó la mano y lo golpeó varias veces. Cuando se separó, Bear sonreía ampliamente.

“Entonces yo duermo en la cama y tú en el suelo” propuso Cho al ver que en la cama de Bear había pesas, libros y varias tablets apiladas. No sabía cómo iba a dormir ahí.

“Entonces voy a arreglar la cama” la persona que decía estar muy borracha caminó directo a la habitación y comenzó a guardar todo con mucho entusiasmo mientras se quejaba: **“Si vamos a dormir, tenemos que dormir juntos.”**

Cho miró la espalda del hombre grande y sonrió. *¿Cómo no iba a saber para qué lo había invitado Bear hoy? La idea de volver aquí no era algo que sólo Bear había estado pensando. Cho también lo había pensado todo el tiempo.*

El más joven siguió al mayor a la habitación. Al verlo agachado ordenando cosas, lo abrazó por detrás.

Quien extrañaba... no era sólo Bear.

“Me ascendieron. ¿Qué me vas a dar, Cho?” Bear tomó las manos del más joven en su cintura y se giró hacia la persona más pequeña.

“Entonces el hada te va a conceder un deseo.”

El mayor se rió. **“¿Qué hada?”**

Cho también se rió hasta que se le cerraron los ojos.

“Lo que dijiste antes de que no teníamos que volver...” Bear levantó la mano y acarició la mejilla del más joven. **“¿Puedo retractarme?”**

Durante varios meses había hecho todo para cumplir la promesa que se habían hecho, pero había una cosa que había dicho y quería corregir. Era la única frase que no quería mantener.

“Ya no aguanto más” Bear admitió que vivía en esta casa con un sentimiento de vacío. Se sentía feliz yendo a trabajar y visitando a Cho

después del trabajo, pero cuando volvía solo a casa, no podía evitar pensar en los viejos errores. Aunque Cho decía que debían seguir adelante.

Se sentía cada vez peor. No podía calmar su corazón ni un solo día...

“¿Estar conmigo estaría bien?” preguntó Cho para estar seguro.

Era cierto que ambos habían aprendido cosas nuevas. Aunque dijeran que dejarían el pasado atrás y aprenderían, todavía quedaban muchos sentimientos. Como la duda de si ser ellos mismos era suficiente.

“Tiene que ser sólo Cho” el mayor se inclinó y besó la mejilla del más joven. *Nunca se había imaginado que a su lado hubiera otra persona.*

“Si Phi Bear regaña a Nong otra vez, esta vez no voy a seguirle el juego” Cho pegó su mejilla contra el pecho del mayor. La persona que era llorona desde pequeño seguía siéndolo incluso ahora.

Bear abrazó más fuerte al otro, sintiendo que lo que faltaba había vuelto a sus brazos.

“¿Quién se atrevería a regañarte? Ya nadie” el mayor lo mecía suavemente. *Aunque las lágrimas corrían, las comisuras de sus labios se curvaban en una sonrisa.*

Capítulo Especial 3

Nuevo capítulo

Cho se despertó por la mañana sintiéndose un poco incómodo, probablemente porque el día anterior había hecho demasiado ejercicio. Y ese ejercicio no tenía nada que ver con cosas subidas de tono, sino con que Phi Bear lo había arrastrado a hacer pesas hasta que le dolía todo el

cuerpo. Esa mañana tuvo que estirarse bien antes de levantarse. Sintió un olor delicioso que venía de la cocina; supuso que era de waffles o pan tostado. Cho pensó que era extraño que Phi Bear se hubiera levantado a trabajar en su día libre. Cuando caminó hacia la cocina, vio al hombre grande sacando un waffle de la plancha.

El más pequeño entró a la cocina, se asomó y, aunque ya sabía qué estaba haciendo su novio, igual preguntó:

“¿Qué estás haciendo, Phi Bear?”

“Desayuno. Hay waffles, huevos fritos y pechuga de pollo a la plancha.”

El que escuchaba parpadeó varias veces, sin poder creer lo que veían sus ojos y oídos. Ver a Bear con el delantal de girasoles que era de él era como ver a un oso corriendo alegremente en un campo de flores.

“¿Qué le pusiste?” preguntó al hombre que estaba volteando la pechuga de pollo en la sartén.

“Atención” dijo el que se había levantado temprano a propósito para preparar el desayuno, guiñándole un ojo.

“Qué cursi” dijo Cho, suspirando y riendo. *En realidad, tenía miedo de que si no marinaba bien el pollo, no quedara rico.*

El otro se rió y, mientras hablaba, empujó suavemente a su novio para que saliera de la cocina. Luego llevó los platos de comida junto con un chocolate caliente.

“¿Quieres jugo de naranja también?”

“Es como si estuviéramos en un hotel” bromeó el menor, sin olvidar abrazar la cintura de su novio.

“¿Te gusta este atuendo? ¿Te estoy provocando?” Cho se rió con picardía.

“¿Estoy sexy?”

“Sexy... pero en versión desgastada.”

“Ven, compruébalo” dijeron los dos, abrazándose y revolcándose cariñosamente.

“Sin barba se te ve raro.”

“Normalmente la dejo porque si estoy demasiado guapo, me persiguen demasiado.”

Cho se rió del presumido. Pensaba que al volver las cosas habrían cambiado bastante, pero nunca imaginó que el ambiente sería tan diferente. Las mañanas que antes eran tristes y grises ahora se sentían frescas y luminosas, aunque el sol y el cielo siguieran siendo los mismos.

“¿Cómo va el trabajo?”

“Más o menos. Cuando trabajo fuera de casa extraño el trabajo en casa, pero cuando estoy en casa quiero salir.”

“Es normal” Bear colocó la pimienta y las salsas para su novio. **“¿Y es divertido?”**

“Sí, es divertido. Conozco a mucha gente. Todos me dicen que parezco que no tengo ni treinta años” el de cara juvenil sonrió ampliamente. *Probablemente porque se quedaba en casa, no se exponía al sol ni a la contaminación, dormía y comía a sus horas y tenía buena piel, por eso parecía un recién graduado.*

Phi Bear levantó una ceja y dijo seriamente: **“Si alguien te coquetea, tienes que decírmelo.”**

“¿Por qué tengo que decírtelo?”

El hombre de cara seria ahora tenía una expresión de oso gruñón, así que el menor cambió de tema.

“¿Y cómo va tu trabajo, Phi Bear?”

“Como siempre, a veces fácil, a veces difícil” estas preguntas eran las que antes Bear odiaba. En el pasado probablemente le habría respondido *“¿por qué preguntas?”*, pero ahora el mayor sonreía mientras contestaba.

“Hoy voy a terminar lo que me falta y en la tarde vamos a cenar juntos” aunque era sábado, el hombre trabajador insistía en seguir trabajando, pero siempre hacía tiempo para su novio.

“¿Dónde quieres comer?”

“Elige tú, Cho” hablaron sobre cómo usarían la tarde del fin de semana para salir, comer o tener una cita.

“¿Qué tal Khao Yai? Vi un video, las reseñas son muy buenas. Yo manejo, nos quedamos una noche y mañana regresamos” el menor hablaba emocionado porque la noche anterior había encontrado un lugar interesante.

“Está bien” respondió Phi Bear sin pensarlo dos veces. *Cambiar de aires y dormir en otro lugar también era relajante.*

Cho se sentó a saborear el desayuno con calma mientras planeaba qué ropa llevar, qué cámara llevar, estudiaba la ruta y reservaba el hotel. Se veía tan feliz que Bear sonreía en secreto al verlo.

Acababa de darse cuenta de que cuando la persona que amas es feliz, tú también lo eres.

Salieron de la casa casi al mediodía, turnándose para manejar. Llegaron al lugar de hospedaje alrededor de las cuatro de la tarde. Reservaron mesa en el restaurante y comieron sonriendo todo el tiempo, sobre todo porque era gracioso ver a Phi Bear aceptar usar la camiseta a juego: una camiseta blanca con la palabra "*love*" impresa. Cho se había reído a carcajadas cuando Bear salió de la casa con cara de pocos amigos, pero aun así insistió en usar las camisetas de pareja.

"Qué lindo, ¿de quién es novio este?" dijo mientras le servía una croqueta al hombre grande, que tenía cara seria pero orejas rojas de vergüenza.

"¿De quién crees?" el mayor miró a Cho, quien desde que empezó a trabajar fuera de casa se había cortado el pelo, se había hecho unos reflejos claros que le quedaban bien, vestía mejor y cuidaba más su apariencia. Dondequiera que iba, su encanto resaltaba. Además, tenía que reunirse seguido con clientes, lo que tenía al celoso de los nervios.

"Solo la compré, no tengo que usarla si no quieres" dijo Cho refiriéndose a la camiseta rosa con estampado lindo. La había comprado en talla grande, pero en el pecho ancho de Phi Bear se ajustaba bastante.

"Si no me la pongo, ¿te vas a enojar?" preguntó al que solía ser muy sensible.

"Solo un ratito" respondió el que ahora era mucho más razonable que antes, riendo. *En realidad solo fingía enojarse para molestar un poco a su novio.*

Comieron y escucharon música tranquilamente. La vista de las montañas era hermosa y generaba una sensación inexplicablemente agradable. Hacía un poco de calor, pero no era malo.

"¿Mañana de regreso paramos en un viñedo, Phi Bear?"

“Claro” el mayor, que siempre complacía a su novio, asintió y no olvidó servir sopa de camarones tom yum en el plato del menor.

“Quiero venir a pasear así con Phi Bear más seguido” dijo Cho con una gran sonrisa, mirando el rostro de su novio, que aunque siempre tenía expresión seria, era la persona más bondadosa del mundo.

“¿Ahora soy yo el que tiene que decirlo? Últimamente tú has estado trabajando más que yo.”

Últimamente Cho estaba más ocupado que Phi Bear. Algunos días llegaba tarde a casa y aún seguía trabajando, por lo que Bear se encargaba de la cena y de parte de las tareas del hogar.

“Es cierto. Entonces salgamos de la ciudad una vez al mes, está bien” aunque Cho ahora se enfocaba mucho en su nuevo trabajo, para Bear seguía siendo lo más importante.

“Ayer escuché un podcast sobre tres cosas que traen riqueza: el pasado, el presente y el futuro” mientras comía, Bear le contaba a su novio lo que había escuchado. Cho asentía y escuchaba atentamente, admirando a la persona que siempre buscaba nuevos conocimientos.

“¿Cuál crees que es la más importante, Cho?”

“El presente, obviamente.”

“Es decir, está bien mirar hacia el futuro y hacer planes, pero no hay que olvidar el presente.”

“Entendido” el menor asintió de nuevo. *Ahora que hacía muchas cosas diferentes, entendía mejor por qué Phi Bear decía que a veces 24 horas no alcanzaban.*

“Está bien trabajar mucho, pero no seas como yo antes” le advirtió el mayor al que ahora dormía poco. Lo hacía porque se preocupaba por su salud, por eso lo arrastraba a hacer ejercicio, le preparaba comida rica y, sobre todo, pasaba más tiempo con Cho para que no se enfocara demasiado en el trabajo.

“Entendido, lo sé.”

Después de la cena, en la que comieron y platicaron hasta casi las cinco y media, Cho invitó a su novio a caminar por el otro lado. Esa noche se quedarían allí. El hotel estaba construido como un gran castillo en medio de las montañas y tenía un ambiente como de palacio en el extranjero. Subiendo desde el restaurante al aire libre había un enorme jardín de flores.

“Juro que vinimos a pasear” bromeó Phi Bear al ver que su novio cargaba más equipo de fotografía que un profesional.

“Solo quiero tomar unas fotos para el portafolio, no quiero que el viaje sea en vano.”

Bear sonrió. Sabía perfectamente que era un pretexto de trabajo de su novio, pero igual lo siguió, cargando sus cosas. No le molestaba en absoluto. Miraba con cariño al pequeño fotógrafo talentoso que cargaba un lente más grande que él. Era un día tranquilo y muy agradable.

...Tan tranquilo que hasta que sonó el celular de Cho que Bear tenía guardado.

“Hola” respondió Phi Bear cuando vio que Cho se había alejado para fotografiar mariposas al otro lado del jardín y él no había podido seguirle el paso.

[Hola, es Mix. ¿Está Cho?] dijo una voz dulce al otro lado.

“Ah... justo está ocupado tomando fotos. ¿Puede esperar un momento?”

[Entiendo, no quiero molestar. Cuando esté libre, por favor dile a Cho que me llame.]

Bear miró el teléfono ya colgado. Escuchar que alguien más llamara "*Cho*" le resultaba extraño. Hacía mucho que no revisaba el teléfono de su novio. Supuso que era un cliente o alguien del equipo. Por curiosidad abrió la aplicación de mensajes y vio que le enviaba stickers de "*buenos días*" todos los días.

Bear caminó con pasos largos hacia su novio. En su cara seria se podía leer claramente: "*¿Quién era?*"

“¿Qué pasa, oso loco? O sea, oso Bear” preguntó Cho riendo al ver que su novio se acercaba con cara de enojo.

“Te voy a morder la cabeza.”

“¿Eh?” Esta vez el menor estaba confundido. Cho bajó la cámara, se la colgó al cuello y extendió la mano para recibir el teléfono que su novio le entregaba.

“Antes te dije que si alguien te coqueteaba me lo tenías que decir.”

El menor miró a ambos lados, pero no veía a nadie coqueteándole...

“¿Quién me estaba coqueteando?”

“¿Y quién es ese Phi Mix?”

“¿Qué Mix...?”

“Llamó hace rato. Mira.”

Cho frunció el ceño, divertido por el tono serio de su novio.

“Ese es un cliente.”

“¿Y los clientes tienen que mandarte "buenos días" todos los días?”

“Te estás pasando, te estás pasando” el que estaba fotografiando mariposas se rió a carcajadas al entender de qué se trataba. *La cara de Phi Bear le recordaba los viejos tiempos. Había olvidado lo celoso y posesivo que era su novio.*

“Mira bien, Phi Bear” Cho abrió el teléfono y le mostró la foto de perfil ampliada.

“Él ya tiene dos hijos” dijo riendo fuertemente, dejando que Bear se quejara de que el cliente de Cho hablaba demasiado suave y dulce.

“Dijo que lo llames” comentó Bear, suspirando y rascándose la nuca avergonzado.

De nuevo: **“Phi Mueng, estás completamente loco”** Cho se quedó mirando a su novio y al final explotó en risas.

Hacía muchísimo tiempo que no veía a su oso celoso de esta forma.

“Deja ese trabajo ya, mejor regresa a trabajar desde casa. ¿Por qué te gusta vivir con tanto riesgo?”

El menor seguía riendo mientras con la mano libre no pudo evitar pellizcar el brazo de su novio.

“Ya te pasaste, Phi Bear.”

/

Después de aclarar el tema del cliente y calmarse un poco, el oso volvió a ponerse de mal humor. Mientras caminaban de regreso del jardín al hotel, iba siguiendo a su novio a cierta distancia cuando un hombre

guapo apareció de la nada, elogió la cámara de Cho, dijo que le gustaba mucho el modelo que usaba, pidió ver fotos y estuvo conversando un rato sobre comprar una. Bear se quedó parado con los brazos cruzados a lo lejos, viendo cómo el hombre le sonreía y le lanzaba miradas. *Era obvio cuáles eran sus intenciones.*

Bear lo sabía perfectamente... pero Cho no se daba cuenta. Apenas llegaron a la habitación, empezó la queja.

“Llevamos camisetas a juego, estamos parados cerca y aun así me pasan por alto.”

“¿Qué te pasa? ¡Eres grosero, Phi Mueng!” dijo el menor riendo.

“¿Estoy exagerando?”

“Solo vino a preguntar sobre la cámara. Cualquiera que me vea cargando esto tan grande me hablaría. ¿Tú no lo harías si fueras él? Si te gusta la fotografía, es normal que te interese.”

“No hablaría. Buscaría reseñas en internet.”

Cuando Bear dijo eso, Cho se rió aún más.

“Deja de reírte. Yo definitivamente hablaría si me interesara la persona que lleva la cámara.”

“¿Como cuando me hablaste de mi mochila en primer año?”

En ese entonces Cho recordaba que llevaba una mochila de alguna marca que su mamá le había comprado, y alguien se acercó diciendo que era bonita y que quería una.

“Sí, y mientras más hablabas, más lejos se iba mi mente.”

De hecho, solo por lo de la mochila habían hablado casi una hora porque Cho estaba esperando clase y Bear se acercó hábilmente a coquetearle.

“Esta vez solo hablábamos de modelos de cámara. Él realmente se veía interesado y sabía del tema. No era como tú, que preguntabas cualquier cosa.”

“Ah” al ver a su novio discutir y reír al mismo tiempo, Bear caminó con pasos firmes hacia él, lo abrazó y lo tiró sobre la cama, inmovilizándolo como solía hacer.

“¿Qué haces? ¡Ja ja ja!” Cho se reía tanto que le salían lágrimas. **“Llevamos camisetas a juego, obviamente la gente sabe que estamos juntos”** el menor acariciaba la espalda del hombre grande.

“Soy celoso, ¿qué quieres?”

“¿Celoso de qué? Hablas como si yo fuera muy guapo.”

Bear suspiró de nuevo, cansado de sí mismo.

“No eres tan guapo como yo, pero eres lindo.”

El que escuchaba abrió mucho los ojos. *Hacía muchísimo tiempo que no recibía un cumplido.*

Ahora que su novio se vestía bien, se peinaba bonito y salía seguido, el celoso se ponía muy nervioso. Confiaba completamente en que Cho solo lo amaba a él, pero los demás...

“No le sonrías a nadie, ¿eh?”

“Phi Mueng, estás loco. Suéltame” el menor le dio golpecitos suaves en la espalda, pero sonreía ampliamente.

“Esta noche estás muerto” amenazó Bear mientras se incorporaba y se quitaba la camiseta.

El menor miró el rostro amado, levantó los brazos para abrazar el cuello grueso, sonrió y se entregó a su novio con gusto.

“Phi Bear, ya se me hizo tarde” era lunes por la mañana y el tráfico en la capital estaba terrible. Cho entraba a las nueve, pero a las ocho todavía estaba frente a la casa.

“¿Quién te dijo que te levantarás tarde? En Bangkok el tráfico es mortal” el mayor, que acababa de despertar, miraba al hombre bajito que ese día se había peinado y vestido impecablemente, sin olvidar ponerse la colonia que a él le gustaba.

“Ugh, tengo hambre.”

“Toma, come esto en el camino.” Bear le dio un sándwich al menor mientras lo veía ponerse los calcetines y quejarse.

“Conduce con cuidado y avísame cuando llegues” se acercó y le dijo. Solo eso y el otro ya ponía cara de disgusto.

“Phi Bear no quiere llevarme.”

“Pero si no te llevo también te enojas. Ya te dije anoche que hoy tengo una cita con un cliente a las diez y no voy a entrar a la ciudad” el mayor explicó detalladamente, como ya lo había hecho la noche anterior. Le había dicho que no podía llevarlo, pero al que le gustaba enojarse le gustaba enojarse.

“No estoy enojado, puedo ir solo.”

Bear sonrió. Ahora las cosas eran diferentes. *Habían prometido hablar todo con razón y comprensión, así que sabía que Cho solo estaba fingiendo para que lo consintiera.*

“Ven aquí” el mayor hizo un gesto con la mano llamando al que ya tenía los calcetines puestos, lo abrazó fuerte contra su pecho y le dio un suave beso en la mejilla.

“Trabaja con ganas. En la tarde paso por ti, ¿sí?”

Con una hermosa sonrisa, el menor levantó la cara, se puso de puntillas para besar la barbilla de su novio y respondió: **“Igual para Phi. Y no revises tanto los mensajes. Cuando estoy trabajando no ando sonriéndole a cualquiera.”**

Bear se rió. *La vida ahora le devolvía un poco de lo que había hecho antes, así que le dio una palmada en el trasero al travieso.*

“Apúrate o vas a llegar tarde.”

Capitulo Especial 4

Resumen de esa película

Antes, Bear salía del trabajo muy tarde porque entraba a la hora que quería y siempre llegaba tarde. Cuando regresaba ya estaba completamente oscuro. Pero ahora se levanta temprano para llegar puntual al trabajo, por lo que no pasa de las seis de la tarde cuando ya está saliendo a toda velocidad de la oficina para ir a recoger a su novio. Antes, cuando alguien le preguntaba qué hacía en su tiempo libre, Bear respondía simplemente: **“Trabajar”**. Ahora responde con el pecho inflado: *ver Netflix con mi novio, salir de paseo con mi novio, correr con mi novio, estar con mi novio.*

Desde que volvieron a vivir juntos, casi un año ya, Phi Dew lo escuchaba hablar de su novio hasta marearse. No se parecía en nada al Bear de antes. *La razón era que se había vuelto muy celoso.*

Cho siempre había sido una persona que prestaba atención a los pequeños detalles en su trabajo. Ahora que salía más a menudo, él, que antes solo usaba camisetas y shorts en casa, empezó a disfrutar mucho más de vestirse con diferentes estilos. Se volvió tan bueno para ir de compras que Bear terminó diciendo que la ropa ya estaba desbordando el armario.

“Aquí estoy” dijo la persona que llevaba media hora esperando en el auto al que acababa de abrir la puerta.

“Ya te dije que te fueras primero, Phi Bear, no tenías que venir a recoger a Cho” dijo Cho mientras se ponía rápidamente el cinturón de seguridad y luego juntó las manos para saludar a su novio.

“Si me iba primero, ¿cómo iba a regresar Nong?”

“En taxi, obvio” respondió el menor. Cuando iba a la oficina casi siempre dejaba el auto porque era difícil encontrar estacionamiento y tenía que moverlo cada tres horas. Decía que era una pérdida de tiempo.

“No quiero. Mejor que yo venga a recogerte” dijo Phi Bear mientras arrancaba el auto. En realidad, salir un poco más tarde tenía la ventaja de que había menos tráfico.

“¿Estás preocupado?” Cho sonrió ampliamente, burlándose del que tenía cara seria.

“Hmm” respondió Bear simplemente, mientras se quejaba de que no debería haberle conseguido ese trabajo fuera de casa.

“Los compañeros de Cho en el trabajo me preguntaron quién me recoge tan seguido.”

“¿Y qué les dijiste?”

“Que era mi Phi.”

Bear frunció el ceño inmediatamente al escucharlo. *¿Phi? Y un carajo...*

“Pero ya lo saben. En la oficina hay un amigo tuyo, Phi Bear” dijo Cho entre risas. En realidad, se había enterado después de un tiempo trabajando allí que un amigo de Bear también trabajaba en el mismo lugar.

“¿Ya sabe Nong por qué te hice postular aquí?”

Cho se rió. *Ese plan ni siquiera él lo había visto venir.*

“¿Y cómo te atreviste a decir que era tu Phi?” preguntó el que conducía con voz seria.

“Solo bromeé un poco.”

“Bromeas demasiado. Ten más cuidado” Bear lo miró de reojo.

El menor se rió y se encogió de hombros.

“Eres celoso sin razón.”

-En casa-

“¿Qué quieres comer?” La pregunta de siempre surgió en cuanto llegaron.

“¿Pedimos algo?” sugirió Bear. Como era viernes por la noche, no tenían prisa, ni para cenar ni para dormir. Antes era Cho quien cocinaba y

esperaba, pero desde que ambos trabajaban fuera, las cenas se convirtieron en comer fuera o pedir a domicilio para no cansarse demasiado.

“Está bien” Cho asintió y pidió un par de platos sencillos.

Cada uno fue a hacer sus cosas y finalmente se sentaron juntos a la mesa alrededor de las ocho.

“¿Cómo te fue hoy?” preguntó Bear. *Sabía que era una pregunta repetitiva que hacía todos los días, pero quería preguntarla para asegurarse de que su novio todavía disfrutaba del trabajo.*

“Hoy tuvimos un taller sobre contenido de videos cortos que hacen que la gente los extrañe y quiera volver a verlos.”

“¿Estuvo divertido?”

“Estuvo bien. ¿Y tú, Phi Bear?” preguntó el menor a su vez.

“Hoy resolví unas cosas pequeñas, el resto estuve libre y fui a ayudar a los directivos entrevistando a los practicantes” si hubiera sido antes, Cho probablemente no habría recibido una respuesta tan larga. Pero ahora, en el presente, podían sentarse a comer, platicar, entenderse y mirarse a los ojos.

“Ah, ¿estuvo bien?”

“Estuvo bien. Los jóvenes de ahora son muy capaces. Si no nos actualizamos rápido, no vamos a poder seguirles el paso.”

“Es cierto. En mi equipo también hay recién egresados que son impresionantemente buenos” agregó Cho.

Comieron y hablaron tranquilamente. Cuanto más hablaban, menos peleaban, aunque todavía había algunos temas que seguían siendo puntos sensibles.

-Atrapado en el juego-

“No me digas que Cho anduvo todo el día con la camisa desabotonada así” comentó Phi Bear al ver que, en lugar de ir a bañarse en su tiempo libre antes de la cena, su novio se había sentado a jugar y todavía estaba con la ropa de trabajo.

“No pasa nada.”

“Se te ve todo el pecho, carajo” Bear frunció el ceño con fuerza mientras miraba el escote abierto de la camisa.

“Ya empezaste otra vez, Phi Mueng” Cho se rió, cansado de que su novio siempre buscara pretextos.

“Hablas como si fuera una copa D. Ya basta” Cho levantó la mano para que el criticón se detuviera.

“Y ese perfume, ¿te bañaste en él o qué?” Aunque se quejaba, el que empezaba a molestarse también le servía comida en el plato a su novio.

“Es que tuve un taller. Estuve corriendo de un lado a otro cambiando luces y tomando fotos, tenía miedo de oler mal.”

“¿Y alguien más te coqueteó?”

“Bueno...” Cho pensó un momento y luego asintió. **“Sí, pero me di cuenta a tiempo. Antes no lo notaba tanto, pero ahora ya empiezo a distinguir quién se acerca por trabajo de verdad y quién viene fingiendo para coquetear.”**

Bear dejó la cuchara y miró al que cada día se volvía más encantador.

“¿Quién...?”

“Uno que vino a capacitarse, apenas lo conocí” respondió Cho sonriendo. El chico solo quiso platicar y hasta le pidió su Line personal, aunque los temas de trabajo se podían tratar en el grupo grande.

“¿Y tú qué hiciste?” De solo regañar por celos, ahora también entraba el sentimiento de celos. El mayor preguntó con voz calmada.

“No hice nada. No le contesté.”

Bear recogió la cuchara. Justo cuando iba a servirse otro plato, de repente se sintió lleno.

“Y los pantalones no te los pongas tan ajustados. Cuando caminas se te ve todo.”

“¿Por qué? A Phi Bear sí le gustan” Cho se rió. *Recordaba que cuando se compró unos pantalones slacks que le quedaban perfectos, Phi Bear no había podido quitarle los ojos de encima.*

“Pero a mí no me gusta que los demás miren.”

En realidad, Bear sabía que tenía varios defectos de personalidad, especialmente los celos. Desde la época de la universidad, cuando empezó a salir con Cho, era muy controlador. Pero como Cho nunca se oponía, habían llegado hasta hoy. El que antes era mandón ahora solo podía quejarse.

“Las cosas buenas hay que mostrarlas.”

“A mí no me gusta.”

“Pero a mí sí” Cho bromeó al ver que el otro empezaba a poner cara seria.

“¿Y por qué vas al trabajo con los labios tan rojos?”

Cho se lamió los labios. En realidad solo era un bálsamo labial con un poco de color, no pensó que se vería tan rojo que ni siquiera después de comer se había quitado.

“Maquillarse un poco es normal.”

“¿No sabes que eso hace que la gente se te acerque?”

“¡Ya... te estás pasando!” Cho fingió abrir mucho los ojos y también dejó la cuchara.

“¿De qué estás celoso, Phi Bear?”

El celoso suspiró y respondió con cara de fastidio:

“¿No puedes volver a ponerte los lentes y ser como antes?”

El menor miró con burla al quejumbroso. Sabía que a Phi Bear le gustaba mucho cómo era Cho ahora, tanto como lo celaba. Antes no entendía mucho a las parejas que solo se dedicaban a tener celos. Ahora comprendía que era como un dulce que alimentaba la emoción en la relación.

“Fuiste tú quien me enseñó, Phi Bear” de ser un chico inocente al que Phi Bear había educado muy bien, ahora le pedía que volviera a ser como antes.

“Si hubiera sabido esto, no lo habría hecho.”

Cho se apoyó la barbilla en la mano y se rió, luego levantó el pie y lo frotó contra la pierna del que tenía cara de enojo frente a él.

“No te pases de la raya, Cho” advirtió Bear. *Sabía que su novio se había vuelto más atrevido, pero esto ya era...*

“Llámame ‘Cho bonito’” el encantador sonrió dulcemente con una mirada traviesa que no tenía antes.

“Con mi esposa no hace falta usar apodos, ¿o sí?” Bear también apoyó la barbilla en la mesa, dejando que la comida que habían pedido se enfriara.

“Niño malo” Bear agarró rápidamente el pie del travieso, sujetándolo justo por el tobillo.

Queriendo darle una lección al niño malo, tomó el pie blanco y lo colocó sobre su entrepierna, debajo del bóxer delgado.

“Toma” dijo mirando esos ojos grandes y redondos.

Alguien como Cho... se necesitarían cien años para que se atreviera a burlarse de Phi Bear.

“Primero voy a comer” el que fingía valentía retiró el pie rápidamente. Sus mejillas se pusieron rojas, y el rubor bajó hasta el cuello y el pecho bajo la camisa abierta. *Solo quería provocar un poquito a Phi Bear.*

“Si vas a comer, no te portes mal” Bear ya estaba lleno. Levantó su plato para llevarlo, luego se volvió hacia quien aún tenía la cabeza baja.

“Ve a bañarte rápido. Quiero ver una película.”

“Mañana es día libre” el que acababa de salir de una ducha caliente, sin importarle ponerse ropa, caminó y se lanzó sobre la espalda ancha y desnuda de su novio.

“Ya es día libre” Bear se giró hacia el cuerpo desnudo, tomó la toalla y empezó a secar esa piel blanca, sin poder evitar mirar esos pezones rosados tan lindos como su dueño.

“La semana pasada no hicimos nada” el menor hizo un puchero.

“Es que tenía miedo de que te cansaras.”

Cho asintió y luego levantó la cara para besar la mejilla de su novio.

“Hueles delicioso.”

“¿De dónde aprendiste estas cosas?” Bear le revolvió el cabello con fuerza.

“Air lo llama” *‘administración de encanto’.*

“Otra vez echándole la culpa a Air” Bear atrajo a su novio hacia él y le dio una palmada juguetona en el trasero. *Cuando usaba pantalones ajustados se veía muy tentador.*

“Air me lo dijo de verdad. Dijo que es para que Phi Bear no se aburra de mí.”

“Cho es el pervertido y le echa la culpa a su amiga” le dio una nalgada suave en el trasero y lo llevó al sofá al pie de la cama. Frente a ellos había una alfombra suave y un televisor grande.

“Ahora el cuerpo de Phi Bear está muy bien” dijo Cho mientras acariciaba el pecho y los abdominales marcados.

Antes Bear tomaba mucha cerveza, dormía tarde y estaba muy estresado por el trabajo, por eso parecía un oso que había perdido forma. Ahora todo había mejorado y su cuerpo también se había fortalecido.

“Para seducir jovencitos” dijo mirando las manos que lo acariciaban por todos lados.

“Pues funciona” Cho sonrió y metió la mano dentro del bóxer delgado.
“Ya caíste en la trampa.”

“Travieso” Bear jaló al más pequeño para que se sentara a horcajadas sobre sus piernas.

Cho se había vuelto más travieso porque Bear ya no se enojaba como antes. Y el mayor tampoco se atrevía a enojarse porque sabía que si Cho se enojaba de verdad, tendría que consolarlo otra vez.

“No dejes que nadie te toque, ¿entendido?” Cho le bajó el bóxer a su novio mientras el otro levantaba las caderas cooperando. Lo advirtió con cara seria. *No sólo Bear era celoso... Cho también.*

“Es que yo solo estoy en el trabajo y en casa. ¿Quién me va a tocar?”

“Solo yo.”

Cho lo acarició hasta que se puso duro. El otro se recostó en el respaldo del sofá mirando con satisfacción.

“Dijiste que mañana irías a ver a Air temprano.”

“Cambie la cita para el mediodía.”

“¿Por qué al mediodía?”

“Porque esta noche vamos a dormir tarde.”

“¿Tarde cómo?” Bear acarició la mejilla de su novio, a quien amaba y adoraba.

“Viendo una película contigo, Phi Bear.”

Debido al problema que había causado una película en el pasado, Bear tenía miedo de que Cho pensara demasiado, así que se sentaba a verla con él todos los viernes por la noche en la habitación. Pensaba verla hasta aburrirse, pero en realidad nunca la terminaban. Apenas la encendían... empezaba el juego.

Otra forma de ser una buena pareja era ser directos con sus deseos físicos. Bear no quería que su novio guardara silencio o se avergonzara, así que últimamente le había enseñado mucho.

En cuanto se besaron, ese trasero suave empezó a frotarse contra lo que ya estaba duro.

“¿No dijiste que íbamos a ver una película?” bromeó Phi Bear mientras sus dos manos apretaban esa carne suave y elástica.

“Mmm...”

Se escuchaba el sonido de la carne suave chocando contra los muslos del mayor porque el que estaba arriba se movía rápido.

“Ah...” Cho clavó las uñas en el cabello de Phi Bear cuando el hombre grande se inclinó para morderle los pezones, causándole una mezcla de dolor y placer.

“¿Por qué te aguantas los gemidos? Esta es nuestra casa.” Bear respiraba agitado. La sensación en su centro parecía a punto de explotar.

“Voy a acabar... mmm” Cho movía rápidamente su propia erección.

“Juntos, ¿sí?”

“Mmm...”

En cuanto el más pequeño se estremeció, su rostro cayó sobre el amplio pecho. Respiraba con dificultad, pero aún intentaba recibir los besos profundos de Phi Bear. La lengua que entraba enredándose y el calor que se derramaba dentro de él junto con las fuertes embestidas hicieron que Cho viera borroso.

Bear se corrió dentro de su novio hasta llenarlo de crema blanca. Mordió los dientes, se levantó, salió de él, cargó al más pequeño como un koala y lo llevó al baño para limpiarlo. Luego lo llevó de nuevo a la cama para acurrucarse juntos, mirando la pantalla sin saber en qué parte de la película iban.

El calor de sus cuerpos hacía que debajo de la cobija se sintiera cálido y suave.

“Qué rico, ¿verdad?” Cho cerró los ojos con placer mientras la mano de su novio le acariciaba la cabeza, dándole una sensación tan buena que casi quería dormirse.

“¿Hmm? ¿Qué es rico?” preguntó el que aún miraba la pantalla.

“Ver películas contigo es lo mejor del mundo, Phi Bear.”

“¿La terminamos esta vez? Abrimos esta película todos los viernes y nunca la terminamos bien” el mayor se rió y tomó la mano traviesa para besarla.

“No la terminamos porque Phi Bear no tiene paciencia” Cho hizo un puchero y recibió un beso que le atrapó los labios.

“¿Quién quiere tener paciencia?”

Intentaron ver la película de nuevo, pero antes de una hora, el que estaba recostado sobre su novio empezó a bajar lentamente. Al principio Bear pensó que se había dormido, pero en realidad estaba portándose mal otra vez.

La mano más pequeña tomó el miembro de Bear, sacó la lengua para lamerlo y luego lo cubrió lentamente con la boca.

“Me gusta Phi Bear” dijo levantando la mirada.

El que intentaba aguantar terminó quitando la cobija y presionando la cabeza del otro contra su entrepierna. Total, era viernes...

“¿Qué te gusta?”

“Que se ponga duro poco a poco en mi boca.”

“Pervertido” aunque lo dijo así, el que estaba recibiendo sonrió ampliamente.

“¿Por eso Phi Bear acepta ver la misma película una y otra vez conmigo?” Cho levantó la vista y preguntó de nuevo, preguntándose si las parejas normales pasaban los fines de semana así.

“¿Cómo supiste?” Bear se rió y agregó: **“Puedo ver esta película todos los días si quieres, pero tienes que darme algo a cambio.”**

“Sigues siendo tan aterrador como siempre, Phi Mueng” dijo Cho mientras se subía de nuevo sobre su novio, quejándose de que siempre perdía contra Phi Bear.

“¿Y me quieres?”

Apretó su mejilla contra la mejilla suave y lo abrazó fuerte.

“Te quiero.”

Capítulo Especial 5

El amor es un viaje

Durante todo este tiempo, Bear no solo había demostrado y mejorado su versión, sino que también sabía que el ajuste en una relación no podía ser solo de una sola parte. Por eso, Cho también se esforzaba. Justo como hoy, que era viernes después de una semana agitada y llena de trabajo, el menor quería hacer algo más especial de lo habitual.

“Ven.”

¿“Ven” qué?” preguntó Bear, mirando al chico sentado sobre la cama, que daba unas palmaditas al colchón para que se acercara.

Después de cenar esa noche, Phi Bear había salido a correr. Al regresar a casa y terminar de ducharse, encontró a Cho encendiendo una vela aromática y esperándolo sentado en la cama.

“Servicio de masaje.”

“¿Y con final feliz también?”

“¿Quieres?”

Bear se rió porque Cho se veía más serio que nunca.

“¿No te cansas? Tanto ejercicio como trabajo...”

“Ya estoy acostumbrado.” Bear se puso la ropa y luego se dejó caer sobre la cama, apoyando la cabeza sobre el regazo de Cho.

Pero lo que Cho sólo quería decirle era que él no iba a irse a ninguna parte.

“Mi esposa ni siquiera me mimaba tanto. Entonces, ¿quién es ese?” dijo Bear, abriendo los ojos para mirarlo.

“Es un cliente.”

“Ah, claro. Como es un cliente, lo dejas consentirte.”

El menor soltó una risa y le apretó la nariz recta.

“Cho nunca ha consentido a nadie. Sólo a Phi Bear.”

“No cobras, pero eres bueno haciendo berrinches.” Bear apartó la mano de Cho mientras reía.

“¿Todo está bien, Phi Bear?”

“Está bien. Ya hablaremos de eso otro día. Ya pasó.” Bear sonrió. *La carga que había estado llevando parecía hacerse más ligera al llegar a casa. Hoy dejó el trabajo en la puerta de entrada. El lunes, cuando vuelva a la oficina, ya cargará con él otra vez, pero también llevará consigo la experiencia y el ánimo que le dio la gente de su hogar.*

“¿Te sientes mejor?” preguntó Cho mientras le masajeara suavemente las sienes.

“Sí... mucho mejor.”

“Hay algo que quiero saber.”

“¿Qué?”

“Eso de lo que dijiste... cuando fuiste a un salón de masajes. ¿Cómo masajean las chicas allí? ¿Y de verdad hay un escaparate de vidrio?”

Bear soltó una carcajada. Hace un momento parecía muy atento y ahora su imaginación ya había volado lejos.

“Acabo de recordarlo.” Cho se rascó la mejilla, avergonzado. **“Estaba preocupado por ti, pero al verte sonreír se me fue la mente a otra cosa.”**

“Sigues con lo mismo...”

“No quería que estuvieras estresado.” Cho se rió y empujó a Bear para que se sentara. Luego se colocó detrás y empezó a masajearle los hombros.

“Quiero que sepas que, pase lo que pase, estoy aquí. No quiero que pienses que no puedes apoyarte en mí.” *Cho no quería que Bear se aferrara al ego de ser el líder y creer que no podía mostrarse vulnerable.*

“Cho puede mantener a Bear, ¿sabes?”

Bear soltó una risa fuerte. *Sabía que el sueldo de Cho era suficiente para mantenerlo, pero le causaba gracia porque, para él, Cho seguía siendo tan pequeño.*

“Tía Cho, tengo hambre.” Bear se giró, lo abrazó fuerte y lo sentó en su regazo, cara a cara, envolviéndolo en un abrazo.

“No hay problema. La tía puede mantenerte.” Cho se rió. Hacía mucho que no jugaba a ser la *“tía”*.

“¿Puedo comerte toda la noche?”

“¡Cada uno come por su lado, idiota!” Cho entendió el doble sentido y le dio un golpe en el hombro ancho.

“Eres tan pequeño y te las das de experto.” Bear lo miró con ternura y luego tomó las manos del menor para esconderlas contra su pecho cálido.

“Masajéame en otro lado también.”

“Ya no masajeo, te voy a golpear.” Cho retiró las manos rápidamente, con la cara roja, murmurando que no debería sentir lástima por Bear.

“Golpea, que yo te devuelvo los golpes.” Bear, travieso, se inclinó y mordió suavemente el hombro de Cho mientras lo sujetaba firmemente de la cintura, dejando que lo golpeará porque apenas sentía nada.

****”**

A la mañana del sábado, Cho salió de la habitación con el cabello despeinado como un nido de pájaros. Apenas acababa de despertar y seguía medio dormido, pero bajó guiado por el olor a comida. Vio a un hombre alto, vestido solo con pantalones de pijama, moviéndose frente a la estufa. La luz anaranjada del amanecer entraba en la pequeña cocina.

“¿Qué estás haciendo, Phi Bear?” Cho lo abrazó por detrás y asomó la cabeza para mirar lo que había en la sartén.

“Desayuno.”

“¿Eh...?”

“Verduras salteadas y huevo frito, algo sencillo.”

“Podrías haberme llamado para que yo lo hiciera.” Cho lo dijo porque antes siempre era él quien preparaba el desayuno y la cena, pero últimamente era Bear quien se levantaba a cocinar en los días libres.

“Te vi dormido con baba colgando, no quise despertarte.” Bear le dio una palmada en la mano y lo abrazó con fuerza.

“La estufa está caliente, apártate.”

“¿Baba? ¡No tenía! Hasta cuando duermo me veo lindo.” Cho se apartó un poco.

“Es bueno tener confianza, pero si es demasiada ya es...”

Bear se rió porque últimamente le gustaba molestar a Cho por la forma en que se vestía o hablaba demasiado dulce. Sabía que solo era celos y posesividad.

“Otra vez me estás regañando.”

“¿Quién se atrevería a regañar a Cho?” Bear sonrió disimuladamente y volvió a la estufa.

Cho observó al hombre grande que se había levantado a preparar el desayuno. Últimamente Bear lo cuidaba desde la mañana hasta la noche. Antes solo esperaba que siguieran amándose y tomados de la mano, pero nunca imaginó que recuperaría a un Bear así: *un esposo de casa cariñoso y atento*.

“Ve a ducharte y luego baja a poner la mesa. Así yo me ducho después.”

“Entendido.” Cho levantó la mano en señal de ok y subió a ducharse. Cuando terminó de vestirse, bajó, puso la mesa y esperó a que Bear se duchara y se cambiara. Hoy planeaban salir a caminar, visitar templos y comprar lo necesario para el próximo viaje largo.

Cada desayuno de ellos era sencillo, como siempre, pero los hacía sentir bien.

“¿A dónde vamos hoy?” preguntó Bear mirando a Cho, que vestía ropa cómoda: camiseta y pantalones largos color crema.

“Primero vamos a hacer una ofrenda, luego caminamos por la ciudad, quiero tomar fotos y por la tarde vamos de compras.”

“Perfecto.” Bear asintió, complaciente.

La mayoría de sus días libres los pasaban viajando fuera de la ciudad, visitando a la mamá de alguno o simplemente viendo películas en casa. No salían mucho a caminar por la ciudad. Además, con el calor que hacía, preferían quedarse en casa.

“Hacía años que no subía al tren elevado.” comentó Bear al entrar al BTS. Decidieron no manejar porque sabían lo complicado que era conducir en el centro: muchos carriles exclusivos y difícil encontrar estacionamiento.

“Sí, es verdad.” Cho asintió. Cómo vivían en las afueras, casi siempre usaban su propio auto y rara vez el transporte público.

“Está tan lleno como en Japón.” dijo Bear mientras jalaba a Cho hacia una esquina y se ponía delante para protegerlo. En las estaciones grandes la gente entraba en masa y se ponía muy apretado.

“Qué lindo. ¿De quién es el novio?” Cho bromeó al ver que Bear levantaba la mano para agarrar la barra, protegiéndolo muy bien de la multitud.

Bear puso cara de aburrido, pero sus orejas se pusieron rojas.

“Solo me da pena. Si alguien se desmaya por falta de aire, ¿quién lo va a cargar? Yo no, lo dejo tirado aquí.”

Cho se rió y levantó la mirada hacia él. *Bear era terco con la boca, pero siempre cedía casi en todo. Era el Bear cariñoso y cálido de los primeros tiempos.* Cho extendió la mano y tomó la del otro, que estaba libre, y le sonrió.

“¿Qué?” Bear miró al menor, que sonreía ampliamente.

“¿No puedo tomarte la mano?”

Bear tomó la mano de Cho y le acarició los dedos, sonriendo. Quería molestarlo un poco, pero con tanta gente apretada prefirió dejar que el menor lo abrazara y tomara su mano como quisiera.

“Ten cuidado.” le advirtió Bear en voz baja. Ya le cobraría esta noche por ser tan travieso sin importar la hora.

“¿Qué pediste esta vez?” preguntó Bear cuando Cho salió de la Chona donde había estado haciendo la ofrenda. El menor había encendido incienso y se había quedado sentado un buen rato.

“Pedí que el trabajo de Bear fluya bien y que nuestros padres sean felices.”

“¿Sabes qué es la felicidad, Cho?” Bear preguntó, queriendo asegurarse de que el menor no se obsesionara tanto con la idea de la felicidad y olvidara el presente.

“Solo con no sufrir ya es suficiente para ser feliz.”

Bear sonrió y acarició suavemente el cabello de Cho.

“Yo pedí que sigas sonriéndome así y que no sufras.” Bear abrió su mochila, sacó una gorra y se la puso al menor porque el sol estaba muy fuerte. Caminaron juntos por la orilla del río Chao Phraya, tomaron algunas fotos (*no muchas porque el calor era intenso*) y luego tomaron un callejón al lado del templo. Después planeaban ir a un café y por la tarde al centro comercial.

“Camina delante de mí.” En el callejón estrecho donde pasaban autos muy cerca, Bear jaló a Cho para que caminara adelante.

Miró la espalda delgada bajo la camiseta holgada y sintió paz al saber que todavía se tenían el uno al otro. Probablemente Cho no sabía que la

tranquilidad de Bear venía de verlo sonreír y tenerlo a la vista. *Antes pensaba que Cho era demasiado apegado; hoy se daba cuenta de que el apegado era él.*

“¿Qué más necesitamos comprar para el viaje a Phu Kradueng?” Bear puso la mano en el hombro de Cho mientras caminaban.

“Quiero unas zapatillas nuevas. Quiero estrenarlas para que se amolden antes de subir.”

“Yo quiero una chaqueta ligera contra el viento.”

Habían planeado que en el próximo feriado largo irían a Phu Kradueng. Se turnarían para manejar y pasarían dos noches en la montaña en la temporada fría. Aunque últimamente viajaban mucho juntos, nunca habían ido a un lugar tan exigente físicamente.

“Un amigo me contó que fue con su pareja. Hay comida a lo largo del camino y arriba hay carpas, no es tan *scary*, pero sí requiere mucha energía física.” contó Cho, porque sabía que Bear cargaría muchas cosas.

“Entonces Cho tiene que estar más en forma, porque yo no te voy a cargar.” dijo Bear, que corría casi todos los días.

“Cuando estemos cansados, nos tiramos donde sea.” Cho se rió y tomó la mano del otro. **“Mi amigo dijo que las parejas que van a Phu Kradueng son de dos tipos: las que se enamoran más o las que terminan.”**

Bear también había escuchado eso, así que preguntó: **“¿O sea que es tu plan para llevarme a terminar?”**

Cho se giró a mirarlo. Al verlo así, Bear recordó el viaje a Japón de hace dos años.

“¿Dónde voy a encontrar a otro novio tan bueno como tú?” Cho se volvió y apretó más fuerte la mano que tenían entrelazada.

“Vaya, qué lástima. Pensé que iba a conseguir una esposa nueva.”

“¡Oye, espera!” Cho abrió mucho los ojos. Bear se rió a carcajadas y lo jaló hacia una calle con menos autos.

“La tienda está adelante.”

Siguieron caminando tomados de la mano... a pesar de que hacía tanto calor que sus palmas sudaban.

Hoy era el día de partir. Cho se levantó a las tres de la mañana. Ya había empacado todo lo necesario en la cajuela del auto. Saldrían a las cuatro, con la esperanza de llegar a la provincia de Loei antes del mediodía del día siguiente. Pasarían una noche en la ciudad y al otro día empezarán la subida a Phu Kradueng.

La promesa que se habían hecho... la cumplirían juntos.

Ayer Bear se había acostado a las seis de la tarde, por eso hoy a las tres de la mañana estaba completamente despierto y listo para manejar con seguridad.

“¿Estás listo, Cho?” le preguntó al menor, que ya estaba sentado en el auto con el cinturón puesto.

“Listo. La casa está cerrada, las luces apagadas, todo en orden.” Como esta vez estarían fuera casi una semana, habían sido muy cuidadosos.

“Dame un poco de ánimo para manejar.” Bear inclinó la cabeza hacia él.

Cho se rió alegremente, le dio un beso fuerte en la mejilla y luego uno suave en los labios.

“Vamos a disfrutar el viaje.”

“Vamos juntos.” Bear también besó la mejilla de Cho. **“Que este viaje sea otro buen recuerdo para nosotros.”**

FIN

Presentación de la autora

zearet17

En este decimotercer año, zearet17 sigue aprendiendo, dejándose llevar por aquello que le apasiona, creciendo y sintiendo la misma emoción cada vez que escribe una historia nueva, igual que el primer día.

Las pequeñas emociones que surgen entre las personas y las historias sencillas, sin grandes dramatismos, son aquello que desea plasmar con significado en sus obras. Por eso, espera que sus escritos puedan arrancarte una sonrisa en los días en que estés cansado.

Los lectores son una parte fundamental de la razón por la que sigue avanzando. Gracias por cada encuentro a lo largo del camino y gracias por acompañarla como compañero(a) de lectura.

